BIBLIOTECA PÚBLICA
CÁDIZ

ARCHIVO HISTÓRICO
CÁDIZ

S-XIX
4.090

MEMORIAS
DE
MADAMA LAFFARGE.

A. G.

MEMORIAS

DE

MARIA FORTUNATA CAPELLE,

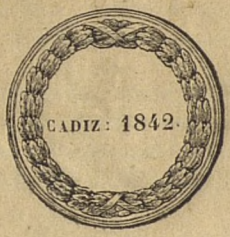
VIUDA DE LAFFARGE,

ESCRITAS POR ELLA MISMA.

Traducida al castellano

POR

Don Pedro Alonso O'Crowley.



Se suscribe en Cádiz, Librería Española y Estrangera, calle de Guanteros núm. 36.

DEDICATORIA

A MIS AMIGOS.

No os dedico un libro, os hago confidentes de mis acciones y pensamientos.

Adoptada por vuestros corazones, no quiero quedar estraña ni desconocida para vosotros; necesito contaros mis faltas para que las perdoneis, mi inocencia para que la protejais, mis sinsabores para que me ameis todavía mas, para que me ameis siempre!

En el silencioso recogimiento de mi prision, he sabido aislarme de mis padeceres á fin de retornar con vosotros á los senderos de mi vida; pues que he conseguido iniciaros en todos mis goces, en todos mis duelos, en todas mis lágrimas.... Acordábame... lloraba... escribia...

No he pedido á Dios me hiciera elocuente; solo le he rogado pusiese en mis recuerdos el perdon y la verdad, y otorgase á mis palabras la facultad de persuadir, de convencer. Si vosotros me aprobais, si he conseguido arraigar una sola creencia, despreocupar un solo espíritu contra mí prevenido, considero mi objeto completamente alcanzado.

¡Nobles amigos! vosotros que me habeis preservado de la desesperacion, al colocar mi honra bajo la salvaguardia de vuestras convicciones, providencias de mi infortunio, mil y mil veces benditos seais!

He conservado la vida á fin de combatir; mis fuerzas para preparar y traer á cortísimo plazo el dia grandioso de la verdad y de la rehabilitacion. Si Dios me llamase á sí en mitad del camino, confío á vuestra tutela el nombre que heredé de mi padre, os pido la reparacion para mi tumba.

MARIA CAPPELLE.

Cárcel de Tulle, Julio de 1841.

I.



ACI el dia de cumpleaños de mi padre en 1816. El bondadoso autor de mis dias habia anhelado le deparára el cielo un varon, á fuer de ramillete masculino para engalanar ocasion tan festiva; mas consoló-se con mirar á mi madre, y con depositar un dulce beso sobre la frente de su reciennacida Mariquita.

Una criatura primogénita, gozo y orgullo de dos generaciones, deberia ser bella como los ángeles! Mas ay! yo vine al mundo bastante fea para asustar hasta las ilusiones maternales! Los capillos mas lindos, los envoltorios mas elegantes, no pudieron conseguir embellecerme; y con el objeto de admirarme tanto como lo hacian mis padres, á los cuales sin duda pareceria mi tez delicadamente amarilla, y lo encanijado de mis miembrecitos una señal segura de mi distinguida ralea, preciso habria de ser que los amigos, á quienes me presentaron, sacrificasen la verdad á la política.

Mi bautismo estaba destinado á figurar de prefacio al casamiento de la Señorita de Destilliere, amiga de mi madre, con el Señor de Brack, cuya noble espada y graciosa figura tenian un valor menos positivo, á la par que un aliciente casi tan poderoso como la opulenta dote de la rica heredera. Embaucada con los ensueños de su edad florida, no tardó en olvidarse de mí la Señorita de Destilliere, y de aquella combinacion solo me ha quedado un escelente padrino, y el nombre de FORTUNATA, tan inadecuado para las ocurrencias posteriores de mi vida.

Cuando entrelazo mis primeros recuerdos, preséntanse desde luego á mi fantasia los corpulentos árboles de Villers-Hellon, el

carricoche dentro del cual me paseaban por las alamedas del parque, y un ciruelo debajo de cuyas ramas me rompí un brazito, mientras Ursula, mi ama seca, estaba dando la mitad de una ciruela á un jóven guarda-bosques, muy bien parecido.

Si apuro mi memoria todavia mas, preséntase á mis mientes la buena de mi abuela, con su chal encarnado, inclinada sobre mi cuna para ver si me hallaba despierta; oigo á mi madre reñir á la nodriza, cuando yo me manifestaba obstinada, y á mi abuelo cantándome con su cascada voz el *Magnificat de los zapateros de Montpellier*.

En época posterior hicieron á mi padre teniente coronel en Douai, y debo añadir á mis recuerdos mas agradables la parada de los Domingos y el cañon del polígono. Ursula, mi ama seca, no era siempre sensible á la poesía de la parada; mi madre estaba recelosa de algun accidente, y ambas procuraban hacerme renunciar este mi deleite favorito, atestándome de chucherías, y cargándome de juguetes; mas si conseguia yo sorprender á mi padre en el momento en que se ponia la espada para salir, colgábame de su cuello, lloraba, y por último se cedia á mis antojos.

Apenas llegábamos al lugar de las evoluciones, soltaba los brazos de Ursula, para trasladarme á los de los soldados; estos me hacian tirar del gatillo de sus fusiles, se reian al ver mi ánimo, y manifestaban à qué estremo amaban à su teniente coronel, mimando y complaciendo á su *artillerita*.

Los veranos me veian volver á Villers-Hellon, y mis juegos se tornaban campesinos, sin que fuesen por eso mas juiciosos. Las cabañas estaban llenas de preciosos corderos merinos; los mas pequeños se dejaban martirizar por mis caricias, miéntras los mayores contestaban á ellas con enérgicas topadas. Algunas veces tambien, cuando mi niñera me perdia de vista, valíame de mis tretas para treparme sobre el lomo de un fornido morueco, el cual, asustado del papel de hacanea que yo queria forzarle á representar, se encabritaba y sacudia hasta que daba conmigo en medio de un monton de paja, y haciame reir como á una loca, con algunas lágrimas de corage por fin de fiesta.

Preséntanse igualmente á mi memoria los huevos cogidos calentitos para mi desayuno; los polluelos que comian á mis pies, los patos haciendo su ensayo para nadar en la alberca, las flores que se cogia para que yo las deshojase, y las ricas frutas para que las echara á perder... Como mi salud era muy delicada, estaba prohibido ha-

cerme llorar, y veiame una niña completamente feliz, mimada y voluptuosa, poseedora de un buen corazon y de una malísima cabeza.

Tenia yo cinco años cuando me vino al mundo una hermanita. Para enseñármela, subiéronme sobre la cama de mi madre, y parecióme tan fea la reciennacida, que la comparé á un pobre gorrioncillo desplumado que habia venido á mi poder el dia anterior; en castigo de mi simil diéronme un solo beso. Bastante entristecida con tan mezquino agasajo, azorada con el mandato de silencio que me imponian, con la oscuridad del aposento, y con los innumerables esmeros que se prodigaban á un pequeño ser que no era yo, fuí á ocultar una lágrima sobre el hombro de mi padre, y recibí asaz mal á aquella otra niña, á quien iban á amar tanto como me amaban á mí.

El nacimiento de Antonina me dió mucho que cavilar; al principio creí que habia caido del cielo, donde están las estrellas; pero reflexioné luego que era una altura demasiado elevada para desprenderse de allí sin hacerse daño; ademas que ni el partero ni la comadre, los cuales me aseguraban que la habian traido, eran blancos ni hermosos como los ángeles del Señor. Habláronme de una col, debajo de cuyas hojas la habian hallado dormida, pero no creí nada de eso; pues en dos dias no hice mas que registrar todas las coles de la huerta, sin descubrir el mas ligero vestigio de ocurrencia semejante; por fin al tercer dia llegué á convencerme de que mi hermana habia llegado dentro de un huevo, á modo de una polluela; solo que, siendo mas grueso el huevo, no debia verlo una niña, y era obligacion esclusiva de un médico el romper el cascaron. No me atreví á confiar mi descubrimiento á nadie; mas quitóme el sueño muchas noches, y me puso en estremo vana.

Mi tia Garat habia dado á luz una hija casi al mismo tiempo que mi madre. Hiciéronse juntos ambos bautizos, y agregósele el de Herminia de Martens, la cual, nacida en Prusia, habia venido á cristianarse á Francia, con el objeto de que mi abuelo fuese su padrino. No habiendo podido la madrina asistir á la ceremonia, eligiéronme para reemplazarla.

Cuando llegué á la iglesia, rodeada de todos los aldeanos, y suspendida del brazo de mi abuelo, luciendo un grueso ramillete de flores y sus correspondientes cintas.... pero cintas que me cubrian de pies á cabeza, perdí la memoria, y fuéronseme las palabras aprendidas por mí á duras penas, despues que durante un mes me las habia ensayado diariamente el maestro de escuela, quien tuvo la crueldad de apuntármelas en voz alta y sin ninguna consideracion por mi amor propio de cinco años.

Sentíme profundamente humillada, y mas tarde cuando me dijeron que le diese dulces, no quise hacerlo; mi abuelo se enfadó, yo me aperreé mucho y me hicieron pasar de la iglesia al gabinete oscuro, donde regué con mis lágrimas copia de escelentes confituras que me ayudaron á olvidar este melancólico desconcierto.

Un año despues perdí á mi cariñosa abuela, solo me acuerdo ya de sus caricias, de sus ojazos negros que siempre me miraban risueños, de las flores que ella me enseñaba á conocer y á amar, de su linda pajarera, junto á la cual me era preciso hacer la muda y la juiciosa. Estuvo baldada en su cama largo tiempo; haciame trepar á ella, para divertirme con largos listones de colores llamativos que yo liaba con suma paciencia á fin de gozar de la dicha indecible de desliarlos despues.

II.

Mi abuela era hija de un Inglés, del coronel Champton. A la edad de nueve años y cuando llevaba todavia luto por su madre, plùgole á Dios llamar á sí á su padre tambien.

Madama de Genlis, aya de los hijos del señor duque de Orleans, hizo las veces de la Providencia para con la huerfanita, recogióla á su llegada á Francia, y la hizo participar de las lecciones que daba á Madamisela de Orleans, su régia alumna.

La señorita de Valence, hija de Madama de Genlis, recibió en su casa á la jóven Herminia, añadiendo al don de una educacion perfecta el beneficio de un afecto íntimo, declaróse hermana de sus dias buenos y malos, y recibió con su último suspiro su último pensamiento.

Mi abuelo me hablaba de su casamiento en estos términos:

«La señorita Herninia Champton era, á los diez y ocho años de edad, una jóven deliciosa, pequeñita, pero de mucha gracia,

con unos cabellos mas negros que las plumas del grajo, unos ojos muy dulces cuando no eran demasiado vivos, una boca bastante chusca, y una naricilla muy traviesa.»

El señor de Collard, amigo de Genlis, vió á mi abuela y se enamoró de ella como un loco.

Venido del centro de la Gascuña, pobre á causa de contar diez hermanos, habia debido mi abuelo á Talleyrand el verse encaminado á la fortuna. Era bien parecido y airoso; los mas exigentes le hubieran dado un diploma de marido; asi no tardó en ser aceptado.

Antes de su casamiento habia sido arrestado el señor de Collard por Girondino; casóse despues del 9 del mes Thermidor, pues la muerte del Robespierre le salvó la cabeza.

Asentista de los egércitos republicanos en tiempo del Directorio, acrecentó sobremanera su caudal, debiendo esto tambien al príncipe de Talleyrand, quien fué padrino de su hijo, y eligió por comadre á la hermosa princesa Borghese.

Esta preciosa hermana de Napoleon solo era entónces la señorita de Leclerc, y vivia en la quinta de Mont-Gobert, contigua á la de Villers-Hellon, que mi abuelo acababa de comprar. Alli se verificó el bautizo. El príncipe de Benavente anheloso de manifestar su fausto y buen gusto, habia hecho venir de Paris un elegante y riquìsimo regalo de compadre *(corbeille)* que deberia contener copia de cintas matizadas como el arco iris, de flores bastante hermosas para rivalizar en brillo con las de los campos, en fin todas aquellas lujosas fruslerias del tocador que no deben haber estado de moda ayer, sino que se destinan para sacar la moda de mañana... Llegan los cajones; empèñase la familia en que se desbaraten en el salon, anticípase la espectativa, admírase de antemano lo contenido en ellos... pero se encuentra porcion de listones que tenian un año de uso, bandas ajadas, guantes bastante grandes para cubrir cuatro manitas como las que estaban destinadas á diseñar, flores de papel, y confituras de yeso!... Madama de Talleyrand habia verificado aquella sustitucion en un momento de celos. La desesperacion del padrino no pudo calmar el chasco de la linda madrina, y bautizóse á mi tio en medio de una atmósfera de despecho y de mal humor.

Rara vez salia mi abuelo de Villers-Hellon, á no ser para asistir á las sesiones del Cuerpo Legislativo. Como carecia de gustos, aunque no de verdaderas pasiones, cuya duracion y violencia

eran desiguales, se habia hecho propietario con activísimo afan. En el discurso de dos años, plantó jardines, vergeles y bosques, abrió caminos y estableció vivares. En seguida pasando á Chantilly, vió los establecimientos de ovejas merínas, y fomentóse en él la *carneromania* por espacio de otros cinco años. Todos sus edificios, destinados á las faenas de la labor, fueron metamorfoseados en cabañas, y sus campos en praderas artificiales. El cayado volvió á ser el cetro de aquel nuevo siglo de oro, y si bien eran admirables las ovejas, no eran menos encantadoras las zagalas, y podian hacer que cualquiera olvidase por ellas á los animales lanudos.

Mi abuela, á quien no agradaban las ovejas ni las pastoras, se atraia el aprecio de sus vecinos y amigos, educaba á sus hijos, y pasaba la primavera en echar de ménos á Paris, y el otoño en esperar que no tardaria en verlo otra vez. Casó á sus tres hijas siendo aun muy jóvenes.

Mi madre, que era la mayor, estaba dotada de hermosura; de aquella hermosura templada, que es mas agradable al corazon que á los ojos, llena de amenidad, de gracias, de cualidades sólidas y adhirientes, por fin, era la favorita de mi padre. Casóse en 1815 con Mr. Cappelle, capitan de artilleria.

Herminia, que contaba dos años ménos, se parecia mucho á mi abuela. Nada habia mas fino, mas gracioso que su fisonomia, como no fuese su carácter. Ella animaba la casa de mi abuelo con su vivacidad. Desposóse en 1817 con el baron de Martens, diplomático prusiano.

Luisa, la mas jóven, solo podria compararse con una suavísima mosqueta. Esta niña bella y juguetona dejó sus muñecas á los quince años para jugar á la *señora*, y se hizo esposa de Mr. Garat, íntimo amigo de mi abuelo, y director general del Banco de Francia.

A este gracioso terno es menester agregar á mi tio Mauricio, muchacho consentido y alborotado, que pasaba sus años en el colegio y sus vacaciones en Villers-Hellon. Mi abuelo y abuela habian discutido con frecuencia sobre la carrera que iban á darle, y no pocas veces esta discusion produjera mil pequeñas, aunque amistosas rencillas. Asi es que, luego que llegaba el instante de la decision positiva, la diferian hasta la mañana siguiente, y luego hasta la otra, de modo que los dias se deslizaron, y los años en pos de ellos, tomando por fin mi tio el gran partido de no dedicarse á maldita la cosa.

Despues de la muerte de su muger, confió mi abuelo el cuidado de su casa á sus hijas, que iban por turnos á poblar su soledad. Como mi madre era la mayor y la favorita, se le llamaba con mas frecuencia y particularidad para que ocupase en la parte doméstica el puesto que tan vacio habia quedado. Buena y piadosa, dispensadora de los beneficios de su padre, amable intérprete de su cordial hospitalidad hácia sus amigos, llegó á serle cada dia mas indispensable, y las veranadas de nuestros años se destinaban á Villers-Hellon.

Aquel apreciable rinconcito de la Picardia es el paraiso de mi infancia. Era yo allí tan dichosa, me querian tanto, me mimaban á tal estremo! No solo hallábamos en aquel retiro á mi bondadoso abuelo; no solo nos veíamos acogidas por nuestras tias escelentes, por nuestras cariñosas primas, por la primavera y por las flores! Encontrábamos tambien allí á dos añosas sirvientes, verdaderas dádivas de la providencia, que nos defendian cuando eramos traviesas, que tenian siempre un beso para la frente aporreada, un confite para hacer que se olvidasen los lloros; allí estaba tambien el anciano cochero con sus cabellos blancos, los complacientes aldeanos que nos llevaban en brazos como habian llevado á nuestras madres, los chiquillos, cuyas reverencias recibíamos al salir de misa, y con los cuales andábamos á moquetes en los arrebatos de nuestros juegos pueriles.

Los inviernos volviamos al lado de nuestro padre, que en aquella época era director en Mezieres. Hasta llegar á Reims llorábamos por nuestro Villers-Hellon; pero en seguida, entregándonos completamente al placer de tornar á los brazos del autor de nuestros dias, nos impacientábamos de la lentitud conque nuestros caballos caminaban, juzgando intolerable su falta de premura, hasta el momento en que el puente levadizo resonaba bajo el peso de nuestro birloche, y veiamos á los soldados echar armas al hombro; hallándonos poco despues entre los brazos del ser querido que volviamos á ver despues de una ausencia tan dilatada.

Se me ha olvidado cuanto respecta á Mezieres, escepto nuestra casa, que estaba aislada cerca de la Polvera, una cabrita que nos obedecia á la voz, y una familia amabilísima con la cual teniamos frecuente trato.

El conde de J. era un hombre muy obeso, á quien se le veia rara vez fuera del comedor; su esposa era buena, hermosa y amiga íntima de mi madre. Tenia una hija de corta edad, llamada

Enriqueta, que se empeñaron fuese amiga mia, pero ella era demasiado niña para poder comprender mis siete años, y estaba demasiado mimada para sugetarse á ser esclava de ellos. Cuando nuestras quimeras llegaban á hacerse ruidosas ó encarnizadas, acorria á ponernos en paz su tio, el vizconde de J. y á contarnos las historias mas preciosas de brujas y de hechiceros. El fué quien me enseñó todos los cuentecitos que constituyen las primeras leyendas de la infancia; pues era un hombre que se caia de bondadoso. Algunos años despues, le mató un caballo de una coz en el pecho, todavia de edad fresca, y su desgracia me hizo llorar largo tiempo, pues me era muy grata su memoria.

En Mezieres fué donde comenzaron mis lecciones; un sargento primero me enseñó á escribir y á marchar. Cada mañana daba una leccion de historia y de geografia, y á otras horas se me iniciaba en los encantos de las corcheas, semi-corcheas y diapason.

No era muy de mi gusto el estudio. Aprovechábame de las visitas para escurrirme dentro del gabinete de mi padre, á quien llevaba á la fuerza á dar un paseo por las murallas. Alli, corria yo parejas con mi cabrita, ó triscaba deliciosamente por el borde de la escarpa alfombrada de céspedes, y luego que me veia cansada ó rendida de mis carreras hablabame mi padre del pequeño rey de Roma, bello angel imperial, cuyo retrato colocado en la cabecera de mi lecho, recibia mis preces todas las noches.

III.

Asi se transcurrieron dos años, repartidos entre Villers-Hellon y Mecieres. En el último vino á vernos mi abuelo con mi tia de Martens y las hijitas de esta.

Herminia era rubia y sonrosada, á par que perfectamente juiciosa para servir de punto de comparacion, muy poco lisonjero para

mi. Asi es que me parecia *pedante* y fastidiosa. Antonina, al contrario, la admiraba hasta el punto de sacrificar nuestros juegos franceses á sus juegos alemanes; ellas estaban íntimamente unidas; y yo era bastante traviesa para ser el estorbo de todas sus diversiones.

Berta tenia aun su ama de leche, y no sabia mas que llorar y dormir.

Cierto dia, un oficial llamado M. S. se deshizo en encomios sobre la belleza de mis lindas primas. Mi tia se ostentaba orgullosamente modesta en sus denegaciones. Oh! señora, díjole él, bien puede V. hacer público alarde de tanta hermosura; ¿pues qué, no halla la lechuza muy preciosos sus hijuelos? Esta salida chocó de un modo tan estraordinario, que el pobre hombre quedó siendo un verdadero lechuzo para nuestras damas.

El verano siguiente, cuando tuvo lugar la coronacion de Cárlos X, ví por primera vez al príncipe de Talleyrand. Recibióle envanecido mi abuelo en Villers-Hellon. Iluminároнse los jardines y el patio de la casa, y despues de comer se hizo que pasasen por delante de las ventanas del salon los magníficos rebaños de las tres quintas. Esta revista agrícola pareció complacer en estremo al gran diplomático, quien la halló muy original, y tuvo á bien aceptar para Valenzay los dos moruecos mas hermosos.

Se hablaba con tanta frecuencia de Mr. de Talleyrand, que le miré mucho, y todavia me acuerdo de él; su frente manifestaba gran nobleza, era en estremo amable, mas por desgracia se traslucia que aquella dulzura de trato no era oriunda de su corazon sino de su voluntad. Tengo muy presente que el dia despues de su llegada, dije á mi abuelo "que su príncipe cojeaba con mucho talento;" espresion que me valió un orondo beso y abundancia de elogios, que debieron satisfacer la vanidad de una niña tan pequeña.

Casi todos los otoños, Madama Elmore, hija del famoso Seguin, contralor de los ejércitos de España, dejaba la Inglaterra á fin de pasar algunos meses en Villers-Hellon. Mr. Seguin habia sido íntimo amigo de mi abuelo; durante una larga temporada fueron inquilinos de dos hermosas casas, sitas en la calle de Anjon, y separadas tan solo por un jardin. Sus hijos, que eran compañeros inseparables de juego, fundaron una de aquellas amistades del corazon y fruto de los pasatiempos pueriles que permanecen ligadas á nuestra existencia, á par que la iluminan con recuerdos alentadores.

En aquella época, esto es, hácia fines del Directorio, era ya Mr. Seguin vastamente rico, y empezó á manifestar ciertos preludios de

locura, en virtud de una melomanía que le hizo llamar para sus hijos á los maestros mas famosos; pero destinados todos á desarrollar esclusivamente en ellos el sentido musical. La señorita Zoe Seguin hacia sus calderones con los ojos medio en blanco, y dejaba á su maestro de solfeo para acudir á su maestro de acompañamiento; descansaba sus dedos entumidos con una sonata, mientras chillaba algunas grandes arias de Gluck y de Mozart, terminando en fin su armonioso martirio con ir á la ópera, no para distraerse y escuchar, sino para escribir los pasages mas difíciles de la partitura.... Para proporcionar la instruccion del espíritu y del corazon á los dos pobres jóvenes, digo dos, porque Abel arañaba su violin mientras su hermana zurraba el piano, fué preciso que Madama de Seguin les quitase algunas horas de sueño para imbuirles alguna tintura de religion, de historia, de geografía, en fin para hacer que escribieran dos renglones y deletreasen cuatro vocablos. Con todo, no dejó de ser injusta: la solicitud paternal de Mr. Seguin proporcionaba á sus hijos tres veces á la semana, amen de sus lecciones de música, un profesor de adivinanzas y de charadas; tambien les enseñaba á soplar el vidrio y un poquito de química. Para recompensar sus adelantos, solia su padre dar bailes de niños; y despues de la cena, cuando las cabezas estaban alborotadas, y toda subordinacion perdida, se abria un salon, cuyo centro ocupaba una tarasca de vastas dimensiones, y debajo de las enaguas de la susodicha tarasca se dejaban entrever los tesoros mas codiciables, de muñecas, espaditas, pelotas y bombones. «Andad, tomadlo; todo eso es para vosotros" gritaba el amo de la casa, y entonces los chiquillos acudian al despojo, se empujaban, se rasgaban, se batian; habia lloros de sobra, miéntras Mr. Seguin, riéndose y restregándose una mano con otra, se regocijaba de las inquietudes de los padres, de los golpes y lágrimas de aquella gente menuda, y de toda aquella anarquía infantil y bulliciosa.

El crecido dote de la señorita de Seguin atraia un sin número de pretendientes. Alistóse en las filas de estos el duque de N., pero no se verificó el partido, á causa de regatear el padre cierto número de pesos que el noble solicitante pretendia. Por aquel tiempo, la manía de los caballos vino á sobrepujar todas las demás manías de Mr. Seguin, quien hizo conocimiento con Mr. Elmore, cuyas cuadras en Lóndres encerraban los corceles mas corredores, y los capones de sangre mas pura. Mr. Elmore carecia de posicion social, y su fortuna era menos que mediana; pero los chalanes mas

ladinos no podian engañarle respecto á la edad ó las cualidades de un caballo. Era este sugeto un Mentor infalible para abastecer una cuadra, un enemigo respetable para los marchantes bribones, y tomóle Mr. Seguin en calidad de yerno por pura economia. Respecto á su físico, nada tenia de hermoso Mr. Elmore; sus cabellos eran rojos, y no hablaba dos palabras de francés; pero era herege y prometia convertirse. Aceptólo la señorita Zoe, con el plausible objeto de ganar el cielo y un marido.

Madama Elmore tampoco era bonita; sin embargo, no dejaba de gustar, pues se olvidaban los defectos de su fisonomía, al ver su sonrisa encantadora, sus ojos habladores, su talle gracioso y esbelto, su pie monono, y su espíritu picante. Despues de casada proseguia siendo tan beata como coqueta. Su marido, que carecia de todas estas cualidades, poseia en desquite la bondad mas perfecta, hablaba el francés malísimamente, pasaba los dias cazando, y las noches durmiendo y jugando conmigo.

Tantas veces mecieron mi infancia las originalidades de Mr. Seguin, cual solia contármelas una de mis viejas niñeras para dormirme por las noches, que no puedo pasarlas en silencio, al hablar de las vivas impresiones de aquella época feliz.

Era Mr. Seguin un químico muy adocenado y muy pobre, cuando descubrió, en el instante de carecer la república de equipos para sus ejércitos, el modo de curtir el cuero en breve tiempo, empleando al efecto, si bien me acuerdo, la corteza de encina. Prometiéronle la fortuna si tuviese buen éxito su invencion, y la guillotina en el caso contrario; encomendóse él á su buena estrella, y convirtió á la fortuna, en esclava suya. Casóse entonces Mr. Seguin con una jóven noble y falta de bienes, franqueó su casa á cuanto encerraba entonces Paris de amable y de elegante, y se dió á conocer por su estrafalaria suntuosidad. Sus bailes eran admirables, y sus banquetes fuera del alcance de toda imitacion. Un primer comedor bastante sencillo recibia á los convidados al rededor de una mesa cargada de ostiones, de menestras y de pescados, á una señal súbita pasaban á otra pieza donde la mas costosa vagilla de plata contenia los manjares mas esquisitos; y en fin, iban á comer los postres en un salon delicioso perfumado con las flores mas raras, iluminado con mil bugías resplandecientes con cristales y plata sobre-dorada, y donde se veian reunidos los refinamientos mas delicados del lujo.

Antojósele un dia á Mr. de Talleyrand ser testigo de tan es-

céntrico fausto, y pidió á mi abuelo le llevara á comer en casa de su amigo. Anunciólo aquel á Mr. Seguin; quien prometió sobresalir á sí mismo, y admirar à Su Escelencia. Al llegar mi abuelo y Mr. de Talleyrand á casa de su obsequiador, fueron introducidos en un gabinete de despacho. Mr. Seguin se deshizo en escusas, dijo que hallándose ausente su muger, solo podia ofrecerles una comida de hombre soltero, y les suplicó encarecidamente le concedieran su indulgencia. Todo este humillamiento era cosa de malisimo gusto en la boca de aquel anfitrion; pero nada nos hace tan indulgentes como la perspectiva de un opíparo festin. Creyeron sus huéspedes que iba á caza de cumplimientos, y no fueron escasos en tributárselos. Por fin, dieron las seis de la tarde, y entrando un criado puso una servilleta sobre el bufete, con tres platos, y arrimó igual número de sillas. Pasó Mr. Seguin á una pequeña pieza inmediata, y volvió trayendo con sus propias manos una pequeña olla de hierro colado, modelo de patente, rebanó sus sopas, mientras esplicaba con gravedad las indecibles ventajas de aquel nuevo invento, añadió su buen pedazo de vaca, y un lindo trozo de queso de Gruyeres, é hizo con gracia los honores de su mesa. Mi abuelo rebentaba de cólera. Mr. de Talleyrand ayunó, haciendo de tripas corazon como hombre de talento, aunque no sin suprimida incomodidad.

Poseia Mr. Seguin una magnífica hacienda en la vecíndad de Paris; donde tambien daba sus banquetes y diversiones. Cierto dia anunció premios, juegos, y bailes para los campesinos de las cercanìas; hubo sobre todo la carrera de los costales (a), que debia escitar la risa de los espectadores, à par que la ambicion de los aldeanos, anhelosos de ganar el premio, que era un relox de bolsillo muy lindo. La noche antes de la funcion hizo abrir, con el mayor sigilo, hasta doce pies de profundidad é inmediato al sitio á donde habian de llegar los corredores, una zanja, la cual hizo cubrir de céspedes y de cascajo fino, de modo que los infelíces concurrentes, al precipitarse hácia la meta, caian de cabeza en la sima; hubo

(a) Consiste esta diversion en hacer que varias personas de uno ú otro sexo se metan dentro de un costal cada una, con la jareta cerrada al rèdedor del cuello. Puestos en pié y en fila los candidatos al premio, salen brincando, y recibe el galardon el que llega primero á un punto determinado. Mis lectores pueden hacerse cargo de los apuros, caidas, y vueltas de campana que acontecerán antes de llegar al sitio que se les designa.=N. del T.

brazos rotos y cabezas abiertas; el pueblo queria arrastrar al señoron que tenia unas bromas tan pesadas, al paso que fué preciso valerse de influjos poderosos para detener las pesquisas de la policía.

Hácia aquel tiempo, habiendo tenido una desavenencia con la princesa de Chimay, quien ocupaba un palacio contiguo al suyo en la calle de Varennes, hizo Mr. Seguin que levantasen en su vergel una montaña de tierra esteril, hasta privar completamente de sol y de luz á su desgraciada vecina, quien se vió precisada á abandonar su casa.

Despues del casamiento de su hija, volviòse Mr. Seguin un completo misántropo; prohibió á su muger que recibiese visitas ni aun de sus amigas mas íntimas, y, à fin de secuestrarla con mayor seguridad, hizo echar abajo todas las escaleras, y la obligó á subir à sus habitaciones por una de mano. Este perverso trato llegó á tal punto, que Madama Seguin tuvo que pasar á Inglaterra para reunirse con su hija, mientras su marido, no teniendo ya para distraerse la posibilidad de perseguirla, se encerró en una boardilla de su palacio, donde vivió con sus violines, sus ollas de vapor, su locura y su portera.

Como Mr. Seguin habia despedido á todos sus criados, viéronse reducidos sus magníficos caballos á vagar libremente por su jardin, donde no hallando para alimentarse mas que algunas hojas secas, parecian una sombras ambulantes. Algun tiempo antes de morir, determinó venderlos, y llamó al efecto á un chalan de caballos; mas no habiéndose convenido en el precio, terminó la escena Mr. Seguin con matar á pistoletazos todos aquellos nobles brutos.

IV.

Fuimos á pasar el invierno á Paris, y mi padre se trasladó á Valenzay, donde estaba su regimiento á la sazon. Su ausencia me hizo esperimentar un gran vacío. Encerrada en uno de esos aposen-

tos de Paris, tan lindos, pero tan pequeños, condenada á estudiar la gramática, la historia y la geografia, saliendo rara vez á las Tullerías, y jamás con mi libertad de accion y de movimientos, me puse triste, fastidiada, y fastidiosa hasta dejarlo de sobra. No podia dar el mas leve brinco, sin que viniese abajo alguna cosa, cuyo eco llegaba indispensablemente à los oidos de mi madre; si cantaba, si bailaba se estremecia toda la casa, y á cada momento me despedian del estrado porque venia visita. Antonina era poseedora de una dulzura angelical, y no sabia participar de mis juegos. En fin, tenia yo un viejo maestro de piano, que me abrumaba con sus bemoles y con sus sostenidos, sin permitirme que tocase piececita ninguna que pudiese causar detrimento al solfeo y á los egercicios.

El mariscal Macdonald, que estaba á la cabeza de la Real Casa de San Dionisio, y habia sido muy amigo de mi abuelo, aconsejó á mi madre que doblegase mi naciente independencia al yugo del pupilage en un colegio; en efecto, se consiguió mi admision en el de San Dionisio, adonde me condujeron en el mes de Marzo. Temerosa mi madre de mi desesperacion, nada me habia avisado. Una mañana me hizo subir en coche con ella, llegamos á San Dionisio, cerráronse á nuestra espalda las grandes puertas del convento, y fuimos recibidas por la directora, Madama de Bourgouing, quien me dió un beso en la frente, y me hizo saber que tenia en mí una hija mas, y que yo habia de quedarme con ella. Gastó mi madre un buen cuarto de hora en hacer la enumeracion de mis defectos, advirtióle que habria gritos y desespero de mi parte, é insinuóle que se escurriría á hurtadillas antes de que yo pudiese despedirme de ella. Entretanto, embutida en el hueco de una ventana, escuchaba yo todo esto, aterrada é inmóvil, pero resolvi ocultar las lágrimas que sofocaban mi corazon.

Fué á buscarme una señora de la casa, y asióme de la mano para llevarme á la guardarropía, donde me revistieron de un ropon negro y cerrado, de una escofia, de un saco que debería estar eternamente colgado de mi brazo, de unas medias negras muy burdas, y de unos zapatones horrorosos. Luego que mi madre me vió así equipada, deshízose en llanto, me besó, y yo creí que habia llegado la hora de mi muerte, pues á tal punto me penaban mi encierro, y el esfuerzo del ánimo que contenia mis lágrimas. Por fin ella partió, y yo me eché sollozando sobre la mezquina cama que iba á ser mia, mordiendo las sábanas para ahogar mis alaridos, cerrando los ojos para no ver mi

lúgubre vestimenta, tan distinta del ligero tonelete que el dia anterior me engalanára.

Encontré en San Dionisio á la hija del general Daumesnil, amiga de mi niñez; mas ella no pudo consolarme en aquel momento. La señorita Vallin, bella jòven sobrina de mi tia Garat, la señorita de Heusrot, subdirectora, á quien yo habia visto de visita en casa, procuraron tambien, aunque inútilmente, hacerme sonreir; solo se enjugaron mis lágrimas luego que me rindió el precioso sueño que nos cierra los párpados cuando solo contamos nueve años de edad.

El primer dia, que pasé en el colegio, formó un contraste tan admirable con mi vida anterior de libertad é independencia, que ha quedado impreso en mi espíritu con dolorosos caractéres. Aun dormia yo cuando la señal despertó nuestro gran dormitorio que contenía doscientas chiquillas. Abriéronse pasmados mis ojos, y mi primera pena acudió con mi primer pensamiento. Besóme María, pues su lecho estaba contiguo al mio; ella se habia encargado de ser mi *cicerone*, y de habituarme á mi nueva vida.

Despues de haberse alisado los cabellos, entraban las alumnas veinte á veinte, en un cuarto de tocador, rodeado de agua-maniles y de una larga artesa de cobre. El agua estaba hecha un yelo, y salíamos de unas camas bien abrigadas. Las niñas, por la mayor parte, se mojaban apenas el dedo meñique, y cuando me vieron ponerme azulada con el baño frio que mis brazos se dieron, sonriéronse todas, y se mofaron de mi fanatismo por el aseo.

Despues de habernos encapillado nuestros lúgubres ropones, fuimos á rezar y á oir misa. No se decian allí unas cuantas palabras, para rogar al buen Dios diese á nosotras sabiduría y á los nuestros salud, sino que se retahilaba una prece larguísima, leyéndola en un libro. El papa, el rey, los obispos, los diáconos, los subdiáconos, todas las órdenes de la iglesia tenian su oracion. Las alumnas mas pequeñas proseguian entretanto su sueño dejando caer la cabeza sobre las rodillas, y las mayores repasaban sus lecciones, ó bien algunas veces concluian una novela, que se les habia prestado de contrabando, durante la hora que permaneciamos en la iglesia. En seguida nos formaban en hilera para ir á comer una malísima sopa en el refectorio, y despues nos dejaban en los claustros unos momentos hasta la hora de las clases.

Preciso era aprender las lecciones; pero las amigas formaban grupo y charlaban riéndose con el libro puesto delante de la cara; mirábanme todas con la necia curiosidad de pensionistas. Maria me presentó á varias condiscípulas, y acto contínuo quedé filiada en el partido de las napoleonistas furibundas. Examináronme á la hora de clase. Como yo habia estudiado casi sola, aunque recorrido los libros, sabia un poco de cada cosa, sin saber nada perfectamente. Fué grande el apuro para clasificarme; en fin, pude conseguir quedarme en la division de Maria, pues prometí repasar las demás clases fuera de las horas de estudio. Tenia yo entonces una memoria tan feliz, que me hizo poco difícil esta tarea. Como continuase sollozando, en vez de aprovecharme del permiso de holgar, privilegio del primer dia de entrada en el establecimiento, me propusieron que pasase á estudiar mi piano por via de distraccion. Creí volverme sorda al entrar en una sala que contenia 50 pianos, tocados todos á un tiempo, y los cuales hacian una armonía infernal de escalas, sonatas, walses, egercicios, romances, cadencias; de todos los grados de fuerzas, de todos los géneros de música, confundiéndose, entrechocándose, y destemplándose mútuamente. Sentéme á uno de los pianos; mas las teclas permanecieron mudas, y fueron tan solo regadas con mis lágrimas.

A las dos tocaban á comer, y despues teniamos una larga recreacion en el jardin. Maria, bastante fastidiada de mi incurable tristeza, me abandonó sobre un banco, y yo me puse á reflexionar acerca de mi esclavitud y á llorar por mi padre, por Antonina, por mi madre, por la bondadosa Ursula. Al pasar por delante de mí una de las alumnas dijo en voz audible:

—Vaya una tonta llorona!

Estas palabras me volvieron en mí, y enjugando mis lágrimas, le pregunté si ella tambien no habia llorado al separarse de sus padres?

—Hija mia, si te has enfadado, bien puedes ir á soplar, repuso la colegiala riéndose.

—Soplar!... que necia y malévola sois!... bien que esto no será nuevo para cuantas os conozcan.

Era la alumna una realista hipócrita y distraida; mi respuesta hizo gracia, pues que fué orgullosa y poco sufrida, á par que muy del caso; gané de resultas una enemiga y diez amigas.

Volvimos á nuestras tareas, y llamóme la inspectora, quien me hizo una fraterna de las mas admirables, y me predicó la sumision, como instruida que estaba de mi índole, ya propensa á un defecto, ya inclinada á la contraida virtud.

A las ocho fuimos á cenar; luego vino de nuevo un rezo interminable, y en pos de él la hora de recogerse. Formábase un pequeño *comité* imperial sobre una de las camas del dormitorio; admitiéronme en él, y gané de resultas un buen constipado y una penitencia para el siguiente dia.

Necesité algun tiempo para comprehender mi nueva existencia, á la que jamás pude habituarme; no me era posible andar con mis sopalandas; mas de veinte veces al dia se me olvidaba que no era bien abrir ó cerrar una puerta sin hacer la cortesía... se me olvidaba tambien que un talego colgado del brazo era un segundo pudor, del cual no debia deshacerse una chica; en fin, cometia á menudo la inconveniente liviandad de bajar al refectorio sin haber enterrado mi cabeza en el inmenso sombrero de paja. Si añado á todo esto, que no sabia yo hablar bajo, que me reia sin esconder la nariz detrás de los libros, y que continuamente desarreglaba la simétrica alineacion de las filas de mi clase, se comprenderá que me cabia siempre el bochorno de llevar el sombrero puesto al revés, castigo ordinario que se daba á la que hacia gala de una conducta algun tanto independiente.

Cuanto mas insoportable era la esclavitud de nuestras acciones y ademanes, tanto mas inmensa la libertad de nuestros pensamientos: como nuestras maestras nunca hablaban con nosotras, haciamos comercio recíproco de las ideas mas falsas. Nuestra vestimenta era la garantía de nuestras perfecciones morales, asi como nuestros talegos y sombreros la de nuestras virtudes. Si me es lícito formar juicio, valiéndome de los recuerdos de mis diez años, creo que el ramo de estudios estaba mejor comprehendido y mas bien cuidado; se aprendia con diligencia las materias á fondo; se meditaba sobre lo que se sabia, y como se juzgaba inútil convertir en prodigios á aquellos pequeños seres, una muchacha, que salia de San Dionisio, despues de haber cursado todas las aulas, estaba en realidad bastante instruida. Se tenia tambien el buen talento de prohibir á las alumnas la pluralidad de habilidades; se comprendia que era imposible hacer que marchasen de frente el dibujo y la música. Se necesita un poco de amor para hacerse cargo de las artes, y este amor dividido no es mas que un gusto que conduce á la medianía.

Paréceme que en la educacion todo debe tender á un objeto moral, y no es por cierto sobrecargando el cérebro de mil cosas muy superficiales como se puede llegar á la inteligencia del alma. La historia, se hace recitar á los niños cual si fuesen papagayos;

aquella que os enseña que Clodiano tenia hermosos cabellos, que Pepin fué un usurpador, pequeñísimo en todos conceptos, que uno de los Felipes de Valois era hermoso, mientras el otro tenia fama de atrevido, es una nomenclatura tan inútil como fatigosa; pero la historia estudiada con fundamento es el mas filosófico de los estudios: nos manifiesta los imperios como unos grandes teatros donde se representan nuestras pasiones, y al enseñarnos los acontecimientos, nos enseña los hombres que les dieron impulso. Lo mismo sucede con la música: la ciencia de las contradanzas y de las variaciones puede despertar un eco de baile en una cabeza juvenil, pero las sublimes sinfonías de Beethoven, los divinos pensamientos de Mozart van en busca del corazon, lo ensanchan y enaltecen, á impulsos del sentimiento de la perfeccion humana, hácia la grandiosa inspiracion divina, que es nuestro Dios.

Sospéchase que las mugeres pueden ser fútiles y superficiales; por mi parte no lo creo; solo es menester, que, sobre bases ya sólidas, se les toleren las esterioridades; precisa enseñar á las jóvenes á embellecer sus almas así como sus cuerpos; es indispensable que sean nobles y grandes, en lo que respecta al corazon, á fin de que sus frentes brillen y atraigan el respeto, á fin de que reflejen sus ojos la bondad y el amor, y que todo en ellas sea la graciosa traduccion de pensamientos graciosos. Sobre todo, no intenteis mudar su primitiva naturaleza; cada uno de nuestros defectos tiene relacion con alguna buena cualidad: el orgullo puede convertirse en noble altanería; el coquetismo en un amable deseo de agradar. Mejorad; pero si dado os es enderezar esas tiernas plantas, no olvideis que es un crímen torcerlas bajo el impuro gravámen de la hipocresia.

Mucho me he estraviado de mi edad de doce años, y la olvido en mi actual vejez; devolvamos pronto mis pensamientos á los recuerdos de lo pasado, y retornemos á la edad pueril en los claustros de nuestra vieja abadia. Mi madre, todo el tiempo que permanecia en Paris, iba á verme los Domingos, y esta entrevista era para mi un suplicio verdadero. Nunca venia sola á visitar á Madama de Bourgouing; yo tenia demasiado orgullo para llorar entre sus brazos; además que me acordaba siempre que sus voluntades aisladas fueran quienes me desterraran de todas las mias. Podemos sin murmurar sufrir por causa de los indiferentes ó en razon de sucesos imprevistos; pero sufrir por culpa de aquellos, á quienes amamos, es un tormento que jamás

nos abandona. Yo era injusta sin embargo: juzgaba mi madre que mi carácter se domeñaria á las esclavitudes de la vida social con aquella disciplina monástica y severa; mas ay! mi espíritu deberia rebelarse en vez de someterse al yugo, y bajo la coyunda fué donde llegué á discernir en mayor grado el precio y la pasion de la libertad. Mis horas de lecciones se pasaban rápidamente; el estudio era para mi un placer mas bien que una fatiga, yo sentia cierta ambicion; en las clases solo me contentaba con los primeros puestos; mas apenas habia llegado la hora de la recreacion cuando arrojaba lejos de mi las cadenas y aun á veces las rompia.

Estaba dividido siempre San Dionisio en dos campos de batalla: la mayor parte de las alumnas, hijas de antiguas espadas imperiales, veneraban el ídolo de sus padres, tributándole continuo culto; algunas otras, hijas de emigrados furibundos, consideraban á nuestro dios como á un usurpador. Los gefes de partido catequizaban á las colegialas nuevas, les enseñaban las canciones de Beranger, ó los himnos sobre el nacimiento del duque de Burdeos. Todas las piernas chicas estaban al servicio de las buenas cabezas que ya contaban quince ó diez y seis años; hacian de correos, tomaban sobre sí las penitencias, y en premio recibian un pedazo de liston tricolor, un águila pintada, y algunas veces el retrato del pequeño rey de Roma. Todo esto se graduaba segun los servicios que se hacian. No me sometí yo por cierto á esta necesidad; servia y peleaba á fuer de voluntaria, y cuando la tristeza me oprimia, iba á sentarme al pié de un árbol corpulento, que me recordaba uno de los chopos de mi Villers-Helon.

No era yo sola en mis travesuras, pues participaba de ellas Maria Daumesnil, acompañándome en las escapatorias y en el consiguiente castigo. Todo estaba de mancomun entre nosotras; nuestras madres tenian permiso de llamarnos á ambas los dias de visita, y sermones iguales venian á corregir nuestros defectos. Por la noche, luego que todo el dormitorio reposaba, charlábamos acerca de los ausentes, de las vacaciones próximas á llegar, de su hermano, de mi hermana, y á Maria no le era posible quedarse dormida sin poner sus manos debajo de mi oreja. Cuando el Mariscal Macdonald iba á visitar la Real Casa, me presentaban á él; haciame dos ó tres preguntas sin escuchar las respuestas, y despediame con una palmadita en la megilla. Tambien Madama de Bourgouing tenia para conmigo mil bondades: era aquella una es-

celente muger, y harto respetable con su gran cordon de la Legion de Honor; pero se ocupaba muy poco de su presidencia en el Colegio. Mientras yo estaba en San Dionisio perdió á su nuera, jóven á quien adoraba, y esta afliccion de su alma paralizó sus facultades todas. Bien me acuerdo que lo que mas me agradaba en aquellas visitas á la Presidencia, era la libertad de poder bajar sola las escaleras grandes, y atravesar, sin verme embutida en la hilera, los largos claustros que conducian á nuestras clases y departamentos. Entonces subia yo los escalones cuatro à cuatro, toda vez que estuviese segura de hallarme á solas, y hacia el tránsito á saltos y brincos, de modo que llegaba con la frente hecha un ascua, y con una gravedad muy sofocada, lo que me acarreaba mil preguntas, aumentadas con un largo discurso acerca del juicio y buen porte que las niñas deben observar.

Tambien algunas veces pasaba yo á ver á Madamisela Fleurot, una de las novicias, quien me trataba con aprecio: era esta una jóven muy amable, sin bienes de fortuna, y la cual debia permanecer en la casa para ponerse al frente de un establecimiento particular de educacion mas adelante.

En el mes de Enero tuve una inflamacion en el estómago, y mi buena tia la de Garat sustituyó á mi madre en sus esmeros y visitas. Consiguióme una licencia de un mes, cuyo tiempo pasé en su casa, bendiciendo á mi estómago por habérseme inflamado tan á propósito en las fiestas de año nuevo. Diéronme todos los gustos posibles: Mr. de Brack me llevaba consigo por todo el dia. Oh! cual me palpitaba el corazon al subirme junto á él en su ligero tilbury! llevábame de visita ó á comer en el Cafè Inglés, y luego al teatro; y yo volvia á la noche cargada de bombones, de juguetes y de recuerdos. Tengo presente dos casas que visitamos entónces: fué la primera, la de Mr. Cuvier, donde se nos introdujo en un gabinete de despacho, en que el gran sabio estaba medio amodorrado sobre su poltrona, miéntras una jòven muy linda, hija suya, le leia un manuscrito. Confieso á mi vergüenza que al cabo de un cuarto de hora, púseme á bostezar con disimulo, al oir la conversacion, que deberia ser muy interesante; de suerte que la Señorita de Cuvier se vió obligada á despertarme á fin de conducirme á su jardin y hacerme admirar los lindos animalitos que tenia en él.

La segunda visita fué á Madamisela Mars, de quien habia yo oido hablar tanto, que ya me hallaba llena de admiracion cuando entrè en su elegante casita, situada, si mal no me acuerdo, en la

calle de Mont-Blanc. Estaba la actriz sentada en un sillon, y en la misma actitud sencilla en que se sientan las demás mugeres que no son grandes actrices. Su trage consistia en un gran peinador blanco, y su figura nada presentaba de particular. Díjole mi curiosidad el Señor de Brack, rióse ella, y dióme un beso y algunas castañas de dulce. Asaz chasqueada, y como á mis ojos nada de prodigioso se hubiese presentado, trasladé á mis oidos todas mis esperanzas, y púseme á escuchar con lo mas intensa atencion. Empezó ella á hablar, con la voz mas deliciosa que puede oirse, acerca de terrenos, de especulaciones, de rentas, y de las altas y bajas de la Bolsa. Yo no entendia estos sonidos, mas los escuchaba como á una música hechicera, y paréceme hoy que debí esperimentar la misma sensacion penosa y dulce que se apodera del alma al reconocer en la prosáica medida de una contradanza, los sensibles trinos que en el teatro la noche precedente gimiera con tanta dulzura la Grissi.

Durante aquel mes de convalescencia lleváronme á la Opera, y á la Puerta de San Martin, donde las *Pequeñas Danaidas* me parecieron la cosa mas divertida del mundo. Pero lo que mas golpe me dió, y me puso del todo vana, á par que me hizo completamente feliz, fué un *Baile de Niños* en el *Palais Royal*. Luego que un fornido lacayo, todo cubierto de galones, vino á traerme la targeta del régio convite, luego que Mr. Brack, quien se hallaba á la sazon en el aposento de mi tia, declaró que me cedia uno de los trages de Victorina, comprendí las delicias que esperimentaria la Cenerentola, y no le envidié su madrina, menos campechana que el padrino de mi alma.

Llegó el hermoso dia del baile; preciso fué desde luego sobrellevar el suplicio de cincuenta papillotes, destinados á amoldar mis cabellos cual si estuviesen naturalmente rizados; pusiéronme en seguida mi lucido vestido de crespon; verdad es que me sofocaba algun tanto; mas cobré ánimo al mirarme en el espejo. Por último, los zapatos, que me estaban pintados, añadian su tortura á cuantas sufriera yo de antemano por estar *paqueta*. Llegamos en el instante en que la Duquesa de Berry rompia el baile con un rigodon; tenia puesto un vestido de crespon blanco guarnecido de plumas, color de rosa y de hueso; veíase en sus cabellos una guirnalda de las mismas plumas; su *tualeta* era mas linda que su figura. Luego vi á *Madamisela* (*) la alta, quien me pareció una princesa lle-

(*) Título que se dá á la hija primogénita del hermano ó del tio del rey de Francia.

na de pedanteria. Tambien vi á todas las graciosas princesas de Orleans, y bailé una activa galop con el duque de Nemours. Su Alteza jamás guardaba el compás, me hacia tortilla los pies á puro pisoton, y era menester llevarle en volandas; de modo que me sentí tan fatigada como envanecida con tan insigne honra.

Volviéronme á San Dionisio, con la cabeza atestada de todos estos placeres, y la imaginacion exaltada hasta tal punto, que, al cabo de tres semanas de pesares y de ensueños, caí peligrosamente enferma de una fiebre cerebral complicada con ahoguío. Escribieron á mi padre que me hallaba deshauciada; y cuando llegó mi madre, corriendo la posta, me encontró en las últimas y privada de conocimiento. Llamábala yo en mi delirio, y deciale que su ausencia me habia dado la muerte, y que espiraba por voluntad suya y por el olvido de mi padre. Duró este estado quince dias, y enterneciόse mi madre á tal estremo, que resolvió sacarme de San Dionisio; asi la primera palabra que hirió mis oidos, luego que recobré el acuerdo, fué la promesa que me devolvia á mi vida de cariño y de libertad.

V.

Luego que fué posible transportarme, halléme querida, libre y mimada en Villers-Hellon, con encargo especial de que no hiciesen trabajar á mi pobre cabeza, y por órden de Mr. de Marjolin, al abrigo de fraternas, de lecciones y aun de las mas ligeras contrariedades. ¡Qué verano tan delicioso pasé confiada al cuidado de mi ama seca Loló! pasaba mis dias en los bosques; iba á visitar á los pobres campesinos; á llevar frutas á los segadores, y á trocar los panecillos tiernos y los bollos blancos que me servian de merienda, por pedazos de su pan negro y asentado: despues, cuando llegaba la noche, volvia á casa en las carretas, medio enterrada entre el heno odorífero ó entre las gabillas doradas, y sonreíase mi abue-

lo al presenciar mis goces campestres, y mi madre al ver los lindos colores que iban readquiriendo mis mejillas con los rayos del sol. Cuando llegó el otoño acompañado de Mr. Elmore, se hicieron mis placeres todavia mas vivos; permitiéronme que aprendiese á montar á caballo. Acuérdome de la primera leccion: subiéronme sobre una linda yegua torda, y dí una vuelta por el patio, rodeada de los avisos, temores y zozobras de toda la casa; en seguida obtuvo Mr. Elmore la gracia estraordinaria de llevarme á los campos. Ató mi caballo al suyo con un largo ronzal, y me dijo:=''Agárrate y no tengas miedo,''=y haciendo succeder el trote al paso, el galope al trote, el salto de una zanja al respingo de una cabriola, dióme á comprender los goces de la carrera rápida, de los peligros menospreciados, y de las dificultades vencidas. Pasóse mucho tiempo ántes que confesase yo mis arriesgadas proezas, y cuando las descubrieron, me hallaron tan aguerrida, que miéntras se estremecian por lo pasado, daban permiso á mi actual esperiencia.

Villers Hellon estaba muy brillante: se hacian comedias y hermosas partidas de campo. Habia allí un sin número de huéspedes, y entre otros Mr. Laausse, capitan de navio; gozaba este sugeto reputacion de elegante, amable é instruido. Yo gustaba mucho de él y le queria bastante, aunque mi amigo M. Elmore le hallaba aborrecible, no sé porque razon=seguramente seria para llevar la contraria á su esposa Madama Elmore.

Mr. de Montrond, amigo íntimo de mi abuelo, vino á pasar con él algunos dias; era hombre festivo, y muy amable; por mala fortuna sin embargo, me desterraban del salon siempre que abria la boca el tal huesped. Parece que andaba huyendo de sus acreedores, y que su corazon se abria á los antiguos recuerdos, asi que su bolsillo se cerraba á las dudas recientes. Una hermosa mañana, no sabiendo como matar el tiempo, tomó la escopeta, y desde la ventana de su cuarto, se puso á disparar tiros dobles con admirable acierto á nuestros inocentes patos; los que perecieron todos, mientras mi abuelo, hallando la broma un poco pesada, mandó al cocinero que durante seis dias no presentase en la mesa otro plato que el de los pobres difuntos. Vióse precisado Mr. de Montrond á comer patos asados, cocidos, en adobo, en fricasé, en pastelon, hasta que huyó de sus orduñas no sé á donde, dejando á Villers-Hellon, para ir mas léjos á olvidarse de sus acreedores y de sus patos.

Preguntado en cierta ocasion sobre que haria si tuviera cien mil libras de renta:=''Pardiez, contestó con la mayor frescura, yo *ha-*

ría deudas." Mr. de Montrond habia estado muy en tono con mi abuelo en tiempo del Directorio; y muchas veces hablaban uno con otro; pero tan de quedo, que no podia yo entender lo que decian, acerca de Madamas de Rolland, de Tallier, de Genlis y de Stael. Eta última amaba bastante á mi abuelo, y aseguraba que era la *bestia* de mas talento que conocia.

En el mes de Noviembre nos pusimos en marcha para Estrasburgo; eran las ocho de la mañana cuando llegamos á la cumbre de la cuesta de Saverna; el sol, que nacia, refractaba sus rayos calientes y purpurados sobre las nieves congeladas de las montañas de la Selva Negra. Hacia brillar sus crestas cual ópalos puros, sobre el manto azulado del cielo. Los vapores del Rhin temblaban á sus pies en nubes fantásticas, y la flecha misteriosa del campanario de Estrasburgo dibujaba su grandiosa inmovilidad sobre aquel variable horizonte. Nueva escala de Jacob, parecia juntar el cielo con la tierra, y llevar hasta los pies de nuestro Padre Celestial la Cruz, símbolo de todos los padecimientos y de todas las esperanzas humanas.

En un término de lontananza mas cercano, veianse ricas campiñas y graciosas aldeas; la cordillera de los Vosges con sus negros abedules y sus ruinas góticas; á nuestros pies, agrupándose los caseríos de Saverna, se asomaban sobre su ribazo, y hacian brillar las vidrieras de sus ventanas, que formaban chapas de fuego entre la verdura terciopelada de sus yedras pegajosas; enviando al cielo las humaredas de sus hogares cual caprichoso homenage que al despertar le tributaba.

Admiré con toda mi alma un espectáculo tan magnífico, cuando las pisadas de un caballo y el beso de bienvenida que me daba mi padre, vinieron á redoblar mis delicias; subíme con él al pescante del coche, y hasta Estrasburgo gozamos uno y otro de la naturaleza y de la dicha de habernos reunido otra vez, y de la mañana mas hermosa del otoño.

A mi llegada fué preciso volver à emprender mis estudios, interrumpidos hacia seis meses, y con los frescos colores de la salud, tornaron las lecciones y las fraternas. Tuve un buen maestro de piano, otro de literatura é historia, un escelente capellan de regimiento me preparó para mi primera comunion, y un maestro de esgrima me dió agilidad y fuerza.

Reservaba mi padre para mí todo el tiempo, que no estaba destinado á sus soldados; asistiamos al manejo de armas en la muralla,

montábamos á caballo, y cuando las lluvias nos impedian salir, pasábamos el tiempo jugando al florete. Aunque no era yo muy ducha en tirar, solia ser algunas veces tan certera en el asalto, que quedaba vencedora; y luego que mi florete habia tocado uno de los botones de su casaca, mi buen padre gozoso y envanecido, me contaba por via de recompensa, las historias de Madama Guilleminot, de Madama de Coucham y de otras célebres heroinas.

Iba á pasar los Domingos en casa de Madama de T... amiga íntima de mi madre; hice conocimiento con sus hijas, y no tardamos en ser inseparables. Aquella familia era una de las mas amables y distinguidas de Estrasburgo. La señora de T... era todavia una muger de mérito, aunque contaba cuarenta años de edad, y habia sido en su juventud muy admirada, y de carácter en estremo divertido. Luego que la primera arruga apareció en su hermosa cara, y quizás con el objeto de coquetear por última vez, se volvió cuáquera; sus bellos ojos no tuvieron ya amor sino por el cielo, mientras no le faltaban adoradores en la tierra. Mr. de T... era banquero, y un hombre ni alto ni bajo, ni flaco ni gordo, ni jóven ni viejo, pero tenia casi talento, casi juicio, y un corazon casi bueno. La hija mayor de Madama de T... hubiera sido bonita, si sus hermanas lo hubieran sido ménos; su hermano Fernando era un jóven muy lindo. Mis amigas eran dos criaturas encantadoras. Jenny, hermosa como nuestros ensueños nos pintaban á las reinas, cuando creiamos en su mérito, alta, esbelta, con cabellera rubia y ojos negros, era altiva, desdeñosa, y poseia bastante originalidad para que no le hiciese falta el talento. Maria, amiga de las risas, y escelente jóven, á cuyos rasgados ojos azules prestaba sedosa sombra una orla de negras y largas pestañas, era buena y síncera, franca, coqueta y afectuosa.

Nuestros dias de recreacion los pasábamos juntas en una pequeña hacienda de campo de su pertenencia, distante una legua de la ciudad, y bajo la vigilancia de nuestra aya Ursula. Nos burlábamos del frio del invierno, corriendo por el jardin; ya nos lanzaba un ligero columpio hasta las últimas ramas de los abetos, ya nos encaramábamos por los enrejados, ó corriamos por medio de las nieves, y luego al hallarnos un poco muertas de fatiga, ibamos á recostarnos junto al caliente aliento de unas hermosas vacas suizas, que ocupaban los establos; allí, charlando de las diversiones de mañana y de los goces de hoy, y á veces tambien soñando en voz alta de ilusiones futuras, acerca de maridos, de bailes y de chiquillos mamonzuelos. Tambien en aquellos instantes de tranquilidad, hacia-

mos alguna labor con la aguja, y vendiamos despues nuestra obra á la familia, para el socorro de niños desgraciados.

Antonina, demasiado chica para pertenecer à nuestro respetable trio, era pintiparada para hacer nuestros mandados, para merecer nuestra proteccion, y dejarse gobernar por nuestra rancia esperiencia; era entonces ella una hermosa niña, dulce, cariñosa, tierna, y tan mimada de mi madre como yo lo estaba de mi padre querido.

Mi madre admitia tertulia por las noches; mas luego que daban las nueve y anunciaban las visitas, ibamos nosotras á seguir la parlería en nuestro aposento. Mi padre odiaba vernos en el salon como unas muñecas, y á mí me fastidiaban esos cumplimientos y besamanos, que me parecian servicios de *recargo* para los pobres oficiales que estaban á las órdenes de mi buen padre.

Habíame vuelto muy zafia, y zahareña, no por timidez, sino por un orgullo que me habia revelado la ninguna suposicion de mis doce años de edad, y por la costumbre que tenia de no alternar sino con aquellas personas que solo podian amarme por lo que yo era; en este número, y en primer lugar se contaba el hijo del general Neigre, y que era teniente de Infantería. Cuando mi madre salía por las noches subia á nuestro aposento este jóven, trocaba su espada por un delantal y nos poníamos á hacer magníficos bombones, jugábamos alborozados al esconder, ó á la gallina ciega, no dejábamos cosa en su sitio, trepábamos á las alhacenas mas altas, ó nos ocultábamos medio sofocados en algun imperceptible escondrijo. ¡Qué emocion cuando se acercaban los pasos, cuando sentiamos en el rostro el aliento del que nos buscaba ó cuando sus ojos habian columbrado á los nuestros. ¡Qué gritos, que risotadas, cuando una inocente caida tendia en el suelo á la pobre gallina ciega, que se habia agachado demasiado para apoderarse de su presa! Qué dicha cuando mi padre, escurriéndose de su tertulia, volvia inesperado para besarnos, y la gallina ciega, agarrando una cinta ó un pañuelo que habiamos colgado del cuello de aquel bondadoso señor, gritaba con desaliento: "Ya pillé á Maria" y solo habia pillado al coronel. Oh! que noches tan hermosas! que dias tan bellos!

Casi todas las mañanas nos enviaba Mr. Neigre un enorme perro que nos traia con toda delicadeza en la punta de los labios unas tortas escelentes; acompañábale un gastador, que venia á informarse de la salud de Madama Neigre (esta era Antonina). Subiase mi hermana sobre las rodillas del formidable barbon, y le tiraba de

las patillas, esperando la posibilidad de tirarle algun dia á su marido de los bigotes; yo le hacia mil fiestas al perro, y con la mayor política daba al animal irracional un vaso de leche, y un vaso de vino al racional.

Tuvimos en aquella época una gran pesadumbre; nuestro oficial fué arrestado por quince dias, y vean VV. por qué. El dia de Noche buena los honrados vecinos cuelgan en las ventanas las aves que deben constituir su plato fuerte en el festin de Navidad: el orondo pavo se mece torpemente en el balcon del opulento traficante, miéntras el tísico pato, colgado en el traga-luz de una familia pobre, es ligero juguete de la brisa decembrina: ahora bien, aquel año, en el silencio de la noche, bajó un espíritu maligno á poner en confusion todas aquellas *sacratísimas* víctimas destinadas al asador; y por la mañana, el flaco pollo ó ético pato se halló convertido en un pavo soberbio; y por supuesto no hubo quien se quejára; pero el soberbio pavo reducido á un zancudo y enjutísimo polluelo atrajo una granizada de reclamaciones sobre la cabeza del culpable; y como nuestro escéptico siglo cree mas bien en la travesura de un alférez que en la astucia de un perverso demonio, encerraron de resultas á nuestro amigo.

Muy largos fueron aquellos quince dias; á fin de probar á nuestro pobre desterrado que pensábamos en él, solo comíamos pan seco para nuestra merienda, y le enviábamos el tarrito de dulce de Bar que nos estaba destinado; luego en nuestros paseos escojíamos el baluarte desierto donde caian las ventanas de su reclusion, y confiábamos al telégrafo de nuestros brazos hacerle saber los pesares de nuestros corazones. Todo esto se halla hoy muy léjos y muy cerca de mi.

Cuando hablaba ahora poco de la Navidad, vìnoseme á las mientes el recuerdo de los regocijos que acarrea aquella época para la vieja ciudad alsaciana. Algunos dias antes, la plaza de la Catedral se cubre de tingladillos, abastecidos de toda suerte de mercancías. Los padres de familia afectan un aire misterioso; los chiquillos procuran hacerse cuerdos; pues saben que va á nacer el Niño Dios, y que por su conducto han de realizarse sus ensueños mas bellos. Ya no se duerme, se cuentan las horas, los minutos; cuando llega la gran noche, tres ó cuatro generaciones mezclan y confunden su jùbilo y sus votos: á una señal dada, se abre de repente una puerta, y todos quedan embobados.

En medio de un vasto salon se eleva un abeto cuyo pié está em-

butido en una enorme torta, y cuya copa se lanza hasta tocar á la techumbre. Mil velitas de cera brillan entre su negro ramage, y mil bombones las reflejan sobre las apetitosas fasccecillas de su azùcar candi, muchos preciosos querubines, escelentes de mascar, parecen sacudir las alas en torno de las espinosas ramas de aquel árbol milagroso, haciendo flamear sus listones con divisas evangélicas y juiciosas, sobre los pequeños y embobados rostros que los contemplan con ojos tamaños.

Al rededor del árbol se ven arrimadas unas mesas, y sobre ellas tantas bugías cuantos años su dueño; están cubiertas primorosamente de una infinidad de regalitos que se han acumulado allí á fin de proporcionarle lindas sorpresas. Alli hay muñecas, juguetes, confituras; aquí espejuelos, una Biblia, el retrato de un ausente, á la izquierda una escopeta, un latiguillo, á la derecha, prendas de afecto, cintas y flores, y por todas partes alegría, èxtasis, espresiones de gratitud, y besos á nunca acabar.

Entre los amigos de mi padre, el que mas nos queria era el mayor Coger, hombre escelente que lloraba á su esposa difunta, criaba sus canarios, y nos profesaba el cariño mas síncero. Ibamos á merendar á su casa algunas tardes, en medio de veinte y cinco canarios que volaban sueltos por el salon. Veíanse entre ellos muchas hermosas hembras, pequeñas madres de familia, que se alarmaban al vernos, y protegian sus nidos para que ni aun los mirásemos. Habia varios graves padrotes que entonaban sus himnos á los rayos del sol, y canarias coquetas partiendo desdeñosas con el pico un grano de alpiste, y mojando la puntita en una gota de cristalina agua; en fin, contábanse varios bien nutridos artistas que se hacian los muertos, luego que se les tocaba con un tallo de yerba, y picoteaban el reloj de sobre-mesa para decirnos la hora cuando su amo se lo mandaba, ó bien, haciéndose los alicaidos, le saltaban en los hombros y le daban besos.

Tambien visitábamos algunas veces al coronel Lechesne y á su esposa; sugetos, muy buenos, é indulgentes, que tenian hijos casi de nuestra misma edad y eran, asi como los dos sobrinos de mi padre, subtenientes en su regimiento, siempre sumisos á nuestra voluntad, y prontos á complacer nuestros mas leves caprichos.

Eugenio y Próspero venian á casa todas las noches, á darnos lecciones de escribir, y estas se reducian á jugar al florete, á contar cuentos á Antonina, ó bien á decir charadas que á Ursula parecian muy curiosas, pero que jamás adivinaba.

VI.

La primavera nos devolvió á Villers-Hellon. Allí debía yo hacer mi primera comunion, así es que pasé el tiempo con toda la gravedad imaginable. Frecuentaba la iglesia, estudiaba la Doctrina, la Historia Sagrada, los Evangelios, y hacíame visitar mi madre las chozas de los pobres donde habia miserias que socorrer y aflicciones que consolar. Tambien mi abuelo me confiaba sus limosnas, y yo era dichosa al verme amada y bendecida en su nombre.

El dia del Corpus fué el destinado para mi primera comunion, para ese grandioso acto que iba á transformar la niña en jóven, que iba á iniciarme en las cosas del cielo antes de abrirme las puertas de la vida! Ya se acerca la hora de los deberes, quizás la de la seduccion, el corazon late mas brioso, deléitase mas: precísale una égida á la virgen cristiana, y la religion que meciera su cuna, se apodera de su alma inmancillada y feble, depositando en ella sus leyes y sus verdades, y prestándole un refugio contra los alicientes y padecimientos de este mundo que se apresta á reclamarla.

En la mañana de aquella iniciacion solemne, ¡cuán espléndido brillaba el sol, cuán profundas eran mis emociones! Con su propia mano vistióme mi madre el blanco ropage de los comulgadores, púsome en el cabello una matita de jazmines, símbolo de los pensamientos de inocencia y de fé, que el dia anterior habia depositado en mi alma un sacerdote; y en seguida, antes que la voz de las campanas nos hubiese llamado á recibir la bendicion del Altísimo, arrodilléme á sus pies y ella me bendijo llorando...

La iglesia estaba adornada de follage, el altar se veia oculto entre ramos de lila, de acacías y de abenuces; guirnaldas de coronillas y de margaritas blancas, ceñian con sus lazos odoríferos los cirios resplandecientes del tabernáculo, y las jóvenes comulgadoras, temblando bajo las ondas de sus velos, entonaban alabanzas al Señor.

No podria esplicar la turbacion misteriosa que se apoderó de mis sentidos cuando el sacerdote elevó el copon sobre nuestras cabezas, y cuando nubes de incienso y de flores saludaron al Redentor del mundo! Blandeáronseme las rodillas, fuéseme la vista, y en el momento que la comunion vino á traerme á Dios, para que le encerrase en el santuario de mi pecho, parecióme que un ángel me tocaba con la punta de su ala, y que me iba á morir.

Este gran acto de mi vida ha permanecido grabado con caracteres de fuego en los repliegues mas íntimos de mi memoria. Al lado de estos recuerdos se me presenta aun la imágen benigna é indulgente del señor cura de Villers-Hellon. Jóven todavia, era suya la tolerancia de la esperiencia, y de la virtud. No combatia con palabras las disertaciones algo *Voltairenses* de mi abuelo; mas por sus acciones conseguia hacerle amar la religion, respetar á sus ministros, y olvidar en cierto grado los pensamientos incrédulos del siglo diez y ocho.

Hácia el mes de Octubre, Cárlos X debia atravesar la Alsacia, y una carta de mi padre nos llamó á su lado para aquella época. Las fiestas ofrecidas al rey fueron magníficas. Los ricos campesinos de aquel pais, engalanados con su gracioso trage, y montados en los caballitos de sus montañas, galopaban en torno de la carroza régia. Sus mugeres é hijas, embellecidas con sus preciosos encages y sus sonrisas aun mas preciosas, con sus ojazos azules, y largas trenzas rubias, seguian en ligeros carruages, y por intérvalos el cañon mezclaba su gruesa voz á los repiques piadosos de las campanas, y á los vivas del pueblo.

A la puerta del palacio unas jóvenes presentaron al rey con mil felicitaciones y flores, las llaves de su buena ciudad de Estrasburgo; á la noche se dió un soberbio baile, la catedral iluminó sus blondas de granito, y los Vosges hicieron centellear cien ramilletes de fuego sobre las almenas ennegrecidas de sus escombros feudales. En todas partes habia júbilo y amor, por do quiera se veian ojos brillando con eterna lealtad. ¡Gozad, oh príncipes, gozad á prisa de estas adulaciones populares! Luego que suene la hora del destierro y de la desventura, en vano buscaréis el humo de este incienso, ni hallaréis ya un vestigio de pesadumbre sobre estas frentes, ni la traza de una lágrima en estos ojos!

Mi tia Garat vino á pasar ocho dias con nosotras, al separarse del campamento de Luneville. Estos fueron ocho dias de fiesta y de júbilo, porque mi padre adoraba á su hermana política, y queria

rodearla de placeres, de diversiones y de admiradores. La elegancia, la belleza, el franco y festivo carácter de mi tia, alborotaron á todos los corazones desocupados de la Alsacia, y cuando se ausentó hubo pesares en abundancia, desengaños y padecimientos.

El viage de mi tia, nos proporcionó visita de una jóven muy mona que acababa de casarse con Mr. C. G. Era la tal una lindísima muñeca de cera blanca y sonrosada, que abria y cerraba los ojos, decía papá y mamá, y á veces, cuando el marido le apuraba los resortes de su inteligencia, pronunciaba algunas frases muy dulces y tiernas, que no tenian la pretension de significar cosa ninguna, pero que manifestaba la docilidad de aquella mecánica esposa.

En mi vida he visto reinar el fanático amor del órden en ninguna parte tan despóticamente como en casa de aquella jovencita. Mas bien habia nacido para arreglar que para vivir. Madama G. ocupaba un piso de los mas hermososos; pero no atreviéndose á pisar las alfombras, á sentarse en sus sillones ó sofaes, ni á ojear uno de sus lindos libros encuardernados con oro y seda, cubria todo aquel lujo esquisito y *confortable* con lienzos, gasas y cartones, pasando sus dias en un cuarto de vestir, sentada en una silla con asiento de paja, y leyendo algunos viejos volúmenes pertenecientes á un gabinete de lectura. Como el baile podria ajar las delicadas telas de su vestidos, renunció al baile la arreglada niña, y como las emociones pudiera cincelar en su frente alguna que otra arruga, y desflorar el frescor de su cara, desechó lejos de sí las emociones, y los pensamientos. En fin, ceñida de todos los goces de la existencia, cifraba su orgullo y felicidad, en preservar los deterioros del polvo, y de los descalabros del tiempo, y se hubiera considerado completamente dichosa, si hubiese podido guardar á su esposo y á sus hijos debajo de una bomba de cristal.

Ibamos á pasar los últimos dias del otoño en la casa de campo de Mr. de T. que tenia un pequeño casino en la estremidad de la isla, y donde se pasaba la temporada alegre y hospitalariamente. Volvíamos á veces á Estrasburgo para aprovechar nuestras lecciones, y por la noche se nos reunía mi padre, quien buscaba á nuestro lado olvidarse de su soledad durante el dia. Yo le esperaba horas enteras en el camino real. Dejaba su caballo al asistente, volvia conmigo á pié, y yo me colgaba de su brazo, le daba mil besos á fin de retenerle mas tiempo para mi sola, y retardar su llegada, que siempre era demasiado pronta para lo que anhelaba mi corazon.

Un dia, ¡ay de mí! le aguardé en vano; llegó su asistente solo; venia en busca de mi madre, quien partió desazonada y sin darnos el beso de despedida. En toda aquella noche no pegué los ojos; por la mañana nos hicieron subir en un coche á mi hermana y á mí, diciéndonos que nuestro padre habia caido enfermo, y queria vernos: poco à poco fuimos sonsacando á Ursula, quien, llorando sin consuelo, nos dijo que su amo habia ido á cazar, y que la escopeta, rebentàndosele en las manos, le habia herido gravemente.

Al llegar, lloré con tanta desesperacion, que fué preciso hacerme quedar una hora à la puerta del cuarto para calmar mi angustia y sofocar mis gritos. Oyóme mi pobre padre; me llamó, y precipitéme de rodillas cabe su lecho. "María, hija mia, me dijo él, tú me quitas las fuerzas, haciéndome dudar de tu valor." Inclinòse su cabeza sobre la mia; sentí caer una lágrima, y comprehendí que aquella lágrima era un adios, y mi corazon estuvo próximo á estallar!.. No sé lo que pasó en seguida... Volví en mí y halléme tendida sobre la cama de Madama de T... quise levantarme, volver al lado de mi padre; pero la emocion habia sido demasiado fuerte, y prohibió mi presencia el facultativo. Oh! cuanto maldigo la impotencia de mi razon sobre mi desespero! hallábame separada de mi enfermo idolatrado, y todo por culpa mia! Transcurriéronse dos dias en angustias semejantes; al tercero y á media noche nos llevaron á la cama de mi madre.... todo estaba concluido!.....

Buen Dios! qué pena tan profunda para ser la primera! ¿por qué tan jóven me arrebataste mi fuerza y mi guia cuando á mi peregrinacion preparabas senderos tan espinosos?... ¿por qué? ¿Temias que con él me fuese la tierra demasiado blanda? ¿le has colocado en el Cielo á fin de que yo encamine hácia allá mis pensamientos y mis esperanzas? Oh! Señor, no sondaré el abismo de tus designios; mas por piedad, si no he flaqueado bajo el peso de mi cruz, me devuelve á mi padre en tu eternidad.

VII.

Despues de mi desgracia, una densa tiniebla ennegreció mis

pensamientos. Todo me presentaba la imágen de la muerte; cuanto yo amaba con mi padre y por mi padre tornóse para mí en objeto de afliccion y de luto: mis ojos buscaban sus ojos; cada puerta que se abria me causaba estremecimiento como cuando solia esperar su llegada, y eran las lágrimas mi ùnica resignacion. Al hallarme á solas, repasaba en mi alma las palabras, los consejos de mi padre; prometiale ser digna de él; y aunque hembra, tenia el corazon fuerte, y juré sobreponerme á las mezquinas vanidades y estrechas exigencias de la sociedad; prometíle ser grande y noble, no segun las proporciones del mundo, mas en conformidad á sus ideas y convicciones soberanas, que habian llegado á ser mi conciencia, y adopté para mí su divisa,—"Haz lo que debes, y venga lo que viniere."

Algunas veces recuperaba mi valor, y hacia por estudiar y combatir el lado flaco ó torcido de mi carácter; luego se despertaba en mí un súbito dolor, é indignábame de ver bullir en torno mio tantas existencias cuando él yacia en el sepulcro... sí, cuando tapaba la tierra al que yo queria tanto!

Mi tio Mr. Colard vino al momento á ver á mi madre, para llevarnos á Villers-Hellon; mas por el irresistible poderío de las tristes circunstancias de dinero en que nos hallábamos, y que constituyen siempre el acompañamiento miserable de nuestros dolores mas intimos, se determinó que debiamos quedarnos en Estrasburgo hasta la primavera. Yo amaba en estremo á Maria y á Jenny; toda la familia de T... nos trataba con el mayor cariño, y á pesar de eso me penaba esta resolucion: aquellos lugares, que tan queridos me fueran en vida de mi padre, llegaron á ser insoportables para mí. Cuando me hablaban de él, haciase pedazos mi corazon, y cuando olvidaban su memoria, desesperábame tan criminal negligencia. La única persona que sentia tanto como yo era el mayor Cogen; este habia quedado de segundo curador nuestro, y siempre que nos mirábamos, siempre que me daba un beso, comprendia yo que aquel á quien nuestro cariño echaba de menos, vivia aun entre nosotros, en nuestras miradas y en nuestros besos.

Sin embargo no se pasaba entre lágrimas mi vida entera: el tiempo jamás se para, y varía nuestras impresiones á despecho nuestro, y en su marcha continua, hacía sucederse unos dias á otros, y devolvíame á mis antiguas costumbres, á mis estudios, y á mis deberes. Mas recogida mi pena, habia labrado un santuario dentro de mi corazon mientras la sonrisa de la juventud

reaparecía otra vez sobre mis labios. En cuantas ocasiones un desahogo de júbilo vino á lastimar mis recuerdos, y en cuantas sustituila con triplicada fuerza el dolor! Entonces lloraba yo por él y por mí, despreciando la posibilidad de olvidarse que tiene nuestra frágil naturaleza. La vista del regimiento me trastornaba los sentidos, y los sones de la música militar pareciánme una ironia cruel que turbaba el reposo de mi pobre padre dentro de su tumba.

Quedóse con nosotros mi tio Mauricio durante dos meses; empeñáronse en darle por esposa á Cecilia de T... y en efecto le pareció muy amable; mas para huir del horror que le causaba una inmediata decision, pidió le concediesen algun tiempo, á fin de aprender á amarla mientras aprendía á conocerla. Mi tio pasaba las mañanas enteras en casa de Madama de T... y luego que habia seguido por algun tiempo á la sentimental Cecilia por las regiones estrelladas de lo sublime, venia á jugar con nosotros, á fuer de estudiante concluidas sus tareas. Anheloso de conquistar el orgullo de su futura hermana política, ocupàbase mi tio Mauricio, particularmente de Jenny, la besaba con ardor, hacíale con frecuencia rabiar, y le robaba los rizos de sus cabellos; en fin se enamoró de ella tan de veras, mientras Cecilia se vió amada tan de broma, que se desbarató el casamiento, y hubo un par de ojos tristemente colorados por largo tiempo despues.

Todas nuestras lecciones se daban de mancomun; teníamos por maestro de historia y de estilo á un jóven clérigo protestante, lleno de indulgencia y de talentos; acuérdome todavia de la escelente instruccion que nos dispensaba Mr. Schmidt, de su gravedad durante el trabajo, y de su complacencia tan luego come sonaba la hora de huelga y de libertad.

Jamás salia mi madre; y nosotras raras veces: por mi parte no lo deseaba; y cuando veia en la calle á uno de mis artilleros, quien, con aire triste se llevaba la mano á la visera del chacó, deshaciame en lágrimas á pesar mio, y quedàbame corrida de esta emocion, manifestada públicamente.

En aquellos dias, noté entre los sugetos que visitaban á mi madre, á un jóven muy elegante, bien parecido, amable, y lleno de un espíritu, caballeresco, y en cuya persona se hallaba transformado el hombre de nuestra época en el héroe de los siglos románticos. Mr. de Cochorn tenia tanta fuerza y heroismo en la fantasía que era superior ó inferior á la vida positiva, y desdeña-

ba traducir su corazon en acciones al uso de nuestro pobre planeta. A juzgarle por sus obras, pudiera creérsele distraido, egoista, débil; mas respecto à sus ideas estaba siempre lleno de energía, de amor y de abnegacion; mimaba mucho á Antonina, era afable y cortés para conmigo, cuando se me permitia estar en el salon un instante á la hora de su vista; y yo habia *adivinado* que profesaba amor á Cecilia, y supuesto que un casamiento seria el remedio mas eficaz para curarle de un recuerdo penoso.

Acostábame algunas veces sobre un canapé en la alcoba de mi madre; una noche, que no pude quedarme dormida, la oì hablar; levantéme para preguntarle si le dolia algo: ella estaba soñando; un nombre pronunciaron sus labios, y una espantosa probabilidad hirió mi corazon: pasé lo restante de la noche en angustia inesprimible; en fin, causáronme empacho mis sospechas, y resolví ver con mis propios ojos, antes de hablar de ello y de sufrir de resultas.

Aquella misma noche vino de tertulia Mr. de Cochorn á casa de Madama de T... Hallábamonos sentados en torno de una mesa de labor; púsose él á escribir sobre unas targetas de visita, que en seguida entregaba á Cecilia de T..., y esta pasaba á manos de mi madre, haciéndose tambien mensagera de sus respuestas. Esta accion, tan sencilla para mí el dia anterior, parecióme decisiva en aquel momento; púseme pálida, y salíme corriendo de la habitacion, á fin de ocultar mis lágrimas. Madama de T... fué en busca mia, tomóme entre sus brazos, y estrechóme largo tiempo contra su seno, sin proferir una sola sílaba. Luego que mis sollozos hubieron aligerado algun tanto mi pobre corazon, díjome Madama de T... que comprendia mi dolor, que habia sido *íntima amiga* de mi padre, y sufria conmigo al verle olvidar de tal modo; que mi madre no obraba con juicio; pero que era menester perdonárselo, porque su corazon la seducia. Confesé á Madama de T... mi descubrimiento; ella se me manifestó tan amable, tan indulgente, que me quedé dormida balbuciando una prece á Dios por ella y por mí.

Al dia siguiente fuí con mi chacha Ursula á visitar al anciano capellan del regimiento, que me queria como á su hija: compadecióse de mi padecer, vituperóme por haberme atrevido á formar malos juicios de mi madre, y me dijo que á mi buen padre disgustaria este sentimiento; que debia resignarme con mansedumbre y ocultar hasta mis lágrimas. Al volver á casa, con intencion de arrojarme entre los brazos de mi madre para preguntarle la verdad, y

pedirle su confianza, detúvome en la antesala el oir á Madama de T... pronunciar mi nombre, y decir á mi madre:—"Maria está desesperada, ella no quiere á Eugenio; su orgullo se rebulle contra tu casamiento, y solo domarás su carácter alejándola de tu lado.

—Me partiria el alma semejante separacion, contestó mi madre.

—Pues bien, querida Carolina, créeme, el amor de tu jóven esposo no resistirá á esos dos recuerdos vivos de un afecto pasado.

No pude oir mas; el mundo se me revelaba; y empecé á comprehender por el lenguage de la *íntima amiga de mi padre* cuanto la hipocresía encierra de falsedad y de egoismo, y resolví ocultarle mis padecimientos.

No osando hablar á mi madre, ni pudiendo vivir abrumada de tanto dolor y angustia, le escribi todos mis pensamientos; fué ella á buscarme, díjome que me amaba siempre, que de todo habia hablado con Mr. Cochorn, quien la habia dicho que jamás permitiria que se me encerrase en un colegio, y esperaba llegar á ser algun dia, no mi padre, sino *mi mejor amigo*. De este porvenir hablóme tambien él con toda franqueza. Confeséle con la misma cuanto sentia, lo que léjos de enfadarle, hízole asegurarme que me habia encarecido en su afecto, y comprometióme á que le llamase siempre Eugenio, á fin de alejar una idea que me empacharia y una etiqueta de título que seria para él igualmente penosa.

Me he detenido, en los pormenores de estos sucesos, porque ellos han decidido de mi vida, formando, en virtud de su acerbidad, mis creencias y mi carácter. La muerte de mi bien amado padre me enseñó la afliccion; Madama de T... me hizo conocer la sociedad. Sentíme aislada en el mundo: el afecto y el deber me imponian la obligacion de ocultar mis secretas amarguras; no podia revelar á mi madre mis padecimientos, ni confiárselos tampoco á la amiga mas *íntima*.

Nunca pude domar mis primeros movimientos; pero consegui poco á poco no hacer gravitar mis pesadumbres sobre los que me rodeaban, y sí sepultarlas en lo mas profundo de mi corazon. Hacia partícipes de mis goces, á los que yo amaba, sabia llorar con los infelices, pero vergüenza me hubiera dado de que me sorprendieran con una lágrima en los ojos, que vertido se hubiese por sí misma. El orgullo, la costumbre, la voluntad me hicieron fuerte y recogida cuando se allegaba el huracan, y si mi cabeza no sabia humillarse ante la ráfaga, mi boca habia aprendido á sonreirse para tranquilizar á mis amigos, y reservarme de la compasion de los indiferentes.

Llegó la primavera que debia devolvernos á Villers-Hellon; mucho anhelaba mi espíritu dejar la Alsacia; pero el adios que fué preciso depositar sobre la fria losa, que encerraba á mi padre en la sepultura, parecióme cruel y casi superior á mis fuerzas. Recibiónos mi abuelo con duplicado cariño; parecia querer amarnos tambien por amor de aquel que nos habia sido arrebatado; yo misma le dedicaba ahora todos los estremos, todas las ternuras que repartiera entre mis dos padres hasta el dia de nuestra desgracia. Con pesadumbre y lágrimas hablábamos Loló y Mamía del que no existiera ya; encontré sus caballos cuidados por el viejo Briquet, cochero de mi abuelo, con predilecto afan; y su perro que olfateaba y mugía cuando pronunciábamos su nombre. Todo esto nos lastimaba un poco y nos consolaba mucho.

Volví entonces á recuperar mi activo modo de vivir, y mi madre se ocupó seriamente de nuestra educacion: ella tenia una paciencia inalterable, mucha constancia y severidad en sus lecciones. Yo queria estremadamente á mi madre, pero la miraba con un poco de miedo, y sobre todo, no me atrevia á manifestarle mi cariño. Cuando le saltaba al cuello, á fin de cubrirla de mis besos, ella solia decirme=''María, la mejor prueba de ternura que puedes darme, es la de corregirte de los defectos que tienen la culpa de tus desazones.'' Esto era cuerdo á mas no poder, y sin embargo, me dejaba hecha un yelo, y tornábame menos franca, sin dejar por eso de ser menos arrebatada, independiente é irreflexiva; tres pecados muy gordos que cometia yo bien amenudo, sin poderlo remediar.

Vino Mr. de Cochorn á juntarse con nosotros en Villers-Hellon; hízome aplicar á la lengua alemana, y mostróse el mismo amigo tierno é indulgente que en Estrasburgo. Haciamos nuestras correrías á caballo, dábamos por los campos algunos largos paseos, esplicábame él las bellezas de la poesia, que yo ignorára hasta entonces, y referiame las nobles y fantásticas utopias de los filósofos alemanes.

Al acercarse Agosto, tuvo mi abuelo la honra de recibir en casa á la familia de Orleans, á la que profesaba el amor y la veneracion mas decidida. Con cuantos esmeros y cual compostura se hizo nuestra pequeña quinta digna de honores semejantes. Las rejas del patio estaban ocultas entre festones de verduras; los rebaños se diseminaban pintorescamente sobre las praderas que servian de orla al camino, y todos los moradores de la aldea, vestidos de gala, se agrupaban para ver pasar á los ilustres huéspedes.

El interior de la casa estaba alfombrado de flores, y numerosos

escudos con la cifra de Orleans, formados con las coronillas y margaritas de nuestros ribazos, servian de sugecion á las guirnaldas que mecian sus perfumes en el salon y en el comedor.

Habiase levantado el sol en estremo brillante, y doraba las ricas mieses y nuestros pomposos preparativos. Cubriólo antes de las diez una nubecilla, la que á las once se habia estendido y engrosado; nosotros corriamos desde el termómetro á las ventanas para esperar ó temer. En fin, al primer trueno y derrame de una espantosa lluvia, hizo la familia de Orleans una entrada aguanosa y barrienta en nuestro pequeño Villers-Hellon, pocas horas hacía tan currutaco, y corrido ahora de ver tan mal parado su ropage de flores y de festejo. Viajaban los príncipes en un grande omnibus, que todo era menos magnífico. El duque y la duquesa de Orleans llegaron algo mojados; pero ni la mas leve señal de disgusto. La duquesa tenia la dulzura de un ángel, y llevaba gravadas en su frente las escelsas virtudes, que despues de haberla hecho admirable como muger, la han hecho idolizar como reina. Las princesas eran amables y bonitas, pero algo burlonas, y los príncipes de Joinville y de Aumale no eran todavia sino unos macacuelos sujetos á la férula de su ayo. Madamisela de Orleans, que venia tambien en la partida, puso el colmo al júbilo de mi abuelo, porque era su favorita deidad.

Despues del desayuno, sus Altezas, sin hacer caso de la lluvia, se aprovecharon de un rayito de sol, y dieron la vuelta de los jardines y de las alquerías. Admiraron con suma bondad los corpulentos árboles, los caminos de *modelo*, los rebaños; y dispensaron algunas palabras benignas à nuestra linda cabaña suiza, recogiendo en su tránsito los vivas y las bendiciones de los campesinos. Manifestáronse complacidos de estos transportes de amor que eran los ecos fieles de la cordial adhesion de mi buen abuelo.

Durante el desayuno tuvo lugar una escena bastante cómica: el maestro de escuela de Villers-Hellon, deseoso de llegarse á los príncipes, habia conseguido le prestase la vieja ama de llaves una casaca de corte ya de deshecho, perteneciente á mi abuelo; habia transformado sus pantalones en calzon corto, y estirado en sus pantorrillas unas lustrosas medias de seda veteadas de azul y blanco. Creyó con tal equipage haberse metamorfoseado en un cómpleto palaciego; mas aunque estaba asaz ridículo, parecia tan contento, que mi abuelo le permitió mezclarse entre los ayudas de cámaras que habian de servir á la mesa. Nuestro grave magister estaba pues con su servilleta debajo del brazo, mirando con ojos abiertos de par

en par, y escuchando con orejas tiesas todo lo que pasaba y cuanto se decia, cuando de repente, pidiendo un vaso de vino el duque de Orleans, disparóse el dómine, y dando un resbalon tan peligroso como afortunado en las losas de la estancia, vino á caer de mollera á los pies de su alteza Real. Contaron al sorprehendido príncipe el sentimiento de entusiasmo que habia sido causa de tan estraña metamorfósis, y de la caida de aquel firme puntal del alfabeto, quien tuvo por sí solo la envidiable dicha de humedecer el regio y popular gaznate.

VIII.

El otoño trajo otra vez consigo las monterías, y nuestros amigos de Inglaterra, las largas cavalgadas, las interminables tertulias, todo lo poético de las últimas hojas, y de los últimos dias serenos; mas á pesar de todo no habia vuelto á ver Villers-Hellon sus reuniones festivas é íntimas. Acercábanse las bodas de mi madre; ya estas no eran un misterio aunque se hablaba de ellas en voz baja; una desazon general acompañaba siempre este asunto de conversacion, y mientras se tocaba, llamábanos mi abuelo á mi hermana y á mí á su poltrona, nos ponia en la cabeza sus dos manos, jugaba con nuestros cabellos, y parecia que se empeñaba en impedir, con una barrera de tiernas caricias, las palabras que habian de causarnos desazon. Vituperábase generalmente este casamiento, y yo me sentia herida en la religion mas cara para mí alma, á la vista, á la espresion del nuevo afecto de mi madre. Tambien me lastimaba aquella reprobacion muda de la sociedad, que gravitaba sobre ella... Afectaba yo sin embargo un aspecto contento é indiferente; hacia muestra de una simpatía respecto á Mr. de Coehorn, pero acto continuo me laceraban los

remordimientos, pedia perdon á mi pobre y bien amado padre, y esta lucha contínua se me hacia un suplicio casi insufrible.

El dia de la boda se pasó triste; preciso fué asistir á la ceremonia y al festejo sin que una lágrima se deslizase de nuestra alma á nuestro párpado, y desechar los lutos cuando precisamente íbamos á ser huerfanas por doble causa; preciso fué sonreirnos á aquella consagracion del olvido, sonreirnos al abdicar una parte del corazon de aquella madre para que un estraño reinase en él. Mr. de Coehorn era protestante; la ceremonia religiosa tuvo lugar en el salon; convirtióse en altar la mesa de costura; un señor vestido de frac negro nos peroró un sermon friamente instructivo; y pronunció en seguida una sencillísima bendicion. ¿Habré de confesarlo? complacióme aquel mezquino ceremonial; complacióme que mi amada y humilde iglesia de Villers-Hellon no se hubiese engalanado, que los cirios de su altar permaneciesen estintos, y el incensario apagado; complacióme que la cruz grande, los ángeles, la Virgen, el tabernáculo, hubiesen quedado cubriertos con sus paños de resguardo, sin que de ellos despojados se vieran para bendecir aquel olvido del autor de mis dias.

Luego que me encerré en mi cuarto, tomé en las manos el retrato de mi querido padre difunto, cubrílo de besos, y juré amarle tanto en el cielo como en la tierra. Desde aquel dia jamás pronuncié ese nombre santo delante de mi madre; sepulté mi tesoro en los abismos mas recónditos de mis pensamientos, y solo le permití asomarse á mis labios, cuando encontraba á algunos compañeros de armas, ó soldados de mi padre querido, al trocar con ellos recuerdos y pesares.

Dejámos á Villers-Hellon para ir á habitar la pequeña quinta de Yttenwillers, y hacer trueque de nuestras familias por una familia que nos era indiferente y estraña. Antonina, demasiado chica aun para comprender las punzadas y las cosas del corazon, habia puesto en olvido lo pasado, y vivia completamente dichosa, con los infinitos pasatiempos que le proporcionaban, con la mucha libertad que se le permitía, rodeada de muchísimos perros, de muchísimos gatos, de muchísimos pajarillos; importábasela un bledo el tal Eugenio, á quien no quería, y quien tampoco la queria á ella, y se refugiaba de sus sermones en la indulgencia de su madre.

Yo tenia catorce años; era siempre una completa chiquilla en todas mis acciones, aunque algunas veces mas que vieja en mis

pensamientos;despues de haber pasado horas enteras corriendo patines en las zanjas del parque, ó persiguiendo á través de las praderas, una mariposa, un insectillo, un nada, poniame de repente triste, y quedábame inmóvil; la vista de mi madre, apoyada en el brazo de Mr. de Coehorn me causaba un súbito repelo, encelábame por mi padre, y por cuenta de su dicha; preguntábame entónces, y yo, ó no respondia, ó me mostraba impertinente, porque no podia manifestarme sincera; me castigaban, me hacian subir á mi cuarto, donde me consolaba y enorgullecia en virtud de mi conviccion de estar sufriendo por mi padre. Por lo comun alcanzaba mi gracia Mr. de Coehorn, se reia de mi carácter indómito; me hacia rabiar, dejaba que le dijese en venganza cuanto me venia á la boca, jugaba conmigo como una niña, y á veces armábamos tal gazapera, que mi madre se veia precisada á dejarnos ó á echarnos de la habitacion.

Pasábamos una vida muy aislada; mi madre y Mr. Coehorn eran demasiado felices para buscar al mundo, y para olvidarse uno de otro, á fin de parecerle bien: aburrianse cuando no estaban solos, vivian dentro de sí y para sí. Unicamente nos visitaban algunas personas de la familia de Eugenio: su madre, escelente señora llena de bondad, habia hecho una pequeña virtud de cada una de sus habitudes, á fin de tener el derecho de no faltar á ellas, ni sacrificarlas al bien del prógimo; su hermana mayor, casada con Mr. de Busierre, y dechado de dulzura y de gracia; otras dos hermanas suyas á quienes yo queria mucho, y era preciso que yo amase todavia mas, con el tiempo, á causa de que eran ya dos jóvenes de benignísimo carácter. Yo solo era una niña á la sazon, y es menester la mano del tiempo asi como la de la esperiencia, para aproximar nuestros corazones y nuestras ideas; sobre todo nuestros gustos y nuestras habitudes.

Como careciésemos de algunas buenas distracciones en Villers-Hellon, eran mas seguidos nuestros estudios, y á pesar de eso atormentábame la desgraciada independencia que hacia para mí casi odioso é imposible el cumplimiento de los deberes que habian de desempeñarse á una hora fija. Durante la mañana, destinada á aprender de memoria, me dolia la cabeza, sentíame fatigada y floja; leia todo mi libro, y solo ignoraba aquellas pocas hojas que era preciso saber; en mi vida he podido dar de carretilla un trozo de prosa. Llovian sobre mí las reprimendas y los castigos cotidianos, pero estos fueron impotentes para darme la memoria del loro. Lo mismo

me sucedia respecto á la música, era cosa que me deleitaba, pero cuando precisaba escribirla, con el reloj en la mano, y trabajar brillantes variaciones, repletas de dificultades, y de armonìa, tornábame en máquina de corcheas y semi-corcheas, y estudiaba sin mètodo y sin gusto. Una sola ocupacion era mi favorita, aunque se me imponia por deber; era esta el estracto que yo hacia de mis lecturas, las cartas imaginarias que yo escribia á fin de formar mi estilo, y que tambien me daban ocasion de decir á mi madre cuanto no me atrevia á manifestarle de viva voz. Segun la disposicion de mi espíritu, estas cartas eran festivas, serias, afectuosas, impertinentes, burlonas ó tristes; pero habiendo comentado mi madre y puesto en ridículo como locos y estravagantes algunos de mis pensamientos que me complacian y que yo ocultaba, quedóse cerrada para mí, ú obstruida á lo menos, esta via hacia la ùltima confianza. Por otra parte, jamás combatia mi madre una idea con otra idea; cuando estaba contenta de mi, porque habia yo dicho alguna cosa de las que carecen de *sentido comun*, contestábame riendo; "Cállate, niña estrambótica, dame un beso, no seas traviesa, y no la dés de filósofa:" por lo contrario, si de antemano hubiese yo incurrido en su desplacer, respondíame con severidad, que ya que se me ocurrian ideas falsas, debiera tener talento para ocultarlas, y haría perfectamente en encerrarme en mi cuarto á fin de reflexionar sobre ella.

Llegué á comprender todo el encanto de la lectura; consagraba á este deleite los dias de mal tiempo, y casi todos los domingos: mi libro predilecto era la Historia de Cárlos XII, por Voltaire. Inflamábame las megillas, latia mas vivo mi corazon cuando leia las victorias de este héroe, y dificil me era contener una lágrima al llegar á sus derrotas y á su muerte. Las memorias de Napoleon jamás pudieron satisfacerme: el incienso prodigado á *mi semi-dios* no era bastante puro: parecíame ocioso que nadie se atreviese á juzgar sus acciones; cruel y orgulloso el que se le vituperase en sus descalabros. La campaña de Rusia escrita por Mr. de Segur, poniame triste y dábame empacho; imposible me hubiera sido leerla dos veces. Gustábame mucho Racine, muchísimo Corneille, y sobre todo Moliere. *Pablo y Virginia* me fastidiaban de muerte; y entre los viageros, Hernan Cortés, Pizarro, los *filibustieres* y los piratas iban con frecuencia á reproducirse en mis ensueños.

Nunca me habia ocupado de asuntos políticos; no ignoraba que existia un trono en las Tullerias, y sobre aquel trono un

rey; que el tal rey tenía sus ministros, ó por mejor decir unas inteligencias que obraban en defecto de la suya. De repente el cañon de Julio retronó en los Vosges, y enviónos la prensa los boletines de un pueblo de héroes, aquello era increible, era sublime; en el espacio de tres dias, unos artesanos, unos jóvenes, unos niños habian vindicado á la libertad, trastornado el trono, devuelto á la Francia su enseña tricolor; destruian con una mano, amparaban con la otra; y desenfrenados en la lid, mostrábanse nobles y serenos despues de la victoria. Cual arrostráran la muerte, despreciaron la corrupcion, soltando las armas tan luego como hubieron asegurado el lujo de los opulentos en este mundo, y antes de haber pensado en su propio pan para mañana. ¡Qué dias tan hermosos! qué hombres tan grandes! Parece que el pensamiento de Dios los creó para dotar nuestra historia de sus mas nobles páginas.

Esta revolucion, esta gloria me hicieron comprehender la libertad de los pueblos, el amor y el orgullo de la patria. Luis Felipe, hecho rey, fué saludado en su eleccion por todas las simpatías de mi familia; en cuanto á mí no me pareció bastante jóven para nuestra jóven Francia, yo hubiera querido una pequeña guerra, y victorias muy grandes. En la tribuna, merecian mi admiracion los oradores de la izquierda; por fin, mi cabeza se exaltó, y mi pensamiento se hizo tan republicano, que juzgó prudente mi madre prohibirme la lectura de los periódicos, y vedóme ocuparme de asuntos políticos, sin conseguir se borrára la profunda impresion que aquellos grandes sucesos habian grabado en mi espíritu.

IX.

En el mes de Octubre, mi abuelo, que no podia pasar un año sin ver á mi madre, nos llamó á su lado tan repentinamente, que Mr. de Coehorn dejó la Alsacia, sus ocupaciones agrícolas y su familia, para devolvernos á Villers-Hellon. Pasamos allí todo el invierno en

la mas dulce holganza. Allí estábamos Antonina y yo muy queridas y muy mimadas; intentábase satisfacernos con crecido interés las caricias que durante un año retraido se nos hubieron. Mi madre estaba enferma, y jamás se levantaba de su poltrona. Mr. de Cochorn se habia encargado de casi todas nuestras lecciones, y haciamos juntos largas romerias á caballo y á pié; y aun de cuando en cuando nuestras monterías en pequeño, donde fuí espectadora de sus proezas. Mr. de Caehorn era para mí como un hermano, y se reia de mi espíritu de independencia, y de mi carácter huraño; en su compañia me aventuraba á decir cuanto tenia lugar dentro de mi alma, atreviame á apasionarme por una idea estrambótica, y á hacer arcos á una idea admitida; divertíase él al verme tan sándia ó tan *filósofa*, iniciábame en todos los ensueños de la poesía alemana, y luego se mofaba de mis quince años, cuando me veia empeñada en remontarme por mí sola hasta aquellas estrellas tan brillantes y fantásticas.

Dióme mi madre en la primavera una hermanita muy mona; me la puso en los brazos, pidiéndome que la amára y protegiéra, y yo se lo prometí de todo corazon. Aunque me hubiese causado zelos, por el recuerdo de mi padre, el afecto que mi madre manifestaba á Mr. de Cochorn, vergüenza me habria dado de esperimentar este sentimiento envuelto en una idea de egoismo y sobre todo contra una criatura tan pobre é inocente.

No he hablado todavía de la preciosa vecindad que teníamos en Villers-Hellon; sin embargo es preciso conocerla para comprehender todos los placeres, todos los goces de la intimidad que se hallaban reunidas en aquella bienaventurada partícula del universo.

No léjos, como á una media legua, está sita la quinta de Long-Pont: los estrangeros admiran las ruinas grandiosas y pintorescas, las arcadas de sus claustros, la belleza de sus aguas, la estension de sus sotos; pero los que tienen la dicha de ser recibidos allí, en calidad de amigos, olvidan al instante todas estas hermosuras de la naturaleza por los nobles habitantes que su gala principal constituyen. El conde y la condesa de Montesquiou son poseedores de bienes cuantiosos, pero son aun mas ricos por sus virtudes, su felicidad y su abolengo; con mucha frecuencia truecan á Paris por Long-Pont, que aman como á creacion suya, ó como á un pequeño Eden que han fundado para su pequeño hijo. Creo que Fernando será un heredero digno de morada semejante, y merecerá el amor y las bendiciones, que, los beneficios de sus padres habrán amontonado en torno de él.

Madama de Montesquiou era amiga inseparable de mi madre, no solo por relaciones de vecindad, sino por simpatías de corazon y de pensamientos; era el ídolo de mi bondadoso abuelo, que postraba sus ochenta años en adoracion delante de aquel piececito tan mono y gracioso, que podia disfrutar la reputacion esclusivamente insultante de los diminutos pies de las damas chinas, y delante de aquellos hechiceros ojos, grandes y dulces como los de la providencia. Mr. de Montesquiou era un hombre grave, serio, instruido que se ocupaba únicamente de su hijo, y del embellecimiento de su hacienda de Long-Pont. Ademas de eso tenia la habilidad de hacerse un vecino muy apreciable, y para sus dependientes un amo tan hospitalario como benigno.

Un poco mas allá, en la selva, se veia á Montgobert, posesion del general Leclerc, la cual luego pasó à manos de la princesa de Eckmuhl, y por último á Madama de Cambaceres, quien lleva impreso en su linda fisonomía su parentesco con la familia Borghese. Alli cerca estaban tambien Valsery, preciosa hacienda, perteneciente á un antiguo amigo de mi abuelo; Saint Remy, propiedad de Mr. de Víolaine, conservador de bosques, padre de una linda almáciga de muchachas y de un solo varon; en fin, Corcy, pequeña casa de campo y de construccion tan original como el carácter de su dueña, Madama de Montbreton, hija de un labriego de Beauvais, y esposa de un tal Mr. Marquet, cuyo padre habia sido.... segun se aseguraba de pública voz, ayuda de cámara, aunque por política escribiré, mayordomo de cierto personage. Encerráronla en una prision en el tiempo del terrorismo, y fundando ella su nobleza sobre esta persecucion, quiso aparecer no solo como una pobre víctima, sino como una de las mas nobles. A fin de condecorar el apellido de Montbreton, escogido ó hallado sabe Dios donde, compró en la época del Imperio con sus buenas monedas enharinadas, el título de condesa, y obtuvo mas tarde para su marido el destino de caballerizo de la princesa Borghese. Cuando la reposicion de los Borbones, introdújose furtivamente en las filas realistas, se convirtió en dama de alto tono, tuvo sus doncellas de honor, pertenecientes todas á la sangre azul, exigia que hasta sus perros le presentasen pruebas de nobleza, y púsose de malas con mi abuelo, porque sus ideas plebeyas y sus opiniones liberales le eran insufribles. Al estallar la revolucion en 1830, huyóse de Paris Madama de Montbreton, y aguzando su memoria el omnipotente miedo, ocurriósele su antiguo amigo Collard, mi abuelito, y acorrió á ponerse

bajo su salvaguardia. Yo habia oido hablar tanto de ella, que los pormenores de su vida hacian ruborizar á sus biógrafos mas exagerados.

La primera vez que fuí á Corcy estaba nuestra nobilísima señora encerrada en un gabinetito forrado de colchones, á fin de que no llegase á sus oidos el toque de agonia de las campanas de la aldea. Presentóse al cabo de una hora, con su frasquillo de olor pegado á las narices, y una cazoleta de cloro en la mano; antes de darnos entrada se informó de nuestra buena salud, y preguntóme si hacia mucho tiempo que yo habia pasado el sarampion, y por fin, si en nuestra quinta existia alguna enfermedad epidémica. Satisfecha de las respuestas que se le volvieron, atravesó el umbral, y acercándose á mí, me roció ligeramente con vinagrillo de los cuatro ladrones, y me dió un beso en la frente. Dijéronle que yo sabia la música, y me hizo sentar al piano; instóme para que tocase una galop, y lanzándose sobre su hijo, le obligó á bailar con ella.

—Madre, V. me mata! le decia Julio, sudando como un pato y esforzándose por detenerla.

—Otro poco! otro poco! contestaba la señora, jalando de él, es un egercicio escelente para la salud.

—Pero madre, si me voy á caer de puro cansado; vá V. á conseguir que me vuelva asmático.

—No importa, vamos á prisa! me precisa hacer la digestion.

Mas como Julio, jadeando y medio muerto, se empeñase en hacerse firme, dejóse caer ella en un sofá, y dijo á mi abuelo:

=Collard, ¿os parece chica mi desgracia? Bien lo veis, mis hijos son desnaturalizados, se niegan á bailar una galop, que conservaria la salud de su madre.=Ah! que desgraciada soy!

Pasaba su vida Madama de Montbreton en el camino real; pues huia de Paris tan luego como se contaba un par de enfermos en su calle, y tornaba á salir de Corcy á escape en el momento que á una muger le daba calentura. Solo existia para librarse de la muerte; causábanle horror los enfermos, y no recibia á sus amigos mientras estuviesen vestidos de luto. Un dia echó á la calle á su hija y á su yerno porque advirtió que Cecilia su nieta tenia unos granujos en la megilla; lo que la hizo recelar el contagio de alguna enfermedad cutánea.

Despues de la peste, á quien temia mas Madama de Montbreton era á su marido, pequeño ente tan regordete como inofensivo, y al que pasaba ella una mesada á fin de que jamás se presentase á su vista.

No dejaba de querer á sus hijos; mas á manera de unos esclavos, á quienes podia aplicar mil pequeños suplicios domésticos y cotidianos; los que sufrian los pobres con increible impertinencia. Odiaba de muerte á la señorita de Nicolai, nuera suya, con la cual tenia á veces luchas materiales. Las manías de Madama de Montbreton eran sin cuento: en Paris, no comia de otro pan que el que se amasaba en Villers-Coteret; en Corcy hacia que le llevasen el agua de Paris, pues no queria beber otra que la del Sena, suponiendo que la del pais contenia un asiento, que, como decia ella, le construia en el estómago mil monumentitos. Cierto dia, habiéndosele caido un diente, por poco se ahoga con él, y como la dentadura se le meneaba, hizo que al dia siguiente se la arrancasen toda.

Los hijos no habian participado de la embrolla política de su madre; hacianse algo menos escepcionales en nuestro pequeño y liberal castillejo, y entre todos los solaces que Villers-Hellon les ofrecia, no consideraban como menos interesante el de hallarse al abrigo de las persecuciones de su madre. Los jóvenes Montbreton no carecian de humor festivo, de viveza, y de una ignorancia mucho menos disputable que la antigüedad de su alcurnia; sin que tampoco les faltase el talento de decir las sandeces mas nuevas y las mas garrafales.

Eugenio, el mas jóven, se habia casado con Madamisela de Nicolai; con esta nos tratábamos muy poco. Solo habia hecho una visita de novia á mi abuelo, quien tuvo intimas relaciones con los Lambeth y con Mr. de Nicolai, antiguo prefecto de Laon. Eugenio era lo que se llama un buen muchacho, amante de sus amigos, pero que no hubiera sacrificado á su amistad la dicha de imprimir contra el mas pintado una sátira, ó de satisfacer su vena burlona á costa suya.

Cuéntase que miéntras que Jockò el célebre mono, estaba en moda, hizose Eugenio de Montbreton imitador suyo, y consiguiò un éxito tan grande en los salones del arrabal de San German, que la duquesa de Berry, á quien se habló de ello, manifestó el deseo de disfrutar de tamaña habilidad. Mr. de Montbreton tuvo la honra de ser admitido para hacer el mico en los departamentos privados de las Tullerías, y la graciosa princesa le recompensò remitiéndole la cruz de la Legion de honor.

Pareciale à Mr. de Montbreton la historia de Hernan Cortés, acomodada á la ópera, una *invencion* malísima, y creia con todas veras que la aldea francesa llamada Fertè-Milon habia sido la cuna del gran Homero.

Apesar de todo esto, y tal vez por causa de esto mismo, era muy divertido el tal Eugenio. Alegrábannos sus visitas, que nos traian siempre algunas horas de broma, y como se mofaba de sus amigos, estos en desquite se mofaban de él, y todo sin quisquilla ni rencor de una ni otra parte.

Respecto á las noches de baile, agregaba mi abuelo á estos vecinos de trato diario el subprefecto, la muger de este, algunos viejos amigos y varios relamidos paquetes de Soissons, mientras mi tia Garat atraia consigo, al dejar á Paris, algunas amigas suyas muy graciosas y coquetas y muchos hombres tenidos por amables y de gran tono.

Hacia la época de las primeras nieves y de la caza del corzo, teniamos por lo comun la visita del general Daumesnil. Era este uno de los viejos luceros del imperio, con un corazon de oro, un alma de hierro, y una bondad de chiquillo. Su hermosa cabeza, su mirar lleno de fuego, de energia y de poder, la sinceridad de sus palabras, el afecto que me profesaba por amor á mi padre, han quedado religiosamente impresos en mi memoria. Despues de la revolucion de 1830, devolvieron á Vincennes su bravo y fiel gobernador y su gloriosa pierna de palo. A ruegos del general Daumesnil permitiame mi madre ir á pasar algunos dias en su castillete.

Hallé á Maria, la antigua amiga de mi infancia, transformada en una jòven, á quien solo ocupaban las faenas de su tocador, y que habia abandonado todo trabajo serio, temerosa de fatigar su cara con el estudio; y prescindido hasta de cultivar su lindo y gracioso talento para el piano, á fin de contemplar la delicada blancura de sus dedos. Aun poseia aquel corazon afectuoso que de su padre heredára; mas empleaba ya con buen éxito las pequeñísimas gracias sobrenaturales de su mamá. La señora de Daumesnil era amable, tenia talento, pero quizás algun tanto de afectacion en la voz, en los modales, en las miradas y en los pensamientos; era una muger incomprehensible por eminencia; habia sido bonita á los quince años, y no podia consolarse con la idea de no serlo tanto á los cuarenta; amaba á su escelente marido, y á sus hijos y buscaba en vano, y sin encontrarlo jamás, al hermano de su alma.

X.

En la primavera vino el cólera á soplar sobre nuestra pobre Francia, y por supuesto no se olvidó de Villers-Hellon. Mi bondadoso abuelo fué admirable por sus previsiones y valor; hizo venir de Paris á un jóven médico, y transformó la quinta en botica, donde los desgraciados enfermos hallaban cuanto pudiera aliviarles, miéntras que los aprehensivos sanos iban á buscar allí saludables y preservadores alimentos. Fué muy difícil sobre todo quitarles de la cabeza á los campesinos el temor del contagio, que degeneraba entre ellos en terror pánico. A fin de alentarlos, era menester presentar cara serena á la vista de los padecimientos mas crueles y espantosos, y sin ponernos pálidos, saber que el azote habia señalado á alguna nueva víctima, y que la muerte habia aliviado á algun agonizante infeliz.

Llevábamos socorros á las chozas, íbamos á consolar á los huérfanos, á las viudas, á las pobres madres; todo esto era horrible, pero la caridad de mi noble abuelo fué bendecida por los resultados: salvóse á algunos de nuestros buenos renteros; sanaron muchos de nuestros enfermos, y todos los desgraciados que finaron recibieron la asistencia de sus familias, los socorros de la medicina, los consuelos de la religion. Nuestro virtuoso cura, Mr. Dufour, se condujo como un apóstol; y multiplicándose á medida que el peligro arreciaba, llegó á ser la providencia de tres aldeas.

La salud de mi madre, debilitada en estremo, hizo precisa una mudanza de aire y de residencia. Partimos para la Alsacia, con el hermano de Mr. de Coehorn, secretario de Sebastiani en el ministerio de los negocios estrangeros, y el cual huia del cólera, acometido de uno de aquellos espantos que ponen la imaginacion enfermiza, se pintan sobre el rostro con colores amarillos y verdes, y pesan sobre el espíritu como la mas triste de las ideas fijas.

Mr. E. de Coehorn, mas jóven que su hermano, tenía ahogado el corazon por un egoismo que ya degeneraba en estado crónico, era poseedor de una respetuosa tiesura, de un espíritu escéntrico, y de una originalidad que á veces se acercaba á la

mania. Luego que llegamos á Yttenwilliers se rodeó de todos los preservativos conocidos para guarecerse de la cruel epidemia que tanto formidaba. No comia otra cosa que arroz, trabajaba desde la mañana hasta la noche en cepillar tablones con el objeto de hacer egercicio, se salia del salon al entrar en él un periódico, sentia calambres en el estómago si alguien hablaba de dolores de vientre, y andaba sin sombra porque tenia una escelente cara, y porque disfrutaba de sueños tranquilos y de un apetito formidable.

=Créanme VV., decia con dolorosa conviccion; estas apariencias de salud son muy sospechosas; rianse VV. cuanto les plazca; pero nunca se está mas espuesto á morir que en este estado de bien estar; déjenme quejarme, pues que me siento peligrosamente bueno.

Despues de haber fatigado sus miembros por largas horas en su taller de carpinteria, se dedicaba Mr. de Coehorn á escribir música; componia unos walses muy preciosos, unos romances muy malos, cantaba bien en italiano, y hacia maravillosamente el bajo cuando yo entonaba mis *nocturnas*; era en estremo obsequioso para conmigo, mucho mas obsequioso quizás que ninguna otra persona lo habia sido nunca. Tal vez me hubiera lisonjeado este primer homenage; pero habiéndome dicho Eugenio que yo era su *píldorita contra el aburrimiento*, rebelábase el amor propio de mis quince años contra las virtudes anticolericas que su buena acogida proporcionaba al diplomático.

Muy animado estuvo Yttenwilliers durante todo aquel verano. Una hermana de Mr. de Coehorn, casada en Rusia, habiendo venido á pasar una temporada en Francia, apresurámonos á celebrar su resurreccion, y á reunir en torno de ella todos los goces de su vida pasada, y los de su patria tambien.

Madama de Dunten habia pasado seis años en Livonia sepultada dentro de los muros de un castillo totalmente aislado, sin ver en todos los doce meses otra cosa que á su marido y algunas hojas de abeto, no obstante su hermosa fortuna, que consistia en llanuras y selvas, en hombres siervos, y en no tener un real. Era una muger encantadora, llena de talento y de bondad, algun tanto salvage, pero de una salvagina de buena pasta y muy original.

Madama de Dunlen tenia haciendas de muchas leguas de estension; su castillo era inmenso y contenia cien criados, entre ellos se contaban sastres, zapateros, sombrereros, en fin, esclavos de todas clases de oficios indispensables para las necesidades de la vida, y para algunas de las exigencias del lujo mismo. Nada se compraba;

los alimentos, las telas necesarias para el vestido y abrigo eran producto de sus tierras, y de sus rebaños; si algo faltaba se conseguia en Riga por medio de trueques. Asi es que Madama de Dunten no podia habituarse á revivir en nuestra mezquina y estrecha vida de civilizacion, la cual, decia ella, que la sofocaba.

Entre los amigos que recibíamos con mayor frecuencia se contaban muchos jóvenes de ambos sexos: las señoritas de T, mis antiguas amigas, que se habian puesto tan lindas como desdeñosas, de modo que mas bien podia yo admirarlas que quererlas; sus primas, tres nulidades mas que fastidiosas, los señores de Bussiere que tenian talentos, instruccion y genial festivo; en fin Mr. de Menneval, hijo del secretario íntimo de Napoleon, y que tenia un cuerpecito muy mono, unos piececitos muy lindos, un talentito muy precioso, y un amor muy grande por Matilde de Coehorn. Esta jóven hechicera se parecia á una hermosa madona alemana de espresion blanda y dulce; y si bien era algo mas animada que una estatua, el fastidio y el abandono la hacian á veces olvidarse de que estaba viva: era una escelente música, una criatura buena y tierna, y aunque no tenia bastante corazon para amar bien á sus amigas, reflectaba tan fielmente sus afectos que ellas podian tomar lo uno por lo otro; asemejábase su alma á uno de esos tersos espejos de Venecia que dibujan en su cristal con toda exactitud las facciones, la espresion, la sonrisa de los que amamos; pero cuya bruñida superficie nada conserva cuando llega el dia de la ausencia y se les pregunta por objetos tan queridos: entonces nada pueden ya contestarnos, porque ni una línea, ni una leve sombra queda allí de los que hemos perdido y echamos tan de menos.

Sofía, hermana menor de Mr. de Coehorn era poseedora de un corazon escelente y de mucha originalidad; hubiera tenido esquisito talento, á no ser por la constante preocupacion y profundo despecho que la hacían andar siempre á malas vueltas con una desgraciada nariz romana con que la naturaleza habia guarnecido la cara de esta jóven, y cuyas proporciones magníficas solo tenian el levísimo defecto de ser mucho mayores de lo que la naturaleza designa por lo comun que sean las narices.

En medio de toda aquella reunion, vivía yo algo á lo salvage, y conservaba todos los gustos y las habitudes de una niña zangona, lo que era resultado indispensable de mi educacion. Mi madre me habia dicho tantas veces que yo era fea, y yo lo veia tan patente al comparar en el espejo mi cabeza con la de Antonina, cubierta de

lindísimos y ensortijados cabellos, que juré adquirir bastante instruccion para hacerme olvidar lo que me faltaba, y la amabilidad suficiente para tornarme bonita. Pasaba los dias enteros estudiando; á las horas de comer ó ratos de tertulia, me hacia yo imperceptible del todo, y á las diez en punto, una mirada de mi madre me mandaba á acostar. Hallábame tan acostumbrada á no molestar á los demás con mi insignificante personilla, que me parecia cosa muy estraordinaria el que se le ocurriese á cualquier estraño echarme un piropo. Cierto dia que Mr. Edmundo de Coehorn me dió un beso en la mano, quedéme tan admirada, tan orgullosa y tan feliz, que dije: *muchísimas gracias.*

En el discurso de aquel verano, tuve la dicha de leer algunas novelas de Walter Scott; encantóme su lectura, y mi imaginacion hizo estrecha amistad con Tergus, con Caleb y otro gran número de sus héroes, siendo mi favorita la célebre Diana Vernon, cuya jóven tan noble como síncera llegó á ser la compañera de mis ensueños y la hermana inseparable de todas mis fantasias. Cada noche, antes de quedarme dormida, llamábala á mi lado, ó iba en busca suya para galopar cabe ella, cuando sobre su blanca hacánea iba á cazar á traves de los brezales de Escocia; contábame ella sus goces, sus gustos, los cuales eran cabalmente mis gustos y mis goces; hablábame acerca de su corazon, y yo presentia que si alguna vez hubiera de amar, amaria yo cual amó ella.

Esta intimidad entre mi pensamiento, y el pensamiento concebido por el genio de Walter Scott, me duró largo tiempo hasta que egerció una grande influencia sobre los sucesos posteriores de mi vida, y aun ahora evoco su dulce recuerdo, y retrazo la cara memoria de aquella ilusion amiga, que fué la creacion mas noble del poeta escocés.

Las lecciones de aleman que me daba Mr de Coehorn, padecían algo, de resultas de la vida animada que invadiera nuestra soledad; pero yo estudiaba mucho por mi sola, é iba á buscar consejos y solaces en el regazo de una de sus tías, cuya hacienda solo estaba separada de Yttenwillers por una pradera.

Toda la nueva familia de mi madre era para nosotros tan amable como benigna. Madama de Fontanille, quien habia comprendido que necesitábamos sobre todo el que se nos amase, hizo de su corazon para nuestro consuelo un pariente afectuosísimo. La llamabamos tia, cual sus sobrinas verdaderas. Era imposible que fuese nadie mas indulgente, ni que se prestase á olvidarse á sí misma en obsequio de otros, con mas presta voluntad. Cuando me daban permiso para disfrutar de su com-

pañia una mañana entera, considerábame dichosa; y como sus ojos no le permitiesen leer, ponia yo los mios á su disposicion, y en recompensa me recitaba la buena señora sus escelentes y sencillas traducciones de Schiller y de Göetthe; y sus versos eran tan originales que mas bien parecian inspirados que traducidos.

Madama de Fontanille no tenia hijos, pero sí un marido tan bondadoso como ella bondadosa era, y el cual le cupo en suerte por una rareza verdaderamente romántica. Habia dejado Mr. de Fontanille la Gascuña para ir á pasar en Paris la vida alegre de un solteron; y como amase todas las cosas bonitas del mundo, tenia un capricho especial por los pies bonitos. Asi es que habia reunido una ancheta de cuantas zapatillas mononas merecieran sus arrebatos, y siempre llevaba puesta sobre el corazon la chinela de raso, preciosa y diminuta, que pertenecia á su amor mas reciente.

Habiéndole llamado á Estrasburgo ciertos negocios, encontró allí descansando sobre la dorada esfinge de unos enormes morillos góticos, cierto pie, bien cortado, saleroso, y tan conservador de las formas mas seductoras en toda su pureza, que mas que á otra cosa ninguna se asemejaba á un bizcochito de canela. Admirado y fuera de sí al mismo tiempo, hizo Mr. de Fontanille le presentasen á la Mamá de aquel piececito tan hechicero. Veialo todos los dias, enamoróse de él, y llegó á recelarse que un zapatero de provincia, á quien se diese encargo de calzarlo, no seria adecuado para tan importante mision; siendo fácil que le hiciese un rasguño y una sobadura quizás! ¿Y si llegaba la terrible contingencia de producirle un callo? Qué horror! Hízose insoportable su inquietud; llegó su zozobra á grado tan espantoso, que á fin de convertirse en salvador de aquella obra maestra, pretendió ser amo y señor suyo, erigirla en su deidad, ofrecerle su nombre, su corazon y su mano; accedieron á su pretension. Desde que se celebró el casamiento de Mr. de Fontanille, emprendia este todos los años un viage á Paris con el objeto de mandar hacer bajo su inspeccion inmediata los zapatos de su esposa.

XI.

Luego que vino el otoño, y con él las vendimias y los dias frescos, mas bien dorados que enardecidos con los rayos del sol, empezamos á hacer largas correrias, y deliciosas partidas de montañas. El baron de Hallez, que era poseedor de algunos de los ricos manchones de los Vosges, juntamente con sus selvas, praderas, y antiguas ruinas de castillos feudales, nos convidaba á hacer por las mañanas unas magníficas romerías *trepadoras* que en estremo nos deleitaban. La primera parte del camino se hacia en unas jaquillas montañesas; y luego que venian las peñas cortadas á pico y los senderos hechos por los pastores ó las cabras, cada cual se confiaba á su propia destreza, manifestando mas ó menos agilidad y ardid para la subida. Habia sus lindos porrazos, sus caras hechas una grana por rubor ó por escitacion; trepábanse con gracia algunos peñascos, saltábanse arroyuelos con ligereza y tino; se silvaba un paso torpe, y se aplaudia un salto atrevido y gracioso; por fin á medio dia llegábamos á alguna vieja torre, donde encontràbamos por *casualidad* un poco de sombra, canapés de musgo y una comida escelente.

Las mas veces, porcion de instrumentos de viento distribuidos por los brezales formaban ecos deliciosísimos: tocaban los músicos porcion de canciones nacionales y entusiasmadoras; al principio nos contentábamos con escucharlas, y luego bailábamos á su son con toda la alegría y soltura de los montañeses; solo nos hacia parar la órden omnipotente del cansancio, ó las nubes purpurinas de la tarde que anunciaban habia llegado la hora de la partida, cuando apenas nos quedaban fuerzas bastantes para escurrirnos por las peñas abajo, á favor de las raices agostadas de los viejos abetos, hasta que llegábamos al parage donde los caballos nos aguardaban.

Agradábame en estremo aquellas correrias; y me era imposible dormir la noche antes que tuvierán lugar, de puro placer y desasosiego; los dos hijos de Mr. Hallez eran comunmente mis caballe-

ros; tenian diez y siete á diez y ocho años de edad, y no les faltaba ni talento ni humor. Hallábanse como yo uno y otro en una categoría absolutamente libre de trabas, y asi, sin miedo de comprometer nuestra dignidad, dábamos las carreras mas largas, soltábamos las risotadas mas necias; solamente, como bailaban muy mal, solia yo abandonarlos á la hora de la danza para que mi padrastro ó Mr. E de Coehorn, me hicieran revoletear, ó levantar del suelo como una ligerísima pluma.

Las danzas de la Alsacia, son una mezcla de valses y de galops. El paso, que al principio es bastante lento, se vuelve mas y mas precipitado á cada instante; los bailarines se balancean juntos, dan vueltas con abandono, luego entrelazando los brazos forman mil graciosas figuras; ora se apartan, ora tornan á unirse, marcando siempre el compas con los pies; y parece que vuelan cuando hacen el molinete, y por fin al oir el último son cada uno levanta en el aire á su pareja, lanza un grito algo salvage, y al ponerla en tierra otra vez le hace un saludo de agradecimiento por despedida.

En el mes de Diciembre, Mr. Edmundo de Coehorn, nombrado secretario de la embajada de Constantinopla, partió para aquella capital, portador de todos nuestros encargos, y mas tiernos votos para Madama de Martens, quien habia pasado á Oriente seis meses ántes para juntarse con su esposo, á quien el rey de Prusia nombrára su embajador cerca de la Sublime Puerta. La caminata habia estropeado cruelmente la salud de mi pobre tia; sabiamos que estaba triste y achacosa; su estado nos traia en continua desazon, y Mr. de Coehorn nos prometió que la amaria y cuidaria á nombre nuestro.

Pasamos aquel invierno en Estrasburgo; fuí presentada á algunas personas é hice mi entrada formal en el mundo, ó lo que es lo mismo, tuve ya la honra de ver mi nombre escrito en las esquelas de convite, de ir á algunos bailes, de recibir algunos saludos en las calles, y algunos piropos en los salones. Gustábame sobremanera la danza, sin duda por el movimiento, quizás tambien porque yo era una buena bailarina; y lo oia decir á los espectadores; bien sabemos que el amor propio hace siempre su papelito en todas nuestras inclinaciones. En desquite, la parte charlante de los bailes me era completamente odiosa; yo no sabia retahilar esas frases de rutina; miéntras mi madre me habia vedado un número tan grande de asuntos de conversacion, que solo me quedaba el recurso de parecer una tonta hablando de la lluvia y del frio, únicas palabras que ella no habia borrado del diccionario prohibitivo, ó tener que quedarme muda, pareciendo una verdadera idiota.

Algunas veces fastidiada de mi nulidad, y todas esas travas que exige el bien parecer, rebelábame contra el yugo un instante, y me atrevia á decir á mi pareja de baile, que, algun tanto por gusto y no poco por mandato espreso, era yo tan solo una máquina bailante, y le suplicaba fuese indulgente, aplazando para algunos años mas tarde el choque de nuestras fantasías y de nuestros pensamientos; las mas veces, sin embargo, sugetábame á hacer mi papel sin gritar «agua vá,» y todo mi conato era conseguir que me bajase á los talones la pequeñísima miasma de agudeza que me estaba prohibido mantener en mi boca. Si se añade á estos pequeños suplicios del baile, los sermones del dia siguiente, cuyo testo era siempre sobre alguna parte del vestido de sarao que no habia brillado como debiera, por descuido ú antojo, ó sobre el aspecto demasiado adormilado ó vivo, que manifestára la pequeña bailarina, objeto de la fraterna, se comprehenderá perfectamente que acepté yo, bien contra el grano, mi dignidad de jóven presentable en el mundo, y porqué razon me hice tan retraida en mi destino zahareño de chiquilla independiente y retozona.

La sociedad de Estrasburgo habia sido muy brillante de marras, pero la revolucion de Julio trajera consigo cierta necesidad de fusion que habia paralizado su festividad y franqueza. Los orgullosos nobles, que por lo comun habían sufrido descalabro en sus intereses positivos, no tenian inconveniente de aceptar las invitaciones de los plebeyos; pero llevaban á sus bailes cierto aire de vanidosa condescendencia, muy impolítico y muy glacial. Por su parte, los opulentos piojos resucitados de la clase baja, al visitar á sus antagonistas se burlaban de las libreas ajadas, y de los desdorados blasones de los nobles pretensiosos, y empeñados en oponer el orgullo de los pesos duros al orgullo del abolengo, parecian haber reducido á metálico sonante los talentos, la educacion y el conocimiento del mundo.

En algunas casas, sin embargo, se encontraba la franca y jovial cordialidad de los antiguos tiempos, pues que el lujo del corazon sustituia al de la fortuna y vanidad. En los bailes que se daban allí, se veia el vals nacional triunfar de la contradanza; las galops, los cotillones, las *bulangeras* venian en succesion hasta el dia, y entónces, á fin de refocilarse en pos de fatigas tantas, y de tantos placeres, la ensalada de patatas y el pastel de bofe acudian á refrescar á los bailarines de ambos séxos.

Entre las autoridades, solo el general Brayer se ocupaba de dar gusto á sus gobernados: tenia hermosos bailes, presidiendo á ellos su hija la señorita de Marchand, con la mas perfecta finura. Mr. Marchand, primer ayuda de cámara de Napoleon, tenia estudios, pero era triste, recogido, y llevaba impreso en el semblante el sello de un gran recuerdo y de una gran pesadumbre.

A principios de la primavera cayó enferma nuestra pobre hermanita; esto causó á mi madre una terrible pena, y á mí una sensacion profunda. Yo no amaba á Juana como queria á Antonina; pero mi afectohácia ella, que mas bien tenia por objeto á la criatura que á la hermana, era inmenso y casi maternal. Cuantas veces la mecí en mis rodillas! cuantas veces hice rodar su carreton por las alamedas del parque, á todo correr, porque la inocente gritaba con su vocecilla: — «Maria, mas, mas, mas!» Entónces veia yo su frentecita, que tan pálida estaba siempre, ponérsele encarnada y tomar espresion, y si alguna vez, hecha un tomate mi cara, me veia precisada á tenderme en el suelo, solía ella ceñirme el cuello con sus bracitos, y besándome cubrirme de flores que deshojaba de sus ramilletes predilectos.

No se le habia declarado enfermedad alguna: y sin embargo, cada dia que pasaba quitábansele á la pobre niña la fuerza y los hermosos colores; cada dia hacíase la criaturita mas bella y adorable; parecia cual si fuese transformándose en ángel, y la desventurada madre iba comprehendiendo, por la perfeccion de su tesoro, que estaba próximo este á volverse al cielo. Que desesperacion! sentirse impotente para conservar la vida que se ha dado! ver desfallecer, enfermar, morir sobre el seno materno al hijo de nuestras entrañas! Esta agonia de despedida, sin la posibilidad de las ilusiones, duró seis meses. Estinguióse Juana sin padecimientos, semejante á una de esas hermosas estrellas que brillan en el firmamento por la noche, y que empalideciendo con la aurora, no se les encuentra ya cuando viene la mañana.

Luego que la cunita de nuestro ángel se quedó vacía, tuvo mi madre una pena, que casi le trastornó el juicio; algunas veces empachábanla nuestras caricias, nos rechazaba con aspereza; y otras veces, viéndonos llorar con ella, besaba nuestras lágrimas y parecia recogerlas para que le sirvieran de solaz: ya desechaba lejos de sí el recuerdo de su cara hija, ya, y las mas veces, lo consideraba como manantial perenne de su existencia. Gustábale á Juana quedarse dormida con sus manitas enredadas en uno de los

rizos de mis cabellos; hizo mi madre que me cortase aquel rizo, y que se lo diera. Juana quería con preferencia á Antonina y por lo tanto llegó á ser esta, mas que nunca, la hija favorita de aquella pobre madre.

Habian sepultado el pequeño ataud de la niña al pié de un rosal blanco no lejos de la casa; y allí sin cesar se veia á mi madre y á Mr. de Cochorn. Así alimentadas sus penas, cada dia se tornaban mas vivas; de modo que fué preciso arrancarles de Yttenwilliers, y hacerles partir para Villers-Hellon. Vino á juntarse con nosotros allí mi tia la de Garat, y pronto se completó la reunion de toda la familia con la llegada de mi tia la de Martens, quien había huido de Constantinopla á fin de evitar el contagio de la peste, tan frecuente en aquella capital.

La distraccion consiguiente á este regreso, que devolvia á mi madre, en su hermana, una amiga íntima, le sirvió de consuelo. Tambien iba á presentarle á Mr. de Cochorn, lo que equivalia á decirle todos los padecimientos y todos los goces que succedido se habian desde su última separacion. Su pesar, dejando de ser la única cuerda que aun quedaba vibrando en su alma, se convirtió en tranquila tristeza; su salud, léjos de darnos temores, nos infundia la esperanza de que no tardaríamos en ver sobre el regazo maternal á alguna nueva Juanita.

Habia siete años que mi tia, la de Garat, abandonára la Francia, su padre, su familia, sus amigos; así es que fué un dia grande el de su regreso; hubo abrazos y lloros, hubo miradas de cariño y éstasis á través de sonrisas y de lágrimas. La recien llegada buscó en vano á las niñas, á quienes á tal punto habia amado, y las encontró convertidas en mugeres; de aqui la sorpresa, de aqui las felicitaciones mas cordiales; rozábanse las preguntas con los besos: si, lo repito, aquel fué un dia muy grande.

Educádome habia yo en el cariño de mi tia, y en una firme conviccion en su talento; ahora que me era dable poner mi fé en la realidad y el raciocinio hacíase de dia en dia mas viva y mas entera. Madama de Martens es no solo una muger amable, y llena de talentos; sino que todavía es una persona todo-poderosa en virtud de sus atractivos é infinitos encantos; y hasta su pensamiento con el objeto de agradar, sabe amoldarse á todas las formas, á todas las coqueterias. En sociedad echa un velo sobre lo profundo de su espíritu; pero suele bastar una sola palabra para despertarlo, y hacer que lo descubran ciertos ecos que parecian ocultos. Es un es-

píritu el suyo mezclado de resplandor como el ópalo mas bello; en él chispea la fantasía, en él tambien tiene el corazon algunos rayos.

XII.

Mis dos primas fueron recibidas por nosotros con felicitaciones y caricias: ambas eran muy hermosas. Las dos habian traido de Alemania, de Italia y del Oriente, cierto perfume estrangero que las hacia deliciosamente originales. Herminia, rubia y pálida, era el tipo de la jóven que encanta los ensueños de los poetas. Berta, con sus ojos rasgados, su naricilla chusca y socarrona, tenia un corazoncito como un ángel, y una cabeza mas traviesa que la de un diablillo. La esquisita educacion de mis primas era el cuidado mas tierno de su madre; en conformidad á su sistema, aprendian aquellas jóvenes sus pensamientos asi como aprendemos nosotras nuestras lecciones. Sabian de oficio todos los gustos, todas las ideas, todas las creencias de su madre: tenian las niñas el mayor esmero en presentarse siempre bien vestidas, y cotidianamente se les pasaba revista de policia: cultivaban ademas sus buenas luces, y eran poseedoras de bastantes conocimientos; en fin, estaban á las órdenes de una *gobernanta*, á la cual gobernaban ellas, y que era una especie de ministro responsable, fastidioso aun para los subordinados, y vez á vez, ya regañando á los demas, ya oyéndose regañar á sí mismo.

Considerábase en sus glorias mi abuelo con esta completa reunion de toda su familia. Sus tres hijas, todavia jóvenes, todavia bellas, siempre llenas de gracia y de bondad, hacian los honores de su casa con tanta benevolencia como talento. Sus nietas hacian dispertar

en torno suyo mil ecos de felicidad y de júbilo, y todas aquellas juveniles cabezas, á quienes él amaba, y que le adoraban á su vez, parecian bendecir su vida bienhechora, la corona que el cielo habia puesto sobre sus cabellos blancos.

Durante el dia, los estudios separaban á los niños pequeños de los grandes; pero la noche, que nos reunia, pasábase en juegos y en bailes de toda especie. Nos disputábamos el piano, las poltronas del abuelito, la conversacion con mi tia la de Martens, quien siempre, echada en el sofá, nos daba escelentes ratos con sus agudezas, sus caricias, y algunas veces con sus sermones.

Mis tias se trasladaron á Paris al caer las primeras nieves, y preciso me fué que pasáran muchas semanas para empezar á acostumbrarme de nuevo á vivir sola sin demasiado aburrimiento ni pesadumbre. Por feliz fortuna, mi madre habia prometido á sus hermanas que á mitad del invierno iria á pasar con ella en Paris algunos dias; esto fué para mí algun solaz, y lo que al principio consideré como una esperanza halagüeña llegó por fin á convertirse en una hechicera realidad.

Durante esta permanencia en Paris, tomaron á su cargo mis dos tias el cuidado de divertirme, y fué nuestro primer deleite un baile de confianza dado en las Tullerías, y en el cual me aburrí régiamente. Yo no conocia á nadie; los amigos de mi tia la de Martens eran todos unos hombres muy serios, politicones y diplomàticos, *anti-dancistas* por naturaleza y posicion; asi es, que despues de haber admirado todas las lujosas brujerías que me rodeaban, los esquisitos trages y esquisitas figuras, despues de esperimentar el tormento de que se me fuesen los ojos y el alma tras las lindas parejas que bailaban el Tolbeque, mientras la escasez de bailadores me tenia clavada en mi silla, fuí á acostarme á media noche cansada de aburrimiento, y dichosa de descansar por fin de todos aquellos placeres que habian disfrutado otros.

Aquella *suaré* dejó impreso en mi espíritu un desprecio soberano para el mundo y los que en él se denominan placeres. La filosofía enjerta en la variedad mortificada, es la que mas dura, y asi fuè preciso que me llevasen á empellones como una víctima al hermoso baile que dió en aquel tiempo la mariscala de Suchet.

Las graciosas palabras de la graciosísima mariscala, quien me dijo habia conocido y apreciado sobremanera á mi padre, fueron mi primer gozo: luego los bellos ojos de mi tia la de Garat, que era mi ángel custodio, me atrajeron por afinidad multitud de pa-

rejas: encontré allí á Mr. Ernesto de Ganay á quien habia yo visto con frecuencia en Villiers Hellon, y que hablaba con mucho talento apesar de ser algo maligno y muy zalamero; en fin, divertíme tanto cuanto me aburriera en el baile anterior, y al hallarme de vuelta en casa renuncié con menor autoridad y mas sospechosa buena fé á Satanás, á sus pompas, y á sus obras. En el transcurso de aquella noche, M. de Ganay, que fué mi Cicerone, me enseñó algunas de las mugeres mas de moda. Admiré á la hermosa Duquesa de Istria, y aun mas á la de Plasencia, linda, ligera, diáfana como una de aquellas esbeltas *libelas*, primas hermanas de las mariposas, que bailan en la primavera sobre el terso cristal de los riachuelos.

Llevábanme mis tias algunas veces á la ópera. Ví representar á *Roberto el Diablo*. Los artistas Nourrit, Madamas Damoreau y Dorus eran los fieles intérpretes de este grandioso pensamiento de Mayerbeer. Sentíme entusiasmada; pareciame que oia cánticos dignos del cielo: no quizás de nuestro cielo, pero si del de Mahoma, destinado á que los electos del profeta se embriaguen con hidromiel, con armonia, y ardan bajo los ojos negros de sus divinas houríes.

Por Marzo estuvo mi madre peligrosamente enferma; á la sazon se hallaba en la Alsacia Mr. de Coehorn, á donde habia ido con el objeto de arreglar ciertos asuntos, y recayó en mi la obligacion de cuidar á nuestra querida enferma. Pasaba yo los dias juntos, á su cabecera, y las noches á sus pies, tendida en unos cojines. Solo yo tenia el privilegio de darle de beber, de alzarle la cabeza, de achicharrar sus pobre pies en el agua de mostaza... Solo yo recibia sus gracias, sus sonrisas, y disfrutaba de sus largos besos. Solo yo sorprendia sus ojos cuando con ternura seguian mis pasos; en fin ella me amaba cuanto me fuera posible haberlo soñado jamás, y yo la *idolatraba* en retorno.

Así transcurrieron seis semanas, pero luego que volvió Mr. de Coehorn, fué preciso devolverle sus derechos, y tornar al afecto frio y severo de lo pasado.

Mi corazon que habia dado suelta á sus mas íntimos ensanches, fué pues de nuevo chasquehado tristemente, y se replegó otra vez sobre sí mismo. Toda su independencia, todos sus pensamientos fantásticos volvieron á dispertarse, y mi imaginacion, que ya se habia creado cierta hijuela en una vida de cariño, redescendió penada á las mezquinas realidades de la existencia. Entonces ninguna esperiencia tenia yo de los hombres, ni de las cosas. Creia que el mó-

vil de mis acciones era noble, pero ostentábame irreflexiva, imprudente, pues queria obrar conforme á mis ensueños; sin dirigirme nunca en el sendero trillado por la opinion, preferia un precipicio á una vereda. Pues que no me ocupaba de los indiferentes, solia yo sin sabiendas ni malicia descomponer sus combinaciones, ó las mas veces iban á chocar con ellas; en fin, caminaba yo por el el camino de la vida, con la cabeza levantada, sin mirar á mis pies, viendo la mas imperceptible niebla en el cielo de mis pensamientos, sin advertir al mismo tiempo los peligros y pedruscos en la ruta de la realidad, y obedeciendo siempre á mi primer movimiento. Ostentábase mi espíritu obstinado, voluntarioso, altanero; solo mi corazon le dominaba, y era él quien me sirviera de guia.

Mi hermanita Isabel vino al mundo con las primeras flores, y con los primeros hermosos dias. Parecíase algun tanto á la pobre Juanita, á quien venia á reemplazar en los corazones; pero manifestaba mayor robustez, y mucho menos de su transparente hermosura. Mi madre, demasiado débil para criarla, le dió una bella nodriza que tenia cabellos negros, hojos hermosísimos, un genio muy adusto, propensiones intolerables y exigencias inauditas. No solamente mi madre se habia convertido en esclava suya, sino que tambien exigia que nos sometiésemos nosotras á todos los caprichos del ídolo que se echaba á perder la leche, y se dejaba morir de hambre, luego que no recogia una cosecha abundante de cumplimientos.

Nunca se habia visto Villiers-Hellon mas animado que lo fué durante aquel estio. Hubo magníficas partidas de caza, soberbios bailes, reuniones continuas y deliciosas. Nuestro enjambre de muchachas se habia aumentado con la agregacion de la señorita de M.,. jóven muy linda, graciosa y amable, tiernamente adulada de toda su familia, y á la cual solo vituperábamos un poco de demasia en aquellas perfecciones imperantes, que deben olvidarse siempre en las reuniones íntimas donde se entrelazan los pensamientos francos y festivos de las mugeres, que solo cuentan diez y siete años de edad.

La señorita de M... era una de aquellas elegantes celebridades del arrabal de San German, llena de talentos y de gracias aristocráticas. Decíanla impertinente; mas yo la hallé siempre tan amable á la perfeccion, sin que tuviera otra cosa de chusca que una naricilla respingona con ciertos perfiles de vanidad y soberbia.

Tambien estaba en Long-Pont la condesa de M. amable y rica viuda, y el general conde de M. campechano y escelente amigo de mi

madre; algo enamorado de todas las mugeres y mas particularmente de mi tia la de Martens, con quien tal vez se habria casado años antes, á no habérselo impedido la mezquindad de su fortuna y posicion. Entonces solo era subteniente y contaba con mil libras de renta.

Fué en Villers Coteret, donde los cazadores habian establecido su cuartel general, con sus caballos, perros y demás avios de montería. Contábase entre ellos al duque de Valanray, sobrino del príncipe de Talleyrand, quien debia heredar gran parte del caudal de su tio, y que habia ya heredado porcion de sus talentos; tampoco se me olvidan Mr. de Vaublanc y los Señores de L.

Acerca de estos últimos habia yo pedido algunos informes á Mr. Julio de Montbreton. El me contestó lo que sigue.

—Toda esa es una familia muy amable: cuéntase en ella á Blanca, quien dibuja muy bien, y á Enrique muchacho saludable, á Julio, niño mimado, y á Pulquéria dotada de una memoria sin límites. Mr. L... de L... tio de los unos y padre de los otros, se parece á un cuadro hecho al pastel, y muestra todas las gracias, todas las piruetas de los antiguos petimetres de Versalles y de Trianon. Prometo hacer á V. bailar en la primera ocasion con ese Vestris adorable, y en seguida con su hijo, que es casi tan huraño como V. misma aparenta serlo algunas veces, y se presenta tan desaliñado como V., y aborrece aun mas que V. si es posible los cumplimientos y las frases de estrado. Con que asi, niña, al tocador, ponerse garbosa, y si puede ser no presentarse con la punta de la nariz colorada.

En efecto, tuve la honra de bailar con M. L. de L.; pero si sus gracias eran algo vetustas, su perfecta amabilidad, su deseo de complacer, su respetuosa cortesanía, hasta para con las chiquillas, me parecieron inimitables y de un *rococó* noble y de buen gusto.

Respecto á Arturo de L.. parecia amar á su padre sobre todas las cosas. Sus maneras reservadas, independientes de toda traba, y algo hurañas, tenian una sencillez perfecta; luego, su gruesa voz era tan dulce, sus hermosos ojos rasgados parecian tan aburridos en el salon como animados en la montaña, que hice de él mi héroe, miéntras por espacio de dos meses su imágen fué el tema de mis ensueños, y la causa de mis rubores.

Madama E. de L. nieta de la señora de B. fué á pasar con nosotras la temporada de caza en Villers Hellon. Era bien parecida y natural como las coronillas de los campos; pero sacrificaba á su fana-

tismo por la veracidad todas las tolerancias indispensables á la buena educacion. Habiase constituido esta jóven en terror de las pretensiones exageradas, las cuales la motejaban de mala crianza, de capricho, de manía; al paso que era instruida, razonable, y original, y que solo le hacian falta tres ó cuatro defectos para convertirla en un dechado de perfecciones.

Antes de volver á la Alsacia; quiero decir algo de madama de Montbreton, con la cual teniamos conocimientos mas íntimos, y á quien yo admiraba con un entusiasmo exagerado quizás. Era muy linda, tenia unos ojos negros terciopelados, que parecian pesar sobre la persona á quien miraban, una fisonomia en estremo graciosa, y la posibilidad de ser tan amable como impertinente, segun le daba el capricho ó el humor.

Madama de Montbreton conservaba talento todavia, una instruccion mucho menos formidable que sus pretensiones; á ella la hacian temible un soberbio desprecio hácia su marido, un coquetismo desdeñoso respecto á la sociedad, al paso que tal vez demasiado vivo en los coloquios particulares. El mundo la juzgaba con severidad; por mi parte, apreciaba yo en estremo á madama de Montbreton, porque dispensaba sus bondades á mi inesperiencia, dignándose hacer caso de mi, de quien nadie hasta entonces lo había hecho. Yo comprendia su superioridad sin atreverme á analizarla, y cuando me decia que era mi amiga, sentiame dichosa, y mi amor propio le franqueaba un santuario en mi corazon.

Iba yo á pasar dias enteros con ella. Jamas entre nosotras existió un trueque de pensamientos, que hubiese sido imposible; pero yo la escuchaba como á un oráculo. Contestaba con franqueza á sus preguntas, y ella parecia interesarse en la originalidad de algunas de mis convicciones, que procuraba combatir. En ese caso me callaba la boca... pues nunca he discutido con ella sino aquellos asuntos que fueran para mi indiferentes del todo. Habituada á guardar en los secretos de mis pensamientos todas las ideas recibidas y toleradas por la sociedad, habia yo hecho de ellas otros tantos idolitos; y comenzando por defenderlas, hubiera concluido de buena gana por verlas establecidas. A fin de que mis palabras no cortasen, me torné muda; porque me constaba que una jóven debe ocuparse de los demás, sin pretender á que estos de ella se ocupen, y debe prevalerse de su buen juicio para escuchar con gracia y callar con talento.

XIV.

Sentí una grave pesadumbre al separarme de todas aquellas amigas, de todos aquellos goces para regresar á la Alsacia, donde á penas alguno que otro de los afectos que nos rodeaban reproducia un débil reflejo de nuestras sensaciones. Isabelita estaba encarnada como una manzana, y tan hermosota como saludable. Mi madre, y Mr. de Cochorn adoraban aquel angelito, y sin embargo, al lado de aquel pequeño tesoro tan ansiosamente anhelado, no parecian contentos y en verdad no lo estaban. ¡Y que mudanza se habia verificado en su existencia!... todo, y nada. Asi como otras veces viviamos aislados y en absoluto retiro; sino es que mi madre, cuya salud se hallaba quebrantada, salia menos que nunca, y Mr. de Cochorn con ménos frecuencia se hallaba á su lado. Por la noche, cuando reinaba la luna en el cielo, y el silencio en la tierra, no iban ya á solas para asomarse á la ventana entreabierta; ya no escuchaban sin hablarse, ya no tenian un pensamiento único; discutíanse los proyectos, combatíanse las opiniones; mi madre habia perdido la aureola del amor que iluminaba su frente, y Mr. de Cochorn el recogimiento de la felicidad que tanta nobleza derramaba en su hermosa fisonomía. Ella era menos jóven; el parecia serlo aun mucho mas. Ay de mí! ¿Será que los afectos del corazon se marchiten como las florecillas del campo? ¿Será que el amor entregue sus ensueños, sus perfumes, sus goces á las brisas de la costumbre para que las dispersen lejanas, cual los frios huracanes dsl otoño esparraman las hojas postreras? Dios mio! ¡Cuán penoso deberá ser el verse precisado á asistir en persona á la agonía de su propio amor!

Mi pobre madre, al perder su felicidad, se habia tornado mas severa para conmigo, y mas indulgente para con Antonina mi hermana. Mr. de Cochorn estaba á veces de mal humor, y se fraguaba incomodidades gratuitas á fin de proporcionarse la distraccion de chocar con nosotras. Repugnábame el papel de víctima, conservando mi posicion de igualdad é impunidad fraterna; haciale cara valerosamente á Mr. de Cachorn; si era injusto, ostentábame impertinente;

si regañaba, reiame de su cólera y aun à veces le hacia reir á el mismo en despecho propio. Luego que yo veia el rincon de nuestro hogar invadido por la muda tristeza ó por discusiones penibles, sentábame al piano ú obligada á mi padrastro á dar conmigo cuatro vueltas de vals, ó bien me atrevia à aventurar una de esas ideas fuera de camino que precisaban á mi madre á distraerse de sus pensamientos melancólicos para enfadarse ó regalarme una linda fraterna.

Habiame vuelto una media profesora de mûsica: decianme que tenia bonita voz, mientras juzgaban que cantaba muy mal. En efecto, con la facilidad de una avecilla trinadora, egecutaba yo mis gorgeos y calderones; pero si hubiese sido necesario cantar con sentimiento arias tiernas ó apasionadas, eso hubiera sido imposible para mí. No me atrevia á traducir de recio las impresiones de mi corazon, y dado no me era imitar las que usa todo el mundo, y yo cantaba tan mal los romances que mi madre cantaba tambien, que la hacia reir á ella, tanto como ella me hacia llsrar á mî

Era yo en aquel tiempo una muger hecha, y sin embargo se me trataba como á una chiquilla, dando pábulo á todos mis locos alborozos, y á todas las pequeñas acciones, hijas del capricho, en las que malgastaba yo la vida que hervia dentro de mi pecho. Cuando iba á caballo, yo buscaba, creaba, me reia de mil peligros de mucha consideracion; en mis paseos á pié no podia resistir las cosquillas de saltar un seto, de atrancar un arroyo, sin otra mira que la de hacer una ostensible protesta contra toda barrera y obstáculo, y al paso que perdonaba esta increible y completa libertad en mis movimientos, no habia tolerancia para mis opiniones: se vulneraba sin cesar al amor propio de mis pensamientos con el fin de comprimirlos y cercenarlos. Todas esas trabas eran empero inútiles. Si bien me avenia á que me tuviesen por fea, me causaba empacho la suposicion de que se me creyese tonta; pues que se exigia que callase, callaba como una muda; pero escribia, pero entregábame á la lectura con avidez; acostumbraba mi inteligencia á poetizar los detalles mas minuciosos de la vida, la que conservaba yo con indecible esmero de todo roce vulgar ó frivolo. Añadia yo à esto el daño de engalanar la realidad para hacerlo amable à mi imaginacion, el perjuicio aun mayor de sentir el amor hácia lo bello tal vez mas que el amor hácia lo bueno, de cumplir mas fácilmente con el esceso del deber que con los deberes mismos, y de preferir en todo lo imposible á lo posible.

Mi madre quiso pasar el invierno en Estrasburgo; quejábase

sin cesar de falta de salud, y apurábase en estremo, sin que los médicos participasen de su inquietud, que atribuian á un estado nervioso mucho mas que á una afeccion peligrosa. El invierno mundano se anunciaba de los mas festivos: consagrábanse al placer muchas noches de cada semana, y hablábase de esperanzas todavia mas brillantes que la realidad. Las reuniones de Estrasburgo habian hecho algunos reclutas de mucho mérito; entre ellos se contaba à la marquesa de Caraman, bastante llena de talentos y de gracias para que pudiese sospechársele que habia tenido por madrina á alguna hada: M. de la T... que tenia una hermosa cabeza... luego una hermosísima cabeza... en fin una cabeza admirablemente hermosa; un tal M. Teodoro de Bussiere, quien acababa de casarse con una jóven muy cariñosa y bonita, hija de M. Humann.

A los primeros dias de Enero caí enferma de gravedad: habiame empeñado en no hacer caso de una séria indisposicion para no faltar á un baile à que tenia grandes ganas de ir, y despues de haber bailado durante algunas horas, al tiempo de retirarnos á casa, un viento helado vino á soplar sóbre mi frente trasudada, y al dia consecutivo se me declaró el sarampion con una violencia alarmante, y unos síntomas muy espantosos.

Cuantas personas amaba yo se alejaron de mí, por miedo del contagio; desterráronme á mi cuarto con una enfermera, y allí padecia yo en mi soledad, asi que llegaba á mis oidos el acento de alguna voz, el rozar de algun vestido, los pasos cadenciosos de mi madre, las pisadas ligerísimas de Antonina; creia yo morirme, morirme sin volver á verles, y teniendo por único solaz la idea de yacer só la misma losa que á mi padre cubria, y de mezclar en el cielo mi alma con su alma.

Asi habian transcurrido tres semanas: ya entónces hallábame yo fuera de peligro, aunque todavia muy endeble, cuando supe, en virtud de una palabra imprudente dirigida por mi enfermera al facultativo, que mi madre estaba enferma de muchísimo cuidado. Quise levantarme, correr á su aposento, reclamar mi derecho de cuidarla: todo eso fué imposible, mi enfermedad era contagiosa; yo hubiera querido darle mi vida, y mi presencia habria añadido un nuevo peligro al que ya la amenazaba. ¡Qué dias aquellos! qué desazones! qué angustias! Preguntaba yo con iguales ansias al ruido y al silencio; pasaba todo el dia y parte de la noche sentada junto á la cruel puerta que de ella me separaba. Mr. de Coehorn y Antonina, procuraban en vano engañarme con palabras de es-

peranza; su voz misma tenia lágrimas, cual las tenian mis presentimientos; comprendia la verdad; halléme en un estado horrible de padecer; sentíme trastornar el juicio, hasta que al fin me llevaron á verla.

Pobre madre! estaba espantosamente pálida, tenia los labios cárdenos, y la cabeza caida á plomo sobre la almohada; ya no padecia la cuitada, ya no sentia nuestros besos que le quemaban las pobres manos; sus miradas se fijaban en Mr. de Coehorn, quien parecia contar cada una de sus lágrimas, y recogerlas para formar de ellas un tesoro en la eternidad. Por un momento pareció volver sus mientes hácia nosotras; hizo que se le acercase Antonina, estrechóla algunos instantes contra su corazon; luego enredó con suavidad sus dedos en mis cabellos, apartó los rizos de mi frente, y sondeó con angélica mirada mi dolor profundo, diciéndome: ¡Pobre niña! cuánto te amaba yo!... cubrila de besos con deleite y angustia; pero como mi corazon estallaba en sollozos, me arrancaron de sus brazos á la fuerza, y fuí á esconderme detrás de las cortinas. Su cabeza estaba reclinada en los hombros de Eugenio; mi madre le hablaba con los ojos, con el alma, y parecia sacar fuerzas de su desespero: nuestras angustias la hacian padecer, las suyas le estorbaban que sufriera.... Asi se pasaron muchas horas.

El alba comenzaba á dar sus luces: de repente, lanzó Eugenio un grito horroroso; ella nos habia dejado!

Despues de un dia transcurrido en ansiedades terribles, que desorganizan nuestros pensamientos, y nos hacen esperimentar una especie de locura interior, fuéme imposible domeñar por mas tiempo una idea fija é íntima, que de mí se habia apoderado y me daba caza á todas horas; quise ver á mi madre por última vez. Coloqué blandamente en su cama á Antonina á quien rindiera el sueño, entre mis brazos, á fuerza de dolor, y escurríme inapercibida dentro de la cámara de mi madre.... Dios mio! cuán comprehensible es en la muerte vuestra omnipotencia! Cuando vi á mi madre, estaba ella ya tan santamente hermosa con la corona de la inmortalidad, que mis lágrimas se enjugaron, y caí de ambas rodillas cabe su lecho, cual si fuese al lado del camarin de una Vírgen. Habia yo ido á rezar por ella; al verla le rezé para que orase por nosotras.

"Madre mia, le dije, perdonadme: no os he adorado lo suficiente durante mi vida. Registrad mi corazon; ved cuanto sufrido há..... perdonadme, madre querida, ángel tutelar, perdonadme."

Quise cortar un rizo de sus cabellos, mas no me atreví: parecia-

me inviolable y sagrada como las hostias santas. Quise imprimir un beso en su frente; el beso comunicó á mi vida el yelo que transmitió á mis labios; tuvieron que llevarme á mi habitacion, arrancándome por fuerza de allí.

Habia yo recuperado hasta cierto punto la calma orando delante de mi madre, pero la perdí luego que me quedé otra vez á solas: mi abandono, mi aislamiento sobre la tierra aun no se ofrecian á mi imaginacion; ella, ella era quien únicamente la ocupaba, desgarrándola con sus torturas. Ay de mí! ay! miéntras yo la poseyera, habian murmurado mis labios contra su severidad, y mi espíritu combatido sus órdenes y consejos. Mas que á ella habia yo amado la memoria de mi padre; por él habiame empachado la idea de su felicidad; aquellos eran dias irreparables que gravitaban sobre mis mientes, á fuer de pesadumbres mortales. Ah! si pudiéramos, durante la vida de aquellos á quienes amamos, hacernos una idea exacta de lo que es fuerza padezcamos á su muerte, cuanto mas sabriamos darles gusto, cuanto mas conoceriamos lo que vale cada hora, cada minuto de una existencia de afecto.

Horrenda era la desesperacion de Mr. de Coehorn; este no lloraba, prorrumpia en alaridos, y heriase contra las paredes la cabeza; besaba de rodillas los taburetes donde su esposa se habia sentado, sus libros, su piano; la alfombra que pisáran sus pies; abrazaba á Isabelita con adoracion, estrechábanos entre sus brazos, y nos decia con angustia dolorosa: "Pobres niñas! pierdo á vosotras tambien!" Y estas palabras iban entrecortadas de sollozos; y nosotras tambien sollozando le respondiamos que le amábamos siempre, que el corazon de nuestra madre le habia legado á nuestros corazones.

Luego que estuvimos algun tanto serenos quiso Eugenio hablarme; tomó mis manos entre las suyas, y suplicóme le ayudase á cumplir las últimas voluntades de aquella por quien plañiamos. Quiso mi madre dormir su último sueño cabe su inocente Juana, en los sitios dó Eugenio habitar debiera, en los lugares repletos de las memorias de felicidad que ella dispensado le hubo. Trastornóse mi ánima en escuchando la postrera disposicion de la madre mia; yo esperaba que la muerte juntase en la tierra, asi como en el cielo, mis tesoros mas caros, y que mientras me ponia de hinojos sobre la fosa de mi padre querido, abollasen mis rodillas la tierra que cubriera, al orar mis labios, los pechos de mi madre adorada..... quedéme muda.... é hirióme un nuevo dolor.

—Maria! María! decíame Eugenio: ¿te niegas á obedecer su última voluntad? Precisa conseguir la autorizacion del Señor obispo, y precisa solicitarla en tu nombre y en el mio. Ves, mi vida está hecha átomos. Solo tengo una tumba: ¿querrás tu envidiármela? este seria un nuevo lazo que nos ligase; tú vendrás á estrecharte á mí para llorar sobre esa mi tumba; te pido esta gracia, de rodillas, por lástima de ella, por lástima de mí!

—Eugenio, desgraciado amigo, escúchame te ruego. La desesperacion mas íntima, mas irreparable, se desgasta con el roce del tiempo; bastan unos cuantos pasos para alejar la vida de la muerte, y si algun dia...

—Cállate, cállate; ese pensamiento es odioso ¿Por qué no hemos de vivir junto á una tumba, cuando se ha puesto en el cielo todo nuestro porvenir, todo nuestro amor. Ah! por piedad!...

—Eugenio, cúmplase su beneplácito.

Fué pues depositada mi madre junto á su Juanita; los rosales la cubrieron con sus flores y perfumaron con sus esencias. Dos cruces de tamaño desigual descuellan sobre las ramas, como el grandioso pensamiento de la inmortalidad se alza superior á los pesares y dolores de la separacion.

Toda la familia de Mr. de Coehorn se portó maravillosamente con las pobres huérfanas: llevónos á su casa Madama de Coehorn, donde nos quedamos par dos meses, miéntras llegaban los primeros dias de la primavera para volver al centro de nuestras familias; aquellos fueron unos dias muy tristes y largos. Yo no vivia mas que con la lectura de las cartas que ibán á llorar conmigo á mi pobre madre, las de mis tias nos daban á entender que estaban aguardándonos como á dos pobres niñas que iban á agregar al número de sus propios hijos, al paso que ya nos confundian con estos en sus corazones. Estas espresiones tan sensibles como buenas, y que tendian á ocultarnos nuestro aislamiento, hacianme soudar su profundidad; era inmenso mi reconocimiento, me ahogaba; yo hubiera preferido llevar la vida por mí sola, y sucumbir bajo su pesada carga, à la obligacion de hacerla gravitar de ese modo sobre los otros. El profundo afecto de mi abuelo era mi sola resignacion; él me amaria por cariño hácia mí, y no para cumplir un deber; yo habria de sèr el báculo de su senectud, un vivo recuerdo de su pobre Carolina; él sostendria mi existencia, yo embelleceria la suya. El corazon es orgulloso; y quiere darlo todo antes de haber recibido cosa ninguna. Yo conocia la perfecta bon-

dad de mi tia Garat; constábame que ella me dispensaria una solicitud, una ternura maternal. ¿Y ¡como retribuirle estos obsequios? Se pagan los esmeros de una madre con besos, con talentos, con felices resultas, una buena accion es su mas dulce recompensa, un pensamiento noble hace que en su frente resplandezca la satisfaccion, porque el mundo la honra, y Dios la bendice en las cualidades que dan lustre á su prole. ¿Mas que podia yo hacer respecto á mi tia? Solo me er a posible amarla, y el amarla era demasiado sencillo.

Entre mis crueles tristuras acudió una voz á resonar con poderio y con infinita bondad. Madama de Valence, noble amiga de mi abuela, y la cual habia sido madrina de mi madre, al paso que mucho me amára á mí tambien desde la cuna, vino á tenderme la mano, á mezclar sus lágrimas con las mias, á permitirme la amase cuanto á respetarla habia yo aprendido. Mirábala yo como á uno de esos ángeles tutelares que protegen á la abuela, á la madre, á los hijos y á los nietos, que se sonríen con los goces de una entera generacion, y que, si no es suyo el poder de prevenir las lágrimas, lo es al ménos el de detenerlas y enjugarlas. Madama de Valence me proponia fuese á pasar en su casa algunos de los meses del invierno. Acepté con reconocimiento el convite. Mi tia, la de Martens, se hizo cargo de Antonina, y á fin de terminar la educacion de ésta, algo descuidada, decidióse que pasaria un poco de tiempo como pensionista de una casa de educacion. Querian ponerla en San Dionisio; pero tenia yo unos recuerdos tan tristes y frios de aquel gran convento que me opuse al designio con todo el poder de mi voluntad y de mis ruegos. Hubo una cuestion respecto á intereses; pero añadiendo una pequeña parte de mis cortas rentas á las suyas, podia ser admitida en uno de esos pensionatos de Paris, donde no hay el gran número de seiscientos corazones, ni de seiscientas cabezas que formar y dirigir. Pareciame imposible que se rehusase mi propuesta; pues que siendo yo la primogénita, perteneciame la felicidad de mi hermana menor. Madama Adelaida cortó la cuestion encargándose de pagar el pupilage de Antonina: bien lo recuerda la memoria de mi corazon, y bien para siempre lo recordará. Dulce es verse protegido en las personas de aquellos, á quienes se ama, y el reconocimiento que bendice la proteccion dispensada á una hermana, es muy santo, y constituye una carga bien ligera.

XV.

Pasé en Villers-Hellon el primer verano que se siguió á la muerte de mi pobre madre; cuantos me rodeaban vestian su luto en sus recuerdos: mi abuelo me amaba con toda la fuerza de su ternura; mis tias eran escelentes, y mis primas muy amables. Habiase calmado mi dolor, sin ser por eso menos profundo. Mi tia, la de Garat, se habia hecho cargo especial de mí; dábale yo cuenta del modo en que empleaba el dia; ella censuraba lo que no le era grato en mi carácter ó en mis maneras, y me mandaba ó prohibia con la autoridad de una madre.

Mi bella y buena tia, casada desde la edad de diez y seis años, era todavia muy niña cuando dió à luz el primer fruto de su vientre, y á los goces de que la sociedad habia rendido á sus pies, debió añadir el que produce la dulce alegria que viene del cielo con el nacimiento de un hijo. El niño en cuestion, en vez de nacer sonrosado y bonito, como ella lo habia previsto en sus ensueños, fué al principio un pequeño ser achacoso y raquítico, al cual fué preciso dar una buena salud á beneficio de la medicina, y un buen carácter por medio de los sermones. Mi tia, quien por largo tiempo continuó para con su hija un sistema de gobierno absoluto, lo siguió solo en parte con respecto á mí; hallábala yo muchas veces llena de afecto, de tolerancia, de indulgencia; pero si su conciencia la recordaba que me habia adoptado por hijà suya, y que tenia tambien deberes que llenar para conmigo, dábame reprehensiones muy severas, castigaba mis pensamientos con interpretaciones humillantes que herian mi amor propio, al paso que me cerraban el corazon; luego al sorprenderme llorando, enjugaba mis lágrimas con sus besos, y haciame olvidar el disgusto que me habia causado. Y sin embargo, y lo repito, mi tia era un dechado de bondades, y aun cuando algunas veces no me era posible llevar

con calma sus amonestaciones maternales un poco vivas, hacia justicia al sentimiento que se las inspiraba. Mi afecto y gratitud jamás se debilitaban por eso; únicamente, que para poner mis pobres ideas al abrigo de la censura, hacialas enmudecer, y enseñábame yo misma á sujetar las pequeñas acciones y los pequeños sentimientos de mi vida á sus voluntades y á su opinion. Falta me hizo entonces una buena amiga, buscaba inútilmente á mi alrededor; entre mis iguales, mi prima Garat, que tenia una imaginacion tanto mas ardiente, cuanto mas se la comprimian, un buen corazon, un carácter ménos bueno, mucha franqueza natural, y mucho disimulo adquirido por precision, tenia un afecto demasiado exigente y variable. Herminia de Martens sabia muy mal el modo de querer, y Bertha solo era á la sazon una hermosa niña. Respecto á mi hermana, amábala yo con cierta mezcla de solicitud que pertenecia mas bien á una madre que á una amiga, poseia ella á par que un escelente corazon, una dulzura inalterable, una abnegacion de voluntad y de carácter que le proporcionaban felicidad en lo presente, y se la aseguraban para el porvenir; mientras yo que sabia cuan desgraciada me tornaba á causa de mis pensamientos demasiado acerbos, ó por mejor decir tan hermosas que desfloraban todas las realidades, yo que padecia con tanta frecuencia con el objeto de doblegar esos pensamientos mismos las exigencias de la vida real, no osaba participárselos, y reconocia que Dios la habia hecho mejor y mas prudente que á mí.

De vez en cuando, en mis dias de tristura ó de sinrazon, preguntábame á mí misma, si no estaba yo loca, si aquella existencia de júbilo, de goces y de olvido, que se exime de los dolores, eximiéndose de los pensamientos, no era preferible á mi manera de ser; esforzábame, aunque siempre en valde, por agachar los hombros só la capa de hierro que deja caer la sociedad sobre aquellos que aceptan su yugo, y solo hallaba yo distracciones en el deseo de instruirme. Aprobaba mi tia mi amor al estudio, diciéndome que la instruccion y el talento no perjudicaban á una señorita casadera. Respecto á mí, veia yo en el desarrollo de mis facultades el medio de ser estimada, y adornaba mi espíritu para hacerlo digno de aquel ser que aun no era tema de mis ensueños; pero cuya aparicion aguardaba yo en lontananza y preveia como complemento de mi existencia. Luego que habia escrito algunos pensamientos nobles, yo *se* los leia; cuando habia vencido una dificultad en la

música *le* cantaba victoria; enorgullecíame con ofrecer*le* una accion buena; atreviame á pensar en *él* cuando estaba disgustada conmigo misma; en fin ese ser no era un hombre, ni tampoco un ángel; era alguna cosa que amarme debería. Guardábame muy bien de hablar á mi tia acerca de tan bello ideal; una ó dos veces me habia atrevido á insinuarlo; pero se me contestó que nada estaba mas distante de mi ensueño que la realidad de un marido; semejantes ideas eran peligrosamente falsas; que las jóvenes solo debian optar labrarse una posicion en el mundo, un buen caudal; tener en su mano abundantes diversiones, ricas galas, preciosas canastillas; y que los demás deseos, toda vez que se tenga el depravado gusto de formarlos, deben hacerse de tapadillas. ¡Hasta qué puntos el mas noble destino del hombre, el deber puede desnaturalizarse por la sociedad, por los usos, por las conveniencias! Se dirá algunas veces que solo consiste en el sacrificio de las facultades, que no son las del mayor número y que es indispensable inmolar el poco talento que podemos tener al tosco sentido de los que no tienen ninguno. Dios no ha encendido en el pecho de sus criaturas la antorcha para que ellas la apaguen en holocausto sobre el altar de la medianía; cada hombre, y me atrevo á pensar que cada muger tambien, debe abrirse una ruta adecuada á su carácter; y el progreso debe de ser nuestra primera necesidad así como nuestra primera obligacion.

Pasábame mis momentos mas dulces al lado de mi buen abuelo: habíame hecho su favorita; estableciérase entre nosotros un trueque de cariños y de pensamientos; vivía él en mis recuerdos, yo vivía en sus esperanzas, y habíamos hecho uno y otro compañia de goces para lo presente. Mi abuelo habia hecho que me preparasen un cuarto próximo al suyo; una simple cortina separaba ambas habitaciones, por la noche nos era fácil hablarnos, y por la mañana solo tenia yo que andar un paso pora recoger de sus labios el primer beso, mientras la siesta, que era mas bien un rato de descanso que de sueño, tocaba yo el piano para él, leíale á veces, ó sentábame á sus pies mientras me contaba por vigésima vez, alguna de sus historias favoritas.

Este escelente abuelo era el superlativo de la bondad; vivia para los otros, era feliz haciendo felices á los demás, y solo sabia gozar de los bienes que pudiera repartir ó dar todo entero.

La beneficencia es para el corazon lo que el estudio para el espíritu: es un goce que, único, puede suplir el vacío que las

pasiones ó la desgracia dejan en la existencia; este noble sentimiento nos enseña á vivir para los demás, cuando seria demasiado doloroso vivir para nosotros mismos, y permite que nos entreguemos á las dulces emociones del corazon por la parte de afuera de su propio destino.

Todo aquel verano estuve con bastante frecuencia en Long-Pont. Madama de Montesquiou me acogia con perfecta bondad. Habiame permitido que la amára, y yo lo hacía de todo corazon. Pediale yo con frecuencia sus consejos; algunas veces me reprendia ella con blandura, y siempre podia cualquiera tomar por modelo su vida, para guiarse por el camino recto. Su hermano vino á pasar una larga temporada en Long-Pont con su muger é hijos, todos muy queridos de mi difunta madre; mostróse aquel escesivamente bondadoso para con la pobre huérfana, y prometióle sus consejos y su amistad. El marqués Julio de Mornay tenia un bello carácter; nacido señoron, hízose hombre por su voluntad, y prefirió la nobleza de sus talentos y de su corazon á la nobleza de sus blasones. Llamado á la cámara de los Diputados, no fué en ella el representante de los grandes ni privilegiados de este mundo; fué, sí, el sosten y representante del pueblo; dedicó á su patria y á los pobres, una vida, que la suerte habia destinado á los placeres. Su tarea es bella, y gloria le sea dada! Habiase casado Mr. de Mornay con la hija del general Soult, cuya jóven reunia con una hermosa alma una dulzura repleta de dignidad. Luego que entraba ella en el vasto salon de Long-Pont, con un hijo en cada mano, llevaba en la frente la noble altiveza de una matrona romana, y sus joyas eran tan ricas como las de la madre de los Graços.

A principios de aquel invierno pidióme en casamiento Mr. de L; no puedo esplicar la profunda emocion que esperimenté cuando mi tia de Martens se hizo intérprete de aquellas palabras de amor, y las primeras que se me habian dirigido. Revelábase en mí un nuevo poder, latíame mas vivo el corazon, alboreaba delante de mis ojos la vida, colorando mi frente, hallábame distinguida, y mi reconocimiento carecia de límites. Si bien no queria yo casarme con Mr. de L..., mirábale como el precursor del hombre perfecto que fuera el ídolo de mis ensueños é ilusiones. Solo le habia visto alguna que otra vez; era jóven y bien parecido; cantaba perfectamente, y su amabilidad me hechizaba. Creo que si me hubiera dicho *de quedito* que me amaba, antes de decírselo *de recio* á mi tia, yo le hubiese aceptado; pero esta pasion fué declarada con tanto arreglo á las leyes de *conveniencia*, era tan imposible poetizarla,

que no pude decidirme á entrar en la realidad de la existencia, ántes de haber visto florecer y marchitarse algunas de mis ilusiones. Pareciame que era aquello quemar las páginas mas bellas del libro de mi destino, para llegar mas pronto á la última hoja, y no cabia en mi imaginacion un fin que careciese de principio.

La fortuna de Mr. de L. consistia en un destino de 4 á 5 mil francos anuales, y por eso la razon de mi familia, poniéndose de acuerdo con la razon de mi propia fantasía, se rehusó al novio tanto en nombre de todos como en el mio.

XVI.

En el mes de Diciembre dejé á Villers-Hellon para ir á vivir en el precioso cuartito que Madama de Valence me tenia destinado. Esta generosa amiga de mi abuela me recibió como á una hija esperada y deseada largo tiempo; se habian consultado todos mis gustos, realizado todos mis deseos. Madama de Valence me acababa de comprar un hermoso piano, y puso para que me sirviera, una vieja hermana de Mamíe, escelente muger, muy tierna y afecta, que habia conocido á mi abuela desde que tenia esta diez y seis años, y mecido entre sus brazos á todos mis amigos de otros tiempos, asi como tambien á todos mis parientes de fecha antigua.

Sentíame feliz, muy feliz en medio de toda aquella pequeña colonia de la calle de Berry. Al rededor de Madama de Valence, agrupábanse sus hijos, sus nietos, sus viznietos, cual corona y gloria de su ancianidad, cual escala querida que hacia bajasen sus recuerdos á través de los gozos de su otoño, de su estío y de su primavera.

La señora mariscala de Gerard era su hija mayor, noble y piadosa muger, tan grande por sus virtudes como por su nombre, por sus talentos y por su espíritu, con sus tres hijos Ciro, Mauricio y Felicidad; alli estaba Madama Henry de Laigle y su preciosa hija

María, bella como un ángel, y que no tardó en volverse volando al cielo. Madama de Caumont, tan hermosa como buena y franca, y su hijo Beltran; por fin, los señores l'Aigle y de Caumont, Mr. de Celles y el mariscal Gerard.

Madama de Valence existia en todas aquellas vidas que tan caras le eran, y para ellas únicamente. Sus nietos iban todas las mañanas á abrir sus ojos, que cerráran la noche ántes los besos de su madre, y la buena anciana tenia para todos una copia inagotable de bombones, de juguetes, de consejos, de sermones y de caricias.

Madama de Valence se levantaba á las doce, y para aquella hora habia yo dado ya una leccion de canto, estudiado mi piano, y leido un buen rato, antes que fuese á tomar mi desayuno al lado de su cama; el dia lo pasaba yo muy solitariamente, y la noche en la reunion de familia. Dedicábame mucho á la música, cosa que daba bastante placer al mariscal Gerard, y en recompensa veiale sonreirse, animarse y casi cantar en mi compañía.

Noble es la gloria de este buen mariscal, que escribió con su espada sus egecutorias, y se hizo bastante grande para servir por sí solo de abolengo á sus hijos; mientras con poquísima ansia dejaba á la historia el cuidado de hacerse admirar, solo confiaba á sí mismo el de hacerse querer, y ostentarse siempre perfectamente tierno, afectuoso y amable.

Solia el mariscal Gerard dar todas las tardes un paseito á pié, vestido de un modestísimo trage militar, y luego que encontraba á algun soldado viejo del emperador, se ponia á hablar con él acerca del hombre grande, de sus gloriosas victorias y de sus derrotas sublimes; preguntaba á los ancianos guerreros sobre sus destinos actuales, y se convertia para ellos en Providencia benéfica, que subsanaba los olvidos y las injusticias. Cierto dia volvió á casa mas tarde que de costumbre, y con un júbilo demasiado vivo para que le fuese posible no comunicarlo á los demás.

El mariscal Gerard habia encontrado en la plaza de Beauvau á un viejo gruñon, que vivia de sus recuerdos, á pesar de sus heridas, adorando lo pasado, descontento de lo presente, y suponiéndose víctima, cuando deberia haberse supuesto héroe completo. Trabóse la conversacion, y al pasar por una tienda de vinos, el sargento ofreció medio vaso á su antiguo camarada, quien no quiso admitir el obsequio.

—Vaya una partida! esclamó el canoso veterano; qué! ¿una charretera tendrá á ménos echar un trago con una vieja pata de

palo? ¡Voto á Brios! un tallo de espinaca no tendria mayor orgullo! y aunque el hábito no hace al monge, el vuestro me parece no dá á entender que seais mucho mas que un pobre subteniente. Hileras de frente! marchen! Empinemos el codo á la salud del sombrerito!

—No puedo ahora, camarada.

—Que! la parienta habrá prohibido beber el vaso de la amistad?

—No por cierto, la parienta no tiene nada de asombradiza, y para que lo veas, te convido á almorzar con nosotros en mi casa mañana.

—Convenido; acepto el almuerzo, y gritarémos juntos, viva el emperador! sin que tengamos miedo á esa canalla de alguaciles y de soplones.

Con esto se separaron, y al dia siguiente un copioso desayuno reunió á los dos amigos, quedándose el viejo sargento algun tanto petrificado al verse huésped de un mariscal de Francia: echáronse brindis al emperador y á todas sus glorias, y un despacho, señalando una pension al guerrero de la pierna de palo, tornó en hombre contento al militar descontentadizo, quien de alli en adelante se vió precisado á doblar sus brindis, bebiendo á la salud de dos héroes en vez de á la de uno, y á bendecir á su mariscal como habia bendecido á su emperador.

A eso de media noche convertíase el salon en una soledad muy casera; llevaba yo á Madama de Valence su última taza de té, y en seguida me sentaba al pié de su maridillo. Enredábamos conversacion, y luego, á ruegos mios, evocaba ella sus recuerdos; asemejábanse estos á otros tantos vuelos de mariposa sobre todas las flores de su vida, á pensamientos de graciosísimo diseño, á anécdotas muy picantes y gayas, á conceptos chistosos, y de ingenio tal como habia entónces, y desde entónces ha dejado de haber!

No faltaban tampoco dolorosos recuerdos de lo pasado, que dejan cruces en nuestros cementerios, y eternas arrugas en nuestros corazones. Habia perdido la anciana una hija primogénita á quien amaba con pasion, una nieta hechicera, su madre, su marido, y casi todos los amigos que con ella la vida atravesáran.

Y si yo me empeñaba en alejar esos recuerdos lúgubres, deciame ella:

—Niña, Dios coloca siempre una resignacion en pos de una pena; el pensamiento que llorar me hace es tambien el pensamiento que me consuela; mi patria no está ya en este mundo, y la muerte que nos separa en el tiempo nos reune en la eternidad.

A veces Ciro G... al salir del teatro, ó al separarse de sus amigos, venia á concluir su velada con nosotras, y su abuela, que le preferia, afectaba entonces para complacerle, una coqueteria maternal y deliciosa, que nos proporcionaba casi hasta rayar el dia, muchas horas hermosas y risueñas.

Ciro tenia mi misma edad, y sobre poco mas ó ménos mi misma esperiencia, mucho talento, bastante instruccion, un alma escelente, y tanto apego á la vida positiva, como yo á la existencia de las ilusiones. Teniamos contínuas y violentas disputas, sin que estas perjudicasen nuestra buena y sólida amistad, vástago de la que habia embellecido nuestra vida en los tres primeros años de ella. Yo era la confidente de los placeres y de los pecadillos de aquel mi *viejo mayor en edad*; burlábase de mis grandes aires, de mis pensamientos, que segun él, caminaban siempre sobre las alas de Icaro, y jamás se ostentaba mas orgulloso que cuando me habia puesto colorada la relacion de alguna de sus aventurillas. Pediame á veces le suministrase pulidas frases para insertarlas en sus cartas amorosas, y enseñábame tumbagas, alfileres de pecho, rizos de todos colores, que me hicieron no pegar los ojos en mas de una noche.

Mientras estas parlerias, Madama de Valence que se estaba muy distraida leyendo, á fin de no hacer tercio en estas confianzas amistosas, se mordia con frecuencia los labios para no echarse á reir de las locuras de nuestras dos malas cabezas; luego, cuando nos quedábamos solas, me decia:

—No creas una sílaba de cuanto Ciro te dice; se hace á sí mismo un amasijo de defectos para sorprenderte, y darse contigo *el tono de los niños grandes de vuestra niñez.*

Hace tiempo que he perdido todo rastro del tal Ciro. Ignoro si á estas horas es un diplomático, un *paquete*, un *majo*, ó una *notabilidad de los cafées*. Lo único que me atrevo á jurar es que será siempre un hombre de honor y de talento.

XVII.

Habia yo vuelto á encontrar en Paris á Madama de Montbreton.

Conservábame ella siempre su amigable bondad; mi admiracion tampoco se habia debilitado. Veiala yo de vez en cuando, y nuestras entrevistas me parecian siempre demasiado infrecuentes y demasiado cortas; queria ella presentarme á su madre y á su hermana, que vivian en la calle de Angulema, tan inmediata á la de Berry, que la señorita de Nicolai y yo empezamos á tratarnos un poco.... mucho... por fin, á vernos todos los dias y á todas horas. Mi familia no aprobaba este trato; asustábale la reputacion de la Señorita de Nicolai; pues se la habian descrito como una chica fuera de las leyes del mundo, y mas libre é independiente que una muger casadera. Los unos estaban recelosos de la influencia que en mí pudiera egercer su egemplo, y fué menester todos los ruegos de Madama de Nicolai, y todas las súplicas de su hija, para que hubiese connivencia respecto á estas relaciones amigables.

Maria de Nicolai ostentaba una independencia de acciones poco adecuada á una jóven núbil. Convencida de haber esperimentado las desazones que tan mal parada me traian á mí, y considerándose mas talluda y mas animosa que yo, se habia emancipado para buscar la felicidad, no segun la entiende el mundo, sino en conformidad á sus creencias y á su corazon. Sentime atraida hácia ella por una íntima simpatía. Ay de mí! yo habia tomado lo vacío por lo profundo, el amor de los placeres de la tierra por el amor de la dicha del alma. Habia yo equivocado las impresiones con los sentimientos, y trastrocado las sensaciones por las ideas.

Egercitaba Maria un imperio absoluto sobre todo lo que la rodeára, y su voluntad se habia hecho la voluntad de tres existencias que deberian protegerla. Mr. de Nicolai, que ningun papel hacia de puertas adentro, era de puertas afuera muy acatado y muy respetable en todas las sociedades y comicias agrícolas, en todas las reuniones para seguros contra los rayos, contra el granizo y contra los incendios. Era un hombre bastante feliz para que se le clasificára entre aquellas nulidades respetabilísimas que constituyen la honra y esperanza de su departamento; poseia la ciencia de callarse, tenia buena mesa, y una digestion asaz laboriosa para egercitarse durante algunas horas despues de cada comida en aquellas meditaciones taciturnas que sirven para dar á un hombre la reputacion de un pensador profundo. Madama de Nicolai, increible y maravillosa en su juventud, habia sido linda, coqueta, agradable y picante; pero ya nada conservaba de todo eso. Decia con cara muy serena aquellas cosas que hacen ruborizar á cualquiera, y sabia dar nombres á todos los

objetos que de ellos carecer deben en boca de una muger, por fin, era una de aquellas viejas que no atraen el respeto, y que dan á cualquiera miedo de envejecer. Madama de Nicolai, que no era muy amiga de Madama de Montbreton, idolatraba á Maria, es decir, que realizaba todos sus deseos, todos sus caprichos, y le daba una libertad casi completa. Esta niña mimada tenia su departamento independiente, una camarera para que saliese con ella por la mañana, una aya, para pasearse en el peso del dia, y su madre para que la llevase á las grandes reuniones. Era sobretodo en los salones, donde la independencia de Maria se notaba y vituperaba; á penas se veia en ellos, cuando quedaba abandonada á si misma, y rodeada de jóvenes, mientras Madama de Nicolai, distraida en una pieza lejana, donde la retenia su pasion por el juego, se quedaba allí, hasta que una mala corazonada, recordándola lo que la conveniencia exigia de ella respecto à su hija, la obligaba á ir á sentarse junto á ella para echar un sueño profundo, acompañado á veces de sus ronquidos bien escandalosos.

Respecto á la tercera existencia neutra que gravitaba en torno de la estrella de Maria, bajo el nombre de la señorita de Delvaux, era aquella una cosa de las que meten poquísimo ruido, ocupan poquísimo lugar, saben cerrar y abrir los ojos con aquella conveniencia tempestiva que solo se logra por medio del gran resorte de la necesidad y del interés. La señorita Delvaux habia empleado su vida á censo sobre los defectos y las ridiculeces de su alumna; los réditos del tal censo subian y bajaban con arreglo á las inconsecuencias de Maria; ella especulaba sobre los secretillos de la muchacha, esperando especular sobre ellos todavia mas, luego que esta estuviese algo mas suelta.

Acabábanse los bailes, y volvia á traernos la primavera su cuaresma, con los oficios religiosos, las violetas, los dias de galvana, el fastidio, y el reinado de las íntimas amistades. Aburrida la señorita de Nicolai, me elevó desde la clase de su distraedora al rango sublime de su confidente, y en seguida á la alcurnia de su inseparable, de modo que pasando dias, convertime en cosa precisa para su corazon. Acostábase muy tarde, y se levantaba al despuntar el dia; muchas veces estaba en mi cuarto para aguardar que yo me dispertase, ó para interrumpir mi sueño, mucho ántes que mi vieja Juana viniese á descorrer mis cortinas. Entónces preguntaba ella á los cajones de mis cómodas y á las cartas, que en ellos encontraba, los secretos que me acusára de haberle ocultado, y luc-

go que se convencia de que yo ninguno tuviera, de que ni uno solo de mis ensueños se habia marchitado en realizándose, confiabame con un aire de superioridad todas las pasiones que ella inspirado habia, y el nombre de todos aquellos á quienes la peligrosa dicha de verla habia convertido en víctimas suyas. Era poseedora de tomos abultados de sonetos, de madrigales, de romances, compuestos en su honra, y tenia pirámides muy halagüeñas de flores secas, de recuerdos, de esperanzas y de pesares. Era sobre todo cuando nos paseàbamos por los campos Eliseos, que me iniciaba Maria en todos los pequeños misterios de sus bailes y de sus conquistas.

—¿Ves, deciame ella, á ese jóven buen mozo y alto que pasa en el faeton? pues ese es el conde Ernesto de T. No me atrevo á saludarle, porque su muger es mas celosa que una gata parida; en el último baile que hubo en casa del embajador de Inglaterra, no me dejò en toda la noche: cuando bailábamos me apretaba la mano, y me dió á entender que me queria, y que su pasion le daba mucho penar.... Mira delante de tí: aquel es Mr. de M..., hermano de Madama de N; su padre y su hermana estan empeñados en que me case con él, y tienen en eso tanto ahinco como él mismo. Pero yo no quiero decidirme: pertenecc á la corte nueva; y no me dà la gana de ir á confundir mis gracias con las de las confiteras, quincalleras y perfumistas que adornan los salones actuales de las Tullerías.

—Convengo, querida Maria, en que Luis Felipe no puede pretender á la honra de alternar contigo.

—No ha sido mi objeto enfadarte; mira que no me guardes ojeriza... Ah! por ahi pasa Ernesto de G; me parece que te ha saludado... ¿no le conoces? pobre chico! tres veces ha tenido el honor de pretender mi mano y corazon, y de haber recibido otras tantas negativas oficiales... ¿me aconsejas que me case con Mr. H?... el nombre me hace titubear; no tiene títulos de nobleza, ni siquiera una pizca; qué lástima! Oh! mira aquel hermoso jóven que vá por allí á caballo... es el buen mozo Antonino de N... Ese me convendria bastante si todas las mugeres de su familia no fuesen unas *medias azules* (1) y talentos esquisitos.

—Sin embargo, me han asegurado que la señorita Sabina de N tiene un talento tan bello como su hermosa cabeza de virgen antigua.

---

(1) En Inglaterra y Francia llaman asi á las mugeres que cultivan con pedantería la literatura; nuestro Quevedo las llamó Cultas Latiniparlas.

=Te han engañado; es la mas rara, la mas pazguata, la mas fastidiosa de todas las jóvenes de nuestro barrio... Ah! mira á Mr. de R... ayer me quitó un ramito de flores... por fortuna es casi primo mio, y la cosa no puede tener consecuencia... Le acompaña Mr. de B .., tonto, jugador, hombre con quien mi hermana lo da de talento, de moral y de filosofia, durante dos ó tres horas cada sesion diaria... Allá tambien...

—Concluye de una vez, Maria, ¿no es aquel un estrangero?

—Sí, facha tiene de tal, aunque no lo aseguro... chiton!... cuidado no nos oiga la señorita Delvaux; te diré muchísimas cosas mañana por la mañana, si me prefieres á tu pereza, y si vienes á tomar en mi cama una jícara de chocolate.

—¿Es algun verdadero secreto el que pretendes confiarme? Respóndeme únicamente á esta pregunta.

—Un *verdadero secreto* que me hace á la vez dichosa y desgraciada.

—Maria, cuanto te agradezco el que de mí te confies. La confianza es hija del amor, y tambien anhelaria yo tener un secreto que decirte, y probarte que mi afecto es bien digno de tu confianza.

Entre las jóvenes, la confidencia de un secreto es tan importante como solemne. Para aquella que la recibe equivale á una iniciacion en los misterios del alma, y en los misterios del afecto mas íntimo: es entrar algun tanto en el paraiso de sus ensueños, es una pequeña conspiracion contra el poder absoluto de la familia, quien quisiera pretender al monopolio de los pensamientos, sin prescindir del monopolio de los sermones; en fin, es cierta cosa sagrada que hace palpitar el corazon; es cierta cosa prohibida que le hace temblar.

Esta vez fuí yo bien exacta á la cita. A la señorita Delvaux se le habia enviado á otra parte, corriéronse los cerrojos, hallábamonos á solas, y nadie podia entreoirnos. Contóme Maria en voz baja, que cierto dia, á principios del invierno, habia salido acompañada de su doncella, con el objeto de hacer algunas compras, y vístose obligada á tomar en un omnibus guarida contra la lluvia; un guante amarillo del matiz mas ortodojo se le habia ofrecido para facilitar su subida, y al levantar Maria los ojos á fin de dar gracias á aquel amable guante, notára que pertenecia á un jóven perfectamente contorneado, con maneras caballerosas y modales de señoron.

La calle de San Honorato es muy larga, y fué preciso recorrerla de punta á punta para llegar á la de Angulema: todo este tiem-

po se examinaban *ella* y *él* continuamente, el resultado no era desagradable, habia agrado mútuo, y no se trató de disimularlo. Al jugar Maria con su pañuelo dejó que se viera su precioso nombre bordado en uaa de sus esquinas con todas sus letras, y cobijado con el coronete de condesa, tan orgulloso como elegante; el estrangero, al recibir unos cuantos cuartos en moneda soez y gruesa, cambio de una piececita de plata muy flamante y nueva, suplicó desdeñosamente al conductor le desembarazase de carga tan plebeya, arrojando aquellas monedas viles á unos pobres que por allí se hallaban; bajó ántes que nadie, y cuando Maria quiso hacerlo, volviò á ofrecerla su mano, y luego, saludándola respetuosamente, permaneció inmóvil en medio de la lluvia y del lodo, protegiendo à la jóven con sus miradas, hasta que la puerta principal de la casa, se cerró entre él y ella.

Maria estuvo pensando todo el dia, y toda la noche en su encuentro de por la mañana. Al dia siguiente, un impulso irresistible dirigió su paseo por la calle de San Honorato, pero *él* no estaba allí, y *ella* solo volvió á hallar en sus recuerdos la imágen que el acaso depositára en su corazon.

Todos los Domingos iba la señorita de Nicolai á los oficios que se celebraban en San Felipe, y la acompañaba su aya. La iglesia es pequeña; cierto dia que la concurrencia era grande para oir un sermon de caridad que predicaba el padre Duquerry, hallaron tomados todos los asientos; las señoras de quienes hablo, buscaban en valde donde sentarse, cuando una voz grave y con un acento ligeramente estrangero, les ofreció dos sillas, é hizo estremecer á Maria. Era él!.... Aceptóse el obsequio, hubo las gracias de costumbre, y el jóven fué á colocarse contra una de las columnas mas próximas.

Todo el tiempo que durò el sermon no se apartaron de Maria las ardorosas miradas del estrangero; sentia ella su peso sobre los párpados; queria evitarlas, abochornábase, y sin embargo, luego que él á otra parte las dirigia, esperimentaba desazon la jóven, y en despecho de su voluntad buscábanle sus ojos á fin de que la mirase otra vez.

Desde aquel dia volviéronse á encontrar repetidas veces, ya en los Campos Elisios, ya en las Tullerias, en San Felipe, y en otras partes. Sin hablarse se decian todo. Tenian sus dias de confianza y de dicha, sus dias tristes, llenos de celos, de despecho y de corage. Si por acaso acudia él tarde á una cita que se le hubiese da-

do el dia antes sin que semejante cita dado se le hubiera, evitaba Maria sus miradas, se reia, charlaba, y devolvia con exagerada amabilidad, los saludos que la dirigian los jóvenes de su conocimiento. Entónces, si él afectaba celos ó tristura, ó por mejor decir indiferencia, empleaba ella mil pequeños ardides para consolarle y atraerle; decia la coqueta de recio á Madamisela Delvaux ciertas frases que él pudiera entender, ó dejaba caer una florecilla del ramilletito que llevaba en la mano, y con su sonrisa le concedia el permiso de recogerla, y de ponérsela en el ojal de la casaca.

XVIII.

Ya Maria habia acabado de hablar, y aun la escuchaba yo. Conmovida de la parte romántica de su relato, lisonjeadísima de haber sido su confidente, y muy contenta con haber visto realizarse una de esas novelas que por lo comun solo existen en la imaginacion de los compositores, abrumé á mi pequeña heroina con preguntas, quise saberlo todo, hasta lo que ella misma ignoraba; apurábame por no haber examinado mas minuciosamente al desconocido; fijaba la vista en ella misma, y hallábale mas hermosa desde que tan amada la veia; en fin, mi corazon palpitaba con mayor violencia que nunca, y sentíme en lo interior del pecho una emocion singular. Reíase Maria de mi entusiasmo; pero estaba orgullosa del efecto que produjera su confianza. Confesábame ella que lo queria mucho, que los dias le parecian mortalmente largos cuando él no atravesaba por ellos; deciame que le creia hombre rico, pues que en muchas ocasiones le habia encontrado en el Bosque montado en generosos caballos; que tambien

le suponia hidalgo, estrangero, hombre de mundo, á causa de notar en él buenos modales, elegancia y distincion.

—Está muy bien, decia yo á Maria; me tendrás por loca; sin embargo, solo tengo un pesar, y ese es el que sea tan fácil el desenlace. Yo quisiera que tu héroe fuese muy pobre ó muy plebeyo á fin de que tuvieras que hacer en obsequio suyo algunos sacrificios, ó que tuvieses grandes obstáculos que allanar.

—Agradézcote el deseo; pero, con formalidad, ¿piensas tú que pueda casarme con él? Algunas veces he pensado en eso, mas es estrangero: quizás no quiera quedarse en Francia. ¿Por qué razon no procura que le presenten en casa de mi madre?

—¿Y está en el órden lo haga sin estar autorizado por tí? ¿luego, sabe si conoce á alguno de vuestros tertulianos?

—Tienes razon, difícil es; pero quiero que le conozcas, que sepa que tu eres amiga y confidente mia; me parece que deberé encontrarle en el Museo. ¿Quieres que vayamos juntas allá?

No tuve inconveniente. Escribimos dos letras á Madama de Valence para obtener su permiso á fin de que nos dejase pasar juntas todo aquel dia, y al entrar en el Louvre enseñóme mi amiga su galan. Verdaderamente que la imaginacion no hubiera podido inventar un héroe mas completo. Su talla era aventajada, cenceña, flexible; su fisonomía espresiva y melancólica como la de los segadores en el cuadro de Robert, en su semblante se notaba un sello singular de distincion y de originalidad, asi como tambien en sus posturas, en su trage y en todos sus movimientos. Ví á sus ojos saludar á Maria; pero al encontrarse con mis miradas que tan estrañas le eran, y podian parecerle curiosas é investigadoras, aparentò desazonarse, y alejóse un trecho. Entónces afecté yo ocuparme esclusivamente de los cuadros. Atraje toda la atencion de la señorita Delvaux, consultándola sobre los méritos y faltas de los diversos pintores; en fin, aburrime con tanta generosidad, y durante un tiempo tan largo, que comprendió él ser yo una amiga, y agradeciómelo con una mirada llena de gratitud amistosa. Desde aquel instante tornéme en víctima de la amistad! Escuché horas enteras y con profunda atencion los propósitos de Madama Delvaux, quien tenia el talento mas mazacote, ó por mejor decir la nulidad mas pesada que es posible encontrar en el mundo, y recompensábanme unos ojos harto reconocidos, que me tributaban acciones de gracias, é iniciábanme de vez en cuando en sus pensamientos y en su felicidad.

Este afecto, que tan vivamente preocupára á Maria, cuando á nadie hacia participe de sus ensueños, hízose mas profundo, y mucho mas activo con el roce de nuestras dos imaginaciones. Dábamos al desconocido todas nuestras palabras, todos nuestros pensamientos. Empeñábase Maria en enterarse de su posicion, de su fortuna, en hacer que le presentáran á su madre, en darle alas para que la pidiera en casamiento. Prometíle que me valdria de mi amigo Ciro de G para conseguir las averiguaciones correspondientes. Fuéme esto muy fácil, y al cabo de algunos dias supe que se llamaba Félix Clavé, que era Español y literato.

Estos pormenores fueron un rayo para la señorita de Nicolai—Válgame Dios! esclamò ella, ¿has notado cerca de San Felipe un caseron blanco con una gran muestra negra en la que resalta un abultado letrero amarillo?

—No lo he reparado.

—Pues bien; la muestra, y las letrazas son sin duda las armas, los blasones de nuestro noble desconocido, dicen. *Escuela de Clavé.*

—Confiésote, Maria, que eso puede herir á fondo tus ideas aristocráticas. Mas porque sea hijo ó sobrino tal vez de un maestro de escuela, ¿será por eso ménos caballero, menos distinguido? ¿Es su frente ménos noble, su corazon y su espíritu se reflejan menos visiblemente en sus ojos? Si quieres hacer un casamiento de conveniencia, fácil me es comprehender tu vacilamiento; pero si tu corazon es suyo, ¿reprocharle podrás?

—Ay Dios! mucho le amo todavia; le amaré siempre; lo único que me repugna es llegar á ser la señora de Clavé, la esposa de un hombre que gana dinero escribiendo ó enseñando chiquillos! Mis padres jamás lo consentirán: ¿y qué me hago en este caso?

—Decirle que le sacrificas á una preocupacion, no volver á verle para que te olvide tan pronto como olvidarle has sabido tú.

A pesar mio mezclaba yo cierta acerbidad en la defensa de Mr. Clavé. Al tornarse desgraciado, habiase hecho mas particularmente amigo mio; mas á fin de no herir á Maria puse tèrmino bruscamente al coloquio.

Pasáronse algunos dias sin que nos viésemos. Una mañana recibí yo de ella un billetito, por el cual me suplicaba pasase á su casa, porque se hallaba desazonada, inquieta é infeliz. Apenas entré en su cuarto, contóme Maria, que lastimado el orgullo de Mr. Clavé por sus miradas de indiferencia, no habia vuelto á verle; que se hallaba desesperada de quedar en los recuerdos de él como una jóven in-

consecuente y liviana; que era su objeto darle á entender que ella sacrificaba sus ideas á las de su familia, su afecto á un deber; y que era necesario é indispensable por mejor decir, tener una última cita con el, y que estaba decidida á escribirle. Confieso que léjos de disuadir á Maria de esta imprudente resolucion, animéla para que la llevase á cabo; y tambien confieso que le presté mi letra para trazar estos insignificantes renglones: "Para la salud del cuerpo no hay como un paseo en los campos Elíseos á las dos; para la salud del alma lo mejor es oir una misa en San Felipe." Encontráronse efectivamente; pero las miradas de Mr. Clavé estuvieron llenas de arrepentimiento y de gratitud; las de Maria olvidaron completamente que habian de hablar acerca de separacion para contraerse á decir tan solo de esperanza y de dicha; y uno y otro nunca se amáran tanto como en el instante que habian resuelto no volver á amarse.

Al dia siguiente recibió por la estafeta la señorita de Nicolai unos renglones muy lindos de la mano de Mr. Clavé, quien le daba infinitas gracias por el beneficio que habia venido á calmar las penas y sufrimientos de su pobre vida, quien la adoraba de hinojos como á *la rosa mística de esta tierra &c....* Llegó esta carta miéntras la tertulia se hallaba reunida en el salon. A fin de no despertar sospechas, y pues que carecia de firma la carta, enseñóla Maria á su madre, atribuyó las espresiones poéticas de aquella efusion corazonosa á alguna de las ancianas pensionistas de la lista civil, á quienes estaba encargada de distribuir socorros, y divirtióse grandemente en seguida con el orgullo de Madama de Nicolai, quien daba á leer á todos sus amigos aquellos elogios, dirigidos á la buena accion de su hija. Confieso que no me fué posible reirme con Maria de la quievocacion provocada por ella. Las palabras que habia escrito el corazon de Mr. Clavé, parecianme profanadas al verlas tantos indiferentes; y al oir los piropos que una madre dirigia á aquella buena obra supuesta, apretábaseme el corazon. Hubiera sídome mil veces mas imposible acoger aquellas felicitaciones que los reproches mas amargos.

Entretanto habiamonos alejado á espantosa distancia del objeto de nuestro billletito, que debia traer una última cita y una postrera esplicacion. Sentíase Maria mas contenta que nunca, y lisonjeada en estremo con la pasidn que habia inspirado: no queria desperer á Mr. Clavé, ni tampoco darle alas: asi es que le respondió con una carta que intentára severa y escribió afectuosa: pidióle por favor que no tornase á escribirle. al mismo tiempo que le daba

las señas de mi casa para que pudiesen llegar á sus manos sin peligro. Como mi correspondencia no estaba sujeta á exámen, me era fácil prestar este servicio á Maria, y determinamos que continuaria prestandóselo hasta que partiera al campo, donde le seria en estremo asequible seguir via recta correspondencia semejante.

Llegó la respuesta de Mr. Clavé, y tras de esta carta otras muchas. Leia mi amiga con grande emocion aquellas dulces espresiones de cariño, que no se hubiera atrevido á escuchar labio à labio; y yo por mi parte me enternecia y apesadumbraba en leyendo despues de ella unas palabras tan graciosas, fieles ecos de un noble corazon.

Algunas veces Maria, no queriendo contestar, me suplicaba lo hiciese por ella, y entónces me tocaba á mí recibir pulidísimas frases de amistad, tan bellas como las frases mas pulidas que le dictaba el amor. Habiame aceptado Mr. Clavé por su confidente y amiga! Yo era *la segunda María*, á quien osaba declarar todas las amarguras de su alma, la que le consolaba, le infundia brios, le mostraba la gloria que adquirir estaba á sus alcances, la gloria que oponer pudiera á la alta alcurnia de la señorita de Nicolai.

Mr. Clavé nos habia iniciado en todos los íntimos pormenores de su situacion. Díjonos qué nacido en las fronteras de España, y criado entre los montes, los lagos habian sido sus espejos, las avecillas sus confidentes, y las hermosas estrellas sus amigas. Ciertos contratiempos habian hecho que su familia se trasladase á Paris. Su padre, obligado á dedicarse á la educacion de los niños ricos á fin de dar á sus niños pobres enseñanza y posicion en el mundo, habia dejado en su patria la espada de sus abuelos y el nombre de *Vila-Nova* para tomar el de Clavè. Con un corazon noble que desdeñaba á la fortuna, al paso que ansioso de adquirirla para tener el derecho de menospreciarla sin que se le tachase de envidia, sufria Mr. Clavé, y buscaba un refugio en la religion y en el verso. Enviónos una coleccion de sus pensamientos y algunas composiciones poéticas dedicadas á Maria. A juzgar esos ensayos con mis impresiones pretéritas, los considero sencillos, conmovientes, impresos de una creencia profunda y de una noble ambicion.

XIX.

Toda esta parte de la vida de Maria, que apoderándose de mi corazon, añadiera un amigo á los de mi alma, preocupándose á tal estremo, aumentó sin embargo el vacio que yo encontraba de mí misma, y en torno de mi existencia. Cuantas veces, al enredar sus dedos el mariscal Gerard en los hermosos y rubios cabellos de su hija, y al verle mirar á sus niños con tierno orgullo, corria yo á mi cuarto sin poderme contener á fin de sofocar los sollozos que nacian de mi alma é iban dirigidos á mi pobre padre! Cuantas veces al reparar yo en aquellas dichosas criaturas protegidas por el amor de tres generaciones, íbaseme el pensamiento en reproches contra las vias de la Providencia, lloraba por mi abandono, y entreteniame en contar todas las tumbas, todas las negras cruces que señalan tantas páginas en el libro de mi vida. Verdad es que contaba yo con una familia que no tenia; mas veiame rodeada de amigos sínceros; pero todos estos afectos solo eran secundarios; pues que carecia yo del derecho de amar y de ser amada con preferencia á todos, y ese era mi grande anhelo, mi mas halagüeña ilusion.

Por mucho tiempo esforcéme á llenar toda mi alma con mi amadísima é inocente Antonina; como huérfanas que éramos nos amábamos algo mas que dos hermanas, La diferencia de nuestros gustos, empero, estorbaba aquella intimidad absoluta que es para el cariño lo que el rocío del cielo para las flores. Habiase hecho Antonina una jóven bella y amable; tenia un corazon bondadosísimo, una cabeza muy sentada y una imaginacion, que, como no iba á buscar sus goces entre las nubes, arrojaba el prisma de la felicidad sobre todas las realidades de la existencia. Sin comprehender los padecimientos que de mis ideas nacian, participaba de ellos mi hermana luego que me veia padecer, y en los dolores que los sucesos acarreaban, deshaciase en llanto al verme resistir, é inclinaba la cabeza maravillándose de mi lucha y de mis combates.

El colegio donde estaba á pension Antonina, distaba muy poco de la casa de Madama de Valence; y yo iba á pasar en compañia de mi

hermana todas sus horas de recreo, y á fin de preservarla de adquirir las mañas ridículas de mucha ó poca monta que advertia en las demás colegialas, amigas suyas, estudiábalas yo, y reiame con ella á su costa. La vida de pension es una miniatura de la vida del mundo, y parece mas bien una escuela de preocupaciones, de pretensiones y de esclavitudes, que una academia de virtudes y de verdades. Todo allí se sacrifica á las apariencias. Aquellas jóvenes plantas están destinadas á tener la misma suerte que las hermosas telas de colores muy subidos y brillantes; que deleitan la vista, pero se ajan y borran al darles el aire ó herirlas el mas ligero rayo del sol de verano.

Difícil es imaginarse la importancia que en los tales colegios se dá á esos seres bastante abundantes, llamados *hombres*, y los cuales ni son mucho mejores, ni mucho peores que nosotras. Allí se les tiene por *serpientes*, por *demonios*, por *espíritus del abismo*, ocupados sin cesar en engañarnos y en seducirnos. Una niña no debe mirar nunca cara á cara á un ente tan peligroso. Si ella se respeta á sí misma, solo ha de responderle: *Sí, señor*; *no, señor*. Una sílaba mas, pudiera comprometerla; dos sílabas, deshonrarla completamente. En fin, estoy bien segura de que si le hubiesen impuesto unas condiciones tan rígidas á nuestra madre Eva, cuando le prohibieron tocase al árbol de la ciencia, se hubiera ella comido dos manzanas en vez de una, y nosotros seriamos de resultas doblemente desgraciados.

El fin de la primavera trajo consigo una revolucion bastante grande para nuestra familia. Mi tio, que necesitaba cinco minutos para decidirse á cerrar una puerta, que solia no vestirse en veinticuatro horas para evitar el trabajo de tener que elegir entre una corbata negra y una blanca, mi tio, que echaba á huir luego que mi abuelo le hablaba de casamientos, que habia vacilado tantas veces, retrocedido tantas, hecho abortar tan amenudo los proyectos mas bellos contra su libertad.... mi tio se casó en ocho dias, y sin decirselo á nadie. Este hecho, que parecerá increible, fué operado por la intervencion todo poderosa de una graciosa y monona chiquilla, llamada Blanca de Montaigú. Fué un casamiento escelente con respecto á la fortuna. La novia era bonita, algo vivaracha, pero muy bonaza; habia sido criada en el santo temor de Dios y en el amor del marido que aquel habia de darle, sin que pudiese reprochársele otra cosa que una abundancia demasiado grande de abuelos, y una nobleza demasiado formidable.

Fué aquella una boda muy fastidiosa y triste: el orgullo del banquero opuesto al orgullo del noble señoron, desprendia una especie de capa de yelo sobre los espíritus y corazones de ambas familias. Mi tio se hallaba muy apurado con aquella turba de duques, condes y marqueses, que se llamaban primos suyos. La señorita de Montaigú añadia magníficos *de* á los nombres huérfanos de partículas de sus nuevos parientes. De una y otra parte poquísimo cariño habia, amor ninguno, y muchísima tigera.

El bonazo de mi abuelo, que toda su vida habia estado soñando con la muger de su único y amado hijo, la habia querido y deseado; mi abuelo, quien se ostentára tan cariñoso para todos los seres que en torno suyo se movian, mostróse poco complaciente para su jóven nuera. Recibióla á fuer de monarca absoluto y celoso de sus prerogativas; se olvidó para contradecirla que jamás habia sido de su opinion respecto á sus hijos, y mostróse en fin mas orgulloso de su *plebeyismo* que pudiera serlo ella de su abolengo.

Por desgracia exigiera la moda que los dos jóvenes esposos partiesen solos despues de haber recibido la bendicion nupcial; y viéndose sin restriccion mi nueva tia, en vez de combatir con el afecto esta pequeña irritabilidad del anciano, empeñóse en resistirla, en hacerle oposicion, ó bien se valió de ciertos calmantes que se trocaron en escitantes terribles. Un dia reemplazaba con preciosas telas de Persia los cortinages de felipechin, solo con el objeto de alegrarle á mi abuelo la vista, quien se ponia furioso al notar el destierro de unos servidores tan antiguos como leales. Otra vez se rejuvenecia algun mueble, amado del anciano solo por su estado de deterioro y de vetustez, ó bien á alguna aldeana favorita se la trataba con altanera bondad; en fin, nuestro bueno y pacífico Villers-Hellon fué víctima de la guerra civil; hubo en él sus Gibelinos y sus Güelfos; los criados de mi abuelo se tiraron de las greñas con los de mi tia política Blanca, los cuales querian usurpar sus antiguos privilegios. Fué preciso que viniese mi tia de Martens á fin de pacificar aquel desgraciado y pobre reino. Necesitóse que el tiempo, mas poderoso que su presencia aun, devolviese la calma y el olvido, destruyendo las preocupaciones injustas de mi abuelo, y las pretensiones exageradas de su hija política. Necesitóse que Madama Collard se olvidase de la señorita de Montaigú, y que la noble estrangera supiese amar, y aprendiera á hacerse amable.

XX.

Hacia dos meses que mi corazon palpitaba por los amores agenos, que al dispertarme por la mañana leia yo muchas palabras tiernas, á las que sirviera mi lengua de eco discreto y leal, y cada dia que pasaba, mas satisfecha de mi papel de *amiga*, pareciame asaz poética la mision mia para no envidiar la *dignidad* de *ídolo*. En este mundo, donde se habla mucho y se piensa poco, será dificil de comprehenderse un amor mudo, y mas dificil todavia una muda amistad. Sin embargo, paréceme que he sido para Mr. Clavé una amiga verdadera y adicta.

Habiale yo amado al principio por Maria; améle en seguida por los sentimientos nobles, estravagantes y altivos que vertia su corazon en sus cartas. Comprendíalas yo todas; participaba de algunas, y si bien él remitia todo su amor á mi amiga, era á mí á quien iban dirigidos todos sus pensamientos, y todas sus tristuras encomendadas. Con frecuencia, mas satisfecha me hallaba yo de mis cartas que Maria de las suyas. Leianlas mis ojos largo tiempo, hablaban con ellas mis labios, miéntras Maria repasaba las suyas poniéndose muy colorada y viendo tan solo en ellas la hora y el lugar de alguna cita. Encontrábanse ellos algunas veces en los Campos Eliseos, con mayor frecuencia en la misa de doce, ó en el tránsito de una visita hecha por mi amiga á una vieja ama seca que vivia no sé donde, en las afueras de campo del arrabal del Roule. Hallándome perfectamente inútil para las entrevistas de la mañana, en que solo tenian que guardarse de los ojos de una camarera, muy fáciles de cerrar, no les sacrificaba yo mi pereza ni mis estudios; pero dos ó tres veces en la semana conseguia licencia de Madama de Valence para ir á pasearme con Maria y su aya.

Habianse á la sazon cubierto los árboles de hojas, y las hojas de polvo; todo el mundo echaba á huir hácia el campo, y Maria solo pudo conseguir algunos dias de demora en virtud de un magnífico

baile que se daba en en el Tívoli á favor de los pobres pensionistas de la lista civil. Mr. Clavé habia de concurrir á él, y concedióseme, despues de mil sùplicas, que fuese tambien yo bajo la salvaguardia de la señorita de Nicolai.

Este pensamiento dado al destierro, á la desgracia, á la caridad, se veia traducido en aquellos magníficos jardines, por una infinidad de mugeres jóvenes y hermosas, que aparentaban sentimentalidad á fuerza de reirse, que charlaban y bailaban, miéntras parecian las flores de aquel nuevo paraiso terrenal de la beneficencia. Muchas viudas jamonas y arrugadas se habian convertido en amapolas, alelíes y suspiros: alli estaba Madama Lehon haciendo el papel de heliotropo, Madama C. Laffite el de adalia, Madama de Fitz-James el de tulipan, Madama de Montaigú el de planta sensitiva &c. Maria parecia una diamela entre la guirnalda de aromas que formaban sus amigas. Veianse poquísimas violetas, poquísimas trinitarias; no era aquella la estacion de las azuzenas, pero encontrábanse preciosas marimoñas, y encantadoras mosquetas. Luego que el sol se puso, salieron otros mil soles resplandecientes, y echaron alas aquellas flores para convertirse en mariposas y dar principio á la danza.

Aquel era el momento convenido con Mr. Clavé á fin de verse, tornarse á ver, y quedar conformes. La tienda preparada para el baile, aunque muy grande, no lo era bastante para tanta gente como allí afluia. Quince ó veinte contradanzas se perdian en el grupo de los espectadores; hacian remolinos de trecho en trecho las parejas de vals, y desaparecian luego entre el oleage humano, que creaba en torno de ellas una soledad mas profunda que la soledad del desierto. Fácil le fué por tanto á Mr. Clavé acercarse á nosotras, y pudimos bailar con él muchas veces sin que lo advirtiera nadie. La primera ocasion que bailé con mi amigo me fué imposible hablarle á causa del terror que me embargaba los miembros.

—Mi buen ángel, díjome él en voz baja, habladme de ella; haced que oiga su nombre de vuestros dulces labios. Oh! ¿qué he hecho yo para merecer que en mí fije ella los ojos, y para que vos os hayais declarado amiga mia?

—Yo amaba á Maria, vos tambien la amábais; y este era todo el secreto.

Apesar de eso, teniendo poquísimo tiempo para ocuparnos de lo pasado, solo pensamos en el porvenir. Pidióme Mr. Clavé que permaneciese siendo su protectora cerca de Maria; díjome que le habia espresado todo el poderío de su amor; que le habia dado á en-

tender que indigno de ella hasta aquel dia, concibiera la ambiciosa pretension de elevarse hasta ella y no la debilidad de quererla abajar hasta sí. Díjome tambien que le pedia un plazo de tres años para ir á ofrecer su espada á la reina Cristina, á fin de grangear honores combatiendo, ó bien morir si tal fuese su destino; que Maria, al paso que nada le prometiera, habiale hecho esperar, dándole permiso para que aguardase su respuesta.

—Habladle de mí, repetia él; si ella me entrega su corazon para el porvenir yo os confio mi tesoro; guardadlo bien, querida Mariquita. Este es el nombre de las vírgenes de nuestras montañas; dejad que os lo dé; dejadme enlazar vuestra dulce influencia con lo pasado, asi como me atrevo á mezclarla con mi porvenir.

Miéntras Mr. Clavé bailaba una contradanza con la señorita de Nicolai, un jòven muy elegante y descocado se puso á charlar con Maria, dándole mil bromas, y echándole un millar de requiebros, que escuchaba ella riéndose y con bastante liviandad y coquetismo. Asustéme de los sombrios celos que se diseñaron al punto sobre las facciones de Mr. Clavé. Todo lo restante de la noche se mantuvo triste, silencioso, y casi desesperado. No me fué posible alentarle ni calmarle. En fin, para conseguirlo, en el momento de la despedida, pude lograr que Maria le diese una flor de su ramillete.

—Eres demasiado buena en su obsequio, me respondiò ella; los hombres celosos son insoportables; tal carácter le atribuyo; verdad que le haré desesperarse; pero con eso me amará mas de veras.

Partia mi amiga á las diez de la mañana siguiente para Busagny. Tuve con ella una encerrona de una hora ántes que se pusiese en camino. El baile de la noche anterior fué el único asunto de nuestra conversacion. Confeséla lo mucho que me habian conmovido los sentimientos de nuestro amigo, y preguntéla si conocia encerrar su corazon suficiente cariño hácia él para aguardarle tres años.

—¡Qué locura! preferiria casarme con él sin un ochavo á quedarme tres años llorando á un amante, como esas insulsas novias de las novelas alemanas.

—¿Con que entonces, Maria, vas á olvidarle?

—No, no te apures por eso; soy la muger mas acomodable del mundo. ¿Por qué no emprende él la carrera diplomática, vuelve á tomar su apellido de Vila-Nova, y consigue hacer rápidos progresos en tan honorífico destino? ¿no es posible que pueda hacerlo? pero me vas á pegar la mania que te hace vivir siempre con un dia de adelanto. Cada hora tiene sus placeres y sus dolores. He prometido es-

cribirle..... quizás.... si él te escribiere... remíteme sus cartas.

Empeñéme en saber indirectamente de Maria cuando y como habia de ver en Busagny á Mr. Clavé. Mantuvo ella empero un *mudismo* tan profundo y afectado, que comprendí que su silencio no procedia de olvido, sino de voluntad. Callábase ella, y calléme yo... lo que no fué obstáculo á que vertiésemos dos gruesas lágrimas al darnos el beso de despedida.

XXI.

Despues de partir Maria, halléme bastante aislada. Precisábame pensar, preocuparme, vivir para mí, y yo lo habia olvidado á tal estremo por mucho tiempo, que encontraba todos los sentimientos, todos los afectos que me eran personales, hundidos y casi sepultados debajo de los sentimientos y afectos que yo daba á mi caro prójimo. Las horas de llegar el correo eran las únicas dulces y pobladas cual fueran las pretéritas. Escribiame Maria inmensas cartas, dábame Mr. Clavé la mitad de sus tristuras y de sus desalientos, y contestándoles yo con exactitud, se las traducia á entrambos. Enviábales yo las palabras que habrian de ser mas dulces para sus corazones, y sobre todo no les hablaba de mí misma, á fin de hablarles continuamente de ellos propios.

Despues del baile y de la cita del Tívoli estaban reñidos los amantes; él celoso, y ella disgustada por sus recelos. Cayó enfermo el galan, perdonóle su dama, agravóse él, y ella se alarmó hasta lo infinito, En fin, despues de haber recobrado la salud, escribióme que pensaba pasar á Busagny con el objeto de ver á su amada, y hablarle si era posible, y que toda su existencia dependia del porvenir que reunirlos debiera. Participé de su esperanza, y la hice el tema de mis pensamientos. Pero, ay de mí! ese porvenir iba á ser

al dia siguiente muy funesto para mi propia alma. Llegó una carta de Villers-Hellon noticiándome que mi abuelo estaba muy malo, que mi abuelo se moria. Vino mi tia la de Garat á corroborar esta triste nueva, y partimos ambas para la quinta sin tener esperanzas ya de volver á abrazar á aquel bondadoso señor.

Qué horas....! los postillones hacian volar el carruage, y sin embargo, desesperábanos su lentitud, y hacíansenos los minutos eternidades. ¡Ay! la muerte camina tan á prisa! Llovia; el cielo estaba lúgubre y parecia abrumarnos; solo llevábamos con nosotras á la niña Gabrielita, quien se habia agarrado al cuello de su madre en el instante de la partida; veianos el angelito llorar, dábanos besos, nos cerraba los párpados con sus deditos para detener nuestras lágrimas, luego sollozaba como nosotras, miéntras pedia á Dios conservase la vida á su abuelito.

A algunas leguas de Villers-Hellon se hicieron tan violentas nuestras angustias que nos secaron los lloros. Los graznidos de las aves de rapiña en la selva nos helaban de espanto; hubiéramos dado años enteros de nuestra existencia con tal que una voz hubiese venido á alentarnos, y sobre nuestros labios espiraban las palabras que habrian podido provocar esa voz, pues que la realidad pudiera ser horrible, y la duda era todavia un consuelo. En fin, llegamos. Abrióse una puerta, y gritónos una voz. "Ya está salvo." Arrojámonos en los brazos una de otra, llorando tanto de alegria como habiamos llorado de dolor, sin hallar fuerzas para apearnos de aquel carruage dentro del cual habiamos tan cruelmente padecido.

Durante largo tiempo absorvia todos mis pensamientos nuestro carísimo resucitado: tanto me habia herido la idea de esta última separacion, de este último duelo, que ya no podia apartarme de él sin sentir que el corazon se me desgarraba; dormia yo de noche cerca de su lecho, sobre su canapé, con sus manos cerradas en las mias, y puesta ademas mi cabeza sobre ellas á fin de que durante mi sueño no se me escapasen. Si él no tenia ganas de dormir, hablábale yo de aquellos antiguos amigos suyos á quienes habia visto en casa de Madama de Valence: mil veces me veia precisada á interrumpir mi conversacion para abrazarle y besarle; y él, que adivinaba mis pensamientos, estrechábame contra su seno, y me decia: "pobre niña, cuanta desazon te ha causado mí enfermedad! No llores mas; sonriete á mis viejos ojos que aman tu júbilo. No tengas recelo: he firmado con el mundo

una escritura nueva, y todavia he de cantar, cabe la cuna de tu primer hijito, las cantinelas que cabe la tuya algun dia entoné."

—¿No es verdad, abuelito, que amará V. á mi pequeño Jacobo mas que á todos los demás nietos que cuenta V?

—Te lo prometo; ¿pero qué? ¿tendrás valor para poner á tu criatura un nombre tan feo como el que yo tengo? Ninguno de mis hijos se ha atrevido á hacer otro tanto, y sin embargo, mucho gusto me hubieran dado con ello; paréceme que mi memoria quedaria entónces mas viva entre vosotros despues de mi muerte.

—Oh! aseguro á V., abuelito, que *él* tendrá á orgullo llevar ese nombre; y si mi futuro angelito no se llamare Jacobo, llamarse ha cuando ménos Jacobina. V. me bendecirá; yo rogaré á Dios le haga bueno á semejanza de su abuelo, y asi como V. ha sido gozo de mi infancia, *él* será el gozo de mi vejez.

Entónces agradeciame con una sonrisa incomparable; parecia hallarse contento y seguia hablando del porvenir, de un esposo amante para su nieta y de un hermoso viznieto para sí. Al recuperar la salud, salió de su cuarto mi abuelo, y como ya no podia vivir tan solo para mí, fácil me fué dirigir mis pensamientos hácia los ausentes amigos.

XXII.

Al saber mis aflicciones Mr. Clavé, me envió algunas palabras llenas de sentimentalidad, y despues no me volvió á escribir. Tambien Maria participára de mis zozobras; pero léjos de responderme á las preguntas que yo le habia dirigido respecto á NUESTRO AMIGO, hablábame escasamente de él, y de repente dejó de decirme palabra ninguna que tuviese referencia á su amante. Poco tiempo despues, y cuando yo ménos lo esperaba, me escribió suplicándome le devolviese sus cartas, porque podrian comprometerla y perderla. Aunque algo amostazada con la peticion, iba á remitírselas, cuando

otra carta aun mas apurante que la primera, vino á renovar su solicitud. Al paso que manifestaba algun recelo sobre mi prudencia y discrecion; declaróme Maria que se habia visto obligada á hacer confianza de su aya, cuyos consejos y participacion habian llegado á serle indispensables; miéntras la Señorita Delvaux solo habia aceptado el cargo de confidente só condicion de que Maria me retirase sus cartas y su confianza.

Esplicado quedó al punto en lo que consistia el silencio y olvido de Mr. Clavé. Sin duda se le habian exigido ambas cosas. Habíanse aprovechado de mi síncera y devota amistad como de un medio de facilitacion, que se desechaba tan luego como dejára de existir el amor ó el obstáculo, y yo me resentí, y me abochorné del papel humillante que me hicieran representar.

Contesté á Maria que no me gustaba confiar mis cartas al correo; pero que, debiendo ir á pasar en Paris una semana á fines del mes, yo se las entregaria á la Señorita Delvaux, á quien le era fácil enviar para que las recogiese. Mi carta fué fria, triste, como mi corazon; y las bellas y tiernas frases, que por respuesta recibí, quedaron impotentes, y no consiguieron hacerme olvidar.

Esta amistad doble y romántica se habia mezclado de tal suerte con todos mis pensamientos, y con todas mis acciones, que me costó largo tiempo el apartarla de mí. Con frecuencia repasaba yo las dos cartas de Maria, y me era preciso examinarlas bien para dar crédito á mis ojos. Paréceme, que al entrar en la vida, no podemos consagrarnos demasiado á los seres á quienes amamos; sentimos la necesidad de serles indispensables, y de probarles que sin nosotros la existencia no les es posible. Nos hacemot un porvenir del porvenir de ellos, y creemos en la amistad sobre la tierra tan á puño cerrado como creemos en la Divinidad que hay en el Cielo!

Es en vano que nos digan que el afecto de los hombres es inconstante: no se nos ocurre aplicar el pensamiento á ideas generales. Todo cuanto nos sucede, todo cuanto nos rodea deberá ser escepcional, y nadie se conduce por la esperiencia del espíritu, sino por la inesperiencia del corazon. Es tan penoso desechar nuestras ilusiones, que miéntras mas entramos en años mas nos agrada volver atrás todavia, no ya con la misma confianza, sino con la esperanza de tornar á hallar aquellos hermosos dias de amistad y de abnegacion, con la fantasía de retardar aquel triste momento en que se duda de sí mismo, dudando de los demás; en que despues de haberse con-

fiado sin reserva, se hallaria uno dispuesto á sospechar con injusticia.

Fué María quien vino á París en persona con el objeto de recoger sus cartas. Al vernos, apretáronse en silencio nuestras manos, y despues de algunos minutos díjome ella con embarazo que yo era injusta y ella desgraciada, miéntras confiándose de la Señorita Delvaux le era preciso dejarse guiar absolutamente por sus consejos.

—Bien sabes, respondíle, que nunca he tenido la ambicion de pretender dirigirte! Con dificultad puedo dirigirme á mí misma, y agradeceria infinitamente á la buena alma que se encargase de prestarme este servicio, y de conducirme de la mano por el sendero recto. Pero seamos francas: pues que mi corazon está demasiado henchido para andarse con bromas: ¿de dónde ha dimanado ese terror pánico de mi indiscrecion? ¿Te has olvidado que tanto me he comprometido yo por tí como tú por él? ¿Qué ha sucedido? ¿Se ha manifestado tu amante ménos honroso? ¿Le has mandado que me olvide? Habla, te ruego, esta será la última vez, y luego seré para tí tan indiferente, tan inútil como tú misma lo deseas.

Aumentábase el embarazo de María; aseguróme ella que no habia vuelto á ver á Mr. Clavé desde el baile del Tívoli; que ignoraba lo que se habia hecho de él; no le habia escrito, y me suplicaba tampoco le escribiese yo á él; juróme luego que me amaba tanto como ántes, y que al reclamar aquellas cartas no hacia sino obedecer á la Señorita Delvaux, quien las juzgaba comprometientes para su reputacion y porvenir.

—Por cierto, esclamé yo con desabridez, que la Señorita Delvaux ha impreso tan profundamente su sello de pequeñez y de suspicacia sobre toda tu persona, que ya no reconozco en tí á mi franca, á mi buena, á mi inconsecuente Mariquita... Creo que tengo casi todas tus cartas... Todas cuantas contengan una palabra de tu amor, *tan virtuosamente olvidado en un solo dia*, te serán remitidas; respecto á las mias, haz de ellas lo que mejor te plazca. Jamás desconfesaré mis pensamientos ni mis impresiones. Tan solo, pues que solo eran para tí, guárdalas únicamente para tí propia, y quítalas de la vista de Madamisela Delvaux. Entre las cartas que me dirigió Mr. Clavé, escogeré para entregártelas aquellas que hablan con demasiada pasion de la primera María; respecto á las otras, que me espresan su noble é ingénua amistad, guardarlas hé con afectuoso recuerdo. Creo que es mas fácil enseñarme á amar, que desenseñarme un afecto síncero.

La llegada de mi tia Garat interrumpió nuestro coloquio. Vióse precisada Maria á despedirse sin llevar consigo el precioso paquete de cartas, que codiciára tan de veras, y convenimos en que al dia siguiente vendria á buscarlo muy de mañana la Señorita Delvaux, antes de nuestra partida á Villers-Hellon, adonde ibamos en breve á conducir á Antonina toda cubierta de laureles y de medallas, opulenta con seis meses de vacaciones, cuyo tiempo anhelaba ella pasar en el campo.

Con exactitud y prisa llegó al rayar el alba la Señorita Delvaux, solicitó hablar conmigo reservadamente, y vime obligada á encerrarme con ella, guardando todo misterio á fin de escuchar una larga requisitoria acerca de los grados de mi inconsecuencia, y respecto á la *franqueza* de Maria, quien le habia confesado sus yerros, y escogido por amiga. Segun madamisela Delvaux, mi conducta habia sido mucho mas imperdonable que la de la señorita de Nicolai. Habiame empeñado en quitarle á toda una aya la confianza de su discípula, en favorecer una calaverada vituperable; en fin, *yo sola* era la criminal, y era solo con el objeto de salvar *mi porvenir y mi honra* que ella se avenia á no descubrir nada de lo pasado á Madama de Nicolai etc. etc.

Estas palabras tan perversas como hipócritas me hirieron de suerte que resolví castigarlas. Afecté asombrarme, y contesté á la Señorita Delvaux, que como no tenia la dicha de poseer una directora tan sabia y prudente como ella, estaba resuelta á confiar todo el asunto á mi tia Garat, quien hallaria el medio de salvarme; asi es que la permitia obrase segun su deber y su conciencia, y participara toda aquella imprudente intriga á la madre de su educanda. Añadí tambien que no reclamaba yo mis cartas, y que no sabiendo á derechas donde se hallaban á la sazon las de Maria, no me era posible entregárselas en el momento.

Lo estupefacta que se quedó la Señorita Delvaux me hizo sonreir, y me vengó. Ella se me puso á rogar, humillóse para combatir mi resolucion de participar á mi tia lo ocurrido, y á fin de obtener las cartas; pero yo la meti ánimos un poco respecto al primero de sus recelos, al paso que empachada y llena de indignacion por la debilidad de Maria y por la astucia de su nueva consejera, persisti en oponerme al segundo, y partí para Villers-Hellon sin devolverle sus cartas. Sin embargo, los ruegos incesantes de Maria, y la penitencia hecha por parte de la señorita Delvaux, me hicieron renunciar á mi tirria, y remitíle caritativamente la correspondencia reclamada.

Estas cartas, escritas con demasiada pasion y estravagancia, para que mereciesen quemarse, no valian la pena de comprarse ò de ceder á humillaciones, á amenazas ó á sospechas ultrajadoras. Comprendí que muchas cosas se me habian pasado por alto; que no se me decia lo que les daba la formidable potencia de perder y de deshonrar; y si bien perdonaba yo á Mr. Clavé, quien estando enamorado, deberia ser esclavo; y si bien disculpaba yo á Maria, quien, siendo débil, deberia estar circuinventa, conservaba mi alma un triple rencor á la señorita de Delvaux, y si ella lo hubiera merecido, tal vez mi resentimiento hubiérase trocado en absoluto odio.

Una falta habia yo cometido al proteger una accion imprudente, y vituperable, y al participar de ella castigada me veia por mil desazones, mil ingratitudes, mil desengaños; pero aun debia espiarla mas cruelmente. La doncella de mi tia Garat, sorprendida del aire misterioso y ladino de la Señorita Delvaux, á quien no conocia, se puso á escuchar por la rendija de la puerta, oyó la apreciacion caritativa que hacia el aya de mi conducta, y por fin, toda asustada, creyò que era de su deber informar de la ocurrencia á mi tia despues de ausentarme yo de Paris para regresar á Villers-Hellon.

Esta nueva edicion de las palabras de la Señorita Delvaux, aumentada y embellecida con el informe de la camarera, llenó de rabia á mi tia, quien, en el paroxismo de su cólera é inquietud, me escribió una terrible carta, y dirigió otra igualmente terrible á mi tia de Martens. Esta, encargada de interrogarme, portòse desde luego con mucha severidad, exigióme una confesion categórica, y, como yo no quisiese descubrir á Maria, declaróme ella que era obligacion mia confesárselo todo, y que no siendo de su gusto las revelaciones incompletas, me mandaba á mi cuarto para que reflexionase por el término de dos horas. Pasadas estas, volví á presentarme á mi juez, diciéndola cuanto pudiera comprometerme á mí sola, aumentando la cuenta de mis deslices á fin de no verme obligada á achacar la culpa á Maria, y siempre decidídisima á no hacer traicion á mi amiga.

—Tia hermosa, tia respetable, repetiale yo con desesperacion; V. sin duda no vá descaminada; pero jamás podré ser asaz virtuosa para vender la amistad, la confianza, la buena fé. Lo que V. llama prudencia, llamo yo perfidia; no puedo decidirme á ser cuerda segun las leyes del corazon. Tia, ríñame V.; castígueme, pero, por amor de Dios, permítame V. conservar un secreto que no es mio.

No solamente permitióme entónces el sigilo mi tia, sino que me

abrazó, haciéndome una fraterna tan buena como sensible; luego prometió escribir á su hermana, á fin de conseguir un perdon que vino á consolarme de las espresiones violentas de la carta de por la mañana, cuyo contenido se empeñó ella en hacerme olvidar.

—Bien sabes, deciame mi tia, que la escelente Luisa no puede domeñar sus primeras impresiones; bien sabes que en un momento de impaciencia, se nos ocurre á todos decir las cosas mas desagradables y mas injustas á los que amamos con preferencia: sabes en fin cuan pronto olvida tu tia, cuan pronto confiesa noblemente sus yerros, y los borra de su memoria. Asi, quema esa carta, que te hará llorar por espacio de ocho dias aun, y la cual no eras acreedora á recibir por cierto.

No obstante estas palabras, conservé la carta que tan mal me habia sentado. Quise oponerla á las nuevas desconfianzas de Maria; quise que ella le dijese hasta que punto sabia yo apreciar á mis amigos, y padecer por guardar sus secretos... Señor! Señor! al invocar estos recuerdos, hiéreme la grandeza de vuestros designios, y me humillo delante de vuestra providencia, tan severa aunque tan justa en sus formidables decretos. Esta carta, que convertia mi orgullo en *palma de martirio*, con la cual pretendia yo glorificarme á los ojos de una amiga, debia ruborizar y abatir mi frente, sirviendo de base á la terrible acusacion que contra mí se fulminára.

Esta primera falta iba á ser para mi vida lo que son para los valles de la Suiza esas masas de nieve, que formadas de un grano de tierra, se engruesan y desprenden de en medio de los yelos, destruyendo las flores y los arbustos, arrancando los árboles, aplastando las rocas y las selvas, precipitándose en los llanos que convierten en una tumba inmensa, bajo la cual quedan sepultados el abuelo, la madre y el mamonzuelo. Jesu Cristo, crucificado para espiar los crímenes del hombre, ha hecho reinar sobre la tierra el grandioso dogma de la espiacion; y nosotros, pobres criaturas, debemos saldar con el dolor y la muerte la cuenta de nuestras debilidades, de nuestras rebeldias, de nuestros pecados.

XXIII.

La otoñada estuvo aquel año en Villers-Hellon brillante y animadísima. A toda nuestra reunion de muchachas fué preciso añadir á mi tia Blanca, tan pequeñita como buena, á quien ya mi abuelo amaba un poco y nosotras mucho; su hermana, la condesa de Bongard, que acogia con una sonrisa todas las cosas y á todas las personas; Mr. de Bongard, sugeto muy amable, chistoso, é instruido cuando se ponia á tocar el piano; en fin, Edmundo y Maria de Bongard, muchachos grandes, bondadosos, traviesos, que se pintaban solos para meter bulla, armar algazara y hacer el *balancé* en una contradanza.

El tiempo de las vacaciones es una época muy linda! Fernando de Montesquiou, Antonina, Edmundo, iban á divertirse un mes para desquitarse de lo que habian dejado de hacerlo durante un año, y asi todas las imaginaciones se ponian á la tortura para crearles cada dia un placer nuevo. El bautismo de mas campanas nuevas, que iban á sustituir con sus voces frescas y sonoras, los cascados sones de nuestro viejo campanario, fué una ocasion de fiestas y de reuniones. Mi abuelo y mi tia Garat, mi tia de Martens y Mr. Elmore, mi tio Mauricio y yo fuimos encargados de ponerles nuestros nombres, y despues que los sacerdotes hubieron bendecido y hecho cristianos los grandes ecos de la tierra religiosa, que repiten al cielo las preces, que dentro de nuestros corazones balbuciamos, tuvimos baile, dulces, y toda una noche de feliz algazara.

Necesitaba yo con demasiada frecuencia desterrar mis recuerdos léjos de mí, y léjos de aquellos á quienes habia amado, para no sustituir á mis horas favoritas de soledad y de ensueño, un continuo bulle bulle de cuerpo y de alma: estudiaba durante larguísimas horas, daba paseos inmoderados á caballo, pasaba las noches bailando ó dedicada á la música; en fin, yo vivia doblemente y dejaba de pensar.

Mi tia Garat me habia concedido un perdon tan tierno y bue-

no, que despues de haber sobrellevado sin remordimientos su desplacer demasiado fogoso para ser justo, sentíme culpable en faz de su indulgencia, y de sus caricias, y sometíme sin murmurar á su deseo de que cesára toda correspondencia con la Señorita de Nicolai.

No escribir mas, no mas ilusiones, era cosa muy triste. A veces adivinaban mis pesares y *esplines* á pesar de la alegria con que yo los rebozaba, y mi abuelo que siempre me comprehendia valiase de todos los medios para distraerme. Cierto dia comprometió á mi tio Mauricio á fin de que me acompañase á hacer una escursion muy larga que hacia tiempo anhelaba yo; tratábase de visitar á Bourneville, magnífica hacienda perteneciente al duque de Noailles; de ir á ver ponerse el sol desde el pequeño castillo feudal de la Ferté Milon, y de volvernos con la claridad de la luna á través de los corpulentos árboles de aquella hermosa parte de la selva de Villers-Coterets.

Mucho era preciso para que saliese bien el proyecto; primero, licencia para fatigarme un poco mas de lo que era razon; la buena voluntad de mi tio, un dia sereno sin mucho sol, y una noche serena sin mucha luna. Todo lo llegué á lograr; los caballos se ensillaron, solo tuve que aguardar á mi tio una larga hora, pues no le faltaba mas que ponerse la corbata y dar veinte órdenes, cuando de repente uno de aquellos amigos vecinos, que hacen una sola visita en todo el año llegó para pasar el dia con él. Mi buen abuelo, que se habia prometido una dicha en mi propia dicha, fué tan contrariado como yo de esta contradiccion inesperada. Al ver mi despecho é impaciencia, previó el sermon que ya empezaba á asomarse en los labios de mi tia; á fin de aplacarme salió á recibir al conde de C... le dijo que nuestros caballos estaban ensillados, y que despues de almorzar le acompañariamos á su quinta, de camino que íbamos á Bourneville. Dicho esto, á fin de evitar los imposibles que las reflexiones pudieran hacer descubrir en nuestro proyecto asi revisado, corregido, é inconvenientemente aumentado con el apéndice de un jóven de veinticinco años de edad, mi buen abuelo dejó á penas tiempo al huésped intempestivo para tragarse una taza de té, nos hizo montar á caballo con toda precipitacion, y nos deseó feliz viage.

Luego que me ví fuera de peligro de una contra-órden, y miéntras mi tio y su amigo charlaban cabalgando, á uno y otro lado de mí, púseme á observar muy atentamente á Mr. de C... Yo le habia visto rara vez, pero su fama habia llegado á mis oidos en infinitas

ocasiones. Ademas, le tenian por la *tarasca* de las jóvenes, corriase la voz de que era un calaveron desecho, cuya conducta poseia tanto de inmoral como sus ideas y palabras. Habia abandonado á una muchacha con quien iba á casarse, despues de haberla comprometido. Celebraba en O... unas orgias tan escandalosas que estorbaban que su madre pusiese los pies en su casa; y luego... y luego seguian hablando de él en voz baja, y los oidos que no se hallaban só la férula de un esposo, tenian que taparse ó irse.

Este réprobo era pequeño de talla, y tenia una carita muy mona y espresiva, llena de franqueza y de noble saber. Hablaba con mi tio muy amistosamente, sin hacer ningun caso de mí. Esta *anti-galanteria*, que me pareció asaz natural durante la primera media hora, llegó á fastidiarme á los sesenta minutos, y con el objeto de distraerme, ó bien con el de distraer á los demás, lancé á Eyram al gran galope de caza, y partí como un venablo. Luego que me paré, mi tio se hallaba á gran distancia, y Mr. de C. junto á mí.

—Válgame Dios, Señorita, ¿se le ha desbocado á V. el caballo? dijo él con apuro.

—Sí, desbocóseme un antojo de independencia, pero no el caballo de manera ninguna.

—¡Qué! ¿la palabra independencia hallará acogida en el diccionario de una dama de gran tono?

—Nada de eso; pero es un vocablo que está grabado en todos los corazones juveniles, y que yo aprecio sobremanera.

Llegó entónces mi tio, de muy mal humor, y empezóme á regalar una fraterna acerca de mi caprichosa cecapada.

—Ruégote, díjele yo, que no te enfades, tio; pues mas fastidiosa es una peluca que un desaire.

Mis compañeros se echaron á reir al verme poner en juego mi pequeño ardid femenino, y pusímonos los tres á charlar alegremente. Despues de dos horas de una deliciosa cabalgada dejamos la selva para entrar en un valle encantador, dominado por un castillo con sus torrecillas góticas, y cuyo aspecto risueño, chusco y caballeresco me hizo manifestar un deseo inmoderado de hacerle una visita.

—Es la quinta de O... y á muchísima honra tendria el que en ella os apeárais..... Mauricio, voy á reñir con V. si no accede al deseo de su sobrinita.

—Os doy la enhorabuena, amigo mio; V. tiene ahí un nidito de águila muy gracioso y feudal, pero vendré á admirarlo mas de

cerca, otro dia; hoy nos atrasaria esa parada, y no tenemos un instante que perder.

Mi tio y Mr. de C... se quedaron un poco atras, y despues de un largo conciliábulo partió un lacayo con la celeridad de una flecha hácia la quinta de O... me dijo mi tio que atravesaríamos á caballo el patio y los jardines, y que me sería fácil aceptar un racimo de uvas sin tener que apearme. Aquel retiro encantador parecióme tan lindo y original de cerca como de léjos; me habian dicho que nadie habitaba en él; sin embargo, noté en el primer piso una mano que descorría una cortina, y la cual me pareció demasiado blanca para pertenecer á una cocinera. Este movimiento y mis ojeadas no se fueron por alto á mis compañeros, quienes con toda precipitacion dieron la señal de partir.

Despues de galopar buen trecho, Mr. C... me pidió permiso para acompañarme durante esta segunda estacion de nuestro paseo.

—Pídaselo V. á mi tio, respondile yo. Sé que lo agradecerá mucho; pero ignoro si eso será bien visto, y si de sus resultas se desplomarán sobre nuestras cabezas todos los rayos de la censura.

—¿Y le darán á V. pena, señorita, las pullas y los falsos testimonios?

—No, pero los sermones muchísima.

—Qué! ¿nó es V. dueña de sus acciones?

—Me sucede lo que á todas las jóvenes de nuestra hermosa patria, la Francia, que hemos sido educadas bajo un gobierno despótico; y debo doblegar mi caracter á las voluntades del gran aristócrata, que me elevará algun dia á la dignidad de muger casada.

Mi tio entretanto nos llevaba algunos pasos de delantera, silvando un aria favorita de la ópera *María*. Mi conversacion con Mr. de C... duró largo tiempo, ya formal, ya bromosa y satírica; pero muy libre siempre en los objetos que tocaba.

—Qué pronto! esclamó Mr. de C... cuando llegó el momento de separarnos.

—Qué pronto! respondió en voz baja un eco de mi pensamiento.

Cerca de un mes despues de este paseo, me dijo mi tia de Martens que andaba tratando un casamiento para mí: que yo habia conquistado á Mr. de C... y que él queria me desposase con Mr. Felix de V... uno de sus amigos. No sé por qué el principio de esta frase me hizo temblar y me trajo á la cara los colores, y tampoco sé por qué el fin de ella me hizo esperimentar una violenta sensacion de disgusto y de despecho.

—Es sin duda por via de contraste que Mr. de C... se hace fiador de su amigo. Quiere sin duda que pueda facilmente compararse la diferencia que entre ellos existe, y que esa diferencia llegue à ser mi garantia mas cierta.

—Vaya una severidad admirable! me dijiste á la vuelta de tu paseo que le habias hallado amable y original.

—Verdad es, pero le encuentro ridículo haciendo el lindo papel á que se dedica ahora.

—Juzga como quieras; mas hazte complaciente por amor suyo. Este casamiento es de conveniencia; tu abuelo lo desea, y consta que Felix se dejará guiar por los consejos que le dé Mr. de C... Armòse una montería en grande con el objeto de proporcionar una entrevista; pero el temporal la frustró y fué preciso no salir de la sala, ni apartarse del rincon de la chimenea. Mis tias estuvieron perfectamente finas y pusieron en favorable relieve todo el talento, todas las habilidades que me decoraban, ó mas bien *las que decorarme deberian*. Mi abuelo no pudo menos de insinuar con palabras equìvocas que estaba en el secreto, y con disposiciones muy favorables para que su resultado fuese feliz. Por fin, Mr. de V... tan cortado y tan aburrido como yo misma, parecia haber nombrado á Mr. de C... su procurador en esto de amabilidad, y este su apoderado hacía con toda galantería el gasto á fin de obligarme á apreciar á su amigo.

Todo el dia fué completa la broma. Despues de comer se me hizo tocar al piano una pieza de dificultad oficial, cantar una gran aria, y Mr. de C... fué á sentarse junto á mí, y pidióme el vals de de Weber. Mientras ejecutaba yo esta dolorosa y última idea del célebre compositor aleman, apoderóse del conde una tristeza inconcebible, mas estraña en un hombre á quien siempre habia conocido yo tan festivo y bromista; apoyóse con la mano la frente, y aparentó hallarse abismado en recuerdos ó en pesares.

—¿Está V. triste? le dije yo; y luego bajo la influencia de cierto rencorcillo añadí. ¿Es tambien eso resultado de los poderes que le ha dado Mr· de V...?

Miróme con aire atónito, y contestóme con vivacidad.

—Le desagrada á V. ese partido? sea V. franca, le ruego, y perdóneme el haber sido egoista, al empeñarme en retenerla en nuestros bosques para nuestra felicidad y la de mi amigo.

—No hay duda que Mr. de V... me pareceria amable si quisiese probar á serlo por sí mismo.

—¿Conque así le castiga V. por haberme elegido intérprete suyo?

—No señor; pero yo hubiera creido que V. pensaba un poco menos como todo el mundo, y que despues de haberme dicho, algunos dias ha, su repugnancia por la triste é inmoral especulacion que del matrimonio se hacia, se hubiera V. abstenido de convertirse en apóstol del tal sacramento, y de elegirme á mí por objeto de su predicacion.

—¡Qué no piensa V. casarse nunca?

—No quiero fines que de principios carezcan. Quiero que se me ame con toda seriedad antes de ceder toda mi vida, todo mi corazon, todas mis voluntades á hombre ninguno.

—Perdóneme V., perdóneme V. una y mil veces; constábame que era V. amable y muger de luces; pero receléme que no tuviese V. lo que se llama *sentido comun*.

—¿Y ahora se ha cerciorado V?

—Ahora estimo en V. lo que antes me agradaba.

Perdoné á Mr. de C... sus agravios y mis ofensas, imponiéndole á fuer de penitencia, una franqueza sin límites, y la obligacion de interesarse con mayor ahinco para impedir el casamiento, toda vez que no me conviniese, que cuanto se habia esmerado en hacerlo efectivo sin mi consentimiento. Díjome que Mr. de V... tenia un carácter leal y generoso, pero violento y despótico; que su objeto era casarse para tener muger, caudal, y una posicion mas cómoda; que mi corazon se hallaba en la parte de afuera de semejantes miras, y que ademas hacia muchos años que Mr. de V. profesaba á una señorita de tono una pasion, de la cual estaba aun imperfectamente curado.

—Tal vez haga yo mal, añadió Mr. de C... en confesar á V. todo esto. A fin de reparar una inconsecuencia estoy haciendo traicion á mi amigo Felix. La dicha de V. se ha hecho para mí tan preciosa que tal vez me haya tornado parcial é injusto... Hable V. de esto con Mr. Elmore, créalo mas que á mí, y en seguida quedará satisfecha la voluntad de V.

Mr. de C. me preguntó otra vez que como habia yo sido tan bondadosa que no participara de todas las prevenciones que le acogian en el mundo, y si era por ignorar *sus crímenes* ó por benevolencia que me ostentara para con él tan francamente amable, durante nuestro largo paseo en compañia de mi tio. Confeséle que no ignoraba ninguna de las acusaciones que le perseguian, y que, léjos de haberme asustado de ellas como los demas, inspirábame

él una confianza tan grande como pudiera hacerlo el jóven de la reputacion mas acrisolada.

—Oh! gracias! gracias! díjome él. Así el interés como el deleite atraen en torno mio infinidad de jóvenes, pero no cuento con un solo amigo. Supónenme muy loco, muy depravado, muy calavera; pero mas que eso soy muy desgraciado..... y mi vida cuenta con mas pesares que deslices.

—María, cede á tu tia el piano, llegóse á decirme mi abuelo; ella tendrá la bondad de tocar para que bailes, y bien sabes que el verte egerciendo esta habilidad distrae mi vieja cabeza,

¿Vais á bailar? me preguntó en voz baja Mr. de C....

—Es preciso; una señorita, que vá á casarse, debe lucir todas esas pequeñas ventajas. V. tiene la culpa.

—¿Y bailará V. conmigo?

—No. Aquí viene Mr. de V... y estoy leyendo en los ojos de mi abuelo que es indispensable aceptarlo por pareja. Saque V. á bailar á una de mis primas.

Mr. de V... se mostró completamente mudo y su sistema de amabilidad, por procura, continuó con tanta rigidez que pudiera decirse que habia encargado á su amigo hasta la comision de mirarme y de ruborizarme con sus miradas.

Al momento de la partida, suplicóme Mr. de C.... hablase con Mr. de Elmore y que le declarase mis órdenes por medio de este intérprete amigo suyo.

Luego que hablé yo al dia siguiente á Mr. Elmore acerca del casorio, halléle tan distante de aconsejármelo cuanto el dia antes le habia manifestado impaciente de que se verificára. Díjome, como Mr. de C.... que mi pretendiente era un hombre de cortísimo caudal, que tenia un carácter demasiado despótico para llevarse bien con el mio, y que profesaba una eterna pasion que no era un secreto para ninguno de sus amigos; en fin aconsejóme diese una negativa, y convenimos en que él se encargaria con Mr. de C.... de terminar el proyecto, sin que yo me viese espuesta á hacer frente á la voluntad de mi abuelo, ni á los consejos *imperantes* de mis tias.

Cuando llegó la época de despedirnos de Villers-Hellon empeñóse mi abuelo en retenerme á su lado, y guardarme para sí solo. Fué aquel un mes dichoso, durante el cual vime muy querida, muy mimada, y fuera del alcance de los sermones de las ayas, y del aburrimiento. Habia yo hallado una amiga en mi tia política Blanca; ella ganaba en mi corazon algun poco del afecto que yo á

mi abuelo profesaba. Este por su parte se habia vuelto ménos injusto, y ya no se resentía cuando yo le atestaba los oidos de alabanzas en honor de su nuera; en fin encontrábamonos todos tan cerca de la felicidad como era posible.

En el mes de diciembre, recibió mi tia visita de su padre, el conde de Montaigu. Los amigos de este aristócrata le tenian por raro; sus enemigos le motejaban de..... no me acuerdo ya de qué cosa; pero yo solo hallé en él un *leon* de sesenta años de edad, perfectamente amable y bondadoso. Mr. de Montaigu habia establecido sus penates en la ópera, habia conseguido carta de naturalizacion en el pais de la Academia real de música, y hacia cuarenta años que no marraba una sola representacion.

Los dos hermanos de mi tia acompañaban á su padre. El mayor, de quien se hablaba mucho, era un conjunto de talentos y de virtudes; el segundo, del cual nada se decia, era un zahareño y noble jóven, que habia abrazado la carrera militar para adquirir sus charreteras con el filo de su espada; domaba un caballo con intrepidez, y se ponia colorado en presencia de una dama, y aunque fuese delante de una chiquilla.

Pocos dias despues de esta visita tuvo mi tio Mauricio la gloria de ser padre; una hora larga permrnecí con él, cabe el lecho de mi tia; mas tarde, procuré consolarle de los gritos de la pobre sufriente, que llegaban á nuestros oidos en el salon donde nos habian desterrado. Los alaridos eran tan tristes y asombradores, que á ratos se me olvidaba consolar á mi tio para ponerme á temblar; y esplicábame á mí misma la razon porqué la divina Diana, obligada á servir á su madre de partera, concibió un miedo tan grande que conservó suficiente valor para quedarse solterona por toda la eternidad.

XXIV.

Volví á Paris muy entrada ya la época de los bailes, y de los placeres. Mi tia Garat siempre cariñosa, quiso iniciarme algun tanto en aquella vida de mundo y de festejos, y presentóme á aquellas amigas suyas que admitian reuniones. La tertulia de mi tia componíase de las mugeres mas elegantes de la Calzada de Antin, de banqueros y de agentes de bolsa sugetos bastante fastidiosos pero de mucho tono. Por cierto que no era el oro una ilusion en aquella parte del mundo, pues que siendo el objeto ó el vehículo, el principio ó el fin de todas las cosas, se hallaba en todas las bocas, en todas las frentes, y muchas mugeres *conseguian en virtud de él*, tener talentos, hermosura y gracias. El orgullo de los millones es todavia mas insoportable que el del abolengo; cubrirse con la sombra de sus antepasados para hacerse grande, virtuoso y potente es una vanidad mal entendida sin duda; pero cubrirse de oro y colmar á fuerza de pesos duros todos los vacios y nulidades de su persona, es carecer hasta de la idea de lo que conviene al hombre en una criatura noble y poderosa.

Entre estas doradas divinidades, no dejaba de haber algunas escepciones: entre ellas podia contarse á Madama de Vitry, dechado de gracias, de bondad y de talentos; á Madama Willi, tan graciosa como tierna, y la señora condesa de Lehon, muger adorable á par que adorada de todos.

Ya no me visitaba con la señorita de Nicolai; y aun rara vez me daban licencia para ir á casa de Madama de Montbreton. Así, despues de haber amado tanto, hallábame sin ninguna amiga; pero durante tres meses tuve tantas diversiones que este vacio no llegó á apurarme, y jamás troqué con nadie otros pensamientos que los referentes á bailes y demas pasatiempos.

Mezclábanse en mi vida dos jóvenes; era la una Madamisela de G... muy linda y amable, y la cual hablaba con muchísima afluencia acerca del baile en que estuvo ayer y aquel á que iba á ir mañana; la otra era la señorita de M... con la cual charlaba yo del

porvenir y de los maridos, pero de los maridos segun el mundo los apetece, como precursores de obsequios, de regalos de boda, de emancipacion y de placeres. Tenia Paulina un escelente corazon; el caracter de una niña mimada, y un talento... de que ella hacia alarde muy rara vez. Habiendo perdido á su madre muy jóven aun, habia quedado siendo el ídolo de su padre, Mr. M... quien tenia un hermoso caudal y una linda figura, y era poseedor de cualidades muy reales, y se entregaba á deslices muy de moda.

Despues de algunos bailes fastidiosos, en los que no conociendo á nadie, solo tuve el honor de bailar á solicitud de mi tia, ó del ama de la casa, y con parejas harto dasabridas para ser complacientes, me llevaron á otros muy lucidos, donde me divertí con todo el arrebato y con toda la vivacidad de mi genio.

A ruegos de Madama Welli, quien daba un magnífico baile de máscaras el domingo de piñata, organizó mi tia una comparsa, y nos atrevimos á ensayar un paso de *Gustavo*. Nuestras lecciones de prácticas *estirienses* nos proporcionaron un mes entero de delicias. La señorita Gautier era de la tanda; todos los ensayos se hicieron en los grandes salones de su madre, quien estaba aun impregnada de los recuerdos de sus lindos bailes, repletos de sus *Bordeleses* danzantes delicados, finos é infatigables. Las suarés de Madama Gautier presentaban un aspecto muy raro, que tenia cierto matiz de la gracía con que ella hacia los honores de la casa, y de la franqueza, cordialidad y alegria que llevaba á ellas toda la juventud de las provincias meridonales que formaba la concurrencia.

Habíanse encargado la señora Alexis Dupont y el caballero Marillier en cuanto fuese posible, unos ligeros *Esturianos*. Los primeros ensayos fueron muy torpes, é intolerables; luego fuimos haciéndolos menos mal, en seguida con alguna gracia, hasta que al fin merecimos la aprobacion de nuestros ilustres maestros; y cuando llegó el gran dia, ó mas bien la brillante noche, engalanadas de nuestras preciosas máscaras, tuvimos un resultado feliz, muchos aplausos y abundancia de aduladores. Mi pareja era un jóven coronel ingles N. Martins, bastonero de la comparsa, sugeto fino, pero admirable especialmente por su sangre fria, y por la desesperacion que de él se apoderaba, cuando yo no estudiaba mis pasos con formalidad, y de buena fé. La señorita de Gautier llevaba por compañero á un jóven Bordelés, que bailaba muy mal pero con perfectísma gracia.

Al dar un recuerdo á todos mis bailes, no puedo echar en ol-

vido los buenos valsadores que los animaban, los señores Durien, de Carci, Courpon, de Lamarthonie; este último reunia la figura, el talento, las maneras y el modo de bailar de un caballero completo.

Todos estos placeres cesaron con la cuaresma, y á aquellos dias agitados con los recuerdos de festejos transcurridos y con la esperanza de otros venideros, siguiéronse otros solitarios y sin ocupacion. Apenas veia yo á mi tia durante diez minutos en las veinte y cuatro horas, porque las visitas empezaban á medio dia, y pasaba ella las noches en el teatro; en casa de sus amigas íntimas. Traté de volver á mis estudios, y á las ocupaciones que en los últimos años me habian sido tan fáciles y dulces; mas solo pude hacerlo á medias; y no por eso sentíme mas feliz. Algunas figuras vagas se deslizaban por la memoria de mi imaginacion; pero ellas se cruzaban, y hacianse remolino; ninguna de sus palabras podia yo repetir sin acompañamiento; eran aquellos recuerdos una confusa orquesta de amigos. Los goces de este mundo, que no tienen enlace con el corazon ni el pensamiento, dejan tras si un vacio, un disgusto intolerable de nosotros mismos y de nuestros prójimos.

Ya he dicho que mis dias eran muy tristes; diré ahora que los unos se parecian á los otros: un paseo para la salud, dado desde las doce hasta las dos de la tarde, bajo la guarda de una aya inglesa, tan vieja como gruñona; una tertulia, durante la cual bostezábamos mi prima y yo, porque no nos atrevíamos á hablar, de miedo de no añadir pábulo á nuestro aburrimiento, y algunos consejos que nuestra Argos nos dispensaba en forma de sermones. ¡Qué existencia tan melancólica! y mientras la padeciamos en Paris, los árboles en Villers-Hillon brotaban sus hojillas tiernas y verdes, las violetas se alzaban humildes y perfumadas de entre el musgo y el cesped de las praderas, gorgeaban las avecillas, renacian las mariposas para voletear sobre las dulces flores de los damascos y de los almendros.

Iban mis pesares en pos de aquella vida de primavera, en pos de mi abuelito, de mis bondadosas chachas, de mi generoso Eyram. Y si bien no era enteramente un pesar, era algo mas que un recuerdo, el que yo enviaba en busca de Mr. de C.... amigo de una hora, y en quieen no me era posible pensar sin ponerme colorada, ni del cual me era fácil hablar sin decir acerca de él cosas mas malas de las que en la realidad se me ocurrian.

Los placeres del invierno habian fatigado ó adormecido mi imaginacion; despertóse esta en la soledad y el silencio, mas exigente aun que en tiempos pasados. Pregunté á mi corazon ¿quienes eran sus amigos? ya no tenia ninguno; pregunté á mi razon ¿hácia qué objeto caminaba? y mi razon nada respondia como mi corazon tampoco. Entónces la potente déspota se creaba ensueños de felicidad, amores en despecho de lo positivo, de la prudencia y á veces de la voluntad! Un solo pequeño ser, gracioso, poético, y encantador, se sonreia en mi aislamiento, y me lo hacia olvidar. Era Gabriela, hija segunda de mi tia Garat, chiquilla y angelito, de edad de tres años, que constituia el gozo y orgullo de su madre.

Participaba yo, con un robusto perro de Terrânova, de todas las predilecciones de Gabriela. Con frecuencia pasábamos los tres horas enteras jugando al escondite, ó bien corriendo y retozando; luego la fatiga adormecia sobre la alfombra á la niña y al perro. La cabecita rubia de Gabriela, descansaba sobre un cojin á mis pies, miéntras sus bracitos ceñian collar el pescuezo del honrado Betz, y yo velaba contemplándolos; si alguna vez me ponia á leer, y la criatura al dispertarse no encontraba mis ojos, deciame con su voz angelical:

—No leas; quiérenos miéntras que dormimos.

Entre los juegos favoritos de la amable chicuela, entraba el de empeñarse en que me quedase dormida. Entónces cerrábame ella los párpados con sus deditos, meciame la cabeza sobre sus rodillas, y, cuando creia que me rindiera el sueño, desatábame callandito la cinta del pelo; apoderábase de mi pobre cabeza, haciame sufrir tormentos inauditos, y en seguida me pagaba de los cabellos arrancados con besos tan suaves, que de buena gana me hubiera yo quedado completamente calva á trueque de merecerlos. Uno de mis anhelos era obtener permiso para que me acompañára Gabriela en mis paseos de la mañana. Entónces la ponia yo mas currutaca que de costumbre; haciale con mis propias manos los rizos rubios y sedosos que hermoseaban su cabecita, afectaba una gravedad maternal y orgullosa, y, dejando á algunos pasos detrás de mí á la doncella y al aya, llevábala de la mano por las largas alamedas de las Tullerías; llamábale hija, y pareciame que todo el mundo me envidiaba aquel hermoso ángel, que yo era doblemente muger, y doblemente digna de respeto.

Un dia que llevaba yo de la mano á mi graciosa *condecoracion*, tiróme Gabriela suavemente de la manga, y me dijo:

—Mira á ese señor alto: dice que soy mas preciosa que una gatita.

Vi en efecto á pocos pasos de nosotras un jóven, que, siguiéndonos, miraba con ojos de admiracion á mi pequeño tesoro, sonreiase al mirarlo, y alcanzaba en retorno otras sonrisas tan malignas como tiernas. Esta pantomima coquetamente infantil duró todo el tiempo de nuestro paseo.

Algun tiempo despues volví á encontrar en el Louvre al admirador de Gabriela: recorrió al lado nuestro la gran galeria, y, asi como la primera vez, nos siguió hasta la puerta del Banco. Al dia siguiente, y los succesivos, el mismo encuentro; si entrábamos en una tienda, nos aguardaba en la calle; si dábamos rodeos, dábalos él con paciencia infatigable; sus ojos no se apartaban de mí; si yo me sonreia, sonreiase él á la par, si yo aparentaba tristura, interrogábanme con desazon sus miradas. Mi vista, que al principio habia buscado al desconocido por curiosidad, se habituó por fin á encontrarle, ya no se esquivó con el objeto de evitar una muda congratulacion, ni el triste adios que me dirigia luego que la maciza puerta de nuestra casa se cerraba. Era aquella una distraccion que acogiera mi aburrimiento sin reflexionar, y que á mi vanidad le venia de perilla.

El talante, la figura, y el trage del galan de nuestros paseos, descubrian que era infaliblemente una persona de tono. Alto, esbelto, bastante pálido para que pudiera achacársele alguna pesadumbre secreta, ó cuando ménos alguna leve enfermedad de pecho, con ojos muy espresivos, botas de charol, y guantes amarillos del tinte mas de moda, habiale marcado nuestra vieja aya inglesa por *un caballero muy honorable*, y la buena muger, léjos de amostazarse con aquellos encuentros, deciame que las jóvenes *misses* de su pais comenzaban de esa manera las novelas de sus casorios; y enorgulleciase de tener una educanda que mereciese *los acompañamientos de tan noble gentleman.*

XXV.

Estos tropiecillos románticos, cuyo recuerdo acudia á distraer mis pensamientos aburridos, y que no eran un misterio, y se hallaban puestos en ridículo algun tanto por las frases y definiciones de nuestra imprudentísima aya, hubieran permanecido sin peligro ni trascendencia, á no haber acontecido desgraciadamente que viniese á mis manos una novela, escrita con mucha sensibilidad, y la que me causó una viva impresion. En aquel libro, lleno de interés, el héroe Anatolio, persigue sin cesar á su amada, le salva la vida, la ciñe del amor mas delicado y sublime, le escribe, hace que le amen sin procurar acercarse al objeto de sus amores, y sin hacer esfuerzos para hablarle. Pasadas las quinientas ó seiscientas páginas, despues que Anatolio se vè adorado, no solamente de aquella á quien ama, sino de aquellos que le leen, descúbrese que es sordo-mudo.... hay quien llore y el lector lloraría siempre si *ella* no se casaba con el héroe, si no fuesen perfectamente felices, gracias al abate Sicard, quien enseña el lenguage de los signos á la bella y noble alma del protagonista de la novela.

¿Cómo me atreveré á confesar que tambien mis ilusiones hicieron un sordo-mudo de mi desconocido admirador? ¿que yo le atisvaba los síntomas de tal desgracia en su semblante, en sus ojos, en su tristura? No pudiendo comprender la solicitud inquisitiva de mis miradas, mostrábase él dichoso de encontrarse con ellas á menudo, y, despues de habernos seguido por espacio de dos horas, parábase otras tantas debajo de las ventanas del salon de mi tia.

Un domingo vino mi obsequiador á arrodillarse cerca de nosotras en la capilla del Calvario de San Roque; tambien el domingo siguiente estuvo allí. Al salir ofreció agua bendita á mi aya, despues á mí, y cuando mi guante hubo tocado ligeramente el suyo para recoger la gota de agua santa, le ví llevarse su guante á los labios respetuosamente, y darme gracias con una mirada que daba á entender su dicha.

Tenia yo costumbre de llevar con frecuencia violetas y rosas á mi tia, y con el fin de hacer mi pequeña compra paréme un dia en casa de un florero en el pasillo de Vivienne. Tambien junto á mí se paró *mi sombra*, quien por lo comun se ponia en el ojal de la casaca una de las flores que yo habia tocado al escoger las mias.

Cierta mañana que él me habia precedido algunos minutos en la tienda de la hermosa florera, presentóme ella un magnífico ramo de rosas blancas.

—¡Qué divinas son! esclamé yo; creo que V. pretende tentarme, y dejarme pegada á la pared.

—¡Oh! contestó ella con una sonrisa muy ladina, déme V. por ellas lo que guste. Quiero que V. me estrene esta mañana; pues eso me dará buena fortuna por todo el dia.

Sin aguardar mi respuesta envolvióla ella en un papel de seda, encomendándome las llevase con cuidado para no chafarlas, y desatára en llegando á casa para que los cabos pudiesen bañarse mas líbremente en el agua de mis floreros. Llevéme el ramo de rosas, con un sentimiento de vago esperar que no me atrevia á confesarme á mi misma, y el cual, sin embargo, me subió á la cara los colores, al ver que la gozosa mirada de mi desconocido se clavaba en mi ramo de rosas blancas.

Luego que llegué á mi aposento, rompí el hilo que ataba las flores. Cayó sobre la alfombra un pedacito de papel; recojílo, y leí con presteza. Era una declaracion; palabras amorosas que me decian lo mucho que se me amaba, con cuanta pasion y eternamente se me queria.

Pensé que estaba soñando; restregué el billete para asegurarme de que estaba despierta. Miréme al espejo para ver si me habia vuelto mas bonita desde que me *adoraban*; en fin, trastornóseme un poco la cabeza, y á pesar de mi voluntad de acometer con cordura esta grave empresa de mi vida; salté de gozo como una chiquilla, y volví á leer... y leí otra vez... y otra... todas las halagüeñas exageraciones que yo habia inspirado. Comprendí que hacia mal; pero mi imaginacion no tardaba en alejar de sí este saludable pensamiento, para gritarme atontándome que yo tenia veinte años, que era huérfana é independiente.

Pasé toda la noche desvelada, queriendo reflexionar seriamente sobre la conducta que me tocaba observar; pero no hallé reflexion que no estuviese adulterada ó corrompida por aquella rápida transicion del aburrimiento á las ideas exaltadas, y del vacio al

deslumbre de una primera carta amorosa. A pesar de eso cuando llegó la hora de pasearnos, finjí una violenta jaqueca, á fin de que él no leyera en mis ojos cuanto gusto y vanidad me habia dado su atrevido y brillante billete del dia anterior; mas no pude resistir, la curiosidad de asomarme á la ventana: y sus ojos saludaron á los mios. Habia yo afectado disgusto y severidad; pero una de sus rosas que se me habia quedado por olvido en mi cinturon destruyó todo el efecto. Hirióme la espresion de triunfo y de victoria que la vista de aquella flor imprimió en el semblante de mi desconocido, y resolví castigarle por su atrevimiento. Todo aquel dia y el siguiente renuncié no solo al paseo sino tambien á la ventana, ó á lo menos oculté mi cabeza tan perfectamente detras de los pliegues de las cortinas, que si yo le veia, no era posible que él me viese.

Al tercer dia, despues de haber permanecido largo tiempo y sin fruto detras de mi sedosa pantalla, asoméme al balcon; no estaba por allí él... no vino. Fuí á dar mi paseo de costumbre; recorrí las largas alamedas de las Tullerías á solas y fastidiada como antaño..... habiame él dado el olvido que mi conducta provocára.... Sentíme triste; desconsolada, infeliz con su indiferencia; parecióme que iba á quedarme aislada en el mundo; que Dios habia puesto en mi vida un solo amor, y que me hallaba condenada á que nadie me amase ya, y á quedarme con sentimientos y sin esperanzas.

Luego que él dejó de quererme, figuróseme que yo le queria; sondeé mi corazon; espantéme de las semillas mas leves de amor, que encontré en él; y cuando, á los ocho dias, no esperándole ya, volví á verle, triste, pálido y padeciente, fui bastante loca para dar oidos á la muda plegaria que solicitaba de mí una respuesta, para escribirle que su olvido me habia penado, y que dudaba del afecto que me ofreciera.

Su respuesta estuvo llena de pasion y de gratitud; deslizóla suavemente en mi mano, despues de un largo paseo, que tuvo lugar como antes, á diez pasos uno de otro.

Llegó el hermoso mes de Mayo, ibamos algunas veces á los oficios de la Vírgen con mi tia; y él tambien nos acompañaba en nuestros rezos. Encontrábamonos todas las mañanas en las Tullerías. Por dos veces los admirables acentos de Duprez hicieron latir nuestros corazones con una impresion igual; unos billetitos ocultos en ramos de flores, ó dados con disimulo en las calles, preparaban estas citas de nuestras miradas. Algunas veces tambien abria yo la ventana, y

cantábale las arias que me eran mas fáciles de egecutar. Así se pasó todo el mes... y vino en seguida el viage á Villers-Hellon.

Me era imposible allí recibir sus cartas, y él mismo se aprestaba á viajar. Juráranme sus miradas que me amaria eternamente; ignoro si él sufriria mucho; pero á mí poca pesadumbre me dió, pues solo me sentí enamorada durante aquellos dias que se me figuró que él me habia olvidado y dejado de querer.

Apenas hacia dos dias que me hallaba en Villers-Hellon, cuando un desgraciado incidente vino á descubrir á mi tia Grrat toda esta descabellada y ridícula intriga. Jamás, oh! jamás olvidaré la indignacion de mi tia, ni las palabras de que se valió para humillarme! Empeñóse en saberlo todo, y no me dejaba tiempo para responderle. Al ver mis cartas, se enfadó mucho mas y me dijo;—«que yo estaba perdida y deshonrada; que me volverian la espalda mis amigos, mi familia; que aquel hombre leeria en público mis cartas, que me daria su desprecio despues de haberme dado una apariencia de amor, que se avergonzaria de llamarme esposa, y jamás querria casarse con una jóven bastante imprudente para haber escrito á un hombre desconocido de su familia, y con el cual no habia hablado ni tan solo una vez. El se ha figurado hacer una especulacion, añadió ella, se ha creido que eras una rica heredera, y en la actualidad todo tu dote apenas bastaria para comprar su silencio.»

—Es posible! veiame pues á los veinte años de mi edad sin esperanza y sin honra!

—¡Válgame Dios! tia, esclamé yo sollozando, sálveme V. por caridad.

Pero ella se saliò de mi cuarto, y echando la llave, dejóme encerrada en él.

Hallábame desesperada; arrojábame fuego la cabeza; esas palabras de menosprecio y de deshonra me la hacian pedazos. Mi abuelo no estaba en casa; decia yo á mi ama seca Loló, que me habia vuelto loca é iba á morirme, y la pobre, habiendo rogado en vano á mi tia me consolase, no sabiendo ya que hacer para tranquilizarme, apuntóme la idea de escribir á aquel señor, quien no podria ser bastante perverso para perder á una pobre niña que nunca le habia hecho daño. Escribi pues una carta desesperada y suplicante; y Loló hizo que anduviera cinco leguas uno de sus sobrinos para echarla con todo sigilo en el correo de Soissons.

Mi desespero se hallaba algun tanto moderado, cuando llegó mi abuelo; arrojéme á su cuello hecha un mar de lágrimas; no me era

posible hablar. Procuró Loló informarle de la causa de todas mis penas.

—Vamos, vamos, no llores mas, dijo abrazándome él, tu tia ha tenido el encargo de reñirte, pero no de trastornarte de esa manera. Tranquilízate, hija mia, no estás *deshonrada*, tendrás un porvenir, un marido; sonriete un poco, y deja que te eche un sermon sobre la imprudencia que te ha impelido á escribir esos necios billetes; *primo*, diréte que es mal hecho porque es una tontería; y si bien tu reputacion no se halla comprometida, lo están al infinito tu tacto y tu talento. Te prometo que pondrémos fácil coto á las consecuencias de esta botaratada; asi dame un beso y no me mojes las mejillas con tus lágrimas.... cachaza... cachaza. Voy á ver á tu tia, y lo arreglaré todo.... Sabes cuanto te quiero, pequeñita delincuente mia.

Dos horas despues, habilitada con mis reseñas, tomó mi tia Garat el camino de Paris; y volviendo á los dos dias, reunió un *consejito* de familia, ante el cual fuéme preciso comparecer. Díjome mi tia que habia visto *á mi héroe*, quien era un mancebo de botica, con seiscientos francos de salario, hijo de un droguista, que le erigiria sus fondos en mayorazgo; añadióme que mi *caballero* me ofrecia su *caudal* y su mano, y que podia yo ser reina absoluta de su ruibarbo y de su sen, ántes de concluir el estío.

Sentime consternada; no me atreví á levantar los ojos, no me atreví á descoserme los labios, no me atreví á llorar.

—Este casamiento me disgusta, añadió mi tia; tú pudieras haberte quedado siempre con nosotras, siendo feliz, apreciable y amada. No hablemos mas de eso.... el amor desconoce los obstáculos.... siempre somos dichosos con el objeto que elige nuestro corazon.

No quedó en esto: hízose luego en voz alta é inteligible la lectura de mis cartas; las cuales, leidas asi con sangre fria, eran tan ridículas como inesplicablemente tontas; despues de este tormento diéronme la libertad de desesperarme, y de entregarme solitariamente á mis reflexiones; estas fueron tristes, dolorosas, y descabelladas á estremo horrible! En torno mio se encrespaba Mr. de Pourceaugnac, el enfermo imaginario, y otras mil fantasmas amenazadoras. Sin vacilar me hubiera yo casado con un labriego instruido, con un artesano honrado... pero casarme con un boticario.... y sin amor... este era el colmo del desespero.

Por feliz fortuna acudió á hurtadilllas mi abuelo para calmar mis angustias. Confióme que la tal boda era una fábula destinada

á dar una leccion á mi mala cabeza; que habia sido muy fácil reparar mi inconsecuencia, y que el jóven héroe, al saber que yo era huérfana, y que no tenia herencia ninguna en el Banco de Francia, habia renunciado de muy buena gana á su amor eterno.

XXVI.

Mis emociones habian sido demasiado tristes y profundas para sobrellevarlas sin padecer. La tarde misma de estas escenas dolorosamente ridículas se me quitó el sentido por espacio de seis horas; tuve dos ataques de fiebre cólica que me hicieron tiritar dos veces só el helado soplo de la noche, y volví en mí atormentada de dolores nerviosos tan penibles como violentos. Estos espasmos me quitaban el sueño todas las noches; y causábanme una tristeza vaga, febril y tenaz durante todo el tiempo de la crisis.

Mi tia Garat fué para mí admirablemente cariñosa; nunca sus palabras habian sido tan dulces ni tan tiernas. Con sensible cuidado alejaba ella todos los recuerdos de mis recientes torturas; creábame placeres y distracciones, y hasta algunas veces hacia que durmiera en su cuarto á fin de distraer mis tristes y largas noches á costa de su propio descanso.

A todas las agitaciones, las fiestas, y los goces del invierno, á todas las locas utopias de mi imaginacion habian sucedido ensueños serenos, formales y melancólicos. Una palabra tierna, un beso de mi tia ó de mi abuelo me hacian esperimentar uua emocion dulce, que me traia lágrimas á los ojos; á veces la música daba consuelo á mi alma, y en otras ocasiones me hacia un daño horrible. Mis mejillas estaban cubiertas de palidez; hallábame demudada; mi salud comenzaba á dar cuidado á todos. Entretanto pocos eran mis dolores, solo sentia mucha debilidad de cuerpo y espíritu que se parecia á un medio sueño ó á una media existencia. Era preciso un

mandato para hacerme levantar de mi canapé y órdenes espresas para arrancarme una sola palabra.

Pasé cerca de tres meses en este estado, y durante ellos prodigóme mi familia los esmeros mas sinceros, las solicitudes mas tiernas, asi como tambien se deshacian por aliviarme tanto mis amigos como los honrados campesinos. Las frutas mas hermosas, las flores mas bellas me eran destinadas, y las chicas de la aldea disputaban á mí ama Laló el derecho de velarme de noche.

Vino el conde de C... á hacernos su única visita anual, cuando yo me hallaba enferma todavia, y pasaba las horas recostada en un sofá á la sombra de los tilos corpulentos de la pradera. Presentáronmelo, y advertí que se habia lastimado tristemente de mi mudanza; informóse de mi padecimiento con afectuosa solicitud; solo venia á pasar con nosotros una hora, pero quedóse todo el dia, estuvo muy cumplido y atento, y al partir habló el señor conde de volver, y pidió permiso para informarse de mi salud.

—¿Y la venida que V. anuncia, será para el año que viene? le dijo riéndose mi abuelo.

—No tal, respondió él seriamente y volviéndose hácia mí.

En efecto, no se pasaron quince dias sin que volviese Mr. C... á Villers-Hellon. Venia siempre cuando estábamos solos, todos sus obsequios eran para mì, buscaba asuntos de conservacion que pudiesen interesarme, traíame libros, revistas, poesias, en fin solia distraaerme tan perfectamente que se le permitia no apartarse de mi canapé ó de mi sillon, de preservarme de un rayo de sol, ò de un aire demasiado vivo, de un pensamiento doloroso, ó de una emocion penible.

Luego que el otoño trajo consigo las vacaciones y los placeres, luego que tuvimos fiestas, reuniones, y que se mejoró mi salud, nuestro nuevo amigo dejó de venir con tanta frecuencia. Tornò á afectar sus antiguas habitudes de tristeza, de franqueza y de preocupaciones, aumentadas con un visible anhelo de huir de mí. Hízome padecer esta mudanza; y empeñéme en averiguar el motivo.

—¿Hé ofendido á V. involuntariamente? díjele yo cierta noche. ¿Es preciso estar enferma para merecer su conversacion, para ser digna de sus atenciones?

—¿Y qué falta le hago yo á V? ¿nò se encuentra rodeada de sus amigos?

—No hay duda: pero como V. se ha esmerado en distraerme

cuando estaba mala, muy justo es que yo se lo retribuya ahora que le veo desazonado. V. lo rehusa; estamos en paz; no hablemos mas de eso.

—¡Oh! sí. Escúcheme V. repuso el conde. Estimo á V. de todas veras, su amistad, su confianza, sus consejos, serian mis tesoros mas gratos. Pero temo por V. las calumnias del mundo de que por mí me burlo tan de buena voluntad; recelo que mi amistad, la cual habria de honrar á V. la espusiera á suposiciones necias y ridículas. Tengo tan mala fama, que temo...

—¿Y nó podria V. enmendar algun tanto su modo de vivir?

—¿Lo conoce V. pues?

—Si: me consta que tiene V. amigos que le pierden; que hace especulaciones que le arruinan, que profesa principios, los cuales se motejan en voz baja, y de que V. hace alarde bien de recio.

—¿Qué mas?

—¡Qué mas? y no basta con lo dicho?

—Tengo otros defectos, señorita; tengo en mi casa á una jóven que no es mi muger, una muger que abandonó á su marido para irse conmigo.

—Pobre criatura, ¡comprometida! ¡cuánto la compadezco!

—Compadecedme antes bien á mi. Ella vive feliz y yo desgraciado. ¿Quiere V. convertirme, salvarme, ser *una amiga* para mi?

—Con mucho gusto. Seré *un amigo* muy severo, nada de *a*; y se lo diré á una de mis tias, á fin de que ella nos comprenda y permita hablar juntos algunas veces.

—Gracias, gracias; pero, ¿lo dice V. con sinceridad? ¿es un convenio sagrado? ¿será para siempre?

Este coloquio me hizo una profunda impresion. Habia yo descubierto en Mr. de C... nobleza y confianza... sentíame dulcemente envanecida con la idea de retraerle hácia los deberes de la sociedad. Asi es que al dia siguiente hablé de lo ocurrido á mis tias.

Desde aquel momento vino á vernos Mr. C... con mucha frecuencia. Elegia las ocasiones en que la familia estaba sola, ocupábanse esclusivamente de mi, que llegué á ser muy en breve la confidente de todos sus pesares y de todos sus negocios. Hallábase rodeado de jóvenes que le arruinaban, que le hacian cucamonas para engañarle, y esplotaban su vanidad para perderle.

Erame preciso á veces alentar su ánimo abatido á fuerza de injusticias y disipaciones crueles; érame muy mas preciso en otras ocasiones combatir sus esperanzas quiméricas y destruir sus ilusio-

nes. Aquel hombre, á quien la sociedad señalaba con el dedo, cuyas acciones visibles estaban todas fuera de las leyes de la conveniencia, que se reia de la virtud, del consagramiento, que se burlaba de la vida y de la muerte, ese mismo era noble, generoso, afecto, ocultábase para hacer acciones buenas, y solo á mi las confiaba; ese hombre en fin se envanecia y refocilaba cuando mis labios le decian, »estoy contenta... está muy bien».

En el mes de octubre ví por espacio de algunas horas á la señorita de Nicolai quien habia venido á pasar un par de dias en casa de Madama de Montbreton. No me habló palabra respecto á Mr. Clavé, pero á pocos instantes me suplicó escribiese á la dueña de la casa de Postas en Villers-Coteret, para que me enviase *á mi* una carta que *ella* esperaba y no queria que su hermana la viese. No me hallé con disposicion de darle gusto en esto, mas sin embargo, lejos de enfadarse con mi negativa, manifestóse tan amigable como otras veces, y de igual modo espansiva, haciéndome confianza de sus nuevos amorios. Este año habia ella *vuelto loco á un pobre jóven* en un baile. El galan consiguiera introducirse en casa de la madre de mi amiga, y que le convidasen luego á pasar unos dias en Busagny, donde habia estado huesped en efecto. Maria no le amaba entonces; pero arrebatada por la violencia del amor que le espresaba él, y tambien por la ociosa y aburrida soledad del campo, admitió *ella* sus cartas, concedióle pequeñas entrevistas secretas en el parque, en fin le hizo esperar tan perfectamente una correspondencia á su amor, que amenazóla él con que se levantaria la tapa de los sesos de un pistoletazo, ó bien que huiria para siempre á paises estrangeros, si ella rehusaba tomarle por esposo. La señorita de Nicolai no sabia como libertarse de un amor tan mortalmente exaltado; mas parecia hallarse muy distante de contraer un casamiento que de ninguna manera le convenia.

La nobleza de Mr. de Leautaud era bien mezquina; sus *rentas* consistian en algunas deudas; su posicion era nula, y su carácter *idem*. Confieso que me interesó poquísimo esta nueva intriga, pues que Maria se habia conducido tan mal respecto á Mr. Clavé, y olvidádole tan pronto, que me daba escama el desenlace de esta segunda imprudencia, y resolví no tener que hacer nada con ella.

XXVII.

Nuestros últimos y hermosos dias de la otoñada se pasaron tristemente, y en medio de una gavilla de abogados, de escribanos &c. Hacia muchos años que mi abuelo habia descuidado sus negocios. Sus pingües rentas, entregadas al abandono y al desòrden no le alcanzaban ya; habia contraido deudas, y era indispensable cubrirlas. Difícil fué verificar semejante reforma. Mis tias, quienes solo pasaban una parte del año en Villers-Hellon, no tenian tiempo de sondar todos los vicios internos y destructores de su administracion; pero carecian del suficiente para emprender una séria reforma; á mi nueva tia no le era posible ocuparse en eso, pues que su influencia sobre mi abuelo era ninguna, y á mi tio le faltaba la firmeza y la constancia para la ejecucion de sus ideas económicas.

Despues de un saldo terrible de deudas, despues de mil proyectos, mas ó ménos impracticables, se le ocurrió á mi abuelo ponerme á la cabeza de sus negocios, hacerme cobrar y disponer de todas sus rentas, y por fin constituirme gran señora de su querido Villers-Hellon. Mis tias quedaron muy contentas y complacidas con este arreglo, y con el objeto de hacerme olvidar à Paris, exageraron el servicio que yo les hacia, lisonjeando mi amor propio y mi vanidad.

Pero yo no necesitaba de consuelos. La posibilidad de ser necesaria á la felicidad de mi abuelo, la de ser útil á la fortuna de todos los mios, la libertad, la independencia en que entraba, nada me dejaban que desear. Pusiéronme una doncella, un situado para alfileres, y mi abuelo me presentó á todos sus amigos como una mitad de sí mismo.

El dia 1.° de Noviembre, cuando se me dieron mis plenos po-

deres, reuniéronse en el salon todos los buenos viejos criados: allí con lágrimas de enternecimiento en los ojos, prometieron obedecerme y respetarme tanto como me habian amado, ayudarme á corregir antiguos abusos; juraron someterme su añosa independencia, y no murmurar por amor de la nieta de su amo, á quien habian hecho bailar en sus brazos muchas veces. ¡Buenos y leales sirvientes! en una semana todos los desórdenes y todas las habitudes de libertad que tenian los tiranuelos insubordinados de la cocina, de la reposteria y del jardin, fueron contenidos, y cortados. No hubo un solo descontento, ni el mas leve refunfuño. Si yo advertia una ligera sombra de disgusto sobre la frente de mi ama seca Mie, quien despues de haber disfrutado de un *desórden sistemático*, durante treinta años, se asombraba de ver que la reñia la chiquilla contra cuya golosina habia ella encerrado en otros tiempos sus tortas y sus dulces, la besaba yo, y sus sienes se desarrugaban. Si Durand, nuestro escelente cocinero, era demasiado inesaxto ó demasiado independiente, acometíale yo por el amor propio y domábale del todo. En fin, usaba yo alternativamente de palabras severas, de alabanzas y de zalamerías; contentábame con prevenir no solo los actos, sino hasta las señales de rebeldia.

Divertiase mi abuelo en verme *jugar á la señora*, y prestábase con perfecta ternura á mis *tiranías*. Habiase reservado él una cantidad de dinero. Pues bien, yo hacia afectuosas *bajezas* para conseguir el derecho de gastársela segun mi antojo. Cada uno teniamos nuestros pobres de predileccion. Las jóvenes aldeanas eran sus favoritas, y los honrados ancianos mis protegidos. El regalaba hermosos trages, yo daba caldo y vino añejo; él las hacia bailar; yo les llenaba las tabaqueras; él distribuia el gozo; yo estorbaba que llegasen las penas. En fin, mi abuelo protegia á los que se habian inclinado sobre mi cuna.

Cuando me bendecian por los beneficios que yo repartia á nombre de aquel bondadoso abuelo, apresuraba con todos mis votos el dia, en que me fuese dable merecer por mí misma todos esos reconocimientos. Y si alguna que otra vez podia yo administrar consuelo en mi propio nombre, dar alguna cosa que me perteneciese, disfrutaba con indecible placer de mi pequeño tesoro de bendiciones, *pues que solo á mí me pertenecia*.

Al saber que me habian elevado á la dignidad de ama de casa, y que por tanto iba á pasar el invierno en Villers-Hellon, manifestóse contentísimo Mr. C. Solo le era posible visitarme de tarde en

tarde, porque sus negocios exigian su presencia; pero cuando se hallaba aburrido, cuando tenia esperanzas, encontraba una hora para venir à hacerme participe de sus emociones; y si alguna vez se lo impedian quehaceres imperiosos, solia enviar un criado de confianza para saber de mí; dàbale òrdenes para hacer que le informase mi doncella Ursula de mi salud; y enviábame libros y flores.

Habia fijado Mr. C. para fines de Octubre de 1838 la inauguracion de su camino de hierro. Debia dar un banquete magnífico, y reservábame el honor de ser la reina del baile, de los fuegos artificiales, y de ser la primera que montase en el primer *wagon*.

—Entonces, deciame él, pediré á V. consejos para mi conducta; los mismos que me ha dado para mis negocios, me volveré bueno, y digno de confesarme de recio su *amigo* de V. y su *educando*. Entonces...

—Calle V., le replicaba yo en voz baja; no piense sino en las dificultades innumerables que le quedan que superar; consagre á ellas todo su tiempo, todos sus pensamientos; no se ilusione V. antes de conseguir su fin. Es preciso habituarse á la idea de la desgracia para sobrellevarla con decoro; por lo contrario la felicidad se aprende pronto, no se necesita la reflexion para aceptarla; pero sí se necesitan lágrimas amargas para perderla.

Jamás trocamos Mr. C.,. y yo ningunas de esas graciosas bromas que están admitidas en el alto mundo. Durante sus visitas, hechas de tarde en tarde y siempre á la hora de la tertulia, nos tratábamos como amigos de confianza; hablábamos muchísimo de nosotros mismos, muy poco de los que nos rodeaban, y mi tia Blanca, con bondad perfecta, tomaba un libro y se encargaba de una vigilancia sordo-muda que nos era muy agradable. Si llegaba una persona estraña, que tuviese los oidos muy abiertos ó la vista muy observadora, sentábame al piano, tocaba unas variaciones muy brillantes y ruidosas, consiguiendo por este medio aislar nuestra conversacion.

En estos coloquios íntimos hablábamos de sus negocios, de sus apuros, de sus malos cálculos. Yo me indignaba contra él, le reñia, y le consolaba: parecia contentarse él cuando le dejaba soñar en voz alta sobre sus buenas especulaciones; pero cuando yo hablaba de un porvenir algo mas lejano que el del dia de mañana, deciame él:

—Por Dios, no piense V. en lo futuro, no disponga del porvenir: sea V. un dia tras otro la Providencia de su abuelo; sea

V. el gozo y consuelo de sus amigos; y despues... aguarde V... aguarde, le ruego.

No me atrevi á traducirme estas palabras. Sin embargo hiciéronme cavilar por espacio de algunas horas; ayudáronme ellas á hacerme olvidar *aquella muger* á quien él amaba, sus escasas visitas, su caracter estravagante, se estraviaron mis pensamientos en un caos infinito de temores y de esperanzas. Todavia sin embargo aquellos de mis dias en que no se mezclaba Mr. C... eran para mí serenos y dulces. Leíale yo á mi tia Blanca, daba con ella mis paseos, tenia que *adorar* á su Valentinita por lo menos una hora cada dia; en fin mis tias me enviaban de Paris cartas muy largas y tiernas para distraer mi soledad.

Cuando acontecian en mi gobierno algunas pequeñas *asonadas*, cuando algunos abusos necesitaban para su correccion leyes prudentes y sabias, iba yo á pasar una semana en casa de la condesa de Dulauloy amiga de mi padre, y la que habitaba en una deliciosa quinta á orillas del rio Aisne. Madama Dulauloy habia sido tan admirablemente hermosa á los veinte años que lo era todavia á los sesenta. Todo en ella y al rededor de ella tenia el sello de elegante sencillez, de órden, de primor; y sus jardines, su casa, sus comidas, sus criados, gozaban la fama de una perfeccion indisputable é indisputada.

Perfectamente bondadosa para conmigo, iniciábame Madama de Dulauloy en todos los misterios de su *administracion modelo;* se prestó á hacerme un código de leyes para Villers-Hellon, y comprometióse á auxiliarme siempre que me hallase apurada ó perpleja en su ejecucion. No fué esto todo: luego que esta escelente amiga de mi difunto padre hubo adelantado mi educacion de ama de casa, dedicóse tambien á mis placeres. Dejó su soledad para llevarme á los bailes de Soissons, corrigió y adelantó las modas para proporcionarme lucidas galas, y se gozó en mis triunfos con una bondad tan indulgente que jamás se borrará de mi memoria. Durante los dias de Carnaval, ocurrióseme, con el objeto de distraer á mi abuelo, dar unos bailes á los habitantes de nuestra aldea. Todos los jóvenes de uno y otro sexo se reunieron el domingo por la noche en el comedor, donde dos violines les tocaron unas contradanzas muy graciosas; hubo sus tortas, sus refrescos; hasta media noche la alegria y el placer de los demas regocijaron á mi abuelo, cuyo gozo llegaba á su colmo cuando yo bailaba, *me habia puesto muy paqueta*, y me admiraban sus aldeanas.

El martes de C[illegible]estolendas quise añadir á estos placeres la sorpresa de una e[illegible]e de comparsa de máscaras, y nuestros vecinos se prestaron [illegible] gracia á mi invitacion y deseo. Mi bondadoso abuelo consinti[illegible]n admirable bondad en retrogradar hasta el tiempo en que era un *ncreyente* del Directorio; mi tio Mauricio se convirtió en u[illegible]illo Estyriano; hizo Mr. Elmore un admirable Gran Turco, Mr[illegible]... mandó hacerse en Paris un magnífico vestido de los que se usaban en tiempo de Luis XIII. Tuvimos un payaso, un Fígaro, [illegible]in escitamos la estupefaccion y el asombro de los convidados de [illegible]idea. A la una de la madrugada terminó el baile con una cena [illegible]erbia. Nunca ha habido para mí una noche mas divertída; bailé [illegible]ocho contradanzas con Mr. C..., quien halló que mi vestido de [illegible]icana Suiza me sentaba perfectamente, y me elogió mil veces [illegible] mi buen gusto durante aquella noche encantadora.

En el mes de marzo tuvo el honor mi tia Blanca de dar á mi abuelo su primer nietecito. Tenia ya el buen señor ocho nietas, y hacia tiempo se hallaba tan impaciente de la monotonia femenina de toda su generacion, que envidié á mi tia, pues que le realizaba su voto de *trèinta y cinco años*, y sus esperanzas casi desesperadas en aquella fecha. Contra todas mis previsiones, recibió mi abuelo la nueva con mucha frialdad.

—¡Qué! esclamé yo ¿no está V. contento, no está V. ufano con el nieto que tanto anhelaba V?

—No, hija mia. ¡La muerte está muy próxima y no tengo ya tiempo para crearme un nuevo cariño. Mi tesoro es bastante grande; no quiero aumentarlo á fin de conservar asaz de fuerzas para morirme.

Viendo que me habia entristecido sus pensamientos de luto y de despedida, añadió.

—No te aflijan mis palabras: tus cuidados y tu ternura me harán vivir diez años mas, y todadavia guardo en el corazon un rinconcito para nuestro pequeño Jacobo.

Este cariñoso pensamiento que me envaneció y puso colorada, fué contestado por mis besos. Pareciome que mi buen abuelo habia adivinado que yo estaba celosa de la dicha que me era debida de su parte.

Los parientes de la familia de Montaigu fueron llamados con el objeto de dar su nombre al lindo infante, asi como el sello del cristianismo; mas como no les fuese posible salir de Paris para santificar al miquillo, suplicó mi tio á Mr. C... hiciese las veces de su

suegro, y á mí me tocó el encargo de madrina.

Aquel fué uno de los dias hermosos de mi vida. Por la mañana recibí una cajita de bombones, perfumes, guantes, flores y cintas. Todo era blanco, todo era oloroso; un pensamiento íntimo habia precedido á aquel regalo. Horas despues llegó Mr. C... Quise darle las gracias, pero él aparentaba ya tanta satisfaccion que no me atreví á espresarle todo mi reconocimiento.

—¿Sabe V. todas las fórmulas necesarias para la ceremonia? Dijo mi tia riéndose al padrino.

—Las ignoro completamente, respondió él. Y volviéndose hácia mí suplicóme le favoreciese, y enseñase las *oraciones* que hacian al caso. Sentéme en un canapé del salon. Púsose él en una silla baja casi á mis pies, tomó mi libro de misa; y comenzóse la lecccion: yo le recitaba el credo y él lo repetia.

Luego que llegamos á la salve, costóle mucho trabajo aprenderla, y muchísimo decirla. Al acabar, abrió el libro, donde se menciona la misa matrimonial, y, arrancando de él un par de hojas, me dijo:

—Ya no podrá V. leerlas sin mí.

Sendos escopetazos y vivas, con una turba numerosa de aldeanos nos acompañaron á la iglesia; al entrar en ella, apoyada en su brazo, sentíme muy conmovida, porque á una vieja se le antojó gritar:

—Vaya un par de mozos; parecen dos reciencasados!

Y él me dijo en voz baja:

—Maria, el año que viene.

—¡El año que viene!

Yo habia snplicado á mi tia que no convidase á ningun fastidioso, y que se contentára con que bailasen las aldeanas en honor de su hijo. Así es que estábamos solos y de casa, con Mr. Elmore, quien era demasiado íntimo nuestro para contarse como estraño.

Se bailó en el comedor; pero hacia mucho frio, y los troncos que ardian en la gran chimenea del salon, nos hacian acudir á ellos en los intermedios de las contradanzas. Por dos ocasiones se encontró Mr. C... á solas conmigo. Tenia yo el brazo echado sobre el largo zócalo de mármol que coronaba la chimenea al hablar con él; cuando de repente asióme del mollero, esclamando:

—Imprudente! así es fácil de buscarse la muerte; V. está muy acalorada.

—¿Y qué? ¿una tumba á los veinte años de edad, con sus flores, sus lágrimas, sus preces, es cosa que causa asombro por ventura?

—¿Y quisiera V. morirse, sin ser adorada antes?

—En este mundo es difícil serlo de veras.

—Pues V. lo es, Maria... Yo la adoro, oh! con todas las potencias de mi alma.

Entretanto se habia apoderado de mi mano y llevádosela á sus labios; mirábame enmudecido... Y yo estaba trémula é inmóvil... Entró Mr. Elmore en aquel instante.

—Estoy conforme, respondí yo en voz baja á sus miradas.

—El año que viene.

Despues de aquel dia solo se comunicaban nuestros corazones. No menudeó él sus visitas, ni las alargò mas. Así como anteriormente, hablábamos de *sus* negocios, de sus pesares, de sus esperanzas, de sus frustraciones. Tan solo, de vez en cuando, interrumpia él la conversacion para decirme; «el año que viene!» Tambien pronunciaba mi nombre con acentos llenos de cariño y ternura, y tambien me apretaba la mano al presentarse, y besábamela respetuoso al partir.

XXVIII.

Por la primavera fuí á pasar algunos dias en Paris con mi tia de Martens, que deseaba saber las resultas de mi administracion, y anhelaba al mismo tiempo, antes de despedirse para Baden, informarse de nuestros secretos y dispensarme sus instrucciones. Confié á mi tia la noble franqueza del afecto que Mr. C... me manifestaba. Interesóla mucho, y me dió licencia para que le amára como si fuera una novia pedida. ¡Cuán dichosa fuí con eso! pues me hubiera sido imposible obedecerla si me hubiese impuesto el precepto de OLVIDARLE.

Desde que yo habia dejado de ver á la señorita de Nicolai,

grandes mudanzas se habian operado en su existencia. En el mes de enero habíase convertido en condesa de Leautaud, y los pormenores de su casamiento, que supe por cartas de Mr. de Montbreton, me hicieron partícipe de la sorpresa general que escitaron. Díjome mi corresponsal que Mr. de Leautaud habia ido una mañana á hacer visita á Mr. de Nicolai, quien se habia quedado en su casa todo el dia, y ademas toda la noche, y que á las siguientes veinte y cuatro horas habia anunciado de oficio que dentro de dos semanas iba á ser el feliz esposo de la señorita de Nicolai.

¿Cómo es eso? se decia en el mundo, ¿la señorita de Nicolai, tan orgullosa, tan descontentadiza, ha hecho *fiu* á partidos escelentes para casarse con el condecillo de Leautaud? ¡Cómo! ¿La señorita de Nicolai, tan amiga del lujo, de las galas, del dinero, casarse con un hombre que solo tiene de rentas ó de deudas algunos millares de libras? Si; ese es un problema! Tambien se casa en mitad del invierno para gozar mas libremente del mundo. Nada de eso, Mr. de Leautaud está de luto todavia por la muerte de su madre, y por eso Mr. de Leautaud no podrá presentarse en los bailes en lo que queda de la temporada. ¿Entonces será una pasion, y la niña deberá considerarse feliz? Tampoco, pues que la pobre tiene el aspecto de una víctima que se sacrifica de incógnito en las aras de Himeneo á las siete de la mañana, y ya desde entonces ha dejado de charlar y de reirse. Esto es increible, sorprendente, maravilloso! repetian todos.

Por medio de un billete supo Maria mi llegada. Fué á verme en casa de mi tia de Martens. Halléla demudada, triste, pero mas tierna, mas amigable que nunca. Vi entonces al incomparable esposo. Era este un jóven, algo menos meritorio que otros muchos, y con esto he dicho todo.

Habia yo recibido dos dias antes de salir de Villers-Hellon, una carta de Mr. Clavé, quien pretendia resucitar nuestra amistad difunta. Escribíame desde Argel, y era su objeto reclamar un poco del interes que yo le habia prodigado. Asegurábame que con toda religiosidad habia él atesorado mi recuerdo en lo mas íntimo de su alma; y suplicábame con espresiones singulares de befa le diese algunas nuevas acerca de Maria y de su enlace.

Manifesté á Madama de Leautaud aquella carta, que habia yo llevado conmigo. Parecióme mi amiga, turbarse y comprimirse, y me suplicó que no le diese ninguna respuesta: porque, me dijo ella, que Mr. Clavé no era un colono del Africa, sino un comparsa de la ópera. Ella lo habia visto en las tablas; su nombre estaba en los anun-

cios; y tambien se habia enterado de ello la señorita Delvaux. Advertí á Madama de Leautaud que era de Africa el sello de mi epístola.

—Eso es para engañarnos y perdernos, María; pídote por favor no le contestes.

Lo prometí de buenísima gana. Suavemente aislada en mis recuerdos del dia anterior, y en mis esperanzas del de mañana, sobrábame poco tiempo que sacrificar en obsequio de las personas que indiferentes me eran.

Parecióme un siglo la temporada que en París pasé, y sentíme complacida en estremo luego que volví á Villers-Hellon... que me fué dable aguardarle y esperar sus visitas... Complicábame los negocios de Mr .C... y el objeto que llamamos el cabo de nuestros deseos, huia impelido por obstáculos y dificultades casi invencibles. No le era posible disponer de algunas horas sin perder un tiempo inapreciable, sin descuidar sus ocupaciones, sin crearse nuevos atrasos; y nosotros al vernos sentiamos los dias de felicidad que robábamos á nuestro porvenir.

Sabiendo que andaba algo malo, que estaba muy triste, ó casi en el desespero, le permitia yo muy de tarde en tarde andar las tres leguas que nos separaban el uno del otro, y convenimos en encontrarnos y trocar un corto saludo en los paseos á caballo que yo daba con Mr. Elmore. El sitio de estas citas era una de las bellas encrucijadas de la selva de Villers-Coterets, donde se aglomeran los olmos magestuosos; donde se enlazan los sombrios arcos de verduras, só los cuales el alma se entrega completamente á su Criador, y el corazon á su amigo.

Luego que á gran distancia divisaba yo á Mr C... dejaba caer las riendas sobre el cuello de Eyram, y doblando el cuerpo hácia delante, lanzaba un grito de impaciencia. El ágil corcel, que comprenderme parecia, disparábase veloz y llevábame cumo una flecha hácia el objeto carísimo á quien yo esperaba. Privados de aliento por la celeridad de nuestra carrera, nos faltaba el habla; pero nos sonreíamos, pero nuestras miradas se trocaban, y enlazábanse nuestras manos en señal de benevolencia. Despues de dar gracias á Mr. Elmore, quien llegaba un poco menos á la ligera, buscábamos ciertas sendillas poco trilladas y muy angostas por donde era imposible pasasen tres caballos de frente. Por lo comun nuestro escelente amigo nos dejaba ir delante y desempeñaba su papel de tutor á una distancia bastante próxima para no perdernos de vista, sin que pudiese oir lo que hablábamos, y volvíame yo con frecuencia hácia él para dirijirle algunas palabras, ó una mirada de agradecimiento, á fin

de hacerle olvidar los minutos que nosotros hubiéramos querido alargar á interminables horas.

Mr. C... que tambien habia dado todo su cariño á la señora de Vernon, mi hermosa heroina escocesa, se figuraba que iba á encontrarla de nuevo en mi. Enorgullecíase al verme despreciar la maledicencia del mundo con el objeto de darle consejos, de alentarle, y de hacerle partícipe de una amistad afectuosa.

—Querida *Diana María*, decíame él muchas veces, V. es superior á las preocupaciones, V. las desprecia, y las transgresa sin cuidado. Oh! bendigo á V. porque tal hace, y por eso la estimo mas que á ninguna otra muger.

—V. se engaña y me adula si me cree accesible á la censura... La temo, me pone mala, pero no hago caso de ella, sino despues de haber escuchado lo que me dice mi corazon. No sacrificaré á V. mi conciencia, ni un solo deber real, pero me sería fácil hacer frente á todas las leyes del mundo por complacer á V.

Como los negocios viniesen á usurpar el primer lugar en nuestras parlerias, en vano quiso ocultarme Mr. C... el estado de los suyos; comprendí que él padecia, que luchaba, que sucumbia contra unos enemigos mas y mas sublevados, escitados y atraidos por el cebo de la fortuna. No me asombraba el verle algun tanto arruinado: pero entonces conocia yo lo que valia el tener caudal, y hubiera querido ser dueña de millones para dárselos

Despues de cada una de estas cortas entrevistas, trocábamos una palabra de consuelo y de fuerza. «El año que viene» y nos despedíamos luego, y nos dábamos una flor! en seguida alejàbame yo al paso; él detenia su caballo, y me seguia con los ojos hasta el recodo del camino que nos ocultaba el uno del otro.

Cuando Mr. C... se veia obligado á hacer un viage á Paris, escribíame por conducto de Elmore, y yo le contestaba por el mismo unas cuantas palabras. Nuestras cartas eran sencillas y graves como nuestro afecto, y nos considerábamos felices sin misterios y sin temores.

Este sentimiento, que de mi alma se habia apoderado, no la absorbia; pero la llenaba adecuadamente. Lejos de olvidar mis deberes para cavilar en él, desempeñábalos yo estrictamente á fin de hacerme digna de su amor. Desde que le amaba, mis preces á Dios eran mas frecuentes, y recitaba yo mis oraciones de la mañana y de la noche, una vez por mí y otra por él. Habíale yo asociado á mis buenas acciones á fin de que participara de todas las felicidades que so-

bre mi vida atraian, y en fin cuando todo nos separaba, vivia yo unicamente en él y para él.

Mi bondadoso abuelo no queria mucho á Mr. C... No comprendia un amor tan grave, tan sério como el suyo; estaba receloso del mal estado de sus circunstancias; sobre todo tenia celos de la muger á quien habia puesto á la cabeza de su casa.

No participaba yo por cierto de tal sentimiento de celos. Una sola vez me habia hablado Mr. C... de la muger antedicha, habíame manifestado que le habia hecho, con el fin de separarla de sí, promesas exhorbitantes; que sería imposible realizarlas en aquellos momentos de crisis; pero que si su permanencia en O... me daba empacho, la despediria inmediatamente; haciéndosele posible lo imposible para evitarme un pensamiento triste y doloroso.

—Perdone V. que sea bastante orgullosa para no tener celos, habíale yo contestado, tendiéndole la mano; yo no aceptaria un amor igual al que debió conducir á V. hácia ella; tengo todos los pensamientos de V. que son nobles y generosos; poseo toda su confianza, su estimacion, su alma toda; ¿qué podria yo envidiarle á ella?

XXIX.

Así se pasaron los bellos meses de las flores y de las cosechas sin traer á mi asilo otras nubes que las que oscurecian el cielo de Mr. C... Habian ido mis tias á pasar el verano en los baños; y yo á solas con mi tia Blanca habia hecho á mis amigos los honores de Villers-Hellon. Estos admiraron mis reformas económicas, y diéronme el parabien de ellas; adivinaron todos la idea que me hacia feliz y tenia yo arraigada en mi alma; solo Madama de Montesquiou se asustaba de ella y preparábame para llorar cuando todo se sonreia en torno de mí.

A fines de Agosto cayó enfermo mi bendito abuelo; sus reuma-

tismos le causaban dolores violentos; dejó de salir de su cuarto; y un dia se quedó en cama quejándose de dolor de cabeza: á las cuarenta y ocho horas se le declaró una congestion cerebral.

Ninguna de sus hijas se hallaba en casa á la sazon; mi tia ni su esposo se atrevieron á aconsejar remedio alguno, y se necesitaban ocho horas para tener el auxilio de un buen médico. ¡Qué horas! Con la vista fija en el reloj pasélas contando no solamente los minutos sino hasta los segundos. Se le quitó el habla á nuestro pobre enfermo; pero él daba á entender por señas que me veia, que nada le aquejaba, y yo domeñé mi corazon para retener las lágrimas que le sofocaban y á fin de que enviase una sonrisa á mi rostro, en que estaban clavados los pobres ojos del infeliz sufriente. Por fin llegó el doctor Missa. ¡Ay de mi! nos desengañó él completamente. En sus últimos instantes mostróse mi abuelo sereno y tranquilo como su conciencia; habiame hecho lado al pie de su lecho para poderme ver, y de rato en rato, cuando yo le daba algunas gotas de bebida, besábale sus hermosos cabellos blancos, y ponia entre sus manos mi cabeza á fin de recibir su sacra bendicion.

A eso de media noche lanzé un grito de alegria; mi abuelo habia pronunciado mi nombre.

—Hija mia! díjome él en voz baja, no me abandones; tengo ganas de dormir; deja que apoye sobre tu seno mi cabeza.

—¡Alabado sea Dios! esta es una señal de que se va V. aliviando

—Si: pero déjame dormir un poquito.

Di á entender por señas á Laló que fuese á avisar á mi tio de tan dichosa crisis y envié á buscar al médico para que la consultára y estableciera. En seguida púseme de hinojos sobre la cama, coloqué en mis rodillas la querida cabeza del enfermo, é inclinéme sobre ella á fin de mirarla ó mas bien para tributarle adoracion.

De repente se me antojó palpar la mano que estaba encerrada en la mia; hallela tiesa, y un momento despues el calor abrasante que de sí despedia se convirtió en yelo; por mas que mis labios se empeñaban en calentarla otra vez. Senti aquella impresion terrible que habia esperimentado cuando mi madre murió. Lancé un grito...

Ya su alma no estaba entre nosotros.

Yo adoraba á mi abuelo. Las lágrimas que yo habia encerrado dentro de mi corazon, á fin de economizarlas en sus últimos momentos, el dolor oculto, las angustias reprimidas, me causaron unas crisis nerviosas muy horribles. Quedéme sin conocimiento, sin habla, sin pensamientos, hasta el dia, en que mi tia Garat llegando desespe-

rada, me devolvió la facultad de padecer y de llorar, para que pudiese padecer y llorar con ella. La tumba que acababa de abrirse para quitarme mi último apoyo habia recavado otras dos tumbas en mi corazon. Parecíame que en un solo dia habia yo perdido á mi padre, á mi madre, y á mi abuelo.

Vino Mr. C... á llorar por él y por mi: juzgué que mi vida le hacia falta, y recomenzé á vivir. Entretanto mi tia Garat queria volver á Paris, y no dejarme enmedio de aquellos dolorosos recuerdos del pobre Villers-Hellon; antes de mi partida decidime á obtener una esplicacion positiva de Mr. C...

Era martes; por la primera vez despues de la desgracia habia yo bajado al salon para recibir á Mr. C... Cada mueble despertaba en mí un recuerdo intolerable... Llegó por fin, mas tierno, mas afectuoso que nunca... Y sin embargo alejaba sus palabras y las mias del porvenir; y sin embargo dábame á entender que tenia un doloroso secreto que me amenazaba. Cada vez que yo hablaba de mi partida veia temblar á Mr. C... y ponerse pálido; al instante mudaba la conversacion; este estado era insoportable.

—Quisiera hablar con V. á solas, díjome él por fin.

—Esa es una cosa que tambien deseo mucho.

Y volviéndose hácia mis dos tias, que estaban sentadas cerca de nosotros, les supliqué me dejasen sola un cuarto de hora con Mr. C... Ellas consintieron y se retiraron.

Entonces hubo entre nosotros un largo silencio... Nuestros ojos se evitaban asi como nuestros pensamientos. De repente tomóme él la mano; deshízeme en lágrimas y le dije:

—Carlos me he quedado sola en este mundo; ¿quiére V. protegerme?

—Oh! amo á V. mas que á mi vida, y amaré siempre, esclamó él.

—¿Y le tiene á V. cuenta este mi viage á Paris?

—¿Me tendrá cuenta cuando nos separan? ¿Porqué no se queda V. en Villers-Hellon junto á Mr. Collad?

—Mi tia Garat hace para mi las veces de madre... debo seguirla, obedecerla... hasta el instante en que yo deba obedecer á...

No me atrevi á concluir la oracion. El nada me contestó, y tuvo lugar entre nosotros un silencio bien cruel. Reuní todas mis fuerzas para romperlo.

Creo que V. me ama, díjele con precipitacion; cónstame que quiero á V. Un afecto profundo nos ha desposado el uno con el otro... pero, en nombre de nuestros padres, que están en el cielo,

¿soy yo la esposa á quien habeis elegido?

—Habia elegido á V. entre todas las mugeres, pero mis negocios... mi fortuna...

—Escúcheme V. Cuando era rico y yo pobre, le amé lo suficiente para olvidarlo. Ahora reclamo mi derecho. ¡Cárlos! ¿Podria V. considerarse desgraciado junto á una muger que le amase de veras?

—¿Y sería justo que yo os arrastrase conmigo á una ruina completa...? Por mí solo la sobrellevaria... pero ¿cómo seria posible haceros partícipe de mis privaciones...? Sin embargo, tengo esperanzas de mejorar de fortuna...

—Entonces, siendo feliz ó aventurado, ¿me querrá V. por esposa?

—¿Cómo es posible que dé yo una promesa semejante? ¿Habia yo de asociar la vida juvenil de V. con mis pesares, con mis ilusiones?

—Basta, caballero, ya he comprendido á V.; ¡Dios le perdone! me ha engañado cruelmente.

—Maria, escúcheme V. por amor de Dios... si yo me opongo á mi propia dicha...

Estaba él de rodillas delante de mí, y cubria de besos mis manos, con las cuales me esforzaba por taparme la cabeza; en seguida sentí que sus labios libaban una lágrima que por las mejillas abajo me corria.

—Qué! esclamé yo, ¿pretendia V. conseguir ahora lo que no obtuvo cuando debí ser su esposa? Ah! eso es muy feo, es muy villano.

Levantéme y toqué con fuerza una campanilla para que viniese un criado á quien le mandé alumbrase á Mr. C... para que se retirára á su aposento: luego que la puerta se cerró, sentíme indispuesta, y pasé toda la noche de rodillas con la cabeza apoyada entre las manos de mi pobre Antonina, la cual como yo, estaba triste y desesperada.

Hácia el alba oí las pisadas de un caballo. Al pasar por debajo de mis ventanas buscáronme sus ojos, mas no pudo él encontrarse con los mios, los cuales le seguian á pesar de eso... Tres veces volvió él la cabeza, tres veces me fué preciso reunir todo mi valor; en fin lanzó su caballo al galope: desapareció de mi vista... y no he vuelto á verle mas.

XXX.

Mucho sufrí durante largo tiempo; mas sin desesperacion y sin lágrimas. Habíame estrellado contra la amistad, contra el amor, contra todo cuanto yo habia admirado, anhelado, soñado en este mundo. El desperton fué cruel. Entré en la realidad, desanimada, empedernida, resuelta á hacer lo que hacian los demas, á sufrir los padecimientos comunes, á pensar segun los pensamientos ordinarios, no comprendiendo ya en las felicidades de la existencia sino la de hacer bien; tampoco en sus goces me cuidé de otra cosa que la de marearme con la barahunda de los placeres agenos.

Constábame que el adicto cariño de Mr. de C... me habia acarreado la crítica de varias personas poco caritativas, á quienes se les figura crearse virtudes à costa de los defectos del prógimo. Ni me asombrò esto ni me causó maldita la pena. Al aprender la fragilidad de las cosas mundanas, habia yo aprendido tambien el gozo omnipotente y eterno de una conciencia tranquila.

Mi prima Garat se casó en el mes de Octubre con Mr. Sabatié, quien era un marido de *conveniencia* y muy fácil de amarse. Quedéme sola con mi tia, la que me trataba como á su amiga, y con la mayor bondad: obtuve de ella el permiso de pagar todas mis espensas; tenia á mi lado á mi ama seca Laló, quien por el término de cuarenta años habia servido y cuidado á mi abuelo con ahinco admirable, y tambien á sus hijos y á sus nietos, y hallábame asaz independiente, y asaz soportablemente desdichada.

Mi tia alternaba mucho con el gran mundo; yo muy poco. Todavia no me habia sido posible volver á emprender mis estudios y ocupaciones; mas pasaba las horas enteras hablando con Laló acerca de mi abuelo, iba á casa de mi tia Martens, de Madama de Montbreton, y de Madama de Leautaud; dábame algunas lecciones de

canto la señora Lina Trappa, quien cantaba deliciosamente, y tenia un corazon y una bondad preferibles para mi á su hermosa voz.

Aquel invierno volví á ver á Mr. Felix de Violaine, quien visitaba algunas veces en casa de Martens; habíame él amado durante un par de dias, pero encaprichósele con mayor seriedad mi hermana, hizo que le correspondiese, que le amase, y tornóse cuñado mio á fines de Diciembre. Mr. de Violaine, *fuera de toda interpretacion*, era un hombre franco y leal, que poseia un corazon escelente, un esterior agradable, y un buen destino en los bosques y plantios de la corona.

La dicha de Antonina se reflejò sobre mi vida en cierto modo. Pasé algunos dias con ella en su casa de Dourdan, y su lindísimo esterior; el cariño que ella profesaba á Felix, y el que Felix á ella tributaba, junto con el afecto que uno y otro me rendian, rejuvenecieron mis melancólicas ideas. Por desgracia echóme de Dourdan una gastritis muy aguda y crónica, la cual me hizo partir en busca de Mr. Margolín, y de Paris, pues que se hallaba mi salud en malísimo estado. Retenida sin cesar en mi silla de brazos, mis únicos placeres mundanos consistian en algunas comedias. Fuí al teatro Frances, y tuve la dicha de ver á la señorita Rachel en la *Ifigenia* y el *Mitridates*. Algunas veces habia yo aplaudido con arrebato á algunos grandes artistas de la ópera y de las *Mogigangas*: pero lo que yo sentí respecto á aquella jóven actriz fué mas que admiracion, fué una simpatia afectuosa, un sentimiento profundo. Su voz hacia vibrar mi corazon, y tornaba mis pensamientos mas nobles y poéticos. Su mirada casta y penetrante, encontraba sonriéndose la mia, y yo hubiera querido hacer que leyera en mis ojos y que me inspirase á la vez el respeto y el entusiasmo.

Mi gastritis, mi tristeza, y mi cualidad de jòven casadera me daban mas independencia, y mis lecciones de canto me llevaban dos veces á la semana á la calle de Aguesseau; así es que de paso solia hacer una visita en casa de Madama de Leautaud. La muerte y el olvido, dejando grandes vacios en mi corazon, me habian impuesto la necesidad de hacer revivir todos los afectos que le quedaban, y Maria, enferma, triste, y mas que todo fastidiada, iba lentamente readquiriendo sus derechos y su lugar en mi cariño. Ella no ignoraba que yo hubiese amado, y que ya mi amante habia desaparecido... podiamos pues comprendernos una á otra, pues que tambien constábame que ella no era por ningun título feliz... y con frecuencia permanecíamos largo rato padeciendo juntas, y dejando que se

mezclasen nuestras miradas sin permitir que nuestras palabras se entretejiesen.

Madama de Leautaud tenia ciertas preocupaciones muy tristes y graves. Mr. Clavé nuestro héroe, nuestro poeta, era causante de ellas, inocente á mi parecer, y muy despreciable segun el de mi amiga. En la imaginacion de Maria, era Mr. Clavé un comparsa de la ópera, que solo me habia escrito desde Argel para tendernos un lazo, y volver á anudar todos los hilos de nuestra intriga, darles publicidad despues, y hacerse famoso por medio de un renombre de escándalo. En vano aseguraba yo á Maria que nunca habia visto á Mr. Clavé sobre las tablas ni en el libretito de la ópera; en vano me esforzaba en probarle que sus sospechas eran un insulto para él, y una tortura quimérica para ella; afirmábame mi amiga que le habia visto en la calle, en el teatro; y aseguraba que era preciso, que era su idea alejarle de Paris á fin de garantizar su reposo y su honra.

Como yo no participase de las ideas de Madama de Leautaud, combatíalas y evitábalas. En mil ocasiones pretendí retirar la palabra que le habia dado en la primavera, contestar á la carta que Mr. Clavé me enviára de Argel, y averiguar si realmente se hallaba este en los desiertos del Africa ó entre los bastidores de la ópera. Mas ella me suplicaba siempre que no cometiese una nueva imprudencia y veíame precisada á ceder á su voluntad.

Luego que Maria fué madre, aparentó hallarse en buena salud y completamente dichosa; pero su tristeza y preocupaciones, volvieron á apoderarse de su débil espíritu, á tal grado ,que se vió precisada á destetar á su hijo, á salir de Paris y retirarse á Busagny para encontrar allí el reposo y la calma.

Antes de su partida hizo Maria que le prometiera ir á pasar algunos dias á su lado; una carta, dos, tres, vinieron succesivamente á recordarme la promesa. Mi tía Garat, á quien hablé de la invitacion de la señorita de Nicolai, solo me autorizó para que no la aceptase, pero Madama de Martens, á quien habia aconsejado Mr. Marjolin me hiciese tomar los aires del campo, hizo de la tal visita una cuestion de régimen, y convenció á su hermana que deberia ceder á esta consideracion, de modo que mi viage á Busagny quedó determinado para los primeros dias del mes de Junio.

XXXI.

Eran las seis de la mañana cuando me encerré sola con mi vieja Laló en la pesada mensagería que iba á devolverme la vida del sol y de los campos. Como buena parisiense, yo nada de Paris conocia, y mucho ménos de sus alrededores; asi, despues que pasamos por debajo del arco triunfal de la Estrella, todo fué nuevo para mí. Con la cabeza asomada por la portezuela, admiré los lindos y elegantes pabellones que adornaban uno y otro lado del camino, y cuyos floridos arbustos sacudian sus perfumes miéntras pasábamos. Admiré el Sena tan bello y gracioso en medio de sus campos y aldeas; tan distinto del Sena orgulloso que se desliza tristemente bajo los puentes de su capital; complacióme luego la vista de Neuilly y de su delicioso parque; la de San German y sus selvas, que se desprenden, formando anfiteatro del sombrío azul del horizonte.

A algunas leguas de Paris, el campo, sin ser ménos bello, tomó un aspecto mas formal; los arbustos con sus flores perfumadas pero inútiles, hicieron lugar á los campos cultivados: en las praderas caía el trebol al filo de la guadaña reluciente, elevábase el heno en odoríferos almiales, y los estensos trigos, mecidos bajo la brisa de la mañana, presentaban un occéano de espigas y de amapolas.

Por la primera vez aparecíaseme esta poesia de la primavera, léjos de los campos de Villers-Hellon: todos los goces de mi querido abuelo volvian en pos del invierno: él, ¡ay de mi! no volverá mas! Apretóseme el corazon. Aquella naturaleza tan animada me parecia ingrata y olvidadiza. El mismo pensamiento se le habia ocurrido á Laló, y mezcláronse nuestras ideas con nuestros recuerdos y nuestros pesares.

A las once llegamos á Pontoise; Madama de Leautaud habia enviado su *tilbury*, y pocos minutos despues llegamos á Busagny. Es aque-

lla una linda quinta que parece haberse bajado de su colina estéril y arenosa para caerse dentro del valle. Por un lado la cubre un alcocer sembrado de árboles frondosos que se estienden á fuer de espesa cortina; por el otro hay praderas, campos, flores, y bosques, que duermen á sus piés, y cuya sola cerca la constituye la fresca y murmuradora franja de un riachuelo. Todo aquello me pareció encantador, mas bien por su originalidad que por su hermosura, al paso que la acogida amistosa que me hicieron sus habitantes, no me hizo apesadumbrarme de haber aceptado por fin la invitacion de Maria.

Despues de almorzar enseñóme mi amiga su hijo, cuya cara pálida y miserable, se habia adornado para recibirme, con su capilla bordada por mis manos. Propúsome ella en seguida que pasásemos á ver á su cuñada, cuya quinta está sita á pocos pasos de Busagny.

Era aquel un ardid para que nos hablásemos á solas; pues que algunas miradas de Madama de Leautaud me habian dado á entender que estaba desazonada. ¿Se habrian realizado quizá los recelos que me confiára en el invierno? ¿Se hallaba nuestro secreto en manos indignas? Ocurrióseme de resultas la idea de nuestro héroe. Sin embargo, mi imaginacion herida con los terrores de Maria, veiale descender de su pedestal para metamorfosearse en uno de esos hombres máquinas que sirven en las tablas de nuestros teatros para cantar un par de sílabas, menear sus brazotes, abrir tanto ojazo, y marchar al compás de la música; y con dolorosa angustia de mi corazon pensaba yo en la amistad profanada por mí tan ridículamente. Preocupada con tan indefinidos temores, deseosa de desterrarlos, y de saber la verdad, accedí con ahinco á aquel paseo, y olvidé mi pereza, mi fatiga, y los ardores del sol meridiano. Pero Madama de Nicolai se presentó intempestivamente á formar un trio de nuestro duo, y fué preciso resignarse á hablar de la lluvia, del buen tiempo y de la salud de su hija, que le causaba vivas desazones.

Sorprendióme al llegar á la grandiosidad y hermosura de Osny. Esta quinta, que pertenecia á la familia de Lameth, habia pasado á manos de Mr. Escipion de Nicolai, cuando se verificó su casamiento con la señorita de Beauvoir. Su terrado estenso y blanco descuella sobre una vasta pradera, un pequeño lago le sirve de espejo; y muchos árboles que cuentan siglos dan sombra á los paseos tortuosos del parque, cuyo aspecto formal se neutraliza algun tanto con motivo de las flores que esmaltan su suelo.

La parte interior de la quinta es correspondiente á la esterior. Los grandes corredores con sus ecos, la ancha escalera adornada de plantas raras, la capilla y el salon gótico, convierten esta casa en una residencia casi digna de un príncipe.

Las maneras benévolas y sencillas de Madama Escipion forman un gracioso contraste con todo lo que la rodea. Poco bonita, sin elegancia ni talentos, se ha hecho hermosa á fuerza de ser amable, á fuerza de su dulzura y de su deseo de agradar: huérfana, casada por el olorcillo de la dote, despreciada por su marido, sufre con resignacion, y su padecimiento oculto se convierte en gracia, de modo que es imposible dejar de quererla.

Mr. Escipion de Nicolai tiene todas las cualidades que hacen abandonada y loca la vida de un hombre jóven, y todos los defectos que constituyen la tortura de la existencia doméstica; amando esclusivamente los perros, los caballos, las cacerías y las apuestas, huyendo, como de la peste, de las mugeres que no son amables y *coquetas con talento*, pasa su vida à caballo en el Jockey Club (1) y en el *bulevar* de Gante.

Madama Escipion iba á casar á su hermana á los pocos dias; y daba lástima oirla hablar de sus ansias y de sus deseos. La señorita de Beauvoir, contentísima de casarse, pensaba ménos en el porvenir que en el trage de novia y en los regalos de boda. Su figura era graciosa y fina, mas por desgracia, su talla era mas aventajada de lo que comunmente se vé, y este defecto no podian olvidarlo los ojos cuando se la veia. Parecióme una buena muger la tal señorita de Beauvoir; á lo ménos se mostró muy cariñosa para conmigo, que le era desconocida totalmente.

Ya era tarde cuando volvimos de nuestra visita; fué preciso vestirnos para comer, y como luego la tertulia solo permitiese una conversacion general, á penas tuve tiempo para apretarle la mano á Maria, y para admirarme de lo obsequiosa que se mostraba conmigo la señorita Delvaux.

Por fin, al dia siguiente encontréme á solas con Maria, pues que todos los demás habian desfilado uno tras otro. Mr. de Leautaud se fué á pescar con caña algunos pececuelos en el rio; Madama de Nicolai andaba haciendo el sobrestante en los jardines. Nos subimos á mi cuarto, y yo iba á preguntar á Maria la causa de su tristeza, cuan-

(1) Palabras inglesas que significan: tertulia ó junta de hombres aficionados á montar á caballo.=N. del T.

do ella de repente me dijo: "que estaba empeñada en que yo me casase." Hallábame tan léjos de semejante pensamiento y de tal proposicion, que me quedé estupefacta. Sin aguardar mi respuesta Madama de Leautaud me habló de una materia que era la única para convencerme; hizo alusion al vacío de mi vida, é insinuóme cuan falsa y dependiente era mi posicion sujeta al capricho de otras personas.

—Vas á acercarte á los veinte y tres años, añadió ella, te hallas sin dote; te hace falta un buen casamiento, para adquirir en el mundo la libertad necesaria á tu carácter. Escucha, fuera de broma, y deja que te diga verdades, las cuales si bien son poco gratas, no dejan de ser utilísimas. Estás algo achacosa; los dolores de estómago no hacen demasiado favor á la cara, dentro de poco serás una jóven talluda, tan fastidiada como fastidiosa; mejor que eso conviértete en una amable muger casada. No quisiste oirme el invierno pasado; mil veces esquivaste la conversacion. Hoy te he armado una zancadilla; y aqui, léjos de la influencia de tus tias, quiero que te decidas, y me empeño en que seas feliz, á pesar de tí misma.

Escuchaba yo con mucho asombro la súbita proposicion, y el pedimento conyugal de Madama de Leautaud. Adiviné por instinto que esta solicitud solo era la superficie de sus pensamientos, y contestéle con bastante impaciencia que agradecia el interés que por mí se tomaba, y seria obediente, toda vez que me tuviera cuenta el marido.

—Quizás tengas pretensiones exageradas é ideas de romanticismo. Confiame desde luego á que sugeto aceptarías, y en seguida te diré el nombre del que te ofrezco.

—Bien lo sabes, Maria, no creo ya en esos amores que nos pintan los poetas, ó mas bien á los que en mis ensueños me fantasío. Solo comprehenderás que si no pido un buen mozo, un espíritu delicado y amable, un corazon ardiendo de pasion; si quiero hacer razonablemente una eleccion razonable, debo exigir que el que yo acepte goce de una posicion decente en el mundo, tenga bienes, buen caracter, y sobre todo amabilidad. Seré indulgente respecto á su edad; me tornaré campesina si menester fuere: hasta iré á vivir sin repugnancia en una ciudad de provincia; porque soy muy mucho del parecer de César, y preferiria ser la primera en una aldea, á ser la segunda en Roma.

—Oh! todo eso viene conteste con mi designio. El esposo que

te destino es sub-prefecto; con eso tendrás mando; cuenta treinta y ocho años de edad, no tiene caudal, pero sí esperanzas certísimas de ascenso; es hombre de luces y guapo mozo; se llama Jorge. ¿No es verdad que ese nombre es muy lindo? En fin... es el hermano de la señorita Delvaux.

Hasta que llegó mi amiga á esta conclusion, no me parecia desechable el partido; pero entónces no pude ocultar á Maria que hubiera de costarme tanto trabajo para amar á la señorita Delvaux como para conseguir me amase ella. Alentóme diciendo que la opinion de su aya se habia modificado, que habia reconocido su injusticia, que me amaba de todo corazon, y que era quien primero deseára que este casamiento me convirtiese en hermana suya.

Luego que le prometí reflexionar sobre los fastidios de mi vida, á fin de apreciar mejor las ventajas del porvenir, que se ofrecian para mi felicidad, luego que casi hube aceptado la parte mobiliaria de mi casamiento, y prometido sin prevencion ver la parte personal del contrato, manifestó Maria un grande gozo y una grande ternura.

—¿Sabes, le dije, que me habia asustado tu aire siniestro y misterioso? Temí un instante que todas tus ideas del pasado invierno hubiesen tornado á atormentar tu pobre cabeza, y no sabia cual fuese la fantasma que ibas á presentar en lucha contra mi amistad.

—Tu amistad me es ahora mas necesaria que nunca. Mis negras ideas son unas realidades amenazadoras.... pero tú me salvarás; ahora sí que lo creo.

Informóme entónces Madama de Leautaud que su marido era en estremo celoso, y aun mas de las apariencias que de su amor mismo: que cierta persona á quien él habia amado, y quien le dominaba todavia, se vengaba de su olvido hiriendo su vanidad en la reputacion de la que le habia sido preferida. Ya, por algunas ligerezas propias de su corta edad, habiale hecho Mr. Leautaud sendas observaciones muy duras, y que jamás le perdonaba la intriga de Mr. Clavé, que era para ella una mancha ridícula.

—¿Pero en fin, Mr. Clavé está en Africa como yo creo, ó en la Opera como me lo aseguraste el invierno pasado?

—En la Opera. Te repito que le he reconocido en los coros, que su nombre está en el librillo, y que Madama Delvaux se ha cerciorado de ello tan bien como yo.

—No lo creo... si tu tienes tus ojos, yo tengo mi carta. Quise contestarle. ¿y por qué me lo impediste? Ahora sabriamos si nos era dado esperar ó temer.

—¿Pero no viste Maria que fechó su carta desde Africa para obtener mas fácilmente tu respuesta, y asegurarte mejor respecto á una indiscrecion? Créeme; *está* en Paris, *está* en la ópera, *está* de comparsa.

—Puede ser; pero no me es posible creerlo; y aunque me comprometa todavía mas, voy á escribir á Argel; quiero convencerte y tranquilizarte.

—No lo hagas... te suplico.

—Pues entónces confiésame que le has visto, ó escrito cuando ménos.

—He hecho que tomen informes acerca de sus circunstancias; su posicion es malísima; está abrumado de deudas. Se ha empeñado en hacer papel. Es un hombre capaz de servirse de una intriga retumbante para abrirse las puertas del renombre: hará públicas nuestras cartas y perdernos puede. Tu familia se indignará de tu inconsecuencia y de tu falta de juicio. Mr. de Leautaud entablará tal vez una demanda de divorcio para evadir la befa que recaeria sobre él, si siguiera viviendo conmigo. No me es posible existir asi por mas tiempo. Todos los sacrificios son fáciles cuando se trata de evitar un escándalo. Por compasion, Maria, favoréceme, sálvame al salvarte á tí misma.

Confieso que me aterraron estas palabras. Apoderáronse de mí todos los terrores de Madama de Leautaud. Comprehendí que ella me ocultaba algun secreto... tal vez alguna entrevista... alguna carta. ¿Qué sabia yo? Entre una jóven soltera y una jóven casada no puede existir una amistad íntima y perfecta. No me atreví á hacerle mas preguntas á Maria; no me atreví á sondar mi corazon ni su secreto; no supe esplicarme á mí misma por que medio me seria dable protegerla, y mucho ménos salvarla! Toméle las manos, y aguardé en silencio á que estuviese mas tranquila, y que quisiera hablar.

Maria, que habia formado un proyecto que le aconsejára ó á lo ménos aprobára la señorita Delvaux, confiómelo entónces, y mi horror se aumentó estremadamente.

Madama de Leautaud habia recibido unos diamantes como regalo de boda; quiso venderlos y mejorar por este medio la posicion actual de Mr. Clavé, alejarle de Francia, recogerle sus cartas, é imposibilitar en lo futuro una indiscrecion, que ya no tendria por base prueba ninguna, y que se hacia inútil al hacerse increible.

Parecióme esta determinacion *inejecutable y peligrosa*. Fácil me

era dudar de los sentimientos de hidalguía, franqueza y honor que mi amistad habia prestado á Mr. Clavé; podia creerle desgraciado, impelido á presentarse en las tablas con el objeto de comprar los medios de subsistir. Seria probable de que él, en un instante de desesperacion, hubiese amenazado á Maria con que iba á vengarse de su olvido y de sus desprecios; pero no le supuse vil ni le supuse infame; no supuse por fin que fuese capaz de decir á una muger á quien habia amado: «Me hace falta oro, como á vos os hace falta la buena reputacion; compradme vuestro honor, ó de lo contrario os perderé.»

Referí á Maria todas las ideas que en mi cabeza se devanaban. Supliquéla no lastimase á un hombre con semejante suposicion, y no se precipitára à dar pasos que era interés suyo no se diesen. Además que yo no alcanzaba á ver de que modo pudiera serle útil; que solo tenia consejos que darle; y que mi razon no era de aquellos que pudieran servir de atalaya en los instantes de estravio.

Rogóme Maria, *ante todas cosas*, que dejase en el olvido mis ilusiones románticas, acerca del noble caballero de nuestros tiempos pretéritos.

Juróme ella que habia adquirido el derecho de creer en la falta de delicadeza de Mr. Clavé, y que *podia* y debia comprar su silencio. Díjome que admitiriamos en el secreto á Mr. Delvaux; la reputacion de su novia, la existencia de su hermana, comprometidas en caso de que Madama de Nicolai llegase á descubrir esta intriga, nos aseguraban su discreta y complaciente participacion. Con solo desmontar los diamantes era imposible conocerlos. Yo fingiria haberlos recibido como regalo de un tio mio muy viejo, y que iba á venderlos en el momento de casarme, á fin de comprar unas alhajas mas modestas; operacion demasiado sencilla para que pudiese despertar la mas leve sospecha.

Todo eso estuvo muy distante de convencerme, y sin que me atreviese á dar una negativa categórica á Maria, puse en juego mil objecciones, y esforcéme por echarme fuera de tan imprudente determinacion. Hícela advertir que no habria dificultad, y seria cosa *segurísima* el confiar su secreto *en derechura* á Mr. Delvaux por la intervencion de su hermana, y que yo no era indispensablemente necesaria para un proyecto que merecia mi desaprobacion.

—Vé ahí, me contestó ella, la inesperiencia de tu *cabeza exaltada*. La señorita Delvaux, que se presta á darme algunos consejos, ó á facilitarme algunos medios de seguridad, jamás *consentiria* en servirme directamente. Lo que es una ligereza casi imperdonable en unas jó-

venes, seria una accion *incalificable* en una persona de su edad, la cual goza de la confianza de mi madre, y de una sagrada responsabilidad. Respecto á Mr. Delvaux, en esta clase de asuntos no puede oponerse un hombre á otro hombre. *Tú sola* puedes juntar la influencia moral de la segunda Maria con la influencia argentina de la primera; tú sola puedes recibir mis cartas y dar á conocer mis condiciones. El mas leve paso de mi parte añadiria nuevas armas á las que posée ya; tus cartas no pueden comprometerte; no tendrá interés ninguno en divulgarlas, y autorizándote la señorita Delvaux, nadie podrá vituperar tu conducta. Solo tú puedes encargarte de hacer que llegue á sus manos el dinero en forma de pension, toda vez que no podamos contar suficientemente con él para librárselo todo junto.

Fuí débil, prometí y olvidé con demasiada facilidad que no era permitido reparar el mal con el mal.

XXXII.

Volvimos muchas veces á enhebrar nuestra conversacion respecto á Mr. Clavé. De dia en dia el desespero y el asombro de Maria me fatigaban, y dia por dia íbame yo habituando al casamiento que me ofrecieran. En nuestros largos y solitarios paseos, hablábamos de mi boda como de un asunto concluido. No era yo insensible á mi papel de prefecta, pues que en nuestros planes hacian mis casamenteros á Mr. Delvaux un prefecto hecho y derecho para cuando llegase la época de nuestro enlace. Imaginábame haciendo los honores de un convite, y ganando los ánimos de mi departamento, para dirigirlos en seguida hácia una noble eleccion cuando llegase el gran dia de las votaciones; visitaba yo en idea á los pobres y las escuelas; bendecíanme los desgraciados, y apre-

ciábame mi marido. Quedaba completa con esto mi alhagüeña ilusion, y yo embutia una novela en la existencia positiva que la amistad queria darme. Sin embargo, algunas veces flaqueaba mi buena voluntad. Hablaba de mi casamiento con duda, irresolucion y tristeza. Entónces María llamaba en su auxilio mil pequeñas seducciones, hablábamos, de viages á Paris, de los nuevos lazos que iban á estrechar nuestra intimidad, y de los esplendores del equipage de novia. Luego volvia á su proyecto acerca de los diamantes, y continuaba la egecucion del designio, así como sus consecuencias; entusiasmábase al pensar en la dicha de aquel gran dia, en que, encerradas las dos, habriamos de releer nuestras pobres cartas, y ofrecer á nuestro reposo el auto de fé de este tesoro rescatado. En fin, aturdíame ella cuando no se le figuraba posible convencerme.

El aire del campo, el egercicio, la distraccion mejoraron mi salud; rara vez me sentia indispuesta, y habia añadido á mi régimen orgánico algunas fresas y escelentes quesos, con leche natosa y apetecible que íbamos á beber en la casa de las vacas.

Era aquella materialmente una vida tan buena como dulce. Levantábame tarde, y la campana del desayuno me hacia salir de mi cuarto. Maria y yo nos encerrábamos con nuestra labor en la biblioteca, ó íbamos á pasearnos por el parque; siempre solas, porque Mr. de Leautaud pasaba aquellas horas del dia en levantar planos, en montar á caballo, ó en pescar con toda cachaza sus favoritos gobos; á las cuatro iba Maria á ver á su hijo, y yo me entretenia en tocar el piano hasta la hora de comer y de vestirnos. Al levantarnos de mesa, charlábamos en el terrado, echábamos una partida al billar, ó cantábamos un rato hasta la hora de recogernos, que era para mí la de la lectura y correspondencia epistolar.

Madama de Leautaud, queriendo introducirme á sus conocimientos de la vecindad, me llevò á Pontoise, aldea bonita y pintoresca, situada sobre una risueña colina, y cuya catedral gótica, resplandecia con sus graciosas labores y hermosos trozos de arquitectura de la edad media; luego en casa de Mr. G..., cuya quinta está situada á alguna distancia de Busagny.

La mañana, qne habiamos escogido para esta escursion estaba bochornosa; amontonábanse las nubes y gravitaban pesadamente sobre nuestras cabezas. No tardaron los relámpagos en desgarrar el cielo con sus llamaradas de azufre; rugieron los truenos; á las gordas gotas de lluvia succedió un aguacero espantoso, y al llegar estábamos hechas una sopa. Abrióse una puerta que daba á la calle de la al-

dea; entró el carruage en un patio enlosado y sombrío, y pronto despues estábamos sentadas en un salon vasto, triste y oscuro, con un mueblage de medio siglo, y un amo de casa de la misma edad, quien nos saludó gravemente y cual si de un sueño se despertára.

Habíamos llegado riéndonos á carcajadas de nuestra infeliz aventura. La mirada fija y de padecimiento del amo de la casa produjo una reaccion súbita y general. Se nos propuso que visitásemos los jardines; las alamedas estaban alfombradas de verdin; y no daban muestra de haberse pisado en mucho tiempo; los árboles me parecian tristes y despeluzados, las gotas de lluvia pendian de sus hojas á manera de lágrimas, y ni una flor se veia abierta en ellos.

Comuniqué mis impresiones á Maria, quien me contestó: Mr. de G... es un amigo de mi padre; le vemos á menudo y siempre del mismo humor. Esto es lo que se dice en confianza: nuestro vecino se casó siendo muy jóven con una señorita de mucho mérito, la cual prometia una felicidad sin límites al que habia escogido por partícipe de su existencia. El dia antes de su casamiento era todavia Mr. de G... el mas feliz, el mas amoroso de los hombres; al dia siguiente habia desaparecido ya de sus labios la sonrisa, y viéronse sus ojos frios y amortiguados. Su jóven esposa no volvió á salir de su habitacion, y se murió al cabo de un año dejando tras sí un hijo.

No pudo Maria satisfacer mi curiosidad á mayor estremo; un misterio doloroso habia helado aquel paraiso. Salime de él tristemente afectada, y transida de una profunda emocion.

XXXIII.

El casamiento de la señorita de Beauvoir iba á celebrarse al dia siguiente: llegó Mr. Delvaux para recoger la firma del contrato el sábado á la noche. Latíame el corazon al entrar en el estrado que contenia aquella *posibilidad* de marido. Vi en él á un hombre, que ya no era jóven, sin ser viejo todavia; unos cabellos muy rubios, unos ojos muy azules, y unas mejillas muy coloradas le componian un rostro sereno y dulce, con el cual deberia de contentarse la *razon*: su cuerpo era imponente por su crasitud, y se traslucia el sub-prefecto en sus palabras lentas y compasadas.

Mientras duró aquella entrevista, proporcionónos Madama de Leautaud mil recursitos para que nos hablásemos. La oratoria del sub-prefecto no valia gran cosa; pero agradecí sus palabras, que quebraban la fastidiosa lectura de un contrato nupcial; y luego, cuando me preguntaron que tal me habia parecido mi pretendiente, contesté que me era preciso estudiarle algo mas; pero que no me desagradaba del todo.

El dia siguiente fué Corpus-Christi; despues de haber oido misa en la capilla de Osny, llevóme al parque mi amiga, quien no cabia en sí de gozo. El buen éxito de su candidato, la noche antes, no le dejaba ya duda del próspero resultado de su proyecto. Yo no decia que no. Mr. Delvaux habia dicho que sí redondamente, y ella estaba decidida á que un dia como aquel, tan lleno de confusion, de fiestas y de preparativos, sirviese para preludiar la desaparicion de los diamantes.

Era muy difícil que Madama de Leautaud se robase á sí misma: los diamantes se hallaban guardados en un cajon de una cómoda cuya única llave estaba en su posesion; el corredor que conducia á aquel aposento no tenia otra salida; no era pues fácil que una per-

sona estraña tuviese un pretesto para andar por allí, luego hubiera sido preciso suponer que el ladron forastero conociese el sitio donde estaban encerrados los diamantes; que tuviera tiempo para forzar el cajon, y que no recelase el ser descubierto, al arrostrar el peligro de una sorpresa que no podia prevenir, y contra la cual no existia una posible retirada.

Al fin de precaver que la sospecha recayese sobre las gentes de la casa, era preciso hacer probables algunas de estas *improbabilidades*, hallar un pretesto para sacar los diamantes de su escondite, bajarlos al salon, y dejarlos allí olvidados sin que apareciese un descuido demasiado increible.

Estas circunstancias indispensables, á par que tan difíciles de entretejer, se hallaban reunidas aquel dia casi naturalmente; comprendíalo yo, y á pesar de todo mi deseo de no comprenderlo, solo se me ocurrierron unas cuantas objecciones malísimas: no me fué posible oponerme al proyecto: no me fué posible desbaratar el designio; habia llegado el momento de su egecucion, y preciso era renunciar á él para siempre ó egecutarlo al instante.

Desesperada de mi causa torcí el rumbo hablando de los informes que era preciso tomar acerca de Mr. Delvaux; insinué que mis tias pudieran interponer obstáculos á mis deseos, que queria tratar de cerca al que iba á ser mi esposo, &c., &c. Maria, empero, habiéndome opuesto contestaciones victoriosas, cedí una vez mas.

Despues del desayuno hicimos recaer la conversacion sobre los regalos de boda de la señorita de Beauvoir, y luego sobre sus diamantes. Disputó Maria que ella daba la preferencia al trabajo que para montarlos hacia Lecointe, pues que este diamantista lo entendia mejor que Jeannisset, é hizo que le bajáran su cajita para dar una prueba de ello; quedaron convencidos los circunstantes é hicieron honor al buen gusto de Lecointe. A poco rato se salieron todos del salon; Madama de Nicolai fué á dar una vuelta por el jardin; Mr. de Nicolai y Mr. de Leautaud se vieron precisados á ir á Pontoise para asuntos de intereses; el toque de vísperas hizo que acudiesen á la iglesia las criadas; algunos de los sirvientes se hallaban ocupados en Osny en los preparativos de la torna-fiesta, y los otros habian recibido licencia para ir á la ciudad. En fin todo era aislamiento y desórden en aquel pequeño castillo; entonces Maria puso su cajeta de diamantes sobre la mesilla de costura que estaba cabe las ventanas bajas, que caian al primer patio, y junto á las cuales los pordioseros tenian costumbre de venir á balbuciar una prece que

siempre acogida. Despues, y en tanto que Mr. Delvaux me recitaba algunas frases propias de un *enamorado de oficio*, sacó Maria con precipitacion los diamantes de su cajita, y volvió á subirlos á su cuarto, á fin de evitar que nuestro proyecto se egecutase demasiado *al pie de la letra*, merced á algun verdadero ladron. Hecho esto, dejamos el estrado con la mira de dar un largo paseo.

Estuvimos fuera tres horas. A nuestra vuelta, como lo habiamos esperado y previsto, á nadie hallamos en el salon, y Madama de Leautaud recogió ostensiblemente la cajita. Para mayor precaucion preguntó por la noche Maria á su madre si no habia estado en casa durante nuestro largo paseo, y contestósele que no. Mr. Alfredo de Gomy, que era la sola persona que habia venido á hacer visita durante la ausencia general, alborotó la casa con sus gritos para hallar en ella á algun ser humano, y despues de haberse quedado ronco, y confiado á sus piernas el cuidado de servirle mejor en sus rebuscas, habia ido á encontrar en el parque á Madama de Nicolai.

Con el objeto de no descuidar medio ninguno de justificacion, Madama de Leautaud dejó puesta la llave en la cajita de los diamantes, y como los criados en los dias de fiesta, y especialmente en los de trastorno, ocasionado por las bodas que iban á celebrarse en Osny, rara vez se encontraban en Busagny, toda sospecha deberia recaer naturalmente sobre una persona estraña.

Durante la suaré que siguió á esta grande combinacion, aunque Mr. Delvaux se manifestase muy enamorado y muy rendido, hallábame tan preocupada con nuestra decision y con las tristes impresiones que hacia nacer en mí el casamiento de la señorita de Beauvoir, que notándolo Maria, me llevó á la azotea, y queriendo distraer mis ideas sombrias, hablóme de Madama de N... á quien estaban aguardando: constábame que era una muger de mucho tono; recelábame no fuese fastidiosa y vana; pero aseguróme Maria que nada habia de eso, contándome su historia, la que me hizo una profunda impresion.

Madama de M... olvidando á su marido, que la adoraba, y á un hijo que todavia estaba en pañales, se dejó seducir por Mr. de F... y en seguida se enamoró á no poder mas. Cuando nació Madama de N... llevósela secretamente Mr. de F... quien la confiò á su esposa, criatura dulce y angelical, la que prodigó los esmeros mas tiernos á aquella pobrecita abandonada, y continuó egerciendo para con ella la misma generosa solicitud hasta el dia en que Madama de M... separada de su marido, pudo recoger á su hija. Madama de M... care-

cia de caudal; se vió obligada á fundar el porvenir de su niña en su admirable voz, y á dirigir toda su educacion sobre este giro. Algunas veces veia la madre á su hijo; el hermano y la hermana, separados por el mundo, se unian por el corazon, y cuando murió Madama de M... quedóse la pobre chica huérfana y abandonada, y solo hallò un refugio en este poderoso afecto.

La conducta del jóven fué admirable; adorado por su padre, se valió del influjo que egercia sobre él para hacerle conocer y luego amar á su hermana, haciéndola partícipe de su nombre, de su fortuna y de su amor paternal.

Hallé que Madama N... era muy amable, bella y graciosa, que cantaba con buen gusto, y con soltura admirable. Como las dos habian recibido lecciones de música de Madama Linna Trappa, esta circunstancia nos hizo charlar juntas acerca de la música y trabar un medio conocimiento.

Respecto á Mr. de N... parecióme demasiado engreido de lo buen mozo que era para dignarse echarla de hombre de luces. Hablaba bien de las cosas que pertenecian à las artes físicas; muy ordinariamente de las cosas del mundo; muy mal de las graves y sérias; carlista exagerado, tenia á su partido una adhesion tan fogosa que hasta gastaba sus divisas, y con toda desfachatez liaba á su cuello una corbata de sospechosos colores.

El casamiento de la señorita de Beauvoir se verificó en la iglesia de Busagny: la novia habia conservado su dichosa calma: solo su corazon encerraba una inquieta solicitud. El novio, Mr. de G... estaba triste y fastidiado; compadecíame de él porque Maria me habia iniciado en los secretos de sus pesadumbres. Educado con ella la habia amado con pasion, le habia ofrecido su amor y su mano, pero recibió una negativa, y habiendo sabido en Viena, á donde se retirára para buscar el olvido, su casamiento con Mr. de Leautaud, se puso peligrosamente enfermo. Tenia Mr. de G... una figura muy noble y graciosa, distincion y amenidad, era mil veces superior á Mr. de Leautaud, y sin embargo, por causa de las tristes rarezas del corazon humano, habia sido infeliz; y por una especie de represalia encadenaba el amor de otra jóven á su corazon indiferente. ¡Por qué motivo, Dios mio, existe este contìnuo cerner de padecimientos y de afectos que se entrechocan y dan fin de vuestras débiles criaturas!

Estraña à estos goces forzados y á estas penas ocultas, habíame yo alejado para hojear unos albums que estaban sobre la mesa del salon. Un jóven, tan triste y tan aislado como yo, participaba de

esta distraccion conmigo, el trueque de un libro, una espresion de buena crianza enlazó al instante nuestros pensamientos. Era primo de la señorita de Beauvoir, é hijo del tutor de esta. Entristecíale la indiferencia con que se le habia acogido, y el olvido que se hacia de su padre: Mr. de Beauvoir era un hombre de buena instruccion, de talentos, de sentimientos nobles y grandes; hízome olvidar con su conversacion que las horas eran largas, y que á la fuerza deberia yo haberme aburrido. Sentámonos uno junto al otro en una interminable comida; por la noche, mientras se disparaba un castillo de fuego, tambien se puso á mi lado; la conversacion entre nosotros se hizo confidencial é íntima. No le he vuelto á ver desde entonces; pero sí á hallarle en mis ensueños.

Al dia siguiente dióme bromas Maria acerca de mi *conquista* de la noche anterior; no le pareció bien el que yo no me hubiese ocupado con esclusion de Mr. Delvaux; espresòlo en palabras poco gratas, y este precoz despotismo, precursor del *gran despotismo* de un esposo me hizo hacer reflexiones poco alentantes. Sin embargo, las asiduidades de Mr. Delvaux, las ternezas de su hermana, me hicieron sesgar un poco hácia mis primeras ideas; dos dias despues partieron ambos para la capital; empeñóse Mr. Delvaux en que yo le diese una respuesta que fuera *casi* positiva, y manifestábase muy enamorado é impaciente. Madama de Leautaud me sirvió de intérprete, y contestó que mi decision dependia de mi familia, y de los consejos de mis amigos, pero que yo no hacia ninguna objeccion personal.

Escribí á mis tias á fin de comunicarles el marido que se me habia presentado; luego al marqués de Mornay, cuyo caracter leal y recto juicio me hacian deseosa de recibir sus consejos. Supliquéle tomase informes en el ministerio; y, á nombre de su amistad por mi madre, supliquéle auxiliase mis irresoluciones.

XXXIV.

Hacia tres semanas que me encontraba yo en Busagny; apurábame Madama de Montbreton para que apresurase mi partida á Corcy; y yo solo esperaba la respuesta de mis tias y de Mr. de Mornay para ponerme en marcha. Si la razon me hacia aceptar un casamiento de conveniencia, allá en mi interior aguardaban mis aprehensiones muchos obstáculos, y no me faltaron causas que fortificasen este deseo de que todo se frustrára.

Las opiniones políticas de Mr. Delvaux me parecian angostas, mezquinas, y calcadas servilmente sobre las del ministerio reinante, *fuera cual fuese*. No comprendia él ni el consagramiento del realista, que se acuerda de los tiempos pasados, ni el patriotismo del liberal que quiere aproximar el porvenir. Solo admiraba la sumision; *aun cuando*, al gobierno vigente, no toleraba la disension, se valia de la fuerza para convencer y tambien de la fuerza para conseguir partidarios. Luego, como Mr. Delvaux tenia que volver á su destino dentro de pocas semanas, estaba solícito de que su casamiento se verificase cuanto antes, y eso me asustaba en estremo. No me atreví á comunicar mis temores á Maria. Ejercia ella un despotismo inaudito en sus ideas acerca del matrimonio; era de opinion que mi marido habia de aceptarse sin discutirse, y contestaba á mis tentativas mas ligeras de oposicion, con palabras picantes y desagradables, alusivas á mis exageradas pretensiones; en fin, para evitar su humor y las irresoluciones de mis propios pensamientos, abandonéme á la discrecion de mis talludos parientes, á los consejos de mis maduros amigos, y á la gracia de Dios.

Empeñábase Maria en aplazar para un tiempo muy próximo el supuesto hurto de los diamantes, á fin de dar la demora mas breve posi-

ble; mas yo era de contrario parecer. Juzgué que era preciso ganar tiempo, y aguardar á que el invierno llegase, lo que me parecia mas natural. La cajeta estaba encerrada en un cajon, del cual era mi amiga la única que tenia la llave. En el campo no se ofrecen ocasiones para ponerse diamantes, y hasta fines de Diciembre era mas fácil hacerlos olvidar que discurrir un medio plausible de traerlos á colacion, y hacer patente el robo sin compromiso. Maria pensaba al revés: ella no queria quedarse sola para sostener la primera carga. Seis meses despues estaria yo muy léjos de ella, en el corazon de algun departamento; todas las probabilidades que habiamos tan tristemente cernido á fin de salvar á los sirvientes de las sospechas, serian olvidadas para entónces, ó negadas con facilidad, y así le era imposible vivir con esta perspectiva aterrorizadora. Deciame que yo no debia abandonarla en la hora del peligro, que le hacia falta mi fuerza para acudir en apoyo de la suya, le hacia falta mi corazon para encargarse de la mitad de sus temores, y que no podia negarse que en los graves apuros las determinaciones habian de ser muy prontas.

Todavia creo que mi opinion era la preferible; sin embargo, como me la inspirase un sentimiento mezclado de egoismo y debilidad, que me abochornaba y hacia imposible persistir en él, cedí á los deseos de Maria, y convenimos en que al dia siguiente, que era Domingo, nos libertariamos de todas nuestras zozobras por medio de un acto de valor grande y decisivo.

Estaba guardada la cajita en su sitio, dentro del cajon de una cómoda. Só pretesto de escribir una esquelita, Maria, contra su costumbre, volvió á subir á su cuarto, en medio del dia, y suplicó á Mr. de Leautaud y á mí fuésemos á continuar nuestro *far-niente* en sus comodísimas poltronas. A poco rato hicimos que recayera la conversacion sobre las magníficas joyas de Bourguignon. Dije yo que sus pedrerías falsas estaban perfectamente imitadas, que á cierta distancia no era posible conocerlas, y cité á muchas damas de alto copete, las cuales, poseyendo soberbios diamantes, los mezclaban para completar su atavio con otros falsos, que por este medio no se columbraban. Maria sostuvo lo contrario, y apelamos á Mr. de Leautaud para que fuese juez de nuestra disputa, ofreciéndome yo ir á buscar para punto de comparacion unos cuantos botones de *strass* que cerraban mi librito de misa. En efecto, traje los botones; abrió Maria su cajon, sacó de él la cajeta, y se quedó estupefacta al hallarla sin los diamantes.

Buscan, preguntan, llaman á la doncella, quien declaró no haber-

los visto, «desde el dia que su señora mandó que los bajára al salon.» Maria *se acordó* entónces que aquel mismo dia los puso sobre la mesita de costura, y que, por una distraccion increible, al salir á pasear, los habia dejado sin acordarse mas de ellos en muchas horas. Ella tenia bien presente el haber vuelto á subir la cajeta á su cuarto cuando tornó; pero tambien se acordaba que estando con mucha prisa en aquel momento, la habia guardado sin asegurarse de si contenia aun los diamantes. No habia duda, se los llevó algun mendigo ó algun vago. Cada recuerdo que ibamos evocando servia para fortalecer esta creencia. Habiamos estado ausentes muchas horas, habiamos arrimado la mesita á la ventana, con el objeto de dar cuatro vueltas de vals despues del desayuno; todos los criados se hallaban fuera; la cajita se veia desde el patio, fácil era sacarla solo con alargar el brazo; en fin, durante nuestro paseo habiamos encontrado porcion de hombres desconocidos y con unas caras que daban miedo &c., &c.

Mr. de Leautaud, enfurecido de la negligencia de su esposa, no le economizó las reconvenciones mas desagradables. Trastornaba los cajones, nos abrumaba de preguntas, registraba todas las canastillas de costura, que habia en el salon, miéntras Maria y yo, nos quedamos sin movimiento, y llenas de asombro, haciéndose cada vez mayor nuestro apuro, al oir que Mr. de Nicolai iba à dirigirse á la justicia, y á pedir el auxilio de dos gendarmes para registrar los cuartos de todos los criados de la quinta.

Toda la noche se pasó en cálculos y en recriminaciones. Unicamente Mr. de Nicolai era quien conservaba su sano juicio. Respecto á Mr. de Leautaud, estaba alborotado, y tenia un flujo tan suelto de pesares, de reproches, de sospechas y de acusaciones, que habiendo sabido que Mr. Alfredo de Gony habia estado por bastante tiempo á solas en la casa el espresado dia, persuadióse con *toda seriedad* que él habia tomado los diamantes para regalárselos á alguna querida suya, y costó mucho trabajo hacerle desechar *imperfectamente* esta insultante prevencion.

La noche que se siguiò fué para mí una muy espantosa. Sentíame horriblemente asustada de las resultas de nuestra imprudencia. Por la mañana declaré á Maria que ningun poder humano me convenceria á que guardase yo los diamantes durante el registro de la justicia; pues que mi amiga los habia escondido en mi cuarto, algunos dias antes. Quise devolvérselos, supliquéle que renunciase á su proyecto, si era tiempo todavia. Por desgracia no me fué po-

sible convencerla. El peligro presente parecia asustarla menos aun que el peligro venidero. Su ansiedad fué tan grande, como la mia; pero ella no hallaba posible el que diesen con los diamantes por los medios ordinarios de pesquisa, y juzgaba que nos habiamos adelantado mucho ya para que el menor paso hácia atrás no fuese una imprudencia irreparable.

Las palabras de Maria carecian de potencia para calmarme; pero sus ruegos y lloros me quitaron el valor para abandonarla á sí misma. ¿Y qué habiamos de hacer con sus malhadados diamantes? Era imposible esconderlos en el aposento de Maria, porque su doncella lo trastornaba todo veinte veces á cada hora del dia. Habialo convertido tambien Mr. de Leautaud en campo de batalla para sus rebuscas, su desespero y locuaz indignacion contra su muger. No quedó un rincon, un agugerillo que se escapase de sus investigaciones, y si yo comprehendia las angustias de mi pobre amiga, confieso que no tenia suficiente heroismo para guardar su peligroso depósito. De repente, miéntras nos perdiamos en este dédalo de dificultades, de peligros y de desespero, oimos sonar los largos sables de los gendarmes en los escalones del vestíbulo; ya era preciso obrar.

Estábamos dentro de mi cuarto, donde tambien teniamos los diamantes: apenas tuvimos tiempo para meterlos en un par de guantes largos, y habiendo hecho dos rollos, los ocultamos debajo de el asiento de un sillon. Sentóse en él Maria; y con la muerte sobre el corazon y la sonrisa sobre los labios, aguardamos el término de aquella terrible visita domiciliaria.

Los gendarmes hicieron su requisa; ¡cuánto padecimos en aquellos momentos! Parecíanos que cada paso se dirigia hácia nosotras, que cada palabra nos interrogaba, y que cada mirada tenia intencion de espiar nuestros movimientos. Sentadas ambas á la puerta de mi cuarto, que habiamos tenido cuidado de dejar abierta, á fin de que pareciese que seguiamos con interés cuanto ocurria, esperimentábamos un terror que era un suplicio tremendo, y el cual duró tanto cuanto las minuciosas investigaciones de los gendarmes. Ay de mí! cuán cobardes somos cuando la conciencia tiene pesares y remordimientos!!!

No cesaron nuestras tribulaciones con la partida de aquellos terribles emisarios de la justicia. Fué preciso tomar al instante una nueva determinacion. Era imposible ocultar los diamantes con sus monturas. Yo tampoco sabia á derechas donde meterlos. No tenia una sola llave de que no fuese dueña Lalò, quien era mi cajera y se-

cretaria, la cual sin escrúpulo, y con la impunidad que le daba su añoso cariño, descubria ó me sonsacaba la mitad de mis secretillos, leia las cartas que yo no le decia que leyese, y se confiaba todo cuanto yo confiarle no queria. Constábale á Maria todo esto; oponiase á tomar otra confidente, todavia ménos anhelaba descargarme de mi depósito; decidióse entónces que desmontariamos los diamantes, y convertiriamos aquel precioso aderezo en unas cuantas piedrecillas muy feas y muy materiales.

Fué encerrado en mi cuarto, donde pusimos mano á la obra, armadas de tigeras y de cortaplumas. Este trabajo era muy difícil, y nosotras éramos muy torpes tambien: fuénos preciso desollar heróicamente algunas particulillas de nuestras manos, sin quejarnos ni perder aliento. Al fin, sin embargo, y para desprender los diamantes mas gruesos, ocurriósenos la feliz idea de ponerlos debajo de nuestros pies, y con pisotearlos se hizo la tarea ménos larga, ménos sudosa y mas fácil.

Miéntras asi trabajábamos, nos divertiamos hablando acerca de Mr. Delvaux, de mi casamiento, de los regalos de boda, y de las diversiones consecutivas: porque Maria, viéndome inquieta y asombrada con el mas leve ruido, queria distraerme, y tal vez al mismo tiempo trastornarme los sentidos. Al desmontar una perla, bastante gruesa, hícela advertir que parecia hermana menor de otra perla, que habiamos admirado sobre una tumbaga de esmalte azul, perteneciente á la señora condesa de Courval.

—Es un poco desigual, y esto le quita mucha parte de su valor, impidiendo tal vez que la monten al aire; me contestó Madama de Leautaud; pero si te agrada, y quieres admitirla, me darás especial placer.

—Gracias! respondíle yo riéndome; esto equivaldria á robar á nuestro héroe.

—Se me ocurre una idea escelente. Escúchame! Este aderezo es en algun tanto la piedra fundamental de tu casamiento. Quiero que él me preste el regalo de boda que hacerte me corresponde, el recuerdo que habrá de ligar lo pasado de nuestra amistad doncellil al porvenir de nuestra amistad de jóvenes esposas. Esa gruesa perla será tu *Jorge*. Estas cuatro pequeñas llevarán los nombres de los personages de nuestro pobre drama. Aquella, la mas fea, representará á Mr. Clavé, esta otra á la señorita Delvaux, y las que quedan, las dos Marias.

Al paso que esta locura me hizo reir á carcajadas, me negué á

aceptar su oferta, y Maria enfadándose me dijo:

—Vamos, si es un regalo de boda. Tù tambien harásme uno que te prometo no rehusarè. Esto no pasa de ser un sencillo trueque... Tú te obstinas, mira pues otro arreglo. Te debo no sé que corta cantidad de dinero que me prestastes. Pues bien, si te gustan las perlas, estamos en paz.

—Bajo esa condicion las acepto, respondile.

—Gracias, pon á parte estas perlas, para que no se confundan con las demas.

Aun no habiamos acabado cuando tocaron á comer; y, como hubiese huéspedes, y no quisiésemos que se advirtiera nuestra inexactitud, metimos los diamantes á toda prisa dentro de un saquillo de olor, dejando á algunos parte de sus engastes. Al dia siguiente, empeñóse Maria en acabar su faena; mas yo me opuse en parte por pereza, diciendo á Maria, la que observaba que lo que quedaba en ellos de montura, seria suficiente para que se reconocieran, que antes de venderlos tendriamos cuidado de desmontarlos.

Por la noche, miéntras me desnudaba mi anciana Laló, pregunté-le que efecto habia producido en los criados el descubrimiento del hurto, y las medidas que aquella mañana se habian tomado. Contestóme ella que todos se hallaban consternados; que todos á una voz espresaban su disgusto por la negligencia de Madama de Leautaud, quien habia descuidado un objeto tan precioso en un salon donde entraban cuantos querian, asi como tambien su indignacion contra la camarera, que, no habiendo tenido cuidado de quitar la llave del cajon de su ama durante las funciones de la boda de Osny, les esponia de tal suerte á las humillantes pesquisas de la policia, y á las sospechas aun mas humilladoras de sus amos. Supe tambien que Mr. de Nicolai habiendo sospechado de un sirviente nuevo llamado Esteban, el pobre infeliz estaba sin consuelo. Temia que le despidiesen sin darle certificado de buena conducta; veíase perdido; sin honra, y tenia muger y muchos hijos.

Afectóme en estremo la pena de ese hombre, quien me constaba era inocente, y á quien no me era posible defender. Juzgué que yo solamente habia cometido una accion liviana y vituperable; pero luego que me juzgué con mayor severidad y justicia, tuve mis remordimientos, mis intolerables pesares que me hicieron olvidar toda prudencia, para discurrir solamente sobre la inquietud del pobre Esteban. Encargué á Laló procurase consolarle, y decirle de mi parte, que, lejos de dudar de su honradez, y en todo caso que no le

fuese posible quedarse en Busagny, yo le recomendaria á mis tias, quienes estaban demasiado relacionadas para no serles fácil encontrarle un buen acomodo. Hice que le dieran las señas de mi casa para que no le costase trabajo dirijirse á mí, con el objeto de asegurar los medios de hacer alguna corta reparacion del perjuicio involuntario que causado le habia, y prometí hablar en su favor á Madama de Leautaud. Al dia siguiente traté de participar á Maria mi pesar y mis remordimientos; supliquéla tuviese suficiente valor para sostener contra las sospechas de su familia, á mi pobre é inocente hombre que era víctima nuestra; prometiómelo ella, pero débil y falta de memoria en sumo grado, no se acordó de su promesa, ó no tuvo ánimo bastante para cumplirla.

Llegaron las respuestas que de Paris aguardaba. Las de mis tias me aconsejaban no precipitase las cosas. Opinaban que el destino de sub-prefecto era un empleo tan poco estable, que nadie podia contentarse con él sin contar con otros recursos. La contestacion de Mr. de Mornay fué positiva. Escribíame que el porvenir de Mr. Delvaux no era de aquellos que con el tiempo se mejoran, que tenia *todo que temer y nada que esperar*; que los informes que le habian dado, no eran nada favorables por título ninguno. En fin, este noble amigo de mi madre se inclinaba á una negativa, concluyendo su carta con las reflexiones mas prudentes.

Con esto, llegó á su colmo la indignacion de Maria, quien halló en estremo ridícula mi confianza sin límites en Mr. de Mornay, su intervencion de la mas señalada inconveniencia, y su juicio tan falso como su talento &c.

Creyóse tambien obligada Madama de Nicolai á regalarme un sermon de formidable acritud y largura. En fin, me ví precisada á sufrir todo aquel dia las palabras mas lastimadoras, á oir que me repitieran mil y mil veces, que mi posicion era dependiente y no me permitia titubear en la eleccion de lo que era mi deber *aceptar* con *reconocimiento* al primero que se presentase.

Triste martirio es para una pobre muchacha, cuando todas las *tiernas* protectoras, que velan por su bienestar, quieren á la fuerza proveerla de marido. Es menester hacerla feliz á despecho suyo, y no hay perdon para la cuitada que rehusa la píldora de la felicidad recetada por el patrocinio.

Triste y aburrida, al paso que empeñada en partir al dia siguiente, dije á Maria que mi casamiento con Mr. Delvaux era asunto concluido, y que iba á devolverle sus diamantes. Aquella sí que fué una

cólera verdadera. Acusóme María de que trataba de perderla, echóme en cara que pretendia abandonarla para vengarme de algunas espresiones algo vivas que acababa de poner en su boca la amistad.

Díjome que yo nunca la habia amado; que en otro tiempo yo la habia influido un entusiasmo por Mr. Clavé, y que ahora la dejaba sola para sobrellevar las resultas de la inconsecuencia de que yo participára; que mi conducta era la de una egoista, la de una inhumana, la de una infame... á esto se siguieron palabras de ternura y de prece, ¡ay de mi! mucho mas formidables para derretir mi resolucion.

No sabia que hacerme. No me era posible tranquilizarla, y procuré en vano darle á comprender, que, siendo mi posicion mil veces mas dependiente que la suya, me seria imposible servirle de utilidad; que yo no conocia á ningun joyero, que nunca salia sola, que no me era posible verá Mr. Clavé para entregarle los diamantes, tales como se hallaban, y mucho menos remitírselos sin hacer á Laló confidente del negocio.

María, al paso que estaba convencida de que mis razones eran buenas, suplicóme le guardase su depósito hasta que ella pudiese hallar medios de convertirlo en metálico, y apoyó sus ruegos sobre la imposibilidad de conservarlos ella misma, sobre la ausencia de la señorita Delvaux, lo que la privaba de sus consejos y de su participacion por el término de seis meses, en fin, sobre la insignificancia y poquisimo rebulle de mi papel, el cual consistiria en guardar un saquillo en una de mis cómodas; casi avergonzada *de no haberme casado por* Madama de Leautaud, acepté el encargo secundario que me dispensaba, con mayor disgusto que alarma séria.

Quedéme aun algunos dias en Busagny. Empeñóse Madama de Leautaud en llevarme á Paris ella misma. Este corto viage se convirtió en una deliciosa partida de diversion. Despues de haber atravesado en una de las mas bellas mañanas de Junio las sombrias alamedas de la selva de S. German, trocamos nuestro ligero *briska* y nuestros rápidos caballos por los *wagons* del camino de hierrro; y la industria, avivando las calderas con su soplo, empujónos hácia Paris, en virtud de la omnipotencia del vapor, ese Pegaso tan querido de las existencias materiales.

XXXV.

Algunos dias despues, partí para Corcy. Contentóme en estremo, y lisonjeóme la tierna acogida de Madama de Montbreton. Contéla mi proyecto de casamiento, combinado por su hermana, y quejéme suavemente de la acritud de Maria, y de las severas reconvenciones de su madre despues de mi negativa. Dióme la razon la buena señora. Segun sus ideas, nada me tenia menos cuenta que el tal enlace. Mr. Delvaux carecia de caudal, su posicion era muy precaria, su parentela gente ordinaria, y su nulidad *indisputable*.

—Pobre niña, añadió ella. Maria ha querido sacrificarte al hermano de su aya. Pero no le conserves tirria; sabes que mi madre solo vé por los ojos de ella, que mi hermana apenas tiene sentido comun, y es tan inconsecuente para sí misma, que bien estará perdonarle que lo sea tambien para los demás.

La primera vez que volví á Villers-Hellon, tuve muchos recuerdos y muchas lágrimas.

En lo pasado, luego que yo volvia á él acabado el invierno, saltaba del coche para tornar á ver mas pronto la venerable cara de mi abuelito, para besar sus albos cabellos, para sonreirme cuando él me sonreia; en fin, para abrazar á todas mis viejas sirvientes, las cuales, rodeándome, me sofocaban con sus caricias, y me atontaban con sus cuestiones. Luego subia por las escaleras saltando, iba á saludar mi pequeño pabellon en la torrecilla, corria de mi cuarto al salon, y del salon al jardin. Hubiera querido visitar á la vez á todas mis buenas aldeanas, á todos mis árboles, á todos mis animalejos, y sentiame dichosa con volver á encontrar á aquellos seres tan queridos y echados de ménos. Ahora, cuanto habia constituido mi alegria formaba mi dolor. *Su* poltrona estaba vacía, *su* alcoba cerrada.....

Comprehendí que con él habia finado cuanto yo amaba en aquella cara patria de los bellos dias de mi niñez, y mis primeros pasos se dirigieron hácia su tumba.

Estaba la fosa verde y florida; veíase que para este último asilo habia quedado una vida de recuerdos y de pesadumbres. Cada una de las horas de mi abuelo habia sido un beneficio para los que le rodeaban. En su aldea veneraban su memoria con culto casi divino y con amargas lágrimas.

Mi tia Blanca, despues de haberme dejado dar suelta á mi dolor, prodigóme las caricias mas tiernas, con aquella delicadeza de alma, que no resalta en las palabras, pero que se lee en los ojos y se oye en el sonido de la voz. Hallé á mi tio Mauricio muy cariñoso y muy encantado con sus hijos. Valentina me tapaba los ojos con sus manitas á fin de contener mis lágrimas, diciéndome con su dulce voz:

—Riete, tia, riete, por amor mio, te ruego. Y el gordo Arturo me presentaba una hermosa y rosada megilla, la cual abandonaba con mucha paciencia á mis besos.

Pasé por Long-pont al volver á Corcy. La incomparable Madama de Montesquiou me recibió como á un niño perdido, con una tierna afectuosidad para con mi salud, mis sentimientos, mis proyectos futuros. Convenimos en que despues de las seis semanas que yo debia pasar con Madama de Montbreton, iria á vivir con ella una temporada. Alegréme infinito de esta reunion, la cual habia de ser muy grata para mi alma, y hacerme atesorar infinidad de consejos tan prudentes como sabios.

Corcy nunca habia visto unos dias tan brillantes y animados. Pasábase allí una vida de campo deliciosa. Toda la familia de Montaigú permanecia en aquella quinta gran parte del verano. Madama de M..., que habia vuelto de Roma, adonde fué con intencion de dar el salto de Leucades, mas dichosa que Safo, habia traido de vuelta un completo olvido, y nos hacia gozar de su espíritu tan vivo como variado. Madama de B... cada dia mas gruesa, cada dia mas bonaza, cada dia mas chistosa. En fin, Mr. A... de M... estaba allí tambien con sus bromas campechas y sus goces de artista y de muchacho..., los que chocaban mucho á Madama de Montbreton, quien le creia majadero al hallarle incapaz de aquellas sublimes pasiones, ó de aquellos mudos tributos, contribucion ordinaria con que un jóven debe satisfacer la hospitalidad de una patrona de buenos bigotes. Gran parte de los talentos de Mr. de Montaigú consistia en sus pinceles y en su voz. Hubiera sido imprudencia quizás el haber hablado séria-

mente con él; pero en desquite era muy agradable oirle gorgear los sentimientos y las impresiones agenas. Cantábamos juntos. Imposible seria hallar, sin el socorro del estudio, una facilidad mas dichosa, ni una voz mas linda. Hacia de memoria los rasgos y las *fioriturás* mas dificultosas de Lablache y de Tamburini; no se hacia de rogar para sentarse al piano, y su voz era tan obsequiosa para todos, como incansable para él. Casi todas las horas se pasaban en Corcy sin separacion de los huéspedes y de la familia. Nos quedábamos en el salon despues de almorzar; Madama de Montbreton se recostaba en un canapé, y todos ibamos á hablar con ella alternativamente. Unos leian, otros trabajaban. Despues de una media hora de tocador, nos reuniamos otra vez para comer, y las horas de tertulia se pasaban en conversaciones generales sobre la música, ó bailando alguna vez que otra. Los domingos se juntaba en Corcy toda la vecindad.

Seguian poniéndome mis dolores de estómago en estremo pálida y sufriente. Alimentábame de leche y de fresas, daba algunos paseos á pié, pero con mayor frecuencia hacia largas escursiones á caballo. Entónces me traian de Villers-Hellon mi noble y fogoso Eyram, que me habia dejado alli Mr. de Elmore, y acompañada de Mr. de Montbreton, iba á visitar algunas lejanas quintas, algunas hermosas vistas, ó á hacer algunas compras en casa de los mercaderes mas *piris* de Villers-Coterets.

Cada dia iba en aumento la amabilidad de Mr. de Montbreton. Haciame una corte asidua y muy singular, porque no se dirigian sus obsequios con altísimo decoro, á una soltera bastante insignificante, sino á la jóven embellecida, adornada, puesta en candelero por su marido, á fin de merecer muchos homenages, muchas declaraciones, y muchísimo culto. Nada podia ser mas inmoral que este cortejamiento anticipado, pero yo me reia de él, y hallaba original permitirle que dirigiese á mi porvenir unos homenages que solo podian tolerarse en atencion á su lontananza ridícula, y de los cuales no hubiera yo tolerado la indecorosa liviandad, si se me hubiesen dirigido para lo presente. Contábaselo todo á Madama de Montbreton, quien se divertia diariamente con mis comunicaciones, y me suplicaba riéndose que la desembarazase por un corto tiempo de los celos de su marido; deciame tambien que se habia vuelto fastidioso é insoportable desde que solo poscia *á ella* á quien amar.

Tenia Madama de Montbreton una fé muy viva en el magnetismo: predicaba sus misterios garantizando las curas milagrosas ve-

rificadas por su virtud, y profesaba la manía del proselitismo. Mr. de Montesquiou era el campeon, cuya incredulidad, sabia y razonada, era para ella muy difícil de combatir. Asi es que mi amiga determinó valerse de mí para probar su somnífero poder.

Cierto dia que yo regresaba de una larga correría á caballo, fatigadísima del calor bochornoso, y con agudos dolores de estómago, hízome desnudar Madama de Montbreton, tenderme en un hermoso sofá, y con mis rodillas apoyadas contra las suyas, me hizo cerrar los ojos, y comenzó unas pasadas lentas y contínuas que desde luego me parecieron entupir el aire que yo respiraba, y que á la media hora me sumergieron en un sueño muy profundo. Dormí largo rato. Cuando me desperté, oí gritar á todos los que me rodeaban que aquello era un milagro verdadero. Habiame convertido, sin saberlo, en un sugeto muy raro y precioso, la esperanza en fin de los magnetizadores. Hablábase de recomenzar el esperimento, y de preguntarme acerca de mis dolencias. Quise decirles que tal vez el cansancio habria sido la causa de mi sueño; pero me cerraron la boca con mil argumentos incontestables, y no hallándome con fuerzas para discutir, en obsequio á mi pereza dejéme creer cuanto quisieron ellos que creyera de buenas veras.

Practicáronse nuevos ensayos en los dias consiguientes, y vino el sueño á confirmar el primer triunfo, sin que por eso se convencieran los incrédulos, quienes se atrevian á hallar muy natural el que yo me quedase dormida á media noche despues de un dia de cansancio. Sobre todo oponian mi silencio al triunfo de Madama de Montbreton, porque desgraciadamente no hablaba yo una sílaba, y cual muda Pytonisa quedábame sin pronunciar oráculos bajo la inspiracion del Dios que me cerraba los ojos.

Cierta mañana despertóme Madama de Montbreton, que vino á sentarse sobre mi cama, con los primeros rayos del sol. »Pues bien, me dijo ella, has hablado de tu salud y del robo de los diamantes...» Horripiléme á esta segunda palabra, mas no tardó la esplicacion en hacer que una sonrisa se me asomára á los labios, y la calma se devolviera á mi espíritu. Yo habia contestado á las preguntas que ella me habia hecho, acerca del aderezo de su hermana, que una persona estraña lo habia hurtado, habia vendido los diamantes á un judío; que las alhajas ya no estaban en Francia, &c. Fuéme imposible no volverme incrédula al oir este relato de mis palabras; y no queriendo prestarme á hacer el papel de profeta falso, y permitir que me erigiesen en Sibila á la faz del mundo, supliqué por gracia

el silencio y el secreto. Concedióme uno y otro Madama de Montbreton; estaba loca de contento con su feliz éxito, escribió á su madre, enemiga mortal del magnetismo, el admirable resultado que habia obtenido con él, y lo divulgó bien de recio y con indecible triunfo por toda la vecindad.

Continué durante un mes desempeñando mi papel de alhajita parlante, diciendo barbaridades de á folio durante mis sueños, y condenada á ser editora responsable de ellas luego que despertaba. Cierto dia quedéme pasmada de mi ciencia: Madama de Montbreton, que tenia un granillo en la cara, empeñada en curárselo, pidió consejo á su adepta, y yo le prescribí una pomada hecha con una mezcla de alumbre y de mercurio. No obstante las súplicas de su esposo, quien le decia á voces que era una imprudencia, no obstante las mias propias que le suplicaban hiciese venir á un médico para que le recetase segun arte, quiso servirse del somnámbulo remedio, aunque hasta ahora ignoro el resultado que haya tenido. Todas estas cosas, que para mí habian sido un juego, un descanso, y proporcionado á los demas algunas horas de distraccion, no tardaron en hacerme cavilar profundamente; encerraba un misterio que era inesplicable para mí; mis palabras, que por lo comun habian sido falsas, no me permitian tener aquella fé que nos ahorra toda reflexion, y mi respeto por el carácter de mi magnetizadora no me dejaba sin duda sospechar que hubiese alguna farsa en el fondo de todo esto; hablé con mi Laló, genio tenaz y filosófico, quien, aunque muchas veces pretendiera hallarse presente á las mogigangas, nunca pudo conseguirlo, no obstante lo mucho que lo deseábamos ella y yo.

Mi incredulidad no se le iba por alto á Madama de Montbreton, quien en vano se empeñaba en combatirla; todos sus argumentos se estrellaban, y el imperio habitual que ella sobre mis pensamientos egercia, era impotente para rendirse mi convencimiento. Una circunstancia muy rara casi la puso fuera de toda duda. La administracion de bosques tenia un pleito con un tal Mr. Charpentier; ciertas indirectas que me insinuó uno de los inspectores me dieron á entender que le estaban engañando indignamente, y por un sentimiento de irreflexion, denunciéle la intriga, y abrile puertas para que la contraminase. Conocí que el mundo jamás me perdonaria esta imprudencia, é hice de ella un secreto esclusivamente mio. ¡Cuál fué mi asombro al saber de boca de Madama de Montbreton que yo se lo habia revelado en un acceso de confianza del somnambulismo!... y me repitió palabra por palabra todo el contenido de una carta,

escrita por mí sobre esta materia. Confieso que no me fué posible reirme con ella de mi involuntaria indiscrecion, llegóme al alma, y me opuse seriamente á que se hiciesen conmigo nuevos esperimentos.

Mas tarde, he sabido que mi secreto se habia descubierto, no por un milagro magnético durante el ensueño mio, sino muy sencillamente, á causa de habérseme encontrado la carta en la gaveta, donde pensaba yo que la tenia en completa seguridad.

Una tarde que estábamos leyendo unas lindas composiciones dramáticas de Scribe, se nos ocurrió el hacer unas cuantas comedias; esta idea la acogimos con locura; al instante se repartieron los papeles, se sacaron las copias, buscóse música para los *vaudevilles*, y empezáronse á idear los trages y las decoraciones. ¡Qué placer! cuánto movimiento! cuántos planes! Madama de Montbreton, que ya ántes habia figurado sobre las tablas de los teatros caseros, en los palacios de campo, se apoderó de los papeles mas lindos, é hizo de *prima donna*; encargóseme el desempeño de las partes en que tuviese que figurar la inocencia y la juventud, con mi delantal verde y mi rosita sobre la oreja; Mr. de Montesquiou se encargó de los papeles de barba, Augusto de Montaigù de los de gracioso, y Fernando de los de galan.

Pasábamos los dias en aprender nuestros papeles, los unos recitándolos miéntras daban trancadas por el salon, y los otros refunfuñándolos en actitud inmòvil y con la cabeza agarrada con ambas manos. Madama de Montbreton se columpiaba en su hamaca; y yo, puesta por lo comun á su lado, y subida en el último travesaño de una escalera gimnástica, tenia clavados los ojos en mi papel, y mi espíritu en las nubes. Por la noche se ensayaba, y se criticaba; nos reiamos de todo corazon de las entonaciones ridículas, de los gestos *sobrenaturales*, y nada puede concebirse mas festivo, divertido y original, que esta vida histriónica.

Estábamos en vísperas de dar la funcion; el teatro se hallaba ya dispuesto, listos nuestros trages, convidados nuestros vecinos con el objeto de que nos aplaudiesen, cuando recibí una carta de mi tia Garat, mandándome regresára luego luego á Paris, donde me aguardaba mi tia de Martens con un buen marido. Consternóme la órden tanto como la nueva.

—¡Dios mio! ¡qué es lo que hay! gritó Madama de Montbreton al verme leer la carta.

—¿Qué es lo que hay, señora?... un marido! Y contéla el súbito llamamiento de mi tia.

Celebróse consejo, y sobre las tablas mismas del teatro donde estábamos concluyendo el último ensayo, se escribió á mi tia que me era preciso retardar el viage veinte y cuatro horas, por no serme posible desairar el deseo de los demas; pero que me pondria en camino la noche misma de la representacion.

En efecto, fatigada con las emociones, aturdida con los aplausos, salté del teatro al coche, llevando conmigo las coronas y los ramilletes del triunfo, y volví á Paris, completamente embriagada con el perfume de mis flores y con los goces de mi victoria dramática.

XXXVI.

Recibióme con bastante frialdad mi tia; habia dejado el campo y sus amigos con el objeto de asistir á la entrevista; mi tardanza de un dia habia obligado á mi jóven pretendiente, cuyos negocios le tenian lejos de Paris, á prorogar su visita hasta fines de la semana. Dignáronse entonces darme sobre él algunas reseñas: este señor era hijo de un maestro de postas, establecido en las cercanias de Paris; hombre de caudal, que contaba algunos veinte y seis años, y era muy buen mozo. No participé yo por cierto del entusiasmo general; decidida á contraer matrimonio por conveniencia, mi razon hallaba que le tenia cuenta la ventaja de fortuna, pero nada habia que ver con la hermosura esterior, al paso que empachaba algun tanto mi vanidad la idea de casarme con el amo de una casa de postas; pues que siempre había yo visto emprenderse esta clase de especulaciones por los labradores enriquecidos, los cuales saben contar perfectamente, por muy toscos de lengua que sean, y tienen tanta vanidad como ganancia.

Atrevíme á soltar algunas observaciones que fueron muy mal re-

cibidas; diòseme á entender que careciendo de hermosura y de dote, no me era lícito pretender cosas mejores; y mi tia, en su deseo de verme feliz y casada, se olvidaba á sí misma hasta el punto de ajar no solamente mi amor propio, sino que atormentaba mi corazon al hacerme poner en duda la terneza maternal del suyo propio.

Al dia siguiente vino Mr. de Martens á juntarse con nosotras. Su aspecto era muy misterioso: habia estado reflexionando, me dijo, acerca de las objecciones manifestadas por mí el dia antecedente; habíanle hecho fuerza, y me ofrecia en vez del maestro de postas, el dueño de unas fraguas. No pude menos de reirme con mi tia Garat, al preguntarle donde habia hallado esa mina de maridos. No participó él con nosotras por cierto de la algazara; y contestó finalmente que les habia conocido en casa de un comerciante muy rico, con el cual tenia relaciones sobre varios negocios. El ùnico dueño de fraguas á quien yo conocia era un tal Mr. Muel: constábame que tenia mucho dinero que era sugetode gran instruccion, que pasaba seis meses del año en Paris y los otros seis en los Vosges; habianme dicho que esta clase de especulaciones daban grande influencia en el pais donde se habitaba. Mis primeras impresiones fueron por tanto favorables, y, como el contagio de ocuparse de mí y de casarme, iba cundiendo y ganàndome formidables parientes, aliados y amigos, como que era preciso sugetarse á la ley comun, resolví esta vez examinar seriamente y con la firme voluntad de no retroceder, aunque todas las condiciones deseadas se entrechocasen.

Mr. de Martens no habia tomado aun informes positivos: recelaba que el alejarme á tanta distancia de Paris me asustase, mientras tambien repugnaba á mi tia Garat la idea de una separacion parecida en un todo á un destierro. A mi no me detuvo un instante tal pensamiento. Yo habia estado en Estrasburgo, constàbame que se hallaban gentes civilizadas aunque fuese á cien leguas de Paris; teniendo caudal desaparecen las distancias; y respecto á pasar la vida en el campo, tenia yo aun tan llena la cabeza de los placeres que acababa de disfrutar en Corcy, que no era cosa que me causase asco, y por eso, sin esperar un porvenir tan brillante y animado, soñábalo dulce, hospitalario é independiente.

No tardaron en llegar reseñas mas precisas; Mr. Laffarge era un hombre de veinte y ocho años de edad; perteneciente á una familia honrosa; su buena conducta era notoria, así como tambien sus deseos de llevar su industria al grado mas alto posible; tenia buen talento; era poseedor en el Lemosin de una de las haciendas mas

preciosas, de una fragua en grande, de una fnndicion, sus rentas en fondos de arrendamientos de sus tierras ascendian á doscientos mil francos, y garantizadas contra toda eventualidad de sus especulaciones; ademas de eso, sus fraguas le producian muchísimo. Dijéronme tambien que hacia seis meses se encontraba en Paris, adonde le habian traido sus negocios y sus placeres, y que era su objeto llevarse á su soledad una muger de instruccion, que supiese animarle con sus espíritus y talentos; que no habia en Paris nadie de su familia; pero que responderian por él sus dos amigos, Mr. Gauthier, diputado por Uzerche, y el general Petir, par de Francia.

Olvidóse mi tia algun tanto de las cien leguas que iban á separarnos, al escuchar la cuenta dada respecto á la posicion de Mr. Laffarge; todo lo cual me convenia tambien perfectamente. Como nada se hablaba de las cualidades esteriores, esto en verdad me dió un poco de miedo: y como pasase en retrospecto la revista de cuantos maridos conocia, presentáronseme todos tan desagradables, que me hice cargo de que esta parte no pasaba de ser una *casi necesidad* de la cosa.

Fué preciso arreglar una primera entrevista á fin de que fuesen posibles las negativas por una y otra parte, á par que menos embarazadoras: convenimos en que nos viésemos y juzgásemos en el concierto de la calle de Vivienne. Mr. de Martens se reuniria con nosotras allí como si fuera por casualidad. Nos presentaria Mr. Laffarge, como uno de sus amigos, empeñaríase la conversacion, podriamos con eso convencernos un poquito, y cada parte informaria al dia despues acerca de las impresiones que hubiese recibido.

Estaba mi tia tan contenta y fuera de sí con la perspectiva del porvenir, que veia sonreirme en lontananza, prometíame tanta dicha, un equipage tan precioso de novia, un trage de boda tan lucido, que me dejé convencer, tranquila é indiferente por aquellos ensueños dorados, y, sometiéndome esta vez á las realidades y al sentido comun de la vida, creí hallarme bajo el imperio del raciocinio, porque no me hallaba bajo el imperio del corazon.

Fué martes el primer dia que ví á Mr. Laffarge. El tiempo estaba admirable. No veia yo una nube en el azulado cielo, no sentia un presentimiento en mi alma.

Ay de mí! brisa quejumbrosa que vienes algunas veces á llorar en compañía de este mundo, ¿porqué tus sollozos no despertaron un eco en mi corazon? Nubes que rolais, preñadas del trueno,

¿porqué no lanzásteis vuestros rayos para que me estremeciera en mis ensueños, y vuestros relámpagos para alumbrar el abismo que debajo de mis plantas bostezaba? Y vosotros astros divinos, que os esclarecéis en la bóveda etérea, tanbien sobre mi cabeza resplandecísteis entónces, sin que una de vuestras hermanas estrellas, que proféticas y pálidas se deslizan por el espacio y caen sobre la tierra viniese á insinuar su presagio de muerte á la infelice María!

Habíame engalanado mi tia con los colores que mas bien me sentaban. La orquesta que repetia los valses encantadores de Strauss, habia animado mis ojos con los recuerdos de los bailes y de los placeres ya pasados. No estaba yo mala moza cuando presentaron á Mr. Laffarge, y pronto conocí que no me miraba como á saco de paja.

Mi primera impresion no fué tan favorable. Hallé á Mr. Laffarge en estremo feo. Tenia una figura y una talla en estremo industriales; hablóme largo tiempo; mas sus palabras se perdieron en las estrepitosas armonias del concierto, y al quedarme dormida aquella noche, mecióme el torbellino de las melodias germánicas, y olvidéme completamente de aquella grande entrevista.

Al dia siguiente, cuando desperté, la reflexion succedió á las preces divinas. Luego que bajé al cuarto de mi tia halléla leyendo con aire de mucha satisfaccion un promontorio de cartas. Díjome ella que yo habia conquistado á Mr. Laffarge, quien le habia escrito, pidiéndole mi mano en casamiento, y le remitia los informes mas minuciosos acerca de su fortuna, de su posicion y de su caracter. En efecto muchos sugetos de probidad y de viso testimoniaban acerca de estos pormenores, y yo me hallaba en vísperas de casarme con un hombre rico, industrioso y de genio amabilísimo.

Al leer estas cartas, no me atreví ya á hacer objeccion ninguna sobre las prendas esteriores de Mr. Laffarge, y determiné entrar con mi razon en la parte séria de mi vida, haciendo un casamiento de conveniencia. Mi felicidad deberia ser completa; iba á verme amada por un escelente marido; y hallándome huérfana, volvia á encontrar una madre, que, bondadosa, amante, cariñosa, como las cartas la describian, hubiera de arraigarse profundamente en mi afecto,

Aunque encantase á mi tia mi docilidad, resolvió sin embargo, no permitir que se prolongasen mucho mis entrevistas con aquella hermosa dama llamada *Doña Razon*, todavia persona de mucho cumplimiento en mi casa, y la cual, como todos los déspotas, tiene necesidad de una obediencia pasiva. No me permitió mi tia que me

separase de su lado: hablóme de mis fraguas, de mi fundicion, y sobre todo de mi magnífica quinta, de la hospitalidad que iria ella á pedirme allí y de las vueltecitas que de cuando en cuando daria yo á Paris en compañia de mi esposo.

Madama Dulauloy, á la que tambien iba yo á hablar sobre mi casamiento, me dijo que seria locura no aceptar el partido; en fin, todo se juntaba para decidirme.

El viernes próximo, dió mi tia una respuesta, si no positiva, á lo menos favorable á Mr. Laffarge, y cuando entré en el salon estaban hablando los dos de mil pormenores íntimos y confidenciales, que no fueron interrumpidos con mi presencia.

—Será preciso ir en casa de mi notario, á fin de que V. tambien, señor mio, tome los informes convenientes, decia mi tia.

—¡Informes! ¿y qué necesidad tengo yo de ellos? Conozco á la señorita Maria, y la cuestion de dinero se ha hecho nula para mí.

Sentíme conmovida y llena de reconocimiento al oir semejante desinterés. Tendí la mano á Mr. Laffarge, y él me habló de su madre, quien sabria amarme como á una hija suya, y luego conversamos acerca de otros proyectos que para lo futuro habia él formado. Díjome que el Glandier era una posesion algo solitaria, pero que la visitaba mucha gente; y que como todas las primaveras se veia precisado á pasar á Paris para sus negocios, me llevaria consigo á fin de que estuviese una temporada en el seno de mi familia.

Al dia siguiente llevónos Mr. Laffarge las cuentas de su fundicion de hierro; sus rentas anuales ascendian á treinta ó treinta y cinco mil francos, y luego que un camino departamental, que deberia abrir la comunicacion con Uzerches, hubiese hecho cesar el pesado trasporte del hierro á lomo de mulo, luego que los capitales que yo llevaba en dote le permitiesen aumentar la fabricacion, estas rentas ascenderian anualmente á cincuenta mil francos.

El domingo siguiente vino Mr. Laffarge á comer con nosotros en el Banco; mi tia y él afectaron un aire muy misterioso luego que me presenté en el salon, y me enseñaron el plano iluminado de una grande y hermosa fundicion, de una quinta deliciosa, cuyas pizarras azuladas se perdian delicadamente en el azul del cielo, y cuyos blancos terrados caian á un jardin de cuadros simétricos, con sus orlas de boj, y sus juegos de agua segun el último gusto. El lado opuesto de la quinta estaba al andar con un vergel, sobre cuyos céspedes dormian las antiguas ruinas góticas de una iglesia de Cartujos; una larga alameda servia de avenida, y el pequeño rio que

enviaba la fuerza de su corriente á las fraguas, tambien con su tortuosa ribera servia de faja á los jardines. Saludé con un ligero grito de sorpresa una mansion tan deliciosa.

Esta es de V. señorita, me dijo abrazándome mi tia, y dando mi mano á Mr. Laffarge: hija, tuya es, pues que sin tu consentimiento hemos apresurado los fastidiosos preliminares de la boda, y ya las amonestaciones se han publicado esta mañana.

Sentíme sobrecogida por un instante... mas al punto asomóseme una sonrisa á los labios y una lágrima á los ojos; calmó mi tia la emocion que me agitaba, valiéndose de mil esplicaciones escelentes. Díjome que Mr. Laffarge, ausente de su casa é industria por espacio de seis meses, se veia en la precision de regresar, pues que le llamaban negocios indispensables; yo debia saber que nada era mas odioso que esas eternas entrevistas, donde era imposible que los interesados se estudiasen, y muy posible de que llegáran á aburrirse; en fin que Mr. Laffarge, envanecido con la conquista que habia hecho, queria lucirme en las grandes carreras de caballos que se celebraban en Pompadour, donde se reunia la flor de muchos departamentos, y que estas funciones tenian lugar el dia 19 de Agosto.

—Tambien ten un poco de compasion por nosotros, añadió riéndose mi tia; este caballero está ardiendo de amor y de impaciencia; y yo por mi parte me estoy sofocando en este infierno de Paris, á donde solo me ha traido tu casamiento; devuélveme á la vista del campo lo mas pronto posible.

Hablóse del equipage de novia; empeñábase Mr. Laffarge en regalarme lo mas soberbio que hallarse pudiese; mi tia le aconsejaba que no hiciese locuras; aquel era un contrato de desinterés, de generosas prodigalidades, de prudentes previsiones; mientras yo bastante embarazada de mi papel de berlina púseme á tocar el piano. Despues de un buen rato, vino Mr. Laffarge á sentarse junto á mí en completo éxtasis: adoraba la música, y considerábase feliz en saber que yo poseyese habilidad semejante. Quedó decidido que me regalaria un magnífico piano, y que iríamos á comprarlo al dia siguiente en casa de Pleyel. Fuimos en efecto, y yo hice que me llevasen al Banco gran número de ellos, á fin de tenerlos de prueba durante algunos dias, lejos de las retumbantes viviendas del gran gefe financiero.

Así que elegí un delicioso piano cuadrado, lo remití por las galeras de viage acelerado, con objeto de encontrar á este nuevo amigo á mi llegada al Glandier.

Despues de esta sesion del domingo que fuè decisiva, pasáronse los dias en ocupaciones, en borrasca, y no tuve un instante mio para sondar mis pensamientos, ni un instante, repito, para echar una mirada sobre lo pasado, ó dirigirla con calma hácia el porvenir. Presa las mañanas de las oficialas de Madama Collar, que venian á probarme las diversas galas de mi equipage de boda, pasábanse en este egercicio, ó bien en la discusion de nuevos adornos, ó en elegir otros ademas. El vestido de novia era soberbio; muy cómodo y escogido por Madama Dulauloy en persona, quien le imprimió su propio sello de buen gusto y de elegante sencillez. Esta delicadeza en cosas que apenas se ocurren á nadie en materias de tocador me ha parecido siempre que en una dama constituye un lujo casi de obligacion.

A las doce, se apoderaba mi tia de mí. hasta la hora de comer; ella se habia encargado esclusivamente de mi equipage; trastornaba todas las tiendas, todas las inteligencias artísticas del tocador, á fin de obtener alguna tela nueva, alguna escofia de echura desconocida, algun sombrerete de graciosa y sorprendente forma.

A la vuelta cuando Mr. Laffarge no nos habia acompañado en nuestras fútiles correrias, iba à pasar con nosotras un par de horas; algunas veces nos acompañaba al teatro, otras noches salia mi tia para ir á las reuniones de gran tono, y entonces, me quedaba yo sola, y pasaba el tiempo escribiendo á mi amiga, ajustando cuentas y rara vez tocando el piano algunos minutos.

Madama de Montbreton me enviaba cartas diariamente á fin, como me decia, de que yo fuese comprehendiendo toda la felicidad que se me preparaba, y de que no dejase á la loca que en mi alojamiento tenia encerrada, el tiempo de remontarse hasta las nubes. Madama de Leantaud se hallaba en Arton de visita en casa de una de sus cuñadas. Al anunciarle mi casamiento, le pregunté qué destino habia de dar á sus diamantes. Imposible me era venderlos antes de inhibir mi nueva dignidad de muger casada, y mi precoz partida impedia me ocupase de semejante asunto despues. Espreséle por lo tanto mi sentimiento á causa de lo completamente inútil que me veia para complacerla, asi como tambien mi ardiente deseo de remitirle su depósito, y de quitarme de encima tan gravosa responsabilidad. Respondióme al instante Maria que le era mas imposible que nunca tener consigo los diamantes, que las pesquisas y sospechas de Mr. Leautaud se renovaban sin cesar, y que ella me suplicaba me los llevase conmigo, liados como esta-

ban, y los guardase hasta la vuelta de la señorita Delvaux, quien nos facilitaria los medios de salir de ellos. Entónces por su intervencion podriamos escribirnos sin peligro; pero que hasta entónces era indispensable la mas minuciosa prudencia; que una carta podria estraviarse ó abrirse; en fin, mandábame que quemára su carta al momento; y me aseguraba que ya la mia, en donde le hablaba de mi casamiento y de los diamantes, habia sido pasto del fuego. Suplicábame tambien Madama de Leautaud, me quedase con aquellas perlas que antes me destinára como regalo de boda, que hablase estensamente á su hermana acerca del obsequio que me hacia, pero sin darle esplicaciones; en fin, pedíame mil pormenores sobre mi vestido y equipage de novia, mi felicidad presente y mis ensueños futuros.

Quedóse estupefacta Antonina al saber que me iba á casar; muy contenta al principio, púsose luego de fuño porque tan tarde se le habia confiado el secreto. Costóme trabajo convencerla que al escribirle mi casamiento el mismo dia que se habian publicado las amonestaciones, le daba parte tan pronto como yo misma lo habia sabido; pues que tres dias antes ni aun de vista me era conocido Mr. Laffarge.

Esta noticia difundió el júbilo en Villers-Hellon; mi tia Blanca y mi tio Collard vieron en esa boda un escelente partido para mí; mis honrados aldeanos, y mis añosas amas secas, se olvidaban algun tanto de las ciento veinte y cinco leguas para saborear en su imaginacion las treinta y cinco mil libras de renta. Solo tenian un pesar, del que yo participaba profundamente, y este era que mi porvenir no se bendijese entre medio de ellos, en su iglesia, por su piadoso cura!

Madama Martens estaba en Enghien por causa de su salud; fué allá Mr. Laffarge á pasar un dia entero, y participó mi tia de la confianza de su esposo, quien se jactaba sin cesar de haber asegurado mi dicha. Aprobó plenamente mi resolucion Madama de Montesquiou, que habia ido á Paris para examinar á su hijo, y cuyos tiernos votos y sabios consejos tuve la proporcion de recibir: tambien me felicitó Madama de Valence, quien volvió de los baños pocos dias antes de que me tomasen los dichos. Durante aquel sucinto intermedio de tiempo subsiguiente á esta ceremonia y anterior á mi partida, ciñóme ella con la dulce y piadosa solicitud á la que me habia iniciado en nuestro trato de marras; ay de mí! cuan profundamente conmovido fué mi pobre corazon al hallar aquellos solaces maternales en la íntima amiga de mi carísima abuela!

XXXVII.

Contábanse entre las compras que mas agradablemente me ocupaban, las memorias que yo queria dejar á los apoyos, á las amigas, á las bien amadas de mi niñez y de mis pensamientos. Para ciertas cosillas de mi equipage habia yo pedido me diesen cincuenta luises, que destiné esclusivamente para el antedicho objeto. ¡Cón cuánto esmero membrábame yo de los deseos espresados.! ¡Cuánto era mi placer al hallarme con facultades para realizarlos! Yo deseaba que mi dicha fuese doble de lo que era, en virtud de afianzarla el hombre á quien yo queria mas que á ningun otro, pues que mas bien eran mis anhelos por ellos que por mí misma. Antonina se hallaba bastante incómoda de resultas de un embarazo malísimo, aunque de corta fecha; le regalé una canastilla completa, y todas aquellas monerias de un equipage infantil eran tan lindas, tan graciosas que creíamos ya ver rebullirse y sonreir entre las blondas y farfalaes al angelito anhelado á quien ya acariciábamos en nuestros ensueños. Habíame escogido mi tia Garat un magnífico velo ingles, el cual se puso en el sombrero el dia de mi boda. Hice que esculpiesen y adornasen con ricos relieves un puño de oro para el baston de mi tio Garat. Mi tia de Martens tuvo un brazalete que se le habia antojado, y Hermina la caja de pinturas que anhelára demasiado tiempo para que fuese justo tuviera que anhelarla aun mas. Envié á Madama de Montbreton una esmeralda, engastada en dos garras de leon, y formando una tumbaga preciosa; respecto á Madama de Leautaud, como yo queria conciliar el gusto que me constaba tenia por los adornos que estaban de moda, representando vichos de todas clases, con mi aversion á todas esas lombrices, ranas y lagartijas, de verdad tan perfecta y repugnante, mandé que le hiciesen una botonadura de *cochinitas de S. Anton*, de aquellas que tienen las alitas encarnadas;

precioso insecto, que nuestros bonazos campesinos veneran como á unos pequeños profetas de buena fortuna. Creo que mi corazon se salió con la suya en las mil frivolidades que le ocupaban sobre todo. No olvidé por cierto á mis cariñosas amas; en cuanto me fué dable hice felices á algunas personas en mi querido Villers-Hellon, que yo dejaba léjos de mí, y por el cual solo me habia quedado una vida entera de recuerdos.

En medio de mis correrias, de mis preocupaciones, de mis compras, veia yo raras veces á Mr. Laffarge, y siempre estos momentos de reunion se pasaban en hacerle admirar los juguetillos que él mismo me regalaba, ó en darle gracias por algunas nuevas y afectuosas atenciones. Habia sabido que me gustaba mucho bañarme; una mañana me llevó el plano de una preciosa salita que habia mandado hacer contigua á mi cuarto á fin de que sirviera para baños, y la cual estaria lista ántes de mi llegada al Glandier, y temeroso de que un viage tan largo en la diligencia perjudicase mi salud, regalóme un precioso *briska*, y quiso que corriésemos la posta en él; todas las mañanas me enviaba un ramillete de flores esquisitas. Estaba lleno de atenciones y de respeto para con mi familia, y aun dispensaba á la bonaza de Laló muchas y cariñosas palabras, las que enternecian de tal suerte á la pobrecilla que siempre decia con las lágrimas asomadas al verle ausentarse: "ese hombre es tan bueno como feo!" Algunas veces nos poníamos á hablar sobre la clase de vida que pasariamos en el Glandier; preguntábale yo los pormenores de su quinta, de sus criados, de sus gustos y de las inclinaciones de su madre. Habíame dicho él que mi salon, muy estenso y de escelentes luces, estaba colgado de terciopelo carmesí; que lo adornaban algunos cuadros y bellísimas alfombras; que el comedor y las cocinas caian al terrado; que su yegua favorita tenia la piel como el ébano, y sus caballos de tiro, aunque no tan elegantes, eran briosos y fornidos. Contaba tres ó cuatros criados, y convenimos en que me llevaria conmigo una escelente camarera. Hacia muchos años que me habian hablado para que luego que me casara me llevase conmigo á una jóven, sobrina de Laló, muchacha muy adicta á sus amos, singularmente fiel, como su tia, la cual era un estuche de habilidades, me amaba en estremo, y no se habia acomodado tan solo por aguardar el instante en que yo la tomase en mi servicio.

Durante estos íntimos coloquios que yo tenia con Mr. Laffarge,

formaba mi tia su tertulia en otra habitacion, estábase leyendo ó escribiendo, y nosotros quedábamos vigilados por mi linda primita Gabriela, quien nos escuchaba con la mas viva atencion, y observábanos con la rigidez de una dueña. Si de vez en cuando la fastidiaba su comision, siempre se envanecia de que se la hubiera encargado, y mientras ocultaba un bostezo con la manga del vestido de su madre, decíale al oido: "No tengas cuidado que allí estoy yo: pero mira mamá, si vieras que poco me divierto con ellos. No se parecen á mi hermana la grande y á Mr. Sabatié que se besaban con disimulo aunque yo estuviese delante." Por lo demas Gabriela tenia una profunda consideracion por su futuro primo, el cual admiraba su parlería y le regalaba bombones. Por lo comun se perchaba ella sobre sus rodillas, y decia en voz recia que le hallaba *muy elegante*.

Cierto dia que habiamos ido mi tia de Martens y yo á corretear algunas tiendas, para escoger la montura que quisiese para mi aderezo de turquesas, hízome ella comprar un grueso anillo de oro mate para que se lo regalase á mi novio; solo quise grabasen en él la fecha de nuestra primera entrevista, su nombre y el mio.

Al volver á casa dimos parte á mi tia Garat de nuestra compra, y del objeto á que la destinábamos; pareciónos haberse inmutado y me dijo:

—Hija mia, es preciso que tengas juicio; acabo de saber una nueva que nada tiene de particular pero que no te sentará muy bien: Mr. Laffarge es viudo!

Fué esto para mí como el estallar de un trueno; desde la infancia habia yo mirado con prevencion las segundas nupcias; habia dicho á mi corazon y muchas veces se me habia escapado de los labios, que jamas se me ocurriria el pensamiento, ni tendria suficiente valor para casarme con un viudo. Sin embargo solo faltaban tres dias para que nos tomásemos los dichos; solo tres dias para que yo ocupase el lecho de la elada esposa que dormia en su atahud. Mi primer movimiento fué el de echar á rodar los bártulos, mi segundo el de deshacerme en lágrimas só las caricias y exhortaciones de mis tias; ellas se hacian cargo de mi sorpresa y disgusto; pero trataron de locura mi desespero, asaz profundo para hacerme retirar una promesa ya comprometida. Yo no sabia que decirles para escusarme; mis dolores no eran de aquellos que se confiesan; pero ahogaban mi corazon, á fuer de presentimientos bien aciagos.

Ya hacia largo tiempo que se habian puesto á comer cuando tuve que entrar en el comedor con los ojos hinchados de llorar. Habian dado cuenta de mis pesares á Mr. Laffarge; porque al levantar la vista para mirarle algunos instantes despues, advertíle pálido, silencioso y apesadumbrado. Mi tia de Martens hizo que me sentase á su lado, y apretándome la mano me dijo:

—Animo, querida hija mia, ánimo; perdona un involuntario misterio; ten nobleza en tus olvidos; bien ves lo afectado que se encuentra. Llamé en voz baja á Gabriela, y entregándola el anillo que me habia dejado puesto en el dedo, hice que se lo transmitiera á su nuevo primo. Desde aquel instante recuperé por escasos intérvalos mi serenidad habitual; sin embargo, no traté de desbaratar mi boda, porque mi palabra era sagrada.

El sábado 10 de Agosto, á eso de medio dia, los notarios en junta con los varones de la familia, se reunieron para formar los contratos nupciales. Como que yo nada entendia de esos terminachos de la ley, no me creí obligada á prestarles oido; y embutida en la tronera de una ventana, pasé el ínterin charlando con Mr. de Chaubine, acerca de materias literarias. Este caballero era mi antiguo escribano, y poco ó nada tenia que hacer allí á la sazon, porque su espíritu original en estremo hacia poco tiempo que sacudiera el yugo de los contratos y de las *últimas voluntades*.

Advirtióme un instante de silencio que se habia concluido la *compra* y *venta*, y que todos estaban acordes: luego que me hicieron firmar el acta en cuya redaccion habian agotado todo su buen sentido dos inteligencias materiales, la una con el fin de vender á lo mas caro posible, la otra para comprar con la mayor rebaja una pobre criatura hecha á la imágen de Dios, evoqué á mis labios una sonrisa de desprecio, y la vergüenza acudió á teñir mi frente de colorado.

Antonina, cuyo embarazo la traia muy incómoda, se hallaba reclinada en un sofá; fuí á sentarme á sus pies, y empezábamos á charlar sobre los goces maternales, que tanto solaz prestarian á sus dolores, cuando vinieron á avisarme que no siendo posible se verificase el desposorio en la alcaldia el próximo lúnes, era preciso que tuviese lugar la ceremonia inmediatamente.

Sin darme un instante para reflexionar, ataviáronme con las galas mas preciosas de mi equipage de novia, hiciéronme subir en un coche, entrar en un aposento que por cierto estaba bien oscuro, donde un escribano encerrado en una jaula de hierro, cual

lo están los huéspedes indómitos de la casa de las fieras, *(Jardin des Plantes)* nos enceñó una graciosísima acogida. Abrió unos registros voluminosos, en los cuales escribieron sus nombres nuestros testigos, y sobre todo sus títulos; en seguida se nos condujo por unos sombrios corredores á un salon con mugrientas colgaduras, á las que servia de remate el célebre gallo de las Gaulas. Recibiónos allí muy gravemente un hombre gordo, encinchado con una banda de tres colores, y que tenia en la mano un egemplar del código.

Hasta entónces habia yo observado las ridiculeces que en torno me ceñian, seguido maquinalmente en un espejo las undulaciones de la grandiosa pluma que sobre mi sombrero se meciera, mientras me dirigian aquellos cumplimientos de cajon, y los cuales ni aun oia yo tampoco; pero cuando me fué preciso pronunciar el "SI", cuando sacudiendo una letárgica insensibilidad, comprendí que hacia cesion de mi vida misma; que aquella mezquina farsa de la ley iba á encadenar mis pensamientos, las lágrimas que me esforcé en ocultar me sofocaron, y por poco me caigo sin sentido en los brazos de mi hermana.

El aire libre, y las impresiones nuevas que se me agolparon con rapidez, me hicieron resucitar de esta penosa crísis. Mi tia Garat empeñada en distraerme, determinó que se me dejase gozar de mi independencia, y saludándome muger y libre, hízome montar en un lindo *cupé*, y díjome que emplease á mi antojo lo restante de aquel dia, sin permitir que me acompañase mi hermana ni Mr. Laffarge.

Dirijíme desde luego al mercado de las Flores, en seguida á S. Roque, donde recé unos instantes; luego á casa de Madama de Valence, que tenia visitas, y se quedó pasmada al verme entrar sola, y dignamente envuelta en mi chal de cachemira. Así que nos quedamos solas, manifestéla que hacia una hora que me hallaba casada; que habia ido á tributarle el primer minuto de mi emancipacion, que habia solicitado y obtenido la gracia de que mi casamiento permaneciese sin darse al público un par de dias, á fin de que me creyesen soltera aun, todas las personas que por la noche habian de ir á firmar el contrato nupcial, y en una palabra, con el objeto de seguir siendo doncella, en toda la estension de la palabra, para aquel á quien la ley hiciera señor mio. Dí mil gracias á Madama de Valence por la magnífica *echarpa* que me habia enviado aquella mañana misma, y quedéme largo tiempo charlando con ella, que muy divertida con mi casamiento secreto y con mi escapada á su casa,

me pegó su buen humor, y contóme con deliciosa gracia mil pequeñas vicisitudes de su propio casamiento.

Volvíme al Banco por la ruta de los Campos Elíseos. El tiempo estaba hermosísimo; una gran concurrencia de elegantes hormigueaba á la sombra de las alamedas; quise por última vez mezclarme con ellos, sola, libre, sin verme precisada á seguir un impulso estraño, sin arreglar mis pasos por los pasos de otra persona; en fin, de no tener otra proteccion que la de mí misma. Apeéme de un brinco, y encantóme un corto rato mi independencia; mas luego que me sentí dar de codazos, apretada por la turba, cuando mil desconocidas miradas se clavaron en mi rostro, dióme miedo y volví á subirme en el carruage que me seguia, comprendiendo que en este mundo tiene la muger necesidad de un apoyo, y que no puede vivir libre como no sea enmedio de un desierto.

Recibióme á la vuelta Mr. Laffarge con un magnífico ramillete de flores de magnolia y azahar; toda la noche se mantuvo bondadoso, cortés, enamorado, completamente olvidadizo de sus derechos; sin atreverse apenas á apretarme la mano en público. Tuvimos un sin número de visitas; todas las miradas me eran dirigidas, y, por última vez, fuí una doncella feliz, alegre y despenada. Habíame resistido á adornarme de gala ninguna perteneciente á mi nueva dignidad: un vestido de muselina, en mis cabellos algunas belloritas del tiempo componian todo mi atavio, y me llevé bailando hasta el alba con un corazon ligero y confiado, sonriéndome al mirar á mis amigos, y sonriéndome al mirar á aquel por el cual tenia que dejarlos á todos. Sentíme tan fatigada al retirarme á mi cuarto, que apenas pude desabrocharme el vestido, ni mis cintajos, y olvidé quitarme las flores para dejar caer cuanto antes la cabeza sobre la almohada, y quedarme dormida de un sueño profundo y dulce hasta bien entrada la mañana.

Todo el dia del domingo se pasó triste y penosamente ocupado en los preparativos de marcha. Antonina y mis primas me ayudaban á empaquetar con cuidado todos los lucidos artículos de mi equipage de novia, pero si nuestras miradas llegaban á encontrarse, las palabras de ausencia y pesar venian á imprimirse sobre nuestros labios; algunas lágrimas que ocultar queríamos, se deslizaban abrasadoras por nuestras mejillas, y á veces se interponia un sollozo á nuestras palabras mas insignificantes.

Mi ama seca Laló, quien queria gobernarlo todo, á fin de que yo encontrase sus esmeros en la ausencia misma, tomaba veinte pol-

vos de tabaco mientras daba sus instrucciones á Clementina, y se quejaba de un violento resfriado á fin de achacar á esto el tener colorados los ojos, y Ursula, al felicitarme me dejaba adivinar la pesadumbre que la oprimia.

Mi querido y precioso cuarto tenia ya un aire de sombra y de abandono; atestado de cajas de carton, de cagetas, de mil objetos pertenecientes al tocador; una capa de polvo iba estendiéndose como un velo de luto sobre los muebles y la chimenea; mis flores marchitas inclinaban sus cálices en los volcados floreros. No quise que vieran en aquel estado el pequeño templo de mis dias doncelliles, y cuando vino Mr. Laffarge á llamar á la puerta, supliquéle por favor no entrase dentro de aquel confuso baturrillo. No hizo caso de mi ruego: "la hora de los cumplimientos ha pasado, díjome riéndose él, y entro apoyado en mi derecho como marido." Ciñéndome bruscamente la cintura, empeñóse en besarme; pero disgustada de libertad semejante me refugié en el salon.... Nadie habia allí, y pude dar libre curso á mis lloros. Fueron tan acerbos mis pensamientos que describirlos no me seria dable; ahora todavía mi espíritu desgarran mis recuerdos.

Acudió á buscarme Antonina; quien traia consigo á Mr. Laffarge, triste, arrepentido y pidiéndome perdon; concedióselo débilmente mi boca; mas no lo pronunció mi corazon con la misma presteza. Hay en la vida ciertos arañazos que en sí nada suponen; pero que escocedores por las consecuencias que dejan presentir, y por la impresion profética de la cual se les puede considerar como toque de alarma, despiertan en el pensamiento ciertos ecos de desgracia, que solo puede sofocar el poderío irresistible del tiempo.

Resolvióse que por la tarde iriamos á comer á la fonda de Verg, y que concluiriamos nuestra escursion en el circo de los Campos Eliseos. Aquellas ágiles amazonas, que habian llamado mi admiracion tantas veces, aquellos dóciles caballos, aquellos atrevidos ginetes no provocaron en aquella ocasion mi entusiasmo; pero sacudió mis tristes reflexiones una escusa que tuvo lugar á poca distancia de nuestros asientos. Era Domingo; el Circo estaba de bote en bote, difícil nos fué encontrar buenos sitios, y nuestros caballeros se vieron precisados á quedarse en pié á alguna distancia de nosotras. Delante de nuestra banqueta habia un viejo militar de facha brutal y gruñona; ocupaba su lado un anciano con cabellos blancos y venerable frente, el cual parecia hallarse bajo la proteccion de un jóven, cuya elegante talla, noble fisonomía,

mirada triste y penetradora atraian la atencion y la simpatía. El militar al querer refocilarse con un polvo de su tabaquera, dióle un codazo á su colateral en la cabeza, con tanta violencia que le derribó el sombrero.

—Tenga V. cuidado, caballero, díjole este con cachaza.

—Yo he pagado para estar aquí á mis anchas; y tanto peor para los estorbos, murmuró brutalmente el veterano.

—V. es un impertinente, le gritó el jóven.

—Y V. un chocolatero.

Todo el mundo volvió los ojos hacia ellos; imponíase silencio; el hijo se llevó por fuerza á su padre, y salieron ámbos del circo. Poco tiempo despues, volvió á entrar el jóven, quien se sentó con mucha frescura al lado del que le habia dicho una palabra insultante.

—Caballero, V. es un collon, le dijo apretándole el brazo; exijo de V. una satisfaccion inmediatamente.

—Con muchísimo gusto, señor mio; pero advierto á V. que nunca he dado una estocada al aire.

—Calle V. la boca; mañana á las ocho: ahi tiene V. mi targeta y las señas de mi casa.

Habíame yo vuelto pálida al oir estas palabras, que hirieron muy claramente mis oidos..; advirtiólo el jóven, y agradeciéndome con una mirada, me hizo una reverencia, y salióse para no volver mas.

Hallábame demasiado conmovida para que mi pensamiento no se reconcentrase todo entero sobre lo que acababa de pasar. «Que! deciame yo, mañana á las ocho, hora en que me veré rodeada de las bendiciones de mi familia, un padre llorará á su hijo; tal vez alguna jóven, comprometida como yo lo estoy, tendrá despedazado el corazon sintiéndose herida en su tesoro mas caro...» De repente al sacar el pañuelo aquel bárbaro *culon*, dejó caer el cartoncito que debia informarle de la casa y del nombre de su adversario. Agachéme con viveza, conseguí recoger la targeta, y aunque me creí obligada á devolvérsela, toda vez que advirtiera mi movimiento, metímela en la boca, y sentíme feliz cuando llegué á inutilizarla. El pensamiento de los pesares que mi accion habia impedido, devolvió á mi espíritu la tranquilidad, y el fin de la diversion fué mecida para mi por el recuerdo de una heroicidad.

Despues de tantas emociones y fatigas, quedéme aletargada

en un pesado sueño, hasta el instante en que mi vieja ama entró en mi cuarto, con su tasa de café en la mano; esta era una costumbre de la niñez. Venia ella siempre á ofrecerme la primera cucharada de su desayuno, y le parecia que no hubiera de sentarle bien, si primero yo no lo probaba. Comprendimos tambien que se allegaba á mi lecho por la vez postrera, que era preciso dijésemos «adios» á todos nuestros usos de afecto pueril aunque síncero, y no esforzándonos por ocultar nuestras lágrimas, dejamos que corriesen al mirarnos con tristura.

Llegó pronto despues mi tia Garat. Solo pensando ya en mis atavios, y orgullosa y preocupada de ellos ocupábase en contemplar la temblorosa corona de azahares que deberia darme vuelta á los cabellos, y no hacia caso de los latidos precipitados de mi corazon: recelaba que mis ricos volantes de Inglaterra se ajasen ó desgarráran, y no tenia miedo de que mi ánimo desfalleciese en el momento de la separacion. Estaba tranquila respecto á la aseguranza de mi porvenir, y contentísima de aquel casamiento, hasta tal grado que apenas podia contener su gozo. Acudieron tambien á mi cuarto Antonina y mi tia de Martens; la primera se echó á llorar, la segunda me dijo palabras muy dulces y encantadoras; unas y otras me consolaron mucho.

Luego que acabé de vestirme, fuí á ponerme de rodillas delante de mi tia de Martens; puso ella sobre mi cabeza la guirnalda de azahar, y el velo blanco de la desposada; luego me bendijo á nombre de mi madre, á nombre de mi padre, á nombre de todos los ausentes. Entró en seguida Mr. Laffarge; quien pareció conmoverse de mi emocion, y cayendo de rodillas á mi lado besóme las manos una y mil veces. Resignada en virtud de estos testimonios de amor, supliquéle fuese siempre para mí confiante é indulgente, que me amase mas que á nadie, que tuviese presente que yo era una pobre huérfana, que me hacia mucha falta el cariño y que iba á ser para mi el único ser que me amase. Prometiómelo, dandome un beso en la frente, y luego me condujo al salon, donde todos nuestros amigos estaban aguardándonos. Sacáronseme al punto las lágrimas, viéndome blanco de tantas miradas, tiernas, indiferentes ó escudriñadoras, que me acogieron con cumplidos y felicitaciones. Nos casamos en la Iglesia de los Padres Menores (*Petiti Perez*) despues de una misa muy corta y una eschortacion muy fria. No queriendo entregar al mundo los pensamientos que sofocaban mi corazon,

oculté bajo los pliegues de mi velo mis preces y mis lloros, y díjose á mi regreso que yo me habia casado con muchísima gracia y muchísimo decoro.

Despues de un almuerzo bastante largo y bastante divertido, encerráronse mis tias conmigo en un gabinete, y comenzaron á iniciarme en los terribles misterios de mis nuevos deberes. Decíanme palabras que me hacian ruborizarme y temblar; puse fin á esta conversacion con una mentirilla, asegurándole que ya estaba yo al cabo de lo que pretendian hacerme comprender. Sin embargo, como hasta entonces solo habia buscado la verdad en las nubes, conservé mi teoría que era inocentemente estúpida, mis temores, que eran asombrosos, y mi firme resolucion de viajar *noche y dia* hasta no apearme en el Encinar.

Despues de la exhortacion de mis tias, vinieron mis primas á desnudarme, quitáronme la alba corona que se mecia sobre mi frente, y repartila entre todas las jóvenes que habian ido á bendecir mi casamiento con su presencia amiga, con sus preces y con sus deseos; reservéme furtivamente un pimpollo de aquel atavío virginal, y encerrándolo en un coranzoncito de oro que mi madre me habia regalado, y el cual no se me caia del seno nunca, conservéle como un recuerdo y como un talisman. Bendecido fué este secreto impulso de mi corazon.... Todas las flores de mi juventud han sido arrancadas ó marchitas; una sola, eximiéndose de la profanacion, sabido ha conservarse so la égida de mi patrona santa!

XXXVIII.

Tenia Mr. Laffarge que concluir algunos negocios, y yo que hacer varias diligencias: convenimos en que los caballos de posta se hallarian listos para el dia siguiente á las cuatro de la madrugada. Rápidos y tristes se deslizaron los últimos momentos, y cuando las campanas de los Clérigos-Menores, luego que el látigo del

postillon dieron la señal de los adioses, sentíme morir bajo los besos de todos los mios. Entretanto no llegaba aun Mr. Laffarge: estas prolongadas angustias de la separacion nos hacian á todos un horrible daño, y de haber sobrellevado durante dos horas este martirio y este aguardar, mis nervios sacudidos se encontraron tan indispuestos, que tuvieron que acostarme en la cama de Madama de Martens, y dejar la partida para el dia siguiente.

Mi tia Garat, con el objeto de olvidarse un poco de la tristeza de la despedida, fué á la ópera á oir á la Dupré; Antonina y mi tia de Martens, procuraron tranquilizarme, y mi hermano político, á quien le habian dicho en confianza que yo me hallaba *muerta de miedo*, se comprometió á obligar á Mr. Laffarge á contentarse con el papel pacífico de enfermero.

Todo se pasó del modo en que estaba convenido; vino mi esposo á darme un beso paternal en la frente, y por fin conseguí disfrutar de algunas horas de descanso.

Aun no habia terminado la noche, aun no era tampoco de dia claro, y ya los cascabeles de los caballos daban la señal de la partida: fué preciso separarme de los seres y de los lugares que tan caros me eran! Despues de muchas lágrimas y de muchos besos, escapáronse de mis manos las manos que yo apretaba, y atravesé á Paris, tan profundamente perdida en mis pesares, que ni aun le dí la última mirada de despedida. Bien pronto, sin embargo, se enjugaron mis lloros só el aliento de una fresca brisa, que venia á levantarme la gasa del velo, y á sacudir el polvo de los olmos corpulentos del camino. Despertàronse cantando las aves; la pálida alba se atavió con su ropage de púrpura, y el sol, naciendo espléndido, pareciera inclinarse sobre la naturaleza, y esta temblar de gozo y de orgullo al recibir el primer beso de su Dios.

Miré al principio sin reflexion el rico damero de espigas y de verduras que corria ante mis ojos; luego me ponia á escuchar la cantinela gangosa que entonaba el postillon al compás de los chasquidos de su látigo; en fin divertíme con las miradas gachonas que á Clementina dirigia, y á las preguntas que le dispensaba acerca de su ama *(sa bourgeoisse)* le parecia algun tanto demasiado llorona para una novia. Estas palabras, recordándome que me hallaba casada y que en efecto mi comportacion no tenia nada de graciosa, por lo mucho que ya duraban mis penas, hiciéronme volver la cabeza hácia Mr. Laffarge; dormia este á pierna suelta, y yo me puse á soñar sin quedarme dormida. Hasta aquel dia, mi vida, que tan aislada habia

estado enmedio de afectos íntimos, aunque secundarios, iba á tornarse en primer móvil, en primer gozo, en primera esperanza de la vida de otro! Iban á amarme mucho; el sentimiento de inutilidad que tan gravoso habia pesado sobre mi existencia pretérita, se preparaba á dar calle al sentimiento de la obligacion! y cada una de mis acciones, cada una de mis palabras, podia honrar y envanecer á un hombre de bien que me habia distinguido con su nombre. Mr. Laffarge daba muestra de adorarme; yo no habia aprendido á corresponderle aun; pero dicen que esto se consigue fácilmente; el amor en un casamiento de conveniencia no pasa de ser una tierna estimacion, y ya me sentia en lo interior del alma todo cuanto puede inspirar este sentimiento. Al paso que así me hablaba la razon, susurraba mi fantasia á mis pensamientos las palabras delicadas y llenas de fuego que iban á mecer mis ilusiones durante todo el dia; el primer beso sobre la frente; otro, y otro ademas, y los cuales devolveria yo probablemente, luego el brazo que cariñoso se deslizára en torno de mi cintura, á la cual pudiera haber hecho mas cenceña el cansancio, una voz que iria á decirme; Te adoro! y mas tarde, con la primera estrella de la noche murmurára; Angel mio ¿me quieres?

Una sacudida despertó á Mr. Laffarge; estiró los brazos mi esposo con un bostezo prolongado y sonoro; dióme dos besos en las megillas, y díjome "Vamos, esposita mia á almorzar, que es hora!»

Habia en el carruage una gallina fiambre: agarróla por los dos alones Mr. Laffarge, y haciéndola pedazos iguales, me ofreció la mitad; rehusela con un poco de asco. Figurósele á él que me hallaba indispuesta, desazonóse, hízome mil cariños, y me suplicó tomase á lo menos un vaso de vino de Burdeos, y, habiendo recibido una nueva negativa, se bebió toda la botella, "á su salud y á la mia, pues que solo constituiamos una misma carne y hueso."

El olor de este almuerzo se me hizo insorportable; reemplacé en el pescante á Clementina; divertíme en pagar á los postillones, en hacer que charlasen por la influencia de una propina prometida, esforcéme sobre todo en chancearme acerca del desengaño positivo que al dispertar de mi ensueño, aquel dichoso desayuno habia dado á mis pensamientos, decía entre mi para consolarme, que no siempre hay necesidad de tomar un almuerzo, y rara vez de esta manera primitiva.

Hácia el medio dia volví á tomar el coche; procuré hablar de literatura, de teatros, de mi querido Villers-Hellon, y de su

bella floresta. Esta última parte de la conversacion pareció interesar á Mr. Laffarge; pero mi ignorancia acerca de las cortas, del precio de la leña y del carbon, no tardó en poner término á mi preponderancia; porque mi marido sacando del bosillo su cartera, se aisló entre sus cuentas y cómputos, que parecian preocuparle tristemente. Hice por dormir; el ardiente sol, y las nubes que en el levante se acumulaban, estendiéndose sobre nosotros como un manto de plomo, me acarrearon un dolor de cabeza, que me hizo imposible el quedarme dormida. A eso de las cinco llegamos á Orleans, apenas me era dable sostenerme en pie, y solicité meterme en un baño á fin de hallar en él frescura y reposo.

Apenas entré en la tina, cuando la puerta del cuarto fué sacudida con estruendo.

—La señora está en el baño, dijo Clementina.

—Bien lo sé, ábreme.

—Pero, señor, la tina está al descubierto; la señora no puede recibir á V.

—Tu señora es muger mia; llévese el diablo las ceremonias.

—Suplico á V. que no grite tanto; aguárdese un momento; dentro de un cuarto de hora estaré vestida, díjele yo con un poco de despecho.

—Es precisamente porqué no estás vestida que me empeño en entrar. ¿Piensas que soy algun imbécil? ¿Crees que ha de burlarse mas de mi una..... de Paris?

—¡Qué miedo tengo! decíame en voz baja Clementina; señor! sea V. complaciente siquiera el primer dia! gritóle ella con toda su voz.

—Maria, yo te mando que me abras la puerta, ó voy á echarla abajo; ¿me oyes?

—Sois muy dueño de hacerlo, pero yo no he de abrirla. La fuerza es impotente sobre mi voluntad; y tenedlo entendido una vez por todas.

Despues de algunos tacos y ternos, tan groseros que me pusieron pálida como las cenizas, y los cuales no se atreveria á repetir mí péñola, se fué echando espumas. Hallábame aterrada; la buena de Clementina, llena de asombro, hizo correr mis lágrimas, besándome la mano para darme consuelo; á poco rato viéndome mas tranquila, salió y fué en busca de Mr. Laffarge. Procuró en valde convencerle de su sin razon, y como ella le dijese que yo me hallaba indispuesta y que unas escenas de esa clase me quitarian la vida,

»Bueno, contestóle él; por esta vez me callo; pero luego que lleguemos al Encinar, yo sabré hacerla entrar en juicio.

Volví á reunirme con Mr. Laffarge sin pronunciar una sílaba. Preguntóme él al instante si se me habian acabado mis monerías; luego, al notar mi palidez, me dió un beso, y tornóse blando y complaciente; no quise comer; tomé una taza de té, y asoméme á un balcon donde permanecí por espacio de una hora, comprendiendo la profundidad del abismo, y retrocediendo á la idea de medirlo friamente.

El traqueo del carruage, la hermosura del cielo, que brillaba con sus estrellas todas, la calma y el calor balsámico de la noche, me hicieron olvidar algun tanto la amargura de mis reflexiones. Atribuí á pasion la violencia de Mr. Laffarge. Ese amor era muy distinto del que habia iluminado mis ensueños; estremecíame, pero esperaba domarle por medio de su violencia misma, y domeñar con el tiempo una pasion, que yo habia hecho nacer, y luego que le oí roncar, tranquilicéme del todo, y quitóseme hasta el último resencio de tirria.

Llegamos por la mañana á Chateau-roux, donde nos aguardaba Mr. Pontier, administrador particular de la Chatre. Este era un tio de mi marido, y la primera persona de mi nueva familia á quien yo tenia la honra de ver. Empeñéme en obsequiarle, en hacerme la amable, la cariñosa, é hice que de mi frente desaparecieran los nublados, que oscurecian aun mis recuerdos, valiéndome al caso del supremo poderío de la voluntad y de la distraccion.

Era Mr. Pontier un hombce de cincuenta años de edad, dotado de una fisonomía franca, abierta; sus palabras eran enérgicas y espansivas. Pareció muy contento de verme, cumplimentó con mucho favor á su sobrino por su acertada eleccion, y llamóme hija, con tan buena gracia, y con una voz tan bondadosamente sonora, que me sentí desde luego dispuesta á amarle. Su muger debia acompañarnos hasta el Glandier. Ella no era jóven; pero comenzaba á entrar en la época de la vida, en la cual, sin renunciar á las pretensiones de la juventud, se adquieren las maneras de una edad mas avannzada; tenia un genial cáustico, imperioso, malévolo, y estas cualidades se le quedaban desgraciadamente olvidadas en los ojos, aun cuando afectaba untarse de miel los labios. A su lado no acometia á nadie el aburrimiento; pero sostenianse vivas las ideas á costa del corazon. Así es, que despues de un

corto paseo que dí, agarrada del brazo de Mr. Pontier, comprendí que él nos abandonaba su esposa, sin demasiado sentimiento.

Diéronnos un escelente desayuno; mas fué preciso alistar cuanto antes el viage. Entónces tuve algunos momentos de franca alegria. Habiendo subido, no me acuerdo ahora por qué razon, al cuarto de mi nueva tia, halléla leyendo el diario, mientras que su marido con la mayor gravedad le estaba poniendo un enjambre de blanquísimos papillotes.

—Sigue mi ejemplo, me dijo ella con toda formalidad; nada hay mas cómodo que el hacer al marido de una su camarera. Mr. Pontier peina divinamente, pone un corsé que es un primor, y nadie sabe mejor que él armar con gracia un lazo de cintas, ajustar el talle, y dar á un chal los pliegues mas vistosos.

En aquel instante el *marido modelo* se empeñó en colgarle al cuello á su muger una collareta que estaba algo ajada. Notando Madama Pontier aquellas arrugas, dijo agriamente á su bendito esposo que, "desde la mañana le habia sobrado tiempo para pasarle una plancha á aquella esclavina; que, por lo demas no era aquella la primera vez que advertia su indiferencia; que era muy desgraciada desde la muerte de su papá, pues que solo le quedaba un perro á quien quisiera y que la quisiese en el mundo."

Este can favorito era una lebrelilla, que fué instalada con nosotros dentro del carruage. Acariciábame alevosamente la dichosa perra, y conociendo yo que era una prima mia en el corazon de Madama Pontier, sacrifiquéme generosamente en pró de la parentita, y convertíme en poltrona de aquella sucia y rebullidora bestiezuela.

Madama Pontier me habló mucho sobre la literatura, sobre el perverso gusto de Victor Hugo, quien se tomaba la libertad de no pisar las huellas de Racine, sobre la demencia de Alejandro Dumas, sobre la sublime grandeza de los poetas del imperio, y mas que todo, sobre la inmoralidad de Madama Sand, quien escribia como una cocinera y pensaba como una revendedora de pescado. Mi querida tia me aseguró que la tal señora no tendría recibimiento en ningun salon decente de la Chatre, que las mugeres que miraban por sí, estaban agenas hasta de su nombre, y qne ella acababa de reñir, segun creo, con un subprefecto, porque quiso perder á Mr. Pontier, prestándole una obra infame, titulada *Lelia*! Atrevíme á confesarlo que tenia entre mis libros la *Indiana*, y que yo admiraba cuando ménos la mágia y el entusiasmo de aquella hermo-

sa prosa, salada y espléndida como un diamante oculto debajo de las ojas de un clavel. Levantó mi tia postiza los ojos al cielo, y admirándose de que hubiese tanta perversion en una edad tan tierna, púsose á dar egercicio á su acritud y á sus agudezas á costa de su familia, cuyos individuos me hizo conocer caritativamente, colgándole á cada uno de los parientes mayores su pecado mortal, y regalando una aureola de pecadillos veniales á los primos, sobrinos y demas relacionados de menor cuantia

Como se hubiese subido al pescante Mr. Laffarge, se empeñó mi tia en ganar mi confianza. Despues de haber llamado á la puerta de mi vanidad por medio de mil piropos exajeradísimos, díjome, que mucho valor era el mio en haber dejado á Paris; que iba á aburrirme lindamente; que era un asesinato sepultarme en el Glandier, entre un marido tan bruto como su hierro, y una suegra sin educacion ni ideas. Lastimóme el papel de víctima que ella se empeñaba en hacerme representar; asegurela que mis inclinaciones me hacian muy amante de la soledad, que yo queria en estremo á mi marido, y que cifraria mi orgullo en serle agradable y necesaria; díjele tambien que me animaba la esperanza y hasta la certidumbre de tornar con frecuencia al centro de mis amigos, á cuyos abrazos me veria devuelta todos los años, por las promesas y los negocios de Mr. Laffarge.

Atravesamos un pais agreste y variado; iba yo espresando á Madama Pontier mi admiracion hácia las bellezas de la naturaleza meridional, completamente nueva para mí, y le hablaba con bastante buen humor acerca de las montañas, de los valles y de las ruinas sobre las cuales me preparaba á establecer mi imperio. Luego que la noche retrajo á Mr. Laffarge dentro de su carruage, dióle mil bromas mi tia sobre los principios nómadas de su luna de miel. Empeñóse él en contestarle victoriosamente; pero como hubiese tenido el mal pensamiento de vindicar la causa de su amor en virtud de besos sonoros y groseros, me desolló la cara con esta pública toma de posesion, y yo me defendí al principio debilmente, pero luego con impaciencia señalada. Echóse á reir Madama Pontier de mi gazmoñería, tan lejana de las costumbres primitivas que me aguardaban en el pais de mi nueva residencia, y contóme que uno de los usos mas festivos del Lemosin, era el de invadir, la noche de novios, el cuarto nupcial, con el objeto de llevar á los reciencasados una sopa en vino bien cargada de clavo y canela, y hacer que la apurasen en amor y compaña dentro del lecho. Esta circunstancia era una muestra de que tuviesen mas ó menos gracia los hombres amables de aquella

sociedad campestre, segun avergonzaban mas ó menos á la jóven esposa, y hacian traer una risa mas ó menos disimulada á los labios de las demas mugeres, quienes estaban deseosas de ver profanar á la púdica novia, cuya suerte tal vez no hacia tantas horas que hubieran envidíado.

—Oh! no te escaparás de sus uñas, sobrina hermosa, y yo me declaro desde luego campeona de esta festiva tradicion de los tiempos pretéritos, añadió Madama Pontier á su noticia.

—Suplico á V. señora, que no se meta en nada de eso; no tendré fuerzas para soportar esa ridícula broma, y jamás perdonaria á un marido que permitiese me mancillára una costumbre tan inmoral y humillante.

Ocultéme el rostro entre las manos, y pretesté que tenia ganas de dormir, á fin de entregarme á mis tristes impresiones. Dábame calo-frios la relacion de usos tan brutales. Evocaban delante de mi asombrada fantasia la escena pasada en Orleans; tenia yo mas que miedo; sentíame con asco, y alzaba los ojos hácia la bóveda de los cielos, cuyos hermosos astros protegerme parecian, y púseme á contar las horas que me alejaban de una nueva noche, ay! para mí sin estrella ninguna!

XXXIX.

Sorprendiónos en Masseré una tormenta espantosa; á los truenos que retumbaban sordamente sobre nuestras cabezas, succedióse una lluvia fuerte y continuada, nubarrones color de ceniza corrian por el cielo, y parecian que agachaban hasta la tierra sus pesados vapores; mientras una espesa niebla velaba los campos y las selvas.

Ya nada veiamos, encerrados en nuestro carruage, salvo el blanco liston del camino, que se desliaba ante nuestra vista tristemente, los pobres caballos jadeantes, y el postillon arropado en su Lemosi-

na, que con voz ronca y salvage apretaba el fatigado tiro, bregando sin cesar contra el desenfreno de la tormenta.

A las ocho de la mañana me señalaron algunos edificios muy negros que forman en Uzerche el arrabal de Sta. Eulalia; en seguida atravesamos una calzada que servia de dique á las olas del Vezere, y nos apeamos en un meson, con el objeto de evitar el encuentro de una parte de la familia, con la cual era preciso *que yo estuviese de monos*, y la que vivia en la única casa decente de la poblacion.

Separóse de mí la señora de Pontier con el objeto de hacer algunas visitas, y avisóme Mr. Laffarge, que, habiendo tenido avería el carruage, tendríamos que hacer una parada de algunas horas. Mr. Buffiere, mi cuñado, nos estaba esperando; regalóme dos besazos por via de bienvenida, y hasta un lindo primito mio, de diez y siete años de edad, acudió á inscribir su parentesco en mis dos mejillas; en seguida me dejaron sola, pues cada uno de aquellos parientes de nuevo cuño tenia mas prisa por quedarse con la boca abierta delante de mi carruage, que por darme una graciosa acogida.

Sentíame indispuesta, fatigada; quise echarme sobre una cama. Una exhalacion fétida me hizo salir mas que de prisa de la alcoba, donde me habia refugiado en busca de reposo. Coloqué entonces una silla en medio del aposento, á fin de alejarme lo mas posible de aquel asqueroso recinto de paredes, de muebles y de cortinages, mientras fué Clementina á mandar que me hicieran una taza de té. Despues de aguardar una hora, sirvieronme el refrigerio deseado; no tenian tetera; una oronda olla, tapada con una cobertera de papel, la habia sustituido ingeniosamente, y algunas hojas de té *vulnerario suizo*, que nadaba en el tibio occéano de aquella tetera *olliforme*, usurpaban el nombre y el empleo de la hoja odorífera de la China, desconocida completamente de los habitantes del Lemosin. Abrí una ventana; la lluvia habia cesado, pero la niebla ocultaba todavia la naturaleza y el cielo. De repente echáronse á vuelo las campanas, resonaron mil vivas animados y gozosos; todas las casas se abrieron para dar paso á las almas bienaventuradas, que acudian fieles á su llamamiento; era la funcion de la Virgen de Agosto, mi santa patrona. Liéme en una mantilla, y quise llevar mi tristeza al pié de sus altares.

—Eso no está bien, díjome Mr. Laffarge á quien yo habia mandado á llamar para advertirle de mi proyecto; serías el blanco de todas las miradas, de todas las muecas, de todas las burlas.

—¿Y qué me importa? soy superior á esas mezquinas consideraciones.

—Te digo que no debes ir; no quiero que te columbre ningun individuo de mi familia. Tienen envidia de mi casamiento; es mejor que la curiosidad les reuna, y que solo te vean con todos tus cachivaches puestos.

—Eso es muy lisongero para mi pobre personilla; está bien; ya que así lo quereis, me quedaré sin misa.

—No saques las uñas, gatita mia; es porque te quiero que me empeño en que te dés tono, y les deslumbres con todos tus chales, tus joyas y demas adefecios.

Quedéme sola; vino Clementina á acompañarme con la mayor tristeza, diciéndome con voz conmovida y apretándome las manos:

—¡Que los tenga V. muy felices!

No me encontraba yo bastante fuerte para contestar á la bondadosa chica, y escondiéndome la cara entre las manos, me deshice en lloros. ¡Cuánta amargura tenian los recuerdos, tan hermosos y gayos que despertaba en mí la fiesta de la Virgen!

En otros tiempos abria yo mis ojos á los besos y regalos de toda mi familia; vestíame un trage todo blanco, pues que era la librea de la Virgen; añadia á mis galas la flor que mi abuelo me diera, y encaminábame á nuestra iglesita, llena de confianza y de contento. Al salir de misa, traíanme nuestras buenas aldeanas sus felicitaciones y sus flores. Todas las mugeres me besaban. Yo hacia lo mismo con sus chicuelos; y luego los hombres iban á continuar sus buenos deseos al rededor de algunas botellas de añejo vino, mientras las muchachas, olvidando los trabajos de la cosecha, acorrian debajo de los altos olmos para danzar á mi salud. Por la noche se reunian en casa algunos amigos de confianza. Yo era la reina del dia; las flores parecian abrirse tan solo para mí; enlazado mi nombre en los adornos azucarados de las tortas, pronunciábase entre mil vivas, tanto en el salon como en la cocina, y luego íbame yo á acostar, fatigada de los bailes, de las felicitaciones y de la felicidad. ¡Ay de mí! hoy se me abria un nuevo sendero de existencia, y hallábame sola, aislada, sin preces, sin flores, sin amigos, ¡Dios mio, esclamé, ten lástima de mí!

Era cerca de las once cuando el carruage se halló listo para sacarnos de Uzerche. Sentíame con gran prisa por dejar aquella villa, y desechar mis negros pensamientos á la vista de mi lindo y pequeño caste!, por hallar en fin á una familia que se olvidase de la envidia para acoger la amabilidad y la terneza.

Nos detuvimos una hora en Vigeois, donde fuimos á ver á un

primo de Mr. Laffarge. Tenia yo tantos deseos de llegar á *mi casa* que me dejé besar y mirar, al mismo tiempo que comí algunas frutas maquinalmente y sin que aun me hallase bien despierta de mis penosas impresiones. Habian llevado allí caballos de silla. Sentíame molida en estremo; empeñéme en concluir mi viage en coche, aun cuando me manifestaron lo imprudente de semejante paso, y se declarase que era imposible atravesar en posta el pais silvestre que del Glandier nos separaba.

Ni siquiera un rayo de sol habia relucido risueño á través de las nubes desde la tormenta de por la mañana; inclinábanse todavia los árboles só la lluvia, y los caminos llenos de baches, que obligaban á los caballos á no salir del paso, nos amenazaban á cada momento con inevitables peligros. Despues de tres horas de fatigoso tránsito, bajamos á pié por una honda vereda. Enseñáronme algunas techumbres ahumadas que descollaban por entre la niebla, y me dijeron que formaban parte de los edificios de la fundicion, y al estremo de una alamedilla se paró el carruage.

Salté del coche para que me recibiesen en sus brazos dos mugeres; atravesé un largo camino, negro, húmedo y frio; subí una pequeña escalera con gradas de piedra, cubiertas de mugre y resbaladizas con motivo de las gotas de lluvia que se filtraban por un techo cuarteado. Entré por fin en un vasto aposento, al que le dieron el nombre de salon de tertulia, y déjeme caer en una silla, mirando con aire atontado en torno de mí.

Habiame agarrado mi suegra una de las manos y sus ojos me registraban con curiosidad. Madama Buffiere, mugercita muy colorada y de buen año, con movimientos muy comunes y perpétuos, me abrumó de caricias, de preguntas, y se empeñó en hacerme sacudir mi acerba estupefaccion, que ella equivocaba por timidez. Vino Mr. Laffarge á reunirse con nosotras, quiso hacerme sentar sobre sus rodillas, y como yo le rechazase con una negativa que no tenia réplica, dijo riéndose en voz alta que "yo no me estaba quieta sino cuando no habia testigos de vista."

—Mamá, añadió él, no te puedes figurar lo que me quiere esta *perrilla*. Vamos, *vichuela*, confiesa que me amas á rebentar!

Al mismo tiempo, con el fin de añadir la accion á la palabra, abrazábame la cintura, tirábame de la nariz, y besábame en las mejillas. Revoltóse mi amor propio con aquellas palabras y ademanes, y sentíme estremecer de indignacion al escuchar esos apodillos de benevolencia que me tornaban en una ó mas bestias á la vez. No pu-

diendo sobrellevar por mas tiempo aquel suplicio, fingí una fatiga inmensa, que tenia que escribir tambien algunas cartas, y me condujeron á mi cuarto, donde me encerré con Clementina.

Mi cámara, tan grande como el salon, estaba completamente desnuda de mueblage. Habia pedido un tintero, y trajéronme un tarrillo roto de pomada, en el cual unos algodones nadaban en un poco de agua sucia, una pluma y un pliego de papel color de cielo. Queria Clementina desnudarme; pero no me hubiera sido posible meterme en aquella cama. Hice que se echase sobre ella conmigo, pues que me imaginaba, que dado caso que me quedase dormida, aquella bondadosa criatura haria las veces de ángel de mi guarda. Púseme luego á escribir; mas no pude coordinar ni una sola idea. Hallábame bajo el peso de una decepcion terrible. Haciame estremecer el pensamiento de esparcir tan pronto el dolor entre los mios; rehusaba mi ternura enviarles la mitad de mis zozobras, y mi orgullo empezar tan pronto á hacer el papel de holocausto..... Luego nos separaban nada menos que cien leguas..... y preciso era que transcurriesen muchos y larguísimos dias para traerlos á mi lado.... ¿Qué seria de mí durante aquellos dias interminables?... ¿qué hacer, Dios mio, qué hacer?

La tez cenicienta del cielo, que se tornaba mas sombría al acercarse la noche, acrecentaba la indignacion que hervia en mi pecho al considerarme engañada, al horror mas grande é íntimo de la entrevista nocturna, que yo temia tanto, y que evitar no me era ya posible. Nunca he conocido el rencor; pero cuando alguien me hiere en el alma, no tengo fuerzas para domeñar mis iras. En aquel instante hubiérame puesto mala si Mr. Laffarge me hubiese dado un beso en la mano; entre sus brazos, me hubiera anonadado la muerte!

De repente decidíme sobre lo que debia de hacer; resolví partir, marcharme al cabo del mundo; y sobre todo no pasar la noche entre aquellas tenebrosas murallas. Esta enérgica resolucion me devolvió la calma algun tanto; mas era preciso idear los medios de poner en ejecucion mi designio. Acudió á ayudarme mi imaginacion, resolví obtener de Mr. Laffarge una órden de partida, herir su amor propio; su honra y sus celos; hacer imposible la consumacion del casamiento, decirle que yo no le amaba, que queria á otro, y que, haciendo alevosía á mis nuevos juramentos, habia visto á su rival en Orleans y en Uzerche, y proferirle por último, que todos mis pensamientos como esposa habian sido adúlteros! Nunca hubiera yo atrevídome á pronunciar esa palabra espantosa; nunca hubiera tenido ánimos para decir de viva voz todas esas humillantes mentiras; pero

el papel lo aguanta todo sin ponerse colorado, y yo le confié con toda la amargura de mi corazon el cuidado de mi delibranza.

Despues de haber escrito muchas páginas quise repasar mi epístola; espantóme su energia; mas comprendí que me habia salvado. En pos de su lectura podrian matarme, sí; pero era imposible retenerme ni perdonarme. Vinieron á decirme que bajase; oculté precipitadamente mi carta en lo mas hondo de mi seno; tranquilicéme porque mi voluntad estaba firme, y porque tenia yo el valor inderrocable del guerrero que quemó sus naos para no tener que esperar sino la victoria ó la muerte.

Todos los moradores del Encinar se hallaban reunidos en el comedor; el banquete fué muy largo, y mucho mas larga la tertulia; íbanme al alma los afectuosos obsequios de Madama Laffarge, y las interesantes caricias de Madama Buffiere. Esforcéme por aparentar amabilidad; quise manifestarme sensible á su buena acogida, y, en aquellos últimos instantes de la reunion nuestra, sentiame avergonzada y llena de turbacion al tener que devolverles tan súbito todo el mal que en los tres últimos dias se me hiciera. Cada vez que me sentia empalidecer, cada vez que mis ánimos desfallecian, cada vez que el tintin monótono de la péndola me decia que la hora temida se acercaba, poniame á apretar contra mi pecho la carta salvadora; escuchaba el ligero ruido que hacia el papel, y figurábaseme que le oia diciéndome al oido: "Te estoy velando, nada temas."

Dieron las diez; interrumpió Mr. Laffarge una conversacion sobre negocios que ya habia ocupado sus mientes algunas horas hacia, hablando en *Patué*, dirigiéndose mas particularmente á su cuñado, pero en cuyo coloquio tomaban parte todos los miembros de la familia. No me empeñé en entender aquella estraña gerigonza; pero sentiame muy incómoda, y no podia ménos de acoger un profundo sentimiento de tristeza al escuchar un idioma que no era el de mi patria.

—Vamos á acostarnos, mugercita mia, díjome Mr. Laffarge, tirándome de la cintura.

—Suplico á V. me permita quedarme á solas en mi cuarto por unos instantes.

—Vaya! ¿queda aun esta monería? pero... pase por la última vez.

Entré en mi aposento, llamé á Clementina, y entregándole mi carta, ordenéle que se la diese sobre la marcha á Mr. Laffarge. Cuando volvió mi doncella, corrí el cerrojo, y arrojéme sollozando entre los brazos de la única amiga que me habia quedado en el

mundo. Asustóse á no poder mas la pobre chica, hízome preguntas mil, y á penas tuve aliento para esplicarle mi desespero, la carta que habia escrito, y mi determinacion de ponerme en marcha aquella misma noche. Quedóse aterrada Clementina al oir tales nuevas; luego me suplicó tuviese paciencia aun por algunos dias, hiciese venir á mi familia, y no me espusiese á que mi marido me matára en un momento de cólera.

Dieron violentos golpes á la puerta. Negueme á abrir. Arrodillada junto á mi cama, echéme á llorar; un golpeteo mas fuerte me volvió en mí; mandé á Clementina me dejase sola, abriese la puerta, y retiréme á una tronera de una ventana que estaba abierta de par en par.

Entró Mr. Laffarge en el estado mas espantoso; lanzóme los vituperios mas ultrajantes; me dijo que no habria de marcharme, que necesitaba una muger, y que no era bastante rico para comprar una concubina; que perteneciéndole yo por la ley, suya habia de ser á la fuerza. Quiso aproximarse á mí, agarrarme; declaréle con la mayor frialdad que si llegaba á tocarme, me tiraria por la ventana; que bien reconocia en él la facultad de matarme, pero no la de mancillarme con sus abominables caricias. Viéndome tan pálida, tan enérgicamente desesperada, retrocedió para llamar á su madre y á su hermana, que se habian quedado en una pieza vecina. Rodeáronme ellas llorando, pidiéronme perdonase á su pobre Carlitos, en favor de su honra, en favor de su existencia que iba á hacerse pedazos de resultas! Tambien Mr. Laffarge vino à arrojarse á mis pies; y entonces mi valor, tan firme para arrostrar las injurias, se derritió en lloros, con estos acentos de dolor y de prece. Contestéle que me era fácil perdonarle, y aun olvidar la odiosa mentira de que me veia víctima inocente; que abandonaria sin repugnancia toda mi dote, que sabria conservar honroso y puro el nombre que yo habia aceptado; pero que jamás me hallaria con ánimos de permanecer entre ellos; que era mi único anhelo el alejarme, y que si á la fuerza se me detuviera, sabria morir!

Tomóme entre sus brazos mi hermana política, y abrumóme de caricias y de preguntas; referile algunas palabras de la escena de Orleans, de cuanto me habia herido; hícele adivinar lo mucho que recelaba la primera noche de mi arribo, y cuanto miedo me acompañaba aun. Llevóse ella á su hermano á un rincon del aposento, y le habló con suma acritud. Vino á su vez Madama Laffarge con el objeto de tranquilizarme; prometió que me querria mucho; me aseguró que estaba muy envanecida de tenerme por nuera; que iba á dispensar á

su nueva hija Maria los esmeros mas maternales y afectuosos: suplicóme que absolviese á su hijo; el cual, enamorado perdido de mí, me habia engañado con el objeto de no tener la desesperacion de perderme; luego, para consolarme, puso en juego otros arbitrios: díjome que el pais, á pesar de lo triste y ceñudo que me habia parecido bajo los torrentes lluviosos de la tormenta, era rico y animado en los dias de buen tiempo. Díjome que yo seria la dueña absoluta en aquella casa, y que como déspota, podia hacer en mi nuevo domicilio todos los trastornos que estuviesen en conformidad con mis gustos y habitudes.

Volvió Mr. Laffarge con su hermana á juntarse con nosotros; tambien estaba él mas sosegado. Tomóme la mano, y besómela llorando; abandonésela, y despues de algunos instantes de silencio, pedíle por favor olvidase el mal que yo le habia hecho, que se quedase con mi dote, y me permitiese partir. Esplicóme él que yo no podia disponer de mi caudal sin el consentimiento y beneplácito de mi familia; me rogó aguardase dos ó tres dias, y prometióme que no trataria de retenerme, si espirado este plazo, no consiguiera su perdon; que se esmeraria en probarme su afecto, y en hacerme feliz. No me fué posible resistir á tantos ruegos y lágrimas, y consentí en quedarme algunos dias haciendo el papel de *hermana*. Aseguróme Mr. Laffarge que mis voluntades serian mandatos para él; que se consideraba dichoso en verme tan juiciosa; y díjome riéndose Madama Buffiere:

—Tranquilízate, hermana querida; si no se porta bien contigo te serviremos de guardas; ¿quiéres que duerma esta noche en tu cuarto?

Di gracias á Madama Buffier, é hice que pusieran en mi aposento la cama de Clementina. Una escena tan violenta y penible me habia trastornado tan completamente, que me puse mala, y quedéme sin conocimiento durante una hora. Hasta la mañana siguiente padecí dolorosas contracciones de resultas de un ataqne de nervios. No quisieron dejarme sola; temian que hubiese tomado veneno; en fin, luego que vino el dia, advirtiendo que me hallaba rendida de cansancio, dejáronme sola y abrumóme un sueño de plomo hasta que los rayos resplandecientes del sol de Agosto, vinieron á abrirme los ojos bien entrada la mañana.

Dijéronme cuando volví en mí, que Mr. Laffarge estaba tan indispuesto que tenia que hacer cama; envié á Clementina á saber de él; vestíme en seguida, y vinieron á buscarme para que bajase á almorzar; hallé en el comedor á todas las personas que me habian cumplimentado el dia antes, y ademas un nuevo huésped, amigo in-

timo de la familia, viudo y abogado, con sus cabellos blancos, cuyos modales eran en estremo corteses, obsequiosos, hombre de palabras mesuradas, escogidas y sonoras. Triste y preocupada, contesté bastante mal á sus preludios; luego, despues de un corto paseo, durante el cual la conversacion fué amable, variada, y deseosa de complacerme, olvidé algun tanto mis pesares, y animéme para responderles.

Hallé que Mr. de Chauveron tenia talento, y muy juicioso aunque algo oculto bajo unas formas asaz majestuosamente abogadescas para que pudieran juzgarse de ridículas. Si hablaba de música lo hacia con la gravedad austera del estilo correspondiente á las oraciones fúnebres, en fin, daba los buenos dias con toda elocuencia, y pedia un vaso de agua con el mas persuasivo purismo,

Despues de su partida, presentáronme á Mr. Pontier, médico de Uzerche, y tio de Mr. Laffarge Era este un hombre de algunos cuarenta años de edad, con frente noble é inteligente, y cuya mirada ardorosa y llena de pasion parecia desterrada y mal dispuesta só la orla de cabellos blancos que la encuadraba. Luego que me dió la mano, y aun antes de que trocásemos palabra ninguna, comprendiera yo que iba á tener en él un amigo, ya mi corazon le habia adoptado. Llevóme á visitar las ruinas, contóme poeticamente su origen, su historia, sus leyendas, hizome una afectante lectura del amor que en mi nueva familia me aguardaba, y hablóme mucho de la felicidad que tal vez en ella no hallaria; pero que estaba yo destinada á esparcir radiante en torno de mí,

Preguntéle con toda sencillez á Mr. Pontier, acerca del corazon y carácter de su sobrino: contestóme con entera franqueza que Mr. Laffarge era un hombre inculto, salvage, y tosco como sus montañas; que todos sus estudios se habian reducido hácia objetos de utilidad positiva y de trabajo; que carecia de talento, pero le sobraba juicio, y que seria fácil domar por medio del resorte del corazon sus habitudes positivas y materiales. Aseguróme tambien Mr. Pontier que Mr. Laffarge me amaba ya mas que á su vida, y que nada le seria imposible hacer con tal que de ganar mi cariño. Habiendo acudido involuntariamente á mis labios algunas de las tristezas de mi alma, supo Mr. Pontier suavizarlas al momento. Señalóme mi existencia en el porvenir, ceñida de los deberes de mi esposo en union con su actividad; la poesia del lenguage de mi mentor era bastante triste, pero al mismo tiempo bastante dulce: en fin antes de volver á casa, le habia yo prometido mi amistad; y sentíame mas

fuerte al apoyarme en la proteccion y en la ternura que él me jurára y que yo habia aceptado desde luego.

Despues de haberle tomado el pulso al enfermo, recetóle Mr. Pontier mi visita á fuer de pocion calmante, y llevóme á su lado. Manifestóse tan reconocido Mr. Laffarge por mi condescendencia en ir á verle, que me consideré bien recompensada de mi visita; preguntóme si me habia alejado mucho de la casa, si habia ido hasta las fraguas; contestéle que habia estado visitando las ruinas, algunos bellos paisages; pero que aguardaba para ir á ver la fundicion que él se pusiese bueno, á fin de que pudiese darme todas las esplicaciones necesarias para ilustrar mi falta de conocimiento.

Todo lo restante del dia, me mantuve serena, y casi me olvidé de mi atroz desespero, cual el dia anterior torturado me habia; cuantos me rodeaban tambien parecian estar sujetos al encanto del olvido; una sonrisa en mis labios derramaba el regocijo en los rostros de todos, y sin meterme en averiguar el por qué, sentíame dichosa en el centro de donde emanaban estas diversas espresiones de esperanza y de afecto.

Mientras me desnudaba, hízome saber Clementina que Mr. Laffarge la habia llamado á su cuarto, para decirle que no podia vivir sin mí; que estaba empeñado en retenerme consigo á fuerza de esmeros y de obsequios; que se valia de ella para conocer mis gustos y habitudes. Despues de una larga conferencia, la habia encargado de decirme que yo era dueña absoluta de trastornar á mi capricho toda la casa, que hasta se me permitiria construir otra, si aquella me parecia demasiado fea, y que los artífices necesarios solo aguardaban mis órdenes para obedecerlas esclusivamente.

Mr. Laffarge habia sabido por conducto de ella que mi aposento carecia de los objetos de tocador mas indispensablemente necesarios; y enviára desde luego á Uzerche un propio, á fin de que los comprasen; tambien me avisaba que habia mandado á Paris para que le remitiesen un criado de casa de mi tia Garat, con el objeto de que no me chocase la gerigonza ni torpeza de los sirvientes del pais.

XL.

El dia próximo, luego que me desperté, estaba el cielo tan azul, y tan suavemente perfumada la brisa de Agosto, que me sentí menos tristemente preocupada, y vínome el deseo de poner sobre mi cabeza la bóveda cerúlea para trabar conocimiento con la agreste naturaleza que me rodeaba. Mr. Laffarge se hallaba completamente restablecido; hizo que desamarráran un pequeño batel, que tenia á orillas del riachuelo, y despues de dar mil vueltas por medio de las praderías, desembarcamos al pié mismo de la fundicion.

Los trabajadores, avisados de nuestra visita, nos recibieron con un inmenso ramillete de flores silvestres, y una bienvenida estrepitosa, cordial, espresiva como su idioma *patué*; parecieron hallarse muy contentos de su nueva señora, y repitieron entre sendas felicitaciones que me encontraban muy *fanfarrona y alegrota*, lo que equivalia á muy amable y linda.

Quise verlo todo; comprender cosa por cosa. Fuera de sí Mr. Laffarge me dió unos pormenores interesantísimos acerca de las máquinas, el derretimiento, la fundicion y fabricacion del hierro colado. Su lenguage, poco fluido y correcto en un salon, se tornaba animado, vivo é interesante en su pequeño y tenebroso reino; parecióme muy instruido; muy apasionado por su industria, desdeñoso de los estrechos linderos de la rutina, y comprendedor de las necesidades y de los gozos de las mejoras y del progreso.

Era en las fraguas la hora de comer; un inmenso caldero que hervia sobre un monton de encendidas escorias fué trasladado á la sala, y uno de los obreros mas jóvenes, quien blandia con mucha soltura sobre su cabeza un cucharon monstruoso, atributo de sus funciones, vertió un espumante bodrio de tocino y legumbres en porcion de platos soperos á que hacian solera grandes rebanadas de un pan morenísimo.

Supliqué á Mr. Laffarge añadiese algunas botellas de vino y porcion de frutas á aquella comida tosca y frugal, y empeñéme en tomar una cucharada de aquella especie de revortillo espartano, el cual hallé escelente ; al gran regocijo de todos aquellos honrados infelices, quienes se reian á carcajada tendida al oir los cumplimientos que à su cocinero dirigí. En seguida hice que me llenasen un vaso en el manantial que murmuraba no lejos de nosotros; y bebiendo á salud de ellos, como lo habian verificado á la mia, les prometí, que si era mi destino el permanecer entre aquellas montañas, cuidarlos mucho, y amarlos sinceramente. No conoció límites el entusiasmo de aquellos buenos fundidores; vaciaron sus botellas con recios vivas, pusiéronme en el sombrero una corona de follage, y me escoltaron hasta mi casa en triunfo.

Hallé en el patio á unos aldeanos, que estaban erigiendo una cruz de Mayo y la cubrian de festones de verduras, y de banderolas con los colores nacionales; juntáronse á los obreros para darme el parabien, soltaron descargas de escopeteria, que hicieron despertar á cuantos ecos entre las ruinas dormitaban, y se pusieron á bailar una *burré* ó gresca al rededor del engalanado palo. Divirtióme mucho lo pintoresco de los movimientos groseros y sofrenados de aquella danza lemosina, asi como la cara bobalitona del músico que se apoyaba contra un árbol para resoplar con todas sus fuerzas en un caramillo de primitiva fábrica, y olvidóseme un poco cuanto habia padecido, en virtud del roce de este júbilo espresivo y danzante que me rodeaba.

Volví á entrar en el salon al anochecer; miré en torno de mí, y la vista de aquel aposento tan triste y vasto, el cual hubiera helado el corazon de la muger ménos susceptible de impresiones, me devolvió todo mi espanto. Era aquella una vulgaridad viviente, que amenazaba impregnar toda mi persona, todos mis pensamientos. Vestia las paredes un papel, cuyos amarillentos colores estaban destinados á no regocijar nunca los ojos, sino á disimular mas facilmente las manchas y desconchados que el tiempo habia de traer consigo. Una alcoba, adornada de colgaduras de percal encarnado, con orlas de franjas de algodon amarillo, daba de cara á dos ventanas con igual tapiceria y á una cómoda de nogal, sobre la que habia una alfombrilla, orgullosa en estremo de la nueva dignidad que la habia realzado del suelo, y en la que aparecia tejida la sensibilizadora pintura de dos palomas, que parecian haberse quedado pasmadas de gusto al sentirse ahorcar con una magnífica lazada de liston color azul rabioso. De-

coraban la chimenea cinco orondas naranjas, dos hermosas velas de sebo cuyas mechas algodonosas y blancas atestiguaban su tónica virginidad, y una lamparilla de mariposa, debajo de la cual Adan y Eva se entrelazaban fraternalmente, sin pecado se entiende, pero tambien sin hojas de higuera. Preciso es añadir á estos primores los amoríos de una bella Griega y de un feróz Albanés; obra maestra de las bellas artes, pintada en un papel muy terso, y muy admirada por los inteligentes de la vecindad; dos sillones de terciopelo carmesí de la fábrica de Utrecht, y algunas sillas con sus asientos de paja que estaban apegadas á las paredes. Habia tambien dos puertas de madera en blanco y otras dos de cristales, pintadas de gris.

Leyó en mi fisonomia Mr. Laffarge lo que pasaba en mi interior; hablóme al instante de mejoras, de planes, de proyectos; al principio puse poca atencion á lo que me decia, y permanecí callada, luego considerando que nada perdiera con escucharle, y esforzándome en aparentar complacencia á fin de retribuirle el hermoso dia que me habia proporcionado, púseme á hacer castillos en el aire, para indicar algunas transformaciones que deberian adoptarse. Aconsejé que del salon actual se hiciese un dormitorio, con su cuarto de baños, tocador y limpieza; que el corredor de la entrada tan mustiamente espantoso se convirtiese en una galeria abovedada, á la que prestasen luz algunas ventanas graciosas y ligeras, con sus arcos de trecho en trecho y su solera de losas blancas. Aquel desierto sin puertas ni ventanas á que daban el nombre de cocina, tenia proporciones bastante capaces para que pudiese metamorfosearse admirablemente en uno de esos salones góticos con entabladuras esculpidas y con puertas macizas y mueblage muy serio. A la derecha, seria facil hacer de una porcion de habitaciones pequeñas que habia, un escelente comedor; á la izquierda un hermoso gabinete de trabajo y labor, en el cual se hallasen á fin de matar las solitarias horas, libros, avios de escribir y un piano.

Mi suegra escuchaba estupefacta estos planes de trastorno, y parecia recelarse de que yo hubiese perdido la chaveta. Madama Buffiere, de cuya aprobacion eran mis designios, preguntábame si en Paris aprendian tambien las jóvenes á construir casas." Respecto á Madama Pontier, se puso entretanto á hacer fiestas á su perrillo con una sonrisa burlona, y cada dia se me iba haciendo un poco mas aborrecible.

Al dia siguiente se celebraban en Pompadour las carreras de caballos; invitáronme á que fuese, pero sentíame harto fatigada, y

no queria presentarme en el mundo apoyada en un brazo que aun no habia yo aceptado por protector mio; y así manifesté que era mi deseo quedarme en el Encinar. Hicieron muestra de aprobar mi resolucion; mi cuñada iba á Pompadour con una de sus primas; supliqué á Mr. Laffarge que las acompañára, y quedéme sola entregada á mí misma, á lo menos en la apariencia.

Durante aquellas horas de libertad, llegó mi piano á Uzerche. Hice que lo desliaran, lo armasen, lo subiesen al salon, y sentí un movimiento de deleite muy vivo al hacer resonar sus tonos sonoros y brillantes, que se conservaban tan armoniosos despues del traqueo de un viage de cien leguas como lo habian estado antes de meter en la galera el instrumento. Tambien llegaron mis baules y las señoras Laffarge y Pontier que eran mis centinelas de vista, se quedaron pasmadas de cuanto venia encerrado en ellos.

A la vuelta de las carreras esperábamos un crecido número de huéspedes; Clementina, que anhelaba verme elegante, y mas que todo admirada, hizo que me pusiese un vestido de muselina blanca, enredé mis cabellos en unas largas agujillas de oro, y quiso que me los adornase con una dedalera purpurínea. Cuando Mr. Laffarge me vió tan acicalada, gustóle infinito mi atavío, y enorgullecióse con la idea de presentarme á sus visitantes, al paso que se puso en estremo contento de ver en mi pelo la flor que aquella mañana me habia él regalado, mientras yo conmovida de su reconocimiento le permití me diera un beso en la frente que él habia engalanado. Desde entonces recibia yo todos los dias un ramillete de flores de la montaña, y antes de comer me adornaba con las mismas el cabello.

Aquella primera suaré empeñéme en ser amable y atenta para con sus huéspedes; toqué al piano varias contradanzas, y hasta la *burré* que habia yo oido egecutar la víspera en el caramillo del músico bobaliton; quisieron bailar esta clase de gresca, la que me pareció muy menos linda cuando la ví danzar con brazos contorneados por la coquetería, y con gestos que el bien parecer hacia inanimados. Se propuso para el dia siguiente un almuerzo de campo, y encargose Madama Buffiere de los preparativos, á fin de que tuviese lugar á orillas del riachuelo y á gran distancia del Encinar.

El tiempo estaba hermoso, aunque algo nublado, y los huespedes de humor muy festivo, de aquella jubilosa algazara que produce el chiste á fuerza de rebuznos, que ensordecen y que llena de penosa tristura á las personas que son impotentes para tomar parte en ella. No habia platos; fué preciso componerse sin ellos; y va-

lerse bonitamente de las manos; vasos muy pocos, pero esto proporcionaba una diversion discretamente económica; porque se hacian tan lindos comentarios acerca de los pensamientos que se descubrian con ponerse á los labios el cristal donde otros habian ya bebido; el cristal parlero que revelaba los secretos de nuestro corateral!

Un socarron en estremo fino escondió un caracol en el cendal de su amada; resultaron chillidos, risotadas y aplausos; otro, por via de *distracion*, se tragó todo el repuesto de vinos estrangeros; la broma pareció muy pesada, é hizo que se pusiesen algunas caras de una legua de largo, sin escluir las de algunas hembras; otro se puso por bote una tortilla, en fin un cuarto gracioso comenzó á berrear una cancion algo verdosa. El estrivillo tenia por acompañamiento indispensable el choque de los vasos, y el choque de los besos, lo que tenia gran partido entre algunas de mis primitivas, las cuales se reian debajo de sus velos, y ponian muy coloradas al verse en la precision de devolver el ósculo á un primito de su misma edad.

Mi austero semblante heló la alegria de Mr. Laffarge. Propúsome que fuese sola con él á visitar una de sus haciendas, cuyas chimeneas humeaban no léjos de allí; al otro lado de un castañar, y, só pretesto de ir en busca de una fuente mas fresca que aquella de donde sacábamos nuestra agua, nos alejamos de allí al momento. Pasé corriendo por encima de las peñas y de los breñales, á fin de quitarme mas pronto de la vista de todos, y mas pronto al abrigo de todas las risotadas, y luego que me paré, confiada ya en que me veia fuera de sus alcances, divertime con Mr. Laffarge sobre el tema de nuestra desesperada fuga.

Así se transcurrieron ocho dias. Por la mañana recibia yo algunas visitas; dábamos largos paseos á pié, ó bien hacíamos pequeñas escursiones en nuestra barquilla. Por la noche me sentaba al piano, y luego tenia conversaciones muy tiradas, sérias é íntimas con Mr. Laffarge; esforzábame en imbuirle algunas de mis ideas antilemosinas, las cuales yo creia que eran indispensables para la existencia cotidiana, y sobre todo algunos de los sentimientos mas indispensables aun en el trueque de estimacion y de afecto que debe presidir al matrimonio.

Poco tiempo despues de mi llegada, oí á Mr. Buffiere vanagloriarse de que habia engañado á dos pobres traficantes en hierro, entregando al uno género malo, y ocultando al otro, que se habia

referido á él, cual era el precio verdadero de aquella mercancía.

Admiró é hiriómе á tal punto este egemplar de orgullosa mala fé que hablé de ello á Mr. Pontier, diciéndole que me era imposible quedar siendo una muda espectadora de semejantes iniquidades; sobre todo, de sentarme á la cabezera de una mesa donde estuvieron convidados unos pobres traficantes cuyos despojos fueran en pos destinados á enriquecerme. Aprobó mi amigo la delicadeza de que le hacia yo confianza, criticó lo que tan digno de vituperio parecido me habia, y habló á su sobrino sobre la materia. Aseguróme Mr. Laffarge que vituperaba altamente la conducta de su relacionado; que estas habitudes de mala fé eran, en parte, la causa de haberse deshecho su compañia mercantil, y prometiómе tener un precio fijo para todos, y observar la mas escrupulosa y veraz franqueza acerca de la calidad de su hierro colado.

Mr. Pontier quien era su *confidente*, habia hecho comprender por su parte á Mr. Laffarge que la alcoba de una muger debe de ser un santuario, donde ella ha de reinar como soberana absoluta; decíale que el amor no podia existir si se le despojaba de sus velos misteriosos y púdicos; que una gran delicadeza de palabras, de acciones y de pensamientos era lo único que consiguiera ganar mi confianza, mi estimacion, y tal vez mi cariño. Encargóse Clementina de reformar el equipage y modo de vestirse de Mr. Laffarge; conociendo todos mis gustos, ó mas bien todas mis manias, decíale ella los colores que mas me agradaban, hacia que se pusiese la corbata que mas me complacia, vedábale todo chaleco de colores demasiado charros, y que muy ordinarios me parecieran. Sugetábase á sus consejos Mr. Laffarge, afeitábase todos los dias, se cuidaba el cabello y el calzado, poníase guantes burdos para ir á la fundicion, y alejaba de mi vida interior dos grandes calamidades insufribles: las chinelazas en chancleta, y las uñas de luto rigoroso, que á mi modo de ver son un par de antidotos infalibles contra el veneno del amor.

En cuanto á mí, con el objeto de parecer agradable á los ojos de Mr. Laffarge, esforcéme por grangear el cariño de todas las personas, á quienes él estimaba. Toméle aficion y empeñéme en civilizar á la hija de su hermana, chiquilla hermosa y salvage, que contaba algunos cinco años de edad, que era ahijada suya; en fin, hice presa de un abultado manual de los maestros de fundicion, y entregándome al estudio de los minerales, y de los varios sistemas de derretimiento, coladura, &c., no tardé en hallarme bastante ins-

truida para hablar con un amo de fraguas, sin que me opusiesen dificultad los términos técnicos, y para poder charlar yo misma con una orgullosa aseguranza acerca de los diversos ramos que abraza una fundicion.

Entretanto no habia yo escrito á mi familia todavia, pues me repugnaba hacerla partícipe de mis sufrimientos, de mis primeras impresiones. No me atreví á descubrirles mis proyectos, los cuales, no siendo ya en mis pensamientos unas resoluciones inamovibles, echaban á volar con las alas de mi imagínacion, merced á un dia hermoso, á un lucido paisage, á una palabra sensibilizadora de amor ó de cariño.... Habituada desde mi infancia á replegar en lo mas íntimo de mi corazon todas mis tristuras, nunca habia conocido la egoista necesidad de hacer á otros partícipes de ellas, ni la humildad de buscar consuelo en la compasion de un amigo.

Sé olvidar dolores para hacer livianas las cruces que abruman á los *predilectos de mi alma*; pero es en la soledad y en el aislamiento, donde encuentro brios para arrastrar mi propia cruz hasta la cumbre del Calvario!

XLI.

Cierta noche, despues de haber asistido á una fundicion de hierro, sentime muy fatigada. Propuso Mr. Laffarge que volviésemos á casa en el batel. Era bastante tarde.... el sagrado silencio dejaba que soplase una lijera brisa, que se rozaba contra las hojas de los árboles, y mecia muellemente sus florecillas adormidas, robándoles deliciosos perfumes á aquellas dulces hijas de la luz. Por intérvalos una atontada cigarra, entonaba algunas notas de una cancion de capricho, que iba á despertar á toda una república de austeros hormigones. Una rana, tal vez incomprendida, lanzaba un solloza graznador; luego, de repente, un acento agudo, vibrante, interrumpia

los sollozos y las canciones, é imponia silencio el ruiseñor para darle una serenata á la rosa mas jóven del vergel, su idolatrada señora... En el cielo todas las estrellas brillaban, mientras la luna, al mirar en las aguas su imágen pálida y divina, se sonreía de su propia belleza.

Remaba Mr. Laffarge lentamente, y por largos intérvalos. Tenia uno de sus brazos ceñido á mi cintura; yo me habia reclinado sobre el borde del esquife, y abandonaba una de mis manos á las aguas refrescadoras, viendo deslizarse el pequeño rio, cuya superficie no tenia siquiera una arruga; pero sí muchos murmullos misteriosos.

Un magnífico nenúfar iba flotando delante de nosotros; hice un movimiento muy brusco para apoderarme de él....

—Ah! dije riéndome á Mr. Laffarge, figuráseme que todavia se os ocurre la idea de que es mi intencion suicidarme! tranquilizaos; mi razon ha vuelto á egercer su imperio en mí, y la fantasía, un poco traviesa á ratos, jamás la echa de reina absoluta, *ni de muger déspota* sino por unos breves instantes.

—¡Conque entonces ya no piensas dejarnos!

—Eso dependerá de vos.

—Bien sabes, Maria, que todo mi anhelo es obedecerte y agradarte.

—Pues bien; prometedme que me dejareis que sea *mucho* vuestra hermana, y *poquísimo* vuestra esposa. ¡Qué! os callais! Vamos, aceptad mi cartel, y vereis que hermana tan amable hago.

—Pero.... de vez en cuando.... ¿no podia yo amarte como á esposa?

—Ya veremos.... algun hermoso dia, luego que hayais estado muy rendido y bondadoso, y ademas cuando me hayais infundido un grandísimo valor... porque os lo confieso; tengo miedo; pero un miedo tan horrible!

—Convengo en cuanto bien te plazca, mugercita original. Estoy loco de amor por ti; y ¿tú me amas un poco?

—Todavia no; pero conozco que con el tiempo podrá ser, con ayuda de la gracia de Dios, y *especialmente de la vuestra*. Tomad, para que empecemos, la licencia de darme tres besos; estos equivaldrán á tres firmas de una legalizacion, que creo son las que se exigen para hacer válido un contrato.

Las tres firmas se habrian multiplicado quizás hasta lo infinito; por feliz fortuna tenia yo en la mano mi soberbio nenúfar, cuyo cáliz era un depósito de agua fresca, que me surtió de abundantes ti-

ros de artillería; además que ya habíamos llegado á puerto y era preciso desembarcarnos.

Al dia siguiente de aquel en que yo habia aceptado mis nuevos deberes, recorrí con ojos mas indulgentes todo mi pobre *castel-en-ruinas*. Hice mil planes, mil proyectos de bien estar y de embellecimiento; en seguida escribí á cuantos amaba, especialmente á mi tia Garat, á la que supliqué me enviase ciertas cosas de primera necesidad: un criado, unas velas de cera, unas lámparas; en fin otros pequeños medios de nacionalizar en mi reino, el aseo y las comodidades. No tuve la mas leve esplicacion con las personas que me rodeaban; tan sólo comprendi que á mi suegra la habia instruido su hijo de nuestro coloquio, pues que vino á traerme con aire de dignidad y de pena, las llaves del ministerio interior, «que ella habia, me dijo, gobernado por espacio de cuarenta años, con órden, prudencia y economia.«

Resistíame á tomar el gobierno, que hallaba en unas manos mas hábiles que las mias. Exigiólo Mr. Laffarge, y solo pude conseguir que mandase hacer un segundo manojo de llaves, á fin de que mi madre política tuviese á su alcance las cosas que le fuesen agradables ó útiles, sin tener que dirigirse á mí ni á ninguno de los criados. Desde aquel instante, dí órdenes severas á mis pensamientos para que no se detuviesen mas sobre lo pasado, síno para que vivieran esclusivamente dentro del círculo de las mejoras futuras, y desechè bien lejos de mí el aburrimiento y la debilidad. A veces se me apretaba el corazon bajo la influencia de un dolor vago é indefinido: á veces se me arrasaban en lágrimas los ojos, y tan cáusticas eran las que por mis megillas se deslizában, que me abrasaba su fuego; pero este dolor, estos lloros me daban vergüenza, y ocultábalos cuidadosa, recordando que *debía*, que *me empeñaba* en ser feliz.

De dia hallábame siempre ocupada, activa, á veces muy contenta. Habia hecho la firme determinacion de ser amable, y de esparcir la felicidad en torno de mí; pero, luego que llegaba la noche, volvia á acometerme involuntariamente una tristura, un espanto invencible; tornábame algo mas que desabrida, y llevábame tocando el piano hasta las tres ó las cuatro de la mañana.

Teníamos que pagar visitas de novios, y estábamos convidados á un baile de confianza: decidióse que pasaríamos una semana en Uzerche.

Durante las pocas horas de descanso que tuve en el camino, me presentaron en Vigeois uno de mis vecinos, el conde de Tourdon-

net. Era este un sugeto muy fino, de carácter y espíritu caballerescos, antiguo oficial de marina, que se habia retirado á vivir pacíficamente en su quinta, con motivo de sus opiniones políticas, las cuales eran de un color perfectamente *blanco*. Agradóme su conversacion, y me alegré infinito de verle casado con una jóven muy bonita, la cual pudiera ser para mí una distraccion en la soledad, y una amiga para el pensamiento.

Recibióme en Uzerche un tio de Mr. Laffarge, el capitan Mattere, militar antiguo, bueno y leal, quien me acogió con afectuoso anhelo. No le hallé mas que dos defectos: una muger fria, pasiva, desabrida como uno de aquellos retratos de nuestras abuelas, egecutados al pastel, y que fruncen los labios para *muequear* una eterna sonrisa á sus nietos, y una hija ocupada laboriosamente en poner muy currutaca á una figura en estremo vanidosa, la que era bastante fea para ser amable; mas por desgracia no bastante amable para ser fea.

Entre los demás miembros de su familia, con los que yo trabé conocimiento, advertí á un tal Mr. Brugére, á quien se me impuso el precepto de temer y detestar, y cuyo maligno talento me divertia un poco sin asustarme mucho; la señorita Enma Pontier, jóven de corazon hidalgo, que vivia aislada en medio de su familia á causa de sus gustos y de sus pensamientos, muy deseosa de tener una amiga y la cual tuvo la mala ventura de amarme, al comprehender todas las simpatías que me llevaban hácia ella.

Al dia siguiente de mi llegada hice treinta visitas, ó lo que es lo mismo, paseéme de puerta en puerta á fin de satisfacer una ávida curiosidad, y de dar nuevo pasto á los camanduleros maldicientes y criticones de la ciudadilla de Uzerche. Quedéme atónita de cuanto me fué preciso ver y oir; las amas de casa me recibian en sus cocinas con los cabellos desgreñados, con las cofias cubiertas de cintajos y de flores, con los vestidos salpicados de manchas, con sus collarejas hechas una piña, con sus medias azules, con sus chinelas despellejadas, y con un lujo increible de manos puercas y de uñas de gavilan. En estas visitas se entraba, se saludaba, y despues de tomar asiento, enhebrábase la conversacion. Comenzaban á hablar desde luego del sentimiento que yo habria tenido de dejar á Paris; *de la fealdad del pais, y del aburrimiento que me aguardaba en un parage tan aislado como el Glandier*; acto continuo felicitaban á Mr. Laffarge en razon á mi *dote*; me hacian mil preguntas acerca de mi soberbio equipage, mi *forte-piano*, mi *doncella*, la que pa-

recia una moza muy elegante, y á la cual le daria yo cuando ménos *noventa francos* al año; seguianse en fin todas las murmuraciones indiscretas que constituyen las necesidades de una charla á estilo de aquel bienaventurado departamento. El asombro tornóme estúpida durante las cinco visitas primeras, el fastidio me puso mas estúpida aun en el discurso de las últimas. Vime desde luego ocupada involuntariamente en encontrar un sitio bastante aseado para poder dirigir mis ojos hácia él, y despues de una investigacion asáz inútil en una de mis visitas, clavélos en los papillotes de la señora de la casa, y púseme allá en mis mientes á hacer comentarios sobre ellos, ó mas bien una lectura de mayor ó menor recreacion, segun la edad y la clase de los mocosuelos que la ilustre matrona enviaba á la escuela todos los dias.

A fin de distraerme de estas incómodas correrías, propúsome Mr. Pontier una pequeña escursion á la Grenerie, hacienda perteneciente á Mr. Deplaces, opulento dueño de una fundicion de hierro. Halléme en una linda quinta, rodeada de admirables selvas. Recibiéronme con bondad Madama Deplaces, la cual juntaba con la dignidad de una señora anciana, una benevolencia indulgente y cordial, y su hija política, muchacha de talento, y embellecida con mil gracias y con dos hechiceras criaturas. Este retorno al mundo civilizado me habia hecho muchísimo bien, pero á la vuelta nos sorprendió un aguacero tal, que por mas que nos guareciamos bajo la capota del *briska*, la lluvia nos rociaba de todas veras, caras y vestidos, de modo que cuando llegamos á Uzerche ibamos hechos una sopa.

Como se celebraba un convite de familia, fuéme preciso poner á todos buena cara, y hacer de tripas corazon; sin embargo, á eso de las diez de la noche, me sentí tan indispuesta, que supliqué me diesen permiso para retirarme. Siguióme Mr. Pontier, hallóme con calentura, hízome tragar una copiosa tisana, recetóme un sueño muy tranquilo, y á fin de hacerlo mas completo, instaló á Clementina en mi alcoba como á enfermera, y prohibió á su sobino la entrada en el cuarto.

Hacia una hora que me hallaba durmiendo, rendida de fiebre y de cansancio, cuando oí que llamaban á mi puerta con violencia estrepitosa. Pregunté con el asombro de una pobre enferma despertada de sobresalto, quien era?

—Abre, gritó Mr. Laffarge.

—¿No os ha dicho Madama Pontier, que habiéndome puesto mala, habia hecho que Clementina se acostase en mi habitacion?

—Echala fuera, que quiero entrar!

—Amigo mio, eso no puede ser: suplícoos me dejeis dormir; aplacemos para mañana una esplicacion mas detenida.

Contestóme con un voto de calibre mediano, y yo, creyendo que esta conclusion algo adelantada me dejaria en completa paz, hundíme en lo mas profundo de mis almohadones.

—Señora, díjome despues de un rato mi doncella; oigo un ruido muy estraño en la cerradura: ¿serán ladrones, quizàs?

—Eso no es nada, vaya un miedo que tienes!

Entretanto continuaba el ruido, y yo, conociendo que provenia de alguna amable broma de mi caro esposo, ni siquiera me moví: el pestillo era fuerte, y juzgué que al cabo de algunos momentos se aburriria Mr. Laffarge de su oficio de cerragero.

—Abre, ó fuerzo la puerta! gritóme él con furia redoblada.

—No puede ser, os pido por favor que me dejeis descansar.

—Abre, ó hago pedazos cuanto encuentre!

—Echad la puerta abajo, pero bien os consta que contra mí la fuerza no sirve de nada.

—Soy el amo, y entrar quiero; no es á tí á quien busco, es mi cuarto; desaloja y vete al infierno si eso te acomoda mas!

Una terrible coz, seguida de la interpelacion mas grosera me hizo estremecer; luego, con toda la fuerza que mi indignacion me prestaba, salté del lecho, abrí la puerta, y cruzando los brazos, quedéme delante de él en guisa de estátua, representando la muda cólera. Mr. Laffarge, con los ojos enfurecidos, la cara pálida y trastornada, quiso atraerme á sí con violencia, y me disparó mil odiosos epitetos; pero, rendido de cólera, se vió precisado á tirarse sobre una cama, y dióme lugar para que me retirara al gabinete, abrumada de vergüenza y de desesperacion, y ocultando el rostro entre las manos, á fin de ahogar mis sollozos, mientras Clementina cubria de lágrimas y besos mis pobres pies, denudos y helados, que en valde se esforzaba en hacer entrar en calor.

Hacia algunos minutos que estábamos en aquella vivienda, cuando de repente unos ayes y gemidos, y de cuando en cuando unos gritos de angustia dolorosa se dejaron oir en la pieza inmediata; llenas de susto, quisimos abrir la puerta de la habitacion en donde nos hallábamos retraidas, con el objeto de pedir socorro; mas estaba cerrada con llave, é hice ir á Clementina en busca de Mr. Laffarge, quien proseguia quejándose; encontróle ella en un estado espantoso, sin habla y revolcándose en el lecho.

—Llame V. á alguien que nos favorezca, señora, gritóme la doncella al instante, pero por Dios, no entre V., que la vista de su esposo haria que se muriera de susto!

Zamarreé la puerta con todas las fuerzas de mis brazos; pero destrozábamelos sin que pudiese conseguir arrancar la cerradura, y asi, desesperada y medio loca, abrí la ventana, y valiéndome de una sábana, intenté bajarme al patio. En aquel momento oyó la barahunda Madama Matere, y preguntándome que era lo que ocurria, grítéle «que su sobrino se habia puesto muy malo, que la puerta estaba cerrada, y que era preciso la echasen abajo sin perder un momento.»

En ménos de un instante, toda la casa se alborotó; fueron en busca de un cerragero, y por fin, Mr. Pontier y su familia consiguieron entrar en el cuarto. Mis tias, asustadas de mi semblante convulso y asombrado, me llevaron á su habitacion, á fin de esforzarse en calmar mi desespero; y no tardó en venir Mr. Pontier para tranquilizarme, diciéndome que su sobrino solo tenia un violento ataque de nervio, lo que se atribuia á haber tomado el frio de la mañana, y á una ardiente escitacion producida por un esceso de vino de champaña. Hizo mi tio que me echasen sobre una cama, dióme á beber una pocion calmante, y rodeóme de esmeros y de consolaciones delicadísimas.

Envié de cuarto en cuarto de hora á saber de la salud de Mr. Laffarge, quien exigia verme sin tardanza; pero se opuso Mr. Pontier á dejarme en su cuarto ántes que terminase la crisis; y luego que supe se hallaba mas aliviado, me negué yo á mi turno ir á verle, manifestando á mi tio que no me hallaba con fuerzas para soportar dos escenas de aquella clase. Quise prevenir la repeticion de ellas, dándome por lastimada á lo vivo, y haciendo que insinuaran á Mr. Laffarge, que no bastaban unas cuantas palabrotas de arrepentimiento y de pesar para que yo le perdonase unos arrebatos de cólera tan brutales como injustos.

Rendida de emociones, quedéme dormida á la madrugada, y cuando disperté, me trajeron una tierna carta de mi tia Garat, la que llegaba muy á tiempo, cual si la providencia la enviase, para alejar de la memoria mis terrores y angustias, y para hacerme olvidar mis severidades inexorables.

Hallábame pues dispuesta á la indulgencia, cuando llegó Mr. Pontier con el objeto de pedir la autorizacion competente para conducirme á su culpable sobrino, á quien ya habia hecho aguantar tres largas horas de sermones y de contricion.

Mr. Laffarge se arrojó llorando á mis pies; tendíle la mano; abrazóme él con inesplicable gozo, y prohibiéndole toda esplicacion, le prometí que jamás aludiria á lo pasado en aquella triste noche, en la que tanto habiamos sufrido ambos, y tan desgraciados nos hiciéramos.

Mi marido estaba bueno del todo; yo seguia indispuesta; mas como temiese las murmuraciones y los desuellos malignos, si no me presentaba en el baile aquella noche, prometile que haria de tripas corazon; pero le declaré que en lugar de hacer un misterio de su desventurada escena de violento arrebato, confesaria sencillamente que su pobre cabeza, caldeada con el vino de champaña, le acarreára un terrible ataque de nervios, cuyas resultas habian alarmado mi inesperiencia, y que al verle tan indispuesto creí que iba á morírse.

—Vamos, añadí yo *riéndome con seriedad*, ya teneis vuestro perdon; lo he olvidado todo; pero tened cuidado de no repetir desazon semejante, pues que me seria imposible sobrevivir á ella.

Aun me sentia triste y fatigada, cuando llegó la hora de vestirme para ir al baile. Las siete de la noche era la hora señalada para comenzar la fiesta; pero Madama Matere, quien por su mucha elegancia habia conseguido la dignidad de *Leona* (1), se empeñó en no presentarse hasta una hora despues que las demás concurrentes, y merced á esta exigencia de su *escelsa posicion*, fuéme dable disfrutar del completo golpe de vista de un sarao lemosino.

XLII.

Un baile es cosa singularísima en un villorro de provincia, que no tiene la honra de ser prefectura, ni aun posee el dulce consuelo

(1) Asi se llama en Francia é Inglaterra á las petimetras de primer viso.

de estar á las órdenes de un subprefecto. Aquel adonde ibamos era una ofrenda que hacian á las beldades de Uzerche ciertos jóvenes colegiales, que, habiendo recibido aquella mañana sus premios, querian por la noche danzar en toda su gloria, y, caballerescos vencedores de un participio ó de una traduccion, se empeñaban en hacer que triscáran en honor de sus triunfos las damas soberanas de sus pensamientos. La oronda moneda de cinco francos, sonsacada á la derretida ternura de una abuelita, ó la que en un momento de orgullo hiciera saltar de la bolsa de un padre, se habian sacrificado para los preparativos de la funcion. Los galantes muchachos habian reunido algunos sesenta francos; no dejaba de ser un caudal, amen de dos quinqués y seis hermosísimas velas de sebo, sin contar los chillidos cascarreños de una flauta y las rascaduras destempladas de un violin.

Un café económico habia prestado para este célebre sarao un salon de buenas dimensiones. Al rededor de las paredes, y sentadas en unos bancos mas que estrechos, veíase á las danzarinas cobijadas con el sombrero que sus madres algun dia lucieran; en el centro de la sala una masa compacta de hombres *negros* con pantalones *blancos* apenas dejaba sitio para que se rebullesen los imberbes bastoneros, á quienes les cupiera el encargo de saludar á las damas que venian, de enseñar los dientes con toda amabilidad á cada elegante jóven que solicitaba entrar, y de atizar las velas de sebo.

Las chicas, pertenecientes á la novísima nidada, vestidas con sus tragecitos de coco muy *cándidos* y blancos, y virtuosamente saltones como las túnicas de la Vírgen Santa, lucian sus brazos colorados como la grana debajo de unos guantes de redecilla, y sus carrillos muy mas frescos que los moñajos de raso carmesí puestos á pegullones en sus cabellos. Ocupábanse todas con la mayor formalidad en llevar un registro de sus compromisos *danzantes*, en partida doble! Las muchachas casaderas, que se distinguian por un farfalá tremendo puesto en la orla de las enaguas y una rosa sobre la oreja, andaban de secretillo unas con otras, y lanzaban sus miraditas modestamente coquetas al bailador que concluia, y al bailador que empezaba. Las novias, abrumadas con sus nubes de tul, de raso, de cintas, de flores y de alhajuelas, sacadas de la batea de boda, hablaban de recio, reíanse mas de recio aun, miéntras se disputaban los inciensos de algunos admiradores. Por fin, las respetables madres de familia echaban sus cálculos acerca del valor de cada equipage y de cada virtud, de que los concurrentes hacian gala, discutian las hijuelas de los danzantes, daban parte á sus colaterales del resultado de sus cálculos aritméticos,

y especulaban en esperanzas sobre el *partner* (pareja de baile) casadero que parecia dedicarse á alguna de sus hijas.

Presentóme Mr. Laffarge á algunos de sus amigos, entre otros á Mr. de Meynard, cuyo espíritu era muy vivo y muy cáustico, y el cual conservaba de Paris muchos recuerdos y pesares, que me le hicieron apreciar como á un compatriota á medias, y me obligaron á aceptarle de buenísima gana por mi caballero durante todo el tiempo del sarao.

Gracías al mérito de la novedad, persiguiéronme las envidias de todas las mugeres, y los homenages de todos los bailarines, mientras puse en el potro la imaginacion de cuantas *pavas reales* asistieron al baile, cargadas de *tapicerías*. No les era posible acertar el precio, ni comprehender mi sencilla bata de muselina chinesca, guarnecida de hojas de lúpulo, y hallaron de una liviandad muy *poco del caso* y *muy digna de vituperio*, mi peinado, que adornaban unos festones de esas mismas hojas de lúpulo, y los cuales constituian todo el lujo de mis galas.

La sencilla alegria de nuestros héroes juveniles, tan contentos de su baile, y tan envanecidos de mostrarse galantes para con las hembras, borró algun tanto de mi memoria la escena de la noche anterior, mientras las maravillas increibles que me rodeaban, proporcionáronme algunos instantes de diversion, con gran sorpresa de varias personas, que se quedaron pasmadas al verme danzar en un baile de candíl con el placer en los ojos y la sonrisa en los labios.

Para presentarse en el ínclito sarao, la señorita Mattere, con la doble premeditacion de ponerse currutaca y de darme berrenchin, quitándome la esperanza de ser la única que estuviese de *última moda*, habia copiado á escondidas la hechura de uno de los vestidos de mi equipage de novia. En el baile fué donde por primera vez advertí al *hermano* que habian querido improvisarle á mi monillo ó jubon. Por desgracia, noté al mismo tiempo, que la esclavina, indispensable apéndice para la modestia de semejante descote, se le habia olvidado á mi plagiaria, y que por tanto las negrísimas espaldas de mi prima se escapaban con demasiada libertad de su prision de seda. Considerándola algo mas que ridídícula, quise advertírselo caritativamente, valiéndome de estudiadas perífrasis; pero mi observacion fué recibida con mucha sequedad; debí haber caido en que se me creía celosa de las indiscreciones del criticado monillo. Ni las miradas burlonas y escandalizadas de las otras chicuelas, ni las reprimidas risotadas de los mozuelos tuvieron un éxito mas feliz que

el que pretendió mi amigable advertencia; era moda, y esta conclusion quedaba incontestable para una *leona* de provincia. No paró el baile en estas críticas solamente; pues que el mayordomo de fábrica, comisionado por el señor cura de Uzerche para que observase, á fin de denunciárselos en seguida, los hechos y los ademanes de sus tiernas ovejuelas, noolvidó en su delacion el hacer mérito del jubon y de las negras espaldas de mi prima. Al dia siguiente, en la misa mayor, el testo del sermon fué acerca de los peligros del baile y de los placeres mundanos; despues de un cuadro espantoso de los terribles tormentos que habian de servir en el infierno para hacernos purgar los goces de esta vida, volvióse el cura á la señorita Matere, quien estaba á dos pasos del púlpito, y esclamó por via de peroracion con la voz atronadora del profeta:

«Maldicion! ¡maldicion triple á este siglo de iniquidades en el que se vé á una madre conducir por sí misma á su hija á las escuelas de Satanás; en el cual se vé á una jóven cristiana, desesperada de contar veínte y tres años de virginidad, confiar, no á la gracia de Dios, sino á la gracia de sus espaldas, el cuidado de conseguir un marido! Creedme, caros hermanos, la cólera del cielo se desplomará sobre estos encantos evocados por las hechicerias de la moda, y el hombre honrado no irá á buscar por cierto una esposa que tales enseñas desplegáre.«

No ¡sé como la pobre amonestada pudo sobrellevar esta públíca humillacion: no sé como su padre y su hermano pudieron contener su cólera; todas las bocas repitieron estas palabras, que fueron comentadas por todas las *caridades femeninas* de la parroquia. La familia de Matere quedó reñida con su guia espiritual; pero, como en las provincias no permite la dignidad de ciertas posiciones contentarse con un teniente de cura para cumplir con la Iglesia, las festividades de la Pascua de Resurrecion devolvieron la paz y el olvido.

La religion, en el Lemosin, no es otra cosa que fanatismo y supersticion; el clero campestre me ha parecido por lo comun poquísimo instruido y poquísimo tolerante; hay veces en que la cátedra se torna en eco de chismorreos, y la primera piedra la arroja entre el rebaño la mano misma del pastor. En la devocion de las mugeres hay una carencia total del *justo medio*; las unas sacrificando al *qué dirán*, cumplen con tanta negligencia como tibiez la *forma* de sus deberes religiosos; las otras, á quienes se apellida beatas *(menettes)* olvidan sushaciendas por la iglesia, sus maridos por su confesor, rezan tantos rosarios como sartas de maledicencia pronuncian, y si bien no

dan limosnas á sus hermanos en afliccion, dan riquísimos dulces al padre cura, que maldita la afliccion que tiene; y, váyase lo uno por otro! Las iglesias están muy sucias y desconchadas; el servicio divino celébrase en ellas sin recogimiento ni gravedad; predícase el ayuno y la abstinencia á unos miserables que se alimentan de castañas y de mijo; se habla de la vanidad y de los peligros de las cosas de este mundo, á unos infelices seres que ni aun tienen pretension el aseo, y que no conocen mas ambicion que el anhelo de criar cerdos gordos, gallinas ponedoras, y de atestar sus despensas de víveres. ¡Qué diferencia entre estos sermones y las sencillas palabras del cura de Villers-Hellon, el cual imponia á los aldeanos la obligacion de ayudarse, de quererse mutuamente, de mezclar sus preces con el trabajo, y decia á los viejos: »Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos;» y á los niños: »No mentid, y honrad á vuestros padres!« ¡Loor eterno al hombre santo que introducia la providad en las familias, y el pudor en el corazon de las jóvenes!

La supersticion, todo-poderosa entre el pueblo lemosin, existe todavia en la gente acomodada. Cuando llegué al Glandier, me advirtieron que los antiguos monges, habitantes de aquel edificio cuando era convento, solian aparecerse de cuando en cuando; que Madama Buffiere los habia visto en los claustros con mucha frecuencia. Madama Laffarge, quien no tenia principio religioso ninguno, y tal vez ni aun creia en el Evangelio, era una ciega creyente del Diablo, y me contaba que cierto dia que se le habia olvidado hacer la señal de la cruz sobre la cuna de su hija, á fin de conjurar al demonio, el espíritu maligno se la volcó dejando impresas sus negras uñas en el cuello de la pobre mamonzuela. Antes de volver al Glandier, convenimos en que iríamos á admirar la pequeña metrópoli de la Coreza, y como tuviese Mr. Laffarge algunos negocios que concluir allí, acompañónos Mr. Pontier á fin de servirme de *sombrero* en las horas de la soledad.

La ciudad de Tulle está situada deliciosamente para los ojos aficionados á lo pintoresco; las casas, escalonadas sobre el declive de dos pequeñas colinas, parecen hallarse colocadas así con el objeto de vigilar á su Coreza, y ver rodar las diligencias bajo los árboles de su paseo; las habitaciones del populacho forman grupos negros, quebradizos y sin órden en la sima del anfiteatro; las de los opulentos moradores trazan en las márgenes del rio, una orla regular y civilizada; lo interior de la villa es horroroso: las calles son unas escaleras muy sucias, y tan angostas y broncas como los senderos que con-

ducen al paraiso; las casas revelan á los ojos una miseria profunda; porcion de hombres ennegrecidos y ahumados hacen resonar en ellas los golpes de sus ayunques, mientras que las mugeres se ven sentadas en los umbrales echando pestes de una acera á otra, ó dando innumerables bofetones á la turba de chiquillos que á sus pies se disputan la posesion de una miserable castaña. En Tulle son contrabando los coches, porque de niuguna utilidad pudieran servir en aquellos escarpados vericuetos; luego sociedad no hay, pues cada uno vive por sí y para sí. Las beldades de Tulle, que son muy feas, se ocupan en las haciendas de la casa, y mucho mas en las de sus vecinas, acuden á tres bailes durante el invierno para encontrar asuntos de murmuracion, y cuando no hay bailes, llaman en su auxilio las armas de la calumnia, siempre nuevas, y siempre muy apreciadas. Respecto á los hombres, pasan estos toda su vida en el café ó en el palacio; casi todos son abogados, ó *abogueros*, médicos ó republicanos. A muchos no les falta talento ni socarronería, y muchos mas tienen socarronería sin talento. Despues de haber hecho visita al prefecto y á varios amigos de Mr. Laffarge, hízome admirar Mr. Pontier la fábrica de armas establecida en Souliac; luego, en contra de su voluntad, é impelida de un empuge irresistible, empeñéme en ver la cárcel, el cementerio, y quise introducirme en el tribunal.

Era la época de la vista de las causas; juzgábase á una pobre chica acusada de infanticidio, y llenéme de asombro al ver por primera vez aquel aparato de la justicia humana, tan poco imponedor y tan tristemente funesto; sobre la frente de los jurados ni ceñaba la preocupacion ni resplandecia la inteligencia; tampoco se columbraba la dignidad en las sienes de los jueces; y ya iba yo á salirme de aquel terrible salon de Temis, cuando me detuvieron las palabras elocuentes y llenas de pensamientos que pronunció el jóven abogado, defensor de la acusada.

Absolvieron á la pobre moza; y por la tarde, al hacer Mr. Pontier que trepase yo por una de aquellas escarpadas peñas que dominan á Tulle, tuve la alegria de encontrar al jóven defensor, que por la mañana me habia hecho esperimentar una emocion profunda; complacióme el que mi tio me lo presentára, lisongeóme que se juntase á nuestra escursion, y que la sincerísima enhorabuena que yo le dirigia pareciese acogida por su corazon mas bien que por su vanidad.

La noche, embozada en sus ligeros crespones de niebla, aun no habia ceñido su frente con su guirnalda de estrellas; habia cesado el trabajo; el toque de oraciones vibraba en la lontananza, algunas ave-

cillas dormitaban ya, y otras, perchadas encima de sus nidos, adormian á sus compañeras con sus cánticos monótonos y dulces; seguiamos un estrecho sendero, que no permitia se aceptase el apoyo de un brazo, ni continuar una conversacion; tan solo cuando el vasto panorama, que debajo de nuestros pies se estendia me daba una impresion nueva, volvíame hácia mis dos guias para que de ella tambien participasen, y sorprendia la mirada de Mr. Lachaud, que fija en mí rostro, parecia querer interrogarme, estudiarme, y adivinar mis pensamientos mas íntimos; aquella mirada, suspicaz y severa mientras íbamos paseándonos, espresaba á nuestro regreso una tristeza simpática; parecia protegerme y jurarme que era la de un amigo para el tiempo venidero.

No volví á ver á Mr. Lachaud; pero en los dias de mi quebranto, fué el primero á ponerse cabe mi! no hizo mas de lo que yo esperaba!!!

XLIII.

Despues de estas tres semanas de visitas, por la mayor parte asaz aburrientes, alegréme infinito al verme de regreso en *mis penates*, y comenzé con valor á hacer mi papel de Robinson Crusoe.

Teniendo á mis órdenes media docena de albañiles, olvidé sobre la marcha lo agradable por lo útil; hice que condenasen una parte de la casa, que estaba hecha una pura ruina, formé cielos rasos, armé de cerraduras y pestillos las puertas y ventanas; pero toda esta faena se hacia tan mal, tan lentamente, y era preciso tan á menudo rehacer lo que el dia anterior se habia trabajado, que yo no adelantaba tanto como la venida del invierno, y me ví desesperada de ponerme aquel año al abrigo del frio y de la lluvia.

El gobierno interior de la casa me habia producido unos resultados mas satisfactorios; segundada por un buen sirviente, que Mr.

Laffarge me habia hecho traer de Paris, conseguí ver restablecido el despótico reinado del aseo; los suelos de madera relucian con su varniz de cera, los tapetillos se bajaron de las cómodas para dar humilde abrigo á los pies, las viejas paredes se despojaron de sus colgaduras de telaraña, y así el polvo como las lujosas traperias de tela encarnada se desterraron al zaquizamí, reemplazando sus funciones unas modestas cortinas de percal brillantemente blancas.

En mi cuarto reuní todo lo que pudiera solazar mi vista; los libros favoritos, el *necesér*, el piano; una mesa muy grande que se colocó en medio de él quedó cargada de cuantos avios se necesitan para escribir; así la chimenea como la cómoda se cubrieron de las memorias de mi niñez y de mi juventud, y colgados en mi rededor los retratos de las personas á quienes yo amaba, alentábanme, velaban por mí, sonreíanse al presenciar mis esfuerzos y mi buena voluntad por ser feliz.

A mi modo de ver, las almas de las queridas personas que se han ausentado de este mundo para precedernos en la eternidad, no se contentan con unas cuantas lágrimas, con unas cuantas preces; quieren que su recuerdo nos libre de mal, y que nuestra vida sea bastante pura para que dé memoria, y merezca su bendicion.

La parte mas difícil de mi reforma fué la dirigida á atacar los numerosos abusos y el desaseo intolerable de la cocina y del servicio de mesa. En aquel pais, donde todos los negocios se discuten y tratan mientras se come, donde todos los placeres comienzan y concluyen sobre el mantel, donde la amistad consiste mucho mas en un tierno trueque de comidas que de pensamientos, el arte de la cocina es una ciencia de indispensable y grato estudio para las jóvenes esposas, quienes raras veces confian á manos mercenarias este gran recurso de seduccion y de felicidad intimamente doméstica.

Raro es el marido lemosino que conserva su mal humor al saborear una escelente taza de café; una muger vale un Perú cuando sabe guisar una liebre *á la royal*; un pastelon de patatas, que no esté sollamado es un remedio infalible contra los celos; y una ama de casa, que sepa domar las dificultades de una batea de merengues casi adquiere el derecho de pegársela impunemente á su *maridito*. Laas comilonas duran cuatro horas ó cinco; y como que es indispensable sepa y comente la vecindad el número de platos fuertes que en él van á servirse, es preciso sacrificar la calidad á la cantidad de los guisotes.

Siéntanse los huéspedes al rededor de una mesa cubierta de una

porcion de platos fuertes y flojos, combinados de manera que en ella quepa el mayor número posible. Todas las partes de una ternera ó de un borrego se dan cita allí só diversas formas. Las gallinas asadas miran con desden á las gallinas cocidas, los patos con salsa de aceitunas hacen que se pongan pálidos de puro despecho los modestos patos con salsa de nabos, por fin, es aquella una parodia gastronómica y sangrienta de la Degollacion de los Inocentes.

Entre el primero y segundo servicio, hay un instante de crisis para la señora de la casa; su inquieta vista ojea los platos que se traen de nuevo y el órden con que se los coloca.... Olvidósele á una criada la simetría debida, ruborízase su ama, hácele señas incomprehensibles, se levanta en completa zozobra, y restablece el órden de batalla, mientras á la sordina echa un pelucon á la rolliza culiparda que no supo representar condignamente su papel de mozo de comedor.

Este segundo capítulo de la comida, que solo ha causado la muerte de cinco ó seis asados, se compone en desquite de todas las legumbres conocidas, de cremas de todos colores y de tortas de todas especies. En fin, luego que ponen los postres, y despues de una crisis mas violenta aun que la primera, para la amabilísima patrona, viene la mas bulliciosa algazara. Las mariposas luciendo sus pintarracadas alas de gragea sobre los hornazos, las palomas de dulce perchadas en la cima de las tortas del vizcocho saboyano, los corazones inflamados, á los que atraviesan flechas abundantes y que coronan el chapitel de los melosos nuégados, se convierten en testo de las bromas mas galantes y de los calembures mas ingeniosos. Entonces las jóvenes gorgean ruborizadas los romances sentimentales de Madamisela Pugot; las madres de familia entonan algunas cantatas del tiempo del Directorio, y las chuscas cantinelas de los maridos y de los padres, terminan estrepitosamente aquella graciosísima reunion. Ademas de las comidas, hay los almuerzos *festinarios* casi tan largos y suntuosos como aquellas, las colaciones indispensables en las visitas de campo, y en fin las partidas de *barquillos* y *de masa frita*, que sustituyen gastronómicamente á las lecturas y *mañanas musicales* que se dan en otras partes de la Francia.

Algunos dias despues de mi llegada, habiendo ido de visita en casa de un médico amigo de Mr. Laffarge, acepté el convite que me hicieron de tomar un *refresco*; y despues de dos horas de aguardar, se me trajo vino tinto, vino blanco, porcion de licores, y una inmensa cabeza de ternera al natural.

La cocina, ese santuario, donde la muger del lemosin pasa la mayor parte de su vida íntima, deberia de ser un laboratorio muy aseado y currutaco, digno de tan grandes artistas; pero nada de eso hay. Aquella pieza está siempre sucia y desarreglada; las gallinas se pasean por encima de las mesas, los chiquillos lloran y chillan allí, abundan los perros y los gatos, estableciendo su domicilio debajo de los fogones; por fin, al exigir yo que la cocina del Glandier estuviese saltando de limpia dia y noche, fueme preciso emplear promesas, amenazas y premios para conseguirlo de los sirvientes del pais; pero no pude jamas desterrar completamente de aquel lugar, los pollos y la canalla cochinesca los cuales remplazan en esta comarca á los carneros y ovejas de los hermosos rebaños de la Picardia.

Costóme tambien mucho trabajo obtener algunas reformas en el servicio de mesa. Por poco hay asonadas cuando sustituí dos comidas á las cuatro atraquinas habituales, y exigí que los manteles estuviesen siempre limpios, y la vagilla de plata y de loza se fregase todos los dias. La primera vez que tuve convidados, habiendo hecho reemplazar los cuarenta platos de etiqueta, por cuatro modestas entradas, y que adornasen la mesa con grandes vasos de flores y hermosas canastillas de frutas, se desesperó mi buena suegra; y despues de haberme suplicado en vano, á nombre del honor de su casa, que no cercenase el número *conveniente* de guisotes, acudió hecha un mar de lágrimas á reclamar los *derechos* de su hijo para obligarme á ceder. Mi marido apenas me hizo una leve insinuacion sobre estos derechos: hice comprender á Mr. Laffarge, por medio de un beso, que yo tenia razon, y cuando nos pusimos á la mesa, habiendo advertido, que, no obstante mis órdenes, se habia aumentado considerablemente mi lista de platos, hice con toda bravura que se llevaran á la cocina los sobrantes. Este golpe de autoridad, puso fin á toda disension, y debo confesar que Madama Laffarge solo me conservó de resultas una semana de rencor. Yo habia suplicado á mi suegra permaneciese de cabecera en toda la casa, mas ella no quiso; y á mi vez tampoco me hallé dispuesta á tener un mando cohibido á los ojos de mis sirvientes, y si bien aceptaba consejos de buenisima gana, gustábanme muy poco las murmuraciones y los chismes con que en contra mia se le iban á calentar á mi marido les orejas.

Abrumábame mi suegra con sus zalamerías, con sus lisonjas, con sus mimos: apesar de eso no se me iba por alto lo celosa que estaba del imperio que yo egercia sobre su hijo, y que ella se esforza-

ba en arruinar. Perdonéle esta intriga: el corazon de una madre no debe sufrir partícipe ninguno en los tiernos afectos de su hijo, y comprendia yo en toda conciencia que me faltaban muchas *cualidades esenciales* para atraerme la simpatía completa de Madama Laffarge. Nuestras habitudes ponia mayor distancia entre nosotras que la que estableciera la disparidad de nuestras edades. Habiendo sido muy fea toda su vida, con un marido poco fiel, hubo de buscar en las distracciones del manejo doméstico todos los goces, y sus ideas se habian angostado sobremanera quedando reducidas á tan estrechos límites. Mi suegra desconfiaba de todas las cosas, de todas las personas; era misteriosa en sus palabras, y todavia mas en sus acciones; pasaba el dia encerrada en su cuarto, cuya puerta con dos vueltas de la llave, solo se abria despues de tomadas infinitas precauciones.

Aquel aposento era la vivienda mas original de la casa: una verdadera Arca de Noe: guardaba en ella Madama Laffarge sus provisiones de boca, y su ajuarito de cocina; en un rincon se cebaban pavos, en otro se ponian mohosos los quesos. La chimenea estaba siempre atestada de cafeteras y de cacerolas; jamas permitia que los sirvientes le diesen un barrido, y las mugeres de la casa no se atrevian á entrar en aquel santuario ni aun para hacer la cama. Tambien tenia costumbre Madama Laffarge de acostarse vestida; solo que por la noche se ponia el pañolon al reves, y lo volvia al derecho tan luego como el alba derramaba sobre la tierra sus benditas luces.

En cuanto á mi cuñada, la señora Buffiere, era aquella una esposita con honores de *dama*, que llevaba del diestro al marido, y del cabestro á su mamá, pues que el uno y la otra le habian cobrado miedo. A su vez, gobernábala cierto empleado que se habia establecido en la casa como tertuliano perpétuo. El tal Mr. Magnaud, *que solo poseia un ojo*, era un hombre de modales muy ordinarios y muy groseros, y se valia de palabras muy triviales y de la mas chocarrera familiaridad; hízoseme insoportable semejante ente. Convencida de que mi cuñada *le amaba como á un hermano*, esforcéme en no hacerle desaire ninguno; pero le tuve á respetable distancia, sin permitirle traspasar los límites que le habia impuesto.

Esta pequeña colonia de mi cuñada y de mis *dos cuñados*, que se reunia diariamente con la nuestra, hizo una espedicion, pronto despues de mi llegada, para visitar unas fraguas que habian alquilado en Tayes. No me causó mucha tristeza este *crescendo* de soledad. Amábame Madama Buffiere con una exageracion tan grande de be-

sos y de palabras, que no era fácil pudiera creerse muy sincera, No dejaba ella de tener talento; pero de aquellos talentos tan ladinos y solapados, á los cuales les es fácil pintar en los labios una sonrisa sin que esta fuera efecto de los ecos que provieniesen jamas de su corazon.

En fin, como Mr. Laffarge me hubiese encargado que fuese para con ella muy reservada y poco franca en mis conversaciones, la ví ausentarse con un sentimiento de júbilo mas bien que de tristeza.

En el momento de la partida, adhiriòse á mi cuello Adelaidita Buffiere con tanta desesperacion, que supliqué á su madre la dejase conmigo todo el invierno; avínose á ello, y aquel pequeño ser, que mucho me amaba, se hizo compaña de mis dias; poníase á bailar cuando yo tocaba el piano, escuchaba y vertia lágrimas cuando yo cantaba, y aprendia la cartilla, sentada á mis pies, mientras yo estaba haciendo mis labores de bordado.

Mr. Laffarge, absorto en su industria, pasaba las mañanas en ajustar sus cuentas, ó en recibir á los traficantes que venian á comprarle hierro, ó á venderle leña y maderages. Rara vez le veia yo antes de medio dia. Habiendo yo ido á molestarle algunas veces en su despacho, conocí que le incomodaba mi presencia, y que le cohibia; por cuya razon no volví á poner los pies en aquel santuario de sus negocios.

Despues de almorzar íbamos á ver que tal se adelantaba la obra de los albañiles, y los trabajos de ocho desmontadores que se hallaban enteramente sugetos á mi mandato, para que nivelasen los alrededores de las ruinas, que me empeñé en alfombrar de céspedes y cubrir de odoriferos arbustos. Habia yo cuajado allá en las mientes un inmenso plan, que poco á poco realizarse deberia, y el cual pensaba concluir en el término de seis años. Dueña absoluta de todos los detalles de la obra de adorno y recreo, cuanto decidia aprobábase siempre sin discusion, y Mr. Laffarge se quedaba estático de gozo, cuando con un nivel en la una mano, y un puntalillo en la otra, me veia echarla de sobrestante de las ventanas góticas de mi linda galeria, ó trazar las revueltas de una calle de árboles. Luego nos llegábamos á la fundicion, y entonces me tocaba á mí participar de sus pensamientos de progreso, escucharle é instruirme; algunas veces montábamos á caballo para ir á visitar algun paisage pintoresco, en otras ocasiones dábamos un pasco á pie, atravesando los bosques, para buscar las hermosas flores de las montañas, y volvíame á

casa siempre con vastos manojos de brezo, y de dedeñaleras purpurinas, con lindas sartas de madreselva, yedra y lúpulo que cogiera Mr. Laffarge entre los abrojos para con ellas coronarme. Por la noche, leíale yo mis libros favoritos, ó tocábale las sonatas que mi infancia mecieran, ó las baladas de mi pais. Cantábale tambien algunos tristes romances; él luego se quedaba dormido, y siempre entonces retornaban mis negros pensamientos; sentíame infelice, asustada y muy desabrida hasta la mañana próxima.

XLIV.

Un mes despues de mi llegada al Encinar, convidáronme al bautizo de una hija de Mr. Tourdonnet; mi primera visita á San Martin tuvo lugar en medio de una fiesta de familia, muy concurrida y animada, en la cual encontré todas las prevenciones amables y pulidas de los alrededores de Paris. Madama de Tourdonnet era una jóvencita muy hechicera, colorada y blanca, con unas manos muy lindas y unos pies muy monos, y la cual no hacia caso de las seducciones de la cocina, para hacer condignamente los honores de su estrado. Mr. de Tourdonnet hacia que reviviesen en su pequeña sociedad hospitalaria los usos filantrópicos de nuestros antiguos hidalgos; sus palabras, sus miradas daban la mas sincera bienvenida, y recibia á sus huéspedes con cordialidad y gracia. Al hablar con este caballero, siempre se hallaba una distante de aquellas obligaciones serviles que son dominio de la existencia positiva y exigente; burlábase él de los sentimientos sin mofarse de las personas, y en su firme voluntad de no seguir nunca el dictámen ageno, acogia las opiniones mas originales, y provocaba unas discusiones muy animadas y muy divertidas.

No acudió á esta funcion ninguna muger estraña; pues allí solo se reunieron los antiguos amigos de la familia, y algunos jóvenes que

tenian relaciones íntimas con Mr de Tourdonnet; entre estos distinguí al marques de Corhu, quien por sus pulidos modales, exentos de afectacion, su noble aspecto y linda figura, trajo á mis mientes un arbitrio para metamorfosearle en primo mio, y con su auxilio, de trasplantar á mi desierto una graciosa prima á quien yo amaba entrañablemente.

Habiendo pasado la noche en San Martin, dedicóse el dia siguiente á visitar con detencion aquella hacienda que era magnífica. Hallé los jardines delicadamente diseñados, y sus bellas praderas y sus bosques, que se estienden en las cercanías, hasta una distancia bastante considerable, la constituyen en una soberbia propiedad agrícola. Dejé aquellos lugares con el deseo de hacerles frecuentes visitas, y de grangearme la amistad de sus amabilísimos moradores. Unos espantosos caminos doblaban la distancia que nos separaba; mas era fácil transitar por ellos á caballo, y yo habia hecho ya tanto conocimiento con los abrojos, los barrancos y los peñascos de las rutas lemosinas, que léjos de tenerles miedo, esperimentaba un cierto placer al desafirlas y al proseguir la celeralidad de mi carrera, sin que me arredrasen obstáculos tan mezquinos.

Poco tiempo despues de esa época, me puse mala y tuve que hacer cama, de resultas de una fiebre maligna acompañada de terribles dolores de cabeza. Durante mi enfermedad, que duró poco, pasaba Mr. Laffarge los dias enteros á la cabecera mia. Ni aun durante la noche se fiaba él implícitamente de los esmeros de Clementina, y se levantaba con frecuencia, dando muestras de la mas desazonada inquietud. Una noche, que me habian lastimado doblemente las tristes nuevas que me remitian mis amigos de la Alsacia, sentíme mas indispuesta, y quiso Mr. Laffarge velarme hasta el dia.

Hácia las doce se me arrebató la sangre á la cabeza, contrajéronseme las estremidades de los miembros, se me pusieron mas frias que el yelo, apenas tuve fuerzas para pedir socorro, y poco despues se me quitó el conocimiento.

Luego que me alivié, vi en torno de mi lecho á todas las personas de la casa. Mr. Laffarge sollozaba puesto de rodillas al lado de mi lecho, me calentaba las manos con su aliento y decia á voces «que no habria de sobrevivirme, que su muerte seguiria de cerca á la de su esposa!» Clementina lloraba, y vertia sobre mi cabeza una garrafa de agua de nieve. Mirábame Madama Laffarge con aire consternado, miéntras las criadas y los obreros, hincados de rodillas, rezaban mil preces á alguna distancia de mi alcoba. Todavia no me era posible ha-

blar; pero conmovida de todos estos dolores, esforcéme por apretarle la mano á Mr. Laffarge, quien, advirtiendo que habia vuelto en mí, me abrazaba con los mas vivos transportes de gozo.

Este desespero, estos testimonios de amor y de felicidad que saludaban mi vuelta á la vida, me conmovieron profundamente; mis ojos mis palabras lo espresaron, y complacíame mucho el revivir al conocerme tan amada. Asi es que cuando el médico llegó, ya me hallaba completamente tranquila. Díjole Mr. Laffarge que yo habia tenido una congestion cerebral, y que me habia salvado, haciendo que me pusieran unos sinapismos en los pies, que me bañaron la cabeza con agua de nieve, y las manos con agua caliente. No aprobó tales remedios el doctor Dárdon, ni fué de su dictámen respecto á mi enfermedad, atribuyendo mi estado alarmante á un violento ataque de nervios. Yo habia padecido tanto, y veia á Mr. Laffarge tan dichoso por haberme salvado la vida, que la decision de su amigo Esculapio formulada con tan poca delicadeza, nada me quitó de mi reconocimiento, y no me cupo duda del peligro de que me acababa de preservar.

Nunca he tenido miedo á la muerte; pero heriame el pensamiento de morir separada de mi hermana, léjos de todos los objetos de mi amor, sin tener lugar para legarles todo mi cariño y todas mis palabras postreras. Sentia sobre todo que la tierra seria gravosa para mi cadáver en un pais estraño, y entre tantos difuntos para mí desconocidos. Hice jurar á Mr. Laffarge que enviase mis cenizas á dormir el sueño eterno cabe mi abuelo querido, á la sombra de las preces, de los pensamientos y de las flores que se me tributarian en el cementerio de Villers-Helon.

Al dia siguiente, entregóme Clementina de parte de Mr. Laffarge y con aire misterioso un grueso legajo de papeles.

—¿Y este paquete es para mí? ¿qué ha sucedido pues? esclamé yo.

—Nada, señora; sino que el amo, de resultas del amor que á V. profesa, ha querido hacer su testamento. Me lo ha leido; es cosa que hace llorar: encárgame que se lo entregue en secreto, y me dice que lo oculte entre vuestros papeles.

No pude caer al momento en el significado que tenia esta determinacion de Mr. Laffarge. Mas despues de haber leido su voluntad de ser enterrado junto á mí en Villers-Hellon, ocurrióseme la gracia que el dia antes le pedí, y conmovíme hasta el fondo de mi ánima por cuanto habia de amoroso y de delicado en semejante proceder.

Hallábame todavia derramando dulces lágrimas, cuando entró en mi cuarto mi marido. Supe espresarle con ternura la emocion que me habia hecho esperimentar, regañándole en seguida por haber exibido un alarde de aquellos tristes pensamientos de muerte.

—Ayer has visto, díjome él, en que bagatela consiste nuestra vida. Ocurrióseme que si yo moria de repente, no habrias de ser heredera de mi caudal. Hasta el tuyo quizás se veria comprometido de resultas de las partijas ruinosas de mis compañeros en los asuntos comerciales. Cuanto yo poseo es tuyo mientras viva, despues de mí muerte tuyo tambien será. Ahora estoy tranquilo. Sin embargo, para evitar rencillas, y un rompimiento completo con mi madre y mi hermana exijo de tí el mayor sigilo, en trueque de esta prueba de afecto que he querido darte.

Prometíselo, y resolví tambien hacer á mi vez un testamento, pero sin confiarle esta determinacion, porque recelaba lastimarle, si daba yo muestras de imitar su ejemplo mas bien que su corazon. Nunca habia hecho documentos de esta clase, y de nuestro código solo me era conocida aquella parte que trata de *los requisitos para casarse*; hubiérame pues visto muy apurada para hacer mi testamento, á no habérseme ocurrido la idea de copiar de Mr Laffarge aquella parte que servia para hacer válido mi codicilo ante la ley: lo único que no hice fué imitarle en su generosa donacion. El tierno afecto que profesaba á mi hermana, los sentimientos de tia que era justo tuviese ya por la criatura que estaba en vísperas de salir á luz, hacian imposible una cesion absoluta de mis intereses; dejé pues cuanto poseia á Mr. Laffarge, con libertad completa de aprovecharse del usufruto, sin trabas ni restricciones de ninguna especie durante su vida, pero con la obligacion de que se restituyera el principal, despues de su muerte, en calidad de dote, á la primera hija que tuviese mi hermana. Tambien disponia de todas mis alhajuelas, que me eran tan caras, para dejarlas á las personas que me habian manifestado cariño; y como no supiese á quien encomendar el cumplimiento de mis últimas voluntades, y el escrito original, con el objeto de que no padeciesen falsificacion ó estravío, confiélas á la custodia de Madama Laffarge, quien me juró nada diria á su hijo, conservándolas *selladas y secretas* hasta la muerte de él ó la mia. Parecióme que mi suegra se habia puesto muy complacida y sensible con mi accion, á lo ménos dióme un millon de gracias por el afecto previsor que yo de aquella suerte manifestaba hácia su hijo.

Apenas me hallaba repuesta de mi indisposicion, cuando uno de

mis arrendatarios vino á regalarme una canasta de peros tan hermosos que parecian descendientes por línea recta de la célebre manzana del paraiso. Empeñóse Mr. Laffarge en mostrarme su destreza, jugando á la pelota con aquellas magníficas frutas, y despues de algunas suertes muy limpias, lanzó el pero mas orondo de todos á través de un cristal que con el golpe se hizo añicos. Yo me hubiera consolado bien pronto de la avería, con reirme al ver tan humillada la vanidad de mi esposo; pero el tiempo estaba húmedo y frio, al paso que mi cabeza, convalesciente aun, sintióse desazonada con el contacto del aire.

Envié á buscar un cristalero á Uzerche, pero el bueno del hombre estaba malo; mandé que buscasen otro en Labersac, pero se hallaba en la vendimia; en fin, resignéme de malísimo humor á la necesidad de que tapasen el boquete con un ignoble pliego de papel, cuando se me ocurrió servirme de uno de los diamantes de Madama de Leautaud, á fin de cortar una hoja muy grande de cristal, que yo habia visto dentro de una alhacena, y la cual podria reemplazar perfectamente á la que roto se habia.

Al instante fuí en busca del saquillo en donde estaban, é iba á sacar uno de los pequeños, cuando se introdujo en mi cuarto Mr. Laffarge y me sorprendió ocupada asi. Tuve que aguantar una andanada de preguntas, de interrogaciones, de *porqués*, de *comos* y de *cuandos*, al uso de nuestros dueños y señores, con grave aburrimiento mio; y en vez de echarme á cristalera, víme precisada á contar un cuento, á ocultar un sin número de cosas, á esplicar otras muchas; en fin, á hacer que comprehendiera un marido lemosin que hay cierta delicadeza, la cual no permite se vendieran, ni aun á él, los secretos ni el nombre de una amiga comprometida y confiada.

Mr. Laffarge se empeñó en ver no solo el diamante útil, sino cuantos en el saquillo se encerraban; quiso pesarlos, saber su valor, segun los libros de metalúrgica; en fin, ya mi paciencia se hallaba agotada, cuando por desdicha mia, vino á sorprendernos Madama Laffarge, y el bonazo de mi esposo la hizo admirar el agua de todas aquellas piedrezuelas que tan brillantes al sol resplandecian.

—Oh! esclamó mi suegra, vaya unas cosas bonitas y que costarán un puñado de cuartos! Dime, Maria, ¿quién te las regaló? ¿por qué las tienes guardadas? ¿por qué no nos lo habias dicho? Vaya! este es un verdadero tesoro!

Contesté bastante secamente que el tal tesoro no me correspondia. De aquí resultaron otras mil preguntas. Y Mr. Laffarge, viéndome abochornada de puro perpleja é impaciente, se llevó á su madre, haciéndome señas para que me tranquilizase. Me hubiera desesperado de mi indiscrecion é imprudencia, en circunstancias semejantes, si no me hubiese visto en la precision de hacer tarde ó temprano esta confianza á mi marido, á fin de que remitiese los diamantes á Madadama de Leautaud, ó que los vendiera y enviase su importe á Mr. Clavé. La anuencia de Mr. Laffarge era una precision muy indispensable y moral.

Cuando volvió á verme mi marido, parecia estar loco de contento.

—Vamos, me dijo, tranquilízate, porque *he salido del apuro* bonitamente. He hecho creer á mi madre que los diamantes son tuyos; sino que no querias enseñarlos hasta juntar el suficiente número para un aderezo.

—Encuentro esa ficcion muy increible.

—Pues mi madre no ha tenido dificultad en tragársela; por otra parte, tu nada entiendes de negocios. Cuando uno se echa al tráfico, precisa comulgar á los demás con ruedas de molino, y mientras mas rica te crean, mas dinero entrará en mi bolsillo.

—Creed que no me agrada demasiado un caudal que deba su hechura á semejantes medios.

—No exijo que los emplées; déjame obrar á mí por cuenta propia.

—Al ménos pido que no permitais que Madama Laffarge *revenda nuestro cuento* de los diamantes.

—Mi madre hará todo lo que yo quiera; se quedó pasmada cuando le dije que valian 30,000 francos.

—Y yo admiro esa exageracion de nada ménos que 24,000; pues bien os consta que su valor no llega á 6,000 francos.

Luego que nos servimos del diamante á fin de poner el cristal, no hubo para que volverlos al saquillo; y los trasladé á una cajita que Mr. Laffarge guardó con toda seguridad dentro de un cajon de su escritorio. No pudiendo poner en la cajeta el nombre de Madama de Leautaud, escribí el de Lecointe, quien era un bello sugeto, diamantista de Maria, y á quien se podia confiar el secreto en caso indispensable.

XLV.

Desde que yo montaba á caballo tenia sobre el corazon verme poseedora de una yegua torda y de buenos pies, por fin que fuese tan corredora como las vaporosas nubes que por el cielo se deslizan despues de las tempestades. ¡Cuáles no serian mi gozo y reconocimiento cuando un obsequio encantador vino un dia á realizar aquel bello ensueño que me durára diez años.

Al ir con Mr. Laffarge á visitar los acaballaderos de Pompadour,

habiamos hecho conocimiento con un buen clérigo, á quien hallamos lamentándose al lado del camino por la ingratitud coceadora de su cavalgadura, cuyo caprichoso carácter no habia podido domarse en virtud de una santa educacion, y la cual hallaba un placer muy maligno en egercitar la paciencia de su dueño reverendísimo, comprometiendo su gravedad ó por mejor decir su nuca. La traviesa jaca, libre ya de su ginete y de su silla, relinchaba saltando de gozo, dejaba que el viento jugára con sus crines, mordiscando desdeñosamente algunas florecillas de heno... luego con fingida modestia, allegándose á su pobre víctima inspirábale la esperanza de que se dejaria coger de la brida, y un instante despues echaba á huir para entregarse á sus locos retozos, á sus saltos y á sus patadas.

Escena tan chistosa me habia divertido mucho. Confieso con rubor que mas simpatizé con el travieso rebelde, que con su respetable señor, y aun estaba pensando en aquel paso al dia siguiente por la mañana, cuando al dispertarme, me anunció Mr. Laffarge que habia comprado la linda yegüecita del padre cura, y que era mia desde luego, mia del todo y mia tan solamente.

Salté de la cama, para dar la bienvenida y un pienso de cebada á aquella nueva amiga, y como me dijeron que por sus venas corria una poca de sangre árabe, bauticéla con el nombre de Arabesca. Era una preciosa bestiezuela, de cuatro años, con unas crines pobladísimas, pies mas ligeros que una cierva y un genio caprichoso y original; sobre todo muy amiga de la independencia. Emprendí gustosísima su educacion. Al principio empeñóse en hacerme medir el suelo con las costillas; pero advirtiendo que yo me reia de sus vanos esfuerzos, y como prefiriese mis caricias á mis latigazos, púsose á amarme y obedecerme cual si fuese una ovejilla. Nuestros gustos eran unos mismos; no sabiendo andar con paso igual y sóbrio, ya se lanzaba como un venablo, ya se dejaba ir sin estudio, miraba cual movian sus alas las mariposas ó se detenia súbita para escuchar la quejumbre de los céfiros. Algunas veces animada y brava, si advertia algun estorbo, centelleábanle los ojos, y volvia la cabeza hácia mí para solicitar la licencia de arrostrarlo; en otras ocasiones, recelosa y tímida, resoplaba, estremeciase, dábale miedo de un pájaro, de su sombra misma, y solo se calmaba al oir mi voz, ó al sentir que mi mano le palpaba las crines, y entonces se ponia á relinchar con una estrañísima espresion de gozo y de orgullo.

Arabesca, al hacer contínuos nuestros paseos, me permitia que los alargase sobremanera, y merced á su andadura, fuéme posible ir á admirar las nobles y briosas potradas del acaballadero de Pompadour. En aquel establecimiento, segun me aseguráran, habia yo de encontrar á varios oficiales muy finos; confieso que me cansé poco en buscarlos, porque me hallaba embelesada y distraida con los huéspedes verdaderamente caballerescos de aquella lindísima morada. Otra de mis escursiones me llevó á casa de una tia de Mr. Laffarge, cuya instruccion me habian citado con orgullo, haciéndose lenguas, de sus talentos y de sus escritos. Era en su físico una mu-

ger de poca talla, invariablemente cobijada con un sombrerazo amarillo y verde, y tan poético como una tortilla de huevos y peregil. Recibióme esta tia con dos doctísimos besos, con las frases mas repulidas, y dijo con mucha gravedad á un pequeño subteniente de infanteria, *jovencito* de algunos sesenta años, y á quien ella conducia de la mano:

—Querido mio, saluda á esta amable sobrina, que viene á mis desiertos, como la paloma del arca, trayéndonos una rama de mirto en vez de una de olivo. Pauzani, amor mio, abraza á tu sobrina, pues te dá licencia; luego irás á coger para ella una rosita: mi esposo no sabe una sílaba de frances, es natural de Córcega; añadió ella en voz baja; pero aunque habla muy mal sabe querer muy bien: nuestro casamiento fué una pura novela. Moríase de amor por mí, y arrebatando mi corazon, obligóme á sacrificar en las aras de Himeneo, aunque era mi intencion sacrificar á las castas hermanas de Apolo.

Callóse Madama Pauzani; pude entonces respirar, quitarme el sombrero, y acto contínuo nos sentamos á la mesa. Su almuerzo era tambien sapientísimo, y todos los platos estaban cocinados por la señora misma, con arreglo á los récipes de la antigua historia. Para la primera entrada habíase consultado á los Judios, á los Griegos y á los Romanos; el *Cocinero Real*, el *Cocinero Imperial*, la *Cocinera Ciudadana*, la *Casa Rústica*, y el *Diario de Conocimientos Utiles*, habian presidido al segundo cubierto; en fin los postres se habian preparado en conformidad á los secretos de las dueñas de la edad media, de las mugeres del gobierno directoral, pertenecientes al gran siglo, y de las muchachas casaderas del presente.

Como tuviese Mr. Laffarge que evacuar algunos negocios en Brevis, propúsome que pasase el dia en la quinta de Cote. Avíneme á ello con sumo gusto, y Madama Pauzani estuvo muy obsequiosa conmigo. Llevóme á ver sus moreras, aprobadas y protegidas por una comicia agricola; sus patatas monstruosas que habian de *cebar* el porvenir del pueblo lemosino: las remolachas que iban á convertirse en azúcar para endulzar á ese mismo pueblo; su vino de grosella destinado á emborracharle; en fin, díjome ella que Mr. Gauthier de Uzerche estaba componiendo un discurso acerca de sus ciruelas *bastardas*, las que se habia empeñado en hacer que las probasen los señores diputados de la Cámara Francesa, y que dos Académicos la habian felicitado ya sobre el cultivo de la *acedera Pauzani mille follia*.

A la vuelta de nuestro paseo, habló mi tia esclusivamente de literatura, de nuestros escritores; sacó de un armario un promontorio de manuscritos, y dijo queria consultarme sobre una Historia de Francia, *anterior al Diluvio*, la cual determinaba dar en dote á su patria. En efecto, despues de haberse calado las antiparras, tosido y gargajeado con suma modestia, instruyóme durante algunas cuatro horas acerca de los fechos y del talante de nuestros reyes antidiluvianos.

¡Qué erudicion! Yo me hallaba estupefacta, corrida de mi igno-

rancia, y me estremecia de pura lástima por los nietos de nuestros hijos, á cuyas manos llegáse tal complemento de su Historia, ó Faramundo! ¡cuántas maldiciones te echaba yo! ¿Era preciso que en pos de habernos dado tantos descendientes fastidiosos, tuvieses ademas la pretension de jactarte de un numeroso abolengo, y de hacernos ruborizar, y que la boca se nos abra en anchuroso bostezo al leer acerca de sus padres, sobre los padres de tus padres mismos?

El castel de Madama Pauzani está sito en escelente posicion. Las Montañas del Saliente, las praderas regadas por el Vezere, los viñedos, los ricos trigales se estienden en torno de su pequeño coronamiento. Lo interior de la casa ofrecia un desórden artístico y una originalidad clásica; montones de libros tenian posesion de todas las mesas y de todas las sillas. Algunos servian de enjugadero sobre sus sapientes hojas á multitud de yerbajos, de hongos, y de peras pardas; rimeros de frutas de todas clases se almivaraban en numerosas redomas, y hasta el cachivache de la tinta agregaba á sus funciones la de servir de amplio salero. Debajo de un retrato de Napoleon se veía colgado de un clavo el belicoso chacó de Mr. Pauzani, que ocultaba en su discreta sombrerada el pelo postizo, los papillotes, y los peines de su muger cultiparda y autora; mientras el soberbio sable que sirviera antaño para combatir contra los Beduinos servia ahora de alcayata para colgar de ella racimos de uvas y sartas de pimientos.

Durante la prima noche que pasé en la Cote, hubo una espantosa tormenta. Asombrada la Pauzani, asustada de muerte reunió en torno de sí á sus arrendatarios, hizo que se pusieran á rezar de hinojos, mandó á su page de escoba, que entonasen con todos sus pulmones los *salmos penitenciales*, y echóse á repasar las cuentas de su rosario, parándose de rato en rato para ocultar su rostro y medrana en el seno de su esposito querido. Luego que los truenos comenzaron á retumbar mas sordamente decia el ama del castel á su pequeño *groom* con zapatos de palo:

—Baptiston! *moun pitrou (hijo mio)* cántanos aquel polo de Argel.

Y volviéndose hácia su marido, decíale en voz queda:

—Entonces todo era gloria para tí, pichoncito mio! Ya te se ha olvidado el amor.

Y si un relámpago le devolvia el miedo, esclamaba al instante la erudita:

—Pronto! Baptiston, vuelve á entonar tu salmo.

Y Baptiston ahullaba santamente al compas de la tormenta, los arrendatarios se echaban á rezar, y el rosario volvia á andar la noria.

Al dia siguiente, mientras me estaba peinando, tomé una garrafa que habia en la chimenea; bebí un vaso de agua, é iba á emplear lo restante para mis lavatorios, cuando Madama Pauzani, que á la sazon entraba en mi aposento, retrocedió con los cabellos erizados de espanto.

—Ah Dios mio! gritó ella, os habeis tragado toda mi agua bendita!.... la habeis profanado; quizás hasta con ella lavado la cara!...

¡Jesus mio! mi buen Jesus! si ha sido un sacrílegio involuntario, ten misericordia de nosotras!

Y mientras así se lamentaba, volvia á echar con sumo esmero, y prolija piedad el agua bendita en la redoma, que de pila le servia, y mucho me costó convencerla de que lejos de verme condenada, debia yo estar á aquellas horas tan purificada y bendita como la misma agua.

XLVI.

Mis correrías á caballo y mis visitas no me hacian olvidar la fundicion; iba yo á ella incesantemente; los fundidores me iniciaban orgullosos en los detalles mas pequeños de su arte, y cuando venian del Lemosin bajo los arrieros de fruta, con sus mulas cargadas de melones, de albérchigos y de uvas, les compraba toda su hacienda por un puñado de cuartos, y la distribuia entre aquellos infelices, tostados y resecos por causa del calor que despedian esas hornazas del infierno en miniatura.

Casi todas las noches á eso de las diez, hacia Mr. Laffarge que desamarrasen la barquilla, é íbamos á presenciar la coladura del hierro. Era aquel un espectáculo admirable y poético; las llamas esclarecian de un modo infernal los peñascos, contra los cuales se respaldaban los hornillos, y vertian su luz amarillenta por las praderas que á su pié se estendian. En aquellas medias tintas de inconstante y mentirosa luz, transformábanse las mulas en ninfas desgreñadas, los álamos en gigantones, y las *lianas* convertidas en silfidas, danzaban al son quejumbroso que emitian los grillos. En el vestíbulo hallábamos al maestro fundidor dando sus órdenes con voz sonora; sus oficiales, jadeantes, trasudados y solícitos, atizaban el fuego, espumaban las escorias flotantes sobre el hierro derretido; y luego á una señal dada, levantaban el reparo, y dejaban que aquel océano de fuego rodase sus olas por los canales abiertos en la arena. Entonces de aquellos rios ardientes desprendíanse millares de chispas azules, bailaban unas con otras en medio de las tinieblas, saltaban, se estinguian; volvian á centellear, y al desvanecerse dejaban de nuevo la fundicion en el silencio y en las sombras.

Por lo comun regresábamos á casa charlando de mil materias. Mr. Laffarge quien evitaba iniciarme en la parte positiva de sus negocios, solo á mí me confiaba sus ideas de mejora, y hablábame sobre todo acerca de un descubrimiento importante que creia haber hecho, y cuyos resultados le traian caviloso noche y dia. Como que para darle gusto y entenderle habia yo estudiado el voluminoso Manual de los Maestros Fundidores, dable me era alentarle, aprobar sus proyectos, y manifestarme orgullosa al verle abandonar los trillados senderos de la rutina para lanzarse por la noble vereda del progreso. Veamos ahora cual fué el descubrimiento á que aludo.

Segun el método ordinario, el mineral despues de haberse derretido en virtud de la agencia del fuego, se funde en canalizos de arena, y al enfriarse forma unas gruesas barras de coladura. Estos barrotes, á fin de reducirlos al estado de hierro, deben sugetarse á una segunda fusion, por cuyo medio la coladura se purifica de sus gases impuros y dañosos, y luego se conglomera en una inmensa bola, la cual pasa despues á manos de los herreros, para que con sus martillos la conviertan en barras de hierro, en rejas de arado &c.

Apartándose de este modo de trabajar, ideó Mr. Laffarge el hacer que el mineral líquido corriese directamente en los hornazos de purificacion, destinados á volver á fundir los barrotes, y por este medio economizar manos y jornales, ahorrar el tiempo y el gasto de carbon que se consumia en derretir las impuras masas, y en fin, por medio de semejante método tener que desembolsar unicamente la tercera parte de los gastos actuales. Hallé este procedimiento tan sencillo, tan fácil de egecutar, tan preferible al antiguo, que imagináme que desconocido quizás en el silvestre Lemosin, habia de practicarse en las fraguas de otros paises. Pude convencerme de lo contrario al hojear los tratados mas nuevos sobre la fabricacion del hierro. Temí en seguida que no fuese un requisito indispensable derretir dos veces el metal, á fin de obtener hierro de calidad buena. Prometióme Mr. Laffarge que haria una prueba con el objeto de destruir la única duda que todavia me quedase. No me consideraba bastante instruida para comprender bien las esplicaciones químicas que rompian mi ignorante cabeza sin convencerla, y me era preciso que se sustituyera, en honor de mi incredulidad, la práctica á la teoría.

Difícil fué egecutar este ensayo: preciso fué sobrellevar todo un dia de impaciencia, de aguardo, de temor y de esperanza; y á la caida de la tarde, cuando me trajo en triunfo Mr. Laffarge una muestra de hierro, participé de su emocion, y felicitéle con muchísimo orgullo y entusiasmo.

Dió parte mi marido á su cuñado de sus importantes descubrimientos, pero en términos bastante vagos; y como no quisiese hablar de ello á sus dependientes, quedéme siendo única confidente suya. Cuando todo dormia en torno nuestro, escribia yo dictándome él, los resultados de sus investigaciones y de sus estudios: él me hizo comprender perfectamente los términos técnicos, y me encargó luego del estilo y de la redaccion postrimera de la memoria

que iba á presentar al ministro, á fin de conseguir un diploma de invencion.

Aunque este nuevo método fuese muy sencillo, exigian los medios de egecucion grandes estudios, un conocimiento profundo del arte de fundir, de la metalurgia, y un adelanto de fondos bastante considerable. Mr. Laffarge, amante de la industria por educacion, juntaba una práctica de quince años, á cálculos constantes y serios; y una voluntad asaz firme para no temer los reveses. Con el tiempo y el trabajo podia vencer el primero de los obstáculos antedichos; pero el segundo era mas difícil de remediar. Decíame que sería fuera del caso buscar un empréstito en aquel pais tan pobre y sin relaciones directas con los banqueros de Paris. Yo sabia, que para vender las tierras que en Villers-Hellon poseía, como á mi marido lo propuse, era preciso hacer particiones entre menores, lo que siempre ocupa un tiempo infinito. Esta dificultad de procurarnos dinero á tocateja me apuró mucho, me puso muy cavilosa; parecióme imposible de vencer, hasta que me dijo Mr. Laffarge que era su intencion buscarla á premio muy subido, y ceder ademas al prestador una parte de los beneficios; entonces parecióme el negocio tan bueno, que resolvi escribir á mi familia y á mis amigos, para que me prestasen un servicio en el cual ellos mismos hallarian tan buena cuenta.

Luego que de resultas de conversaciones muy graves, reducia Mr. Laffarge sus proyectos á guarismos, ocupacion que para mí era desconocida totalmente, pues que confieso mi vergüenza que nunca he sabido contar sino por los dedos, comencé á hacer castillos en el aire; ó lo que es lo mismo formé ilusiones sobre mi próximo viage á Paris. Era menester el espacio de diez años para llevar nuestros planes á efecto, y para que tuviesen plenas resultas. En todo aquel tiempo solo habiamos de pasar un mes en Paris; pero en desquite mi marido habria de poner á mi disposicion dinero suficiente para construir en nuestros viejos muros una morada elegante; en ella podria yo recibir á mis amigos, á mi familia; hallaríame con una chiquilla, y quien sabe si con un chiquillo, al que educaríamos á la inglesa, enseñaríamos varias lenguas estrangeras, mientras aun se hallase en la cuna, &c., &c. Despues de estos diez años de juiciosa conducta, tomaríamos un honrado agente de negocios, gran número de empleados todos por supuesto muy hábiles y de acrisolada conducta; pasaríamos seis meses en Paris y otros seis en el Encinar; viajaríamos, veria yo casarse á mi hija; mi hijo seguiría la carrera diplomática, y Mr. Laffarge nombrado reprensentante de la Nacion en las Cámaras, conseguiria por fin introducir en Correze algunos destellos de civilizacion y de luces.

Este trabajo, estos proyectos, este porvenir que ocupaban mis ensueños, asíame demasiado de mi espíritu para dejarme sentir el vacio de mi imaginacion, y yo comenzaba á comprender verdaderamente la felicidad, tal como se la entiende en este mundo. Habiame hecho la *amiga*, la consejera privada de Mr. Laffarge, quien me trataba con afecto y confianza, rodeándome de las atenciones mas afec-

tuosos. Demasiado absorto en sus negocios para hacer el papel de enamorado, ya no exigia de mí aquellas palabras ardorosas y llenas de pasion, que yo no sabia pronunciar, ya no me solicitaba amores, con la ley en la mano y el despotismo de un acreedor; en fin tornádose habia en un escelente hermano, á quien yo esperaba querer con el tiempo algo mas en calidad de marido.

Despues que Buffiere se ausentó, hizo Mr. Laffarge venir de Paris á un sugeto, para ponerle al frente de su oficina. Hablaba mi esposo del tal hombre como de un portento, aunque esta eleccion fué siempre para mí un enigma. Era el susodicho un jóven de modales groseros, voz almivarada y ojos ladinos. Asombréme mucho cuando habiéndole preguntado de que fundicion venia, contestóme que ciertas especulaciones desgraciadamente hechas por él sobre los fondos públicos, privándole de sus bienes, le habian obligado á meterse en una orchateria para llevar las cuentas, y que nunca habia egercido otra ocupacion. Disgustéme á tal punto, revoltóme la increible ligereza que habia presidido á una eleccion de tamaña importancia, que reconvine á Mr. Laffarge; pero díjome este que hacia mucho tiempo conocia la adhesion, y la actividad á prueba de bomba de aquel hombre; que importaba muy poco el que estuviese en ayunas de la fabricacion, pues que su destino era tan solo el de sobrestante, y el de encargado de la contabilidad y de las ventas. Por fin, si no pudo convencerme, hízome algo menos contraria á Mr. Denis.

Ignoro si mis prevenciones se le pegaron á mi marido, pero lo cierto es que no quiso confiar sus esperanzas de diploma á su dependiente orchatero, y solo fué el mismo dia que iba á partir, cuando le dictó su memorial; pues que mi letra era demasiado ilegible, por causa de su independencia, para que pudiera presentarse á un ministro. Respecto á Madama Laffarge, daba muestras esta señora de apreciar al escribiente nuevo algo mas que su hijo, convidábale á comer con frecuencia, y á pasar la suaré en nuestra compaña. Hallando muy fastidioso el tener que recibir tan á menudo á un hombre tan mal educado, y á quien era preciso tener á distancia por medio de maneras secas y friamente protectoras, á fin de que no traspasase los límites del bien parecer, supliqué á Mr. Laffarge insinuára á su madre economizáse cuanto pudiera sus convites á Mr. Denis; y la señora, resignándose entonces á recibir tan solo á su protegido en el santuario inaccesible de su cuarto, no pudo perdonarme el que yo hubiera provocado su destierro del salon.

XLVII.

Hácia fines de Octubre tuve un alegron muy grande; por la vez primera pude recibir en mi casa á una persona de mi familia, y conocer la dicha que se esperimenta al dar hospitalidad á los que amamos. Mi pobre Glandier aun era inhabitable, escepto en mis ilusiones; sin embargo, hice cuanto me fué humanamente posible para que fuese agradable á mis huéspedes. Esmeréme en hacerles olvidar cuanto les faltaba, adivinando sus pequeñas habitudes de lo interior, sus gustos, sus deseos; y no pudiendo improvisarles obsequios lujosos entre mis incultas montañas, traté de que no les faltase buena lumbre, hermosas flores, y caras risueñas.

Despues de haber salvado en posta los peñascos, las barrancas y los desiertos, cuyo terreno solo habia sido hollado desde la creacion por los cascos de las mulas, el señor y la señora de Sabatié llegaron á media noche, muertos de fatiga, acardenalados con el traqueo, y exhaustos de hambre, creyendo que habian bajado á los infiernos al ver entrar su coche debajo de las sombrias bóvedas del Glandier, y que se iban á los diablos con indulgente y afectuoso júbilo.

Luego que me ví entre los brazos de mi prima, luego que nuestros besos, nuestras preguntas, nuestras miradas se hubieron trocado mil y mil veces, parecióme que mi pasado tan bello en sí, mezclábase con mi porvenir, y que la presencia de una amiga me creaba una patria enmedio de mi soledad. El poderío del corazon es infinito; los goces de la vida, sus dolores insoportables, tienen su origen en ese foco de nuestros afectos, y paréceme que las felicidades de la bienaventuranza no será otra cosa que el reinado absoluto del alma, desprendido por fin de las trabas del egoismo, y de la indiferencia, que constituyen la hijuela de nuestra pobre materialidad.

Mi prima se hallaba cansada é indispuesta, y recelaba tener un mal parto. Así es que los primeros dias de su llegada fueron consagrados á un reposo absoluto, y á confianzas interminables. ¡Qué de cosas teniamos que decirnos! Yo la habia tratado muy poco desde que se casó. Mil restricciones indispensables entre una jóven casada y una jóven soltera impidieran hasta entonces ese íntimo trueque de pensamientos, que es tan dulce, cuando lo acompaña la pu-

reza y la irreflexion. Contóme ella su casamiento; y como, en el término de seis semanas, habia visto, querido y *adorado* á Mr. Sabatié; como habia encontrado un amante en su marido; y como los goces de la realidad sobrepujáran á los goces de sus ensueños.

A mi vez, referile el desenlace que habian tenido mis ideas romànticas y poéticas, proporcionàndome un casamiento industrial y de conveniencia pura; en el cual el raciocinio le habia quitado al corazon el primer papel. Habléle de los encantos del equipage de novia, de los esmeros, de las nobles atenciones que me adormecieron hasta el dia de mi boda; de mi despertar, de mi miedo, de los dolores nerviosos que terminaron el *dia mas bello de mi vida*, del viage, de mis chascos, de mi carta y de sus horrendas mentiras, de mi desespero, en fin de mi contrato, de la bondadosa conducta de Mr. Laffarge, de mi vida presente, tranquila, feliz y animada desde la mañana hasta la noche.

Rióse como una loca mi prima al oir mi relacion, abrumóme de preguntas, de burletas, de consuelos, y en fin llevó su intempestiva broma hasta hablar de todo esto á Mr. Laffarge, manifestándole la imposibilidad de los hechos acusadores, puestos en mi carta, y burlàndose de la credulidad que le habia hecho hasta el estremo el hazme reir de una estratagema sugerida por el miedo natural de una muchacha, y por el espectáculo de mi imperio cubierto de ruinas.

Empeñóse de todas veras en leer la terrible epístola; pero Mr. Laffarge le dijo que la habia quemado, y tuvo que contentarse con oir algunos párrafos que se me habian quedado impresos en la memoria. Esta pequeña confianza, á costa mia, estableció una grande intimidad entre Madama de Sabatié y mi marido. Estaba él encantado y tenia una confianza sin límites por su nueva parienta, quien hacia que le contase cuanto yo no queria confesar, y cuya confianza, en desquite, ponia en completo reposo sus celos pasados.

Con una sola palabra me hubiera sido fácil poner coto á las amigables ligerezas de mi prima; pero, embriagada de su amor y de su dicha, le hubiera sido difícil comprehenderme, y yo no tenia ganas de esplicarme. Preciso es tener una triste esperiencia para hacerse cargo de que el alma, quebrantada con el choque de los engaños de la vida, aunque devuelta á la quietud y á la indiferencia, llora y sufre siempre porque una vez ha llorado ya y sufrido.

Muchas veces al presenciar el apasionado cariño de mi prima y de su Eduardo, sentia con dolor que se hundía debajo de mis pies el catafalco de felicidad y de razon sobre el cual habia yo encaramado mi alma. Con frecuencia juntaban ellos á los goces de su amor, los que en sus ànimas despertaban un hermoso dia, la naturaleza, la poesia, la música. Cuando atestiguaba yo latir sus dos corazones, bajo una emocion misma, bajo un mismo entusiasmo, érame preciso enjugar una lágrima con una sonrisa, y burlarme de una dicha que no me estaba bien envidiar.

Estos dias de reunion pasaban bien pronto, y ocupàbame con

bastante gusto. Daba yo con él paseos muy largos, y con ella se transcurrian luengas horas de confidencial coloquio. Reunia las personas mas amables de nuestra vecindad á fin de proporcionar á mi bella prima el placer de verse admirada, y de divertirla con algunas pequeñas ridiculeces, para alimentar la alegria de nuestras interminables veladas. Madama de Sabatié se reia de todo, hallaba en todo gracia y chiste, hacia el gasto por todos, y hasta consiguió la conquista de mi suegra. Como habia pasado diez meses en Tolosa, se habia instruido adecuadamente en la vida, en las familias y en los talentos de la gente de provincia, quienes, no habiendo seguido los progresos del siglo y de la educacion, suponen que la virtud, el buen gusto y el decoro, se hallan encadenados únicamente en sus hogares, y creeríanse perdidos si entregáran á la cultura uno tan solo de sus respetables pensamientos.

No tardaron en succeder á los placeres largas y sérias tareas de negocios sólidos. Mr. de Sabatié habia recibido por hijuela una hacienda, en las cercanias de Tolosa, apreciada, si bien me acuerdo, en 300,0 00 francos. Como que rara vez salia de Paris, quiso enagenar una posesion que se desmejoraba mucho con su ausencia, y colocar ventajosamente ese capital con el objeto de que se acrecentasen sus rentas. Propúsole Mr. Laffarge colocar ese dinero á primera hipoteca sobre su fundicion; presentóle un presupuesto de su caudal semejante al que habia servido de base á nuestro contrato nupcial, y le hizo visitar los bellos y vastos terrenos que, segun él, *y como yo tambien creia*, eran pertenecientes á la hacienda del Encinar. En fin, hízole confianza de su descubrimiento, de su esperanza de un privilegio con diploma, y del inmenso desarrollo que iba á dar á su industria.

»Necesitaba, decíale, de un primer adelanto de fondos bastante considerable, y sobre todo de precisa urgencia en un pais donde todos los tratos ventajosos se hacen con el dinero en la mano; que le sería muy fácil encontrar quien le prestase metálico en Paris, con garantia de hipotecas; pero estaba deseoso de que alguno de la familia se aprovechase de las ventajas de semejante inversion, y ofrecia á Eduardo tomarle 200,000 francos al 5 por ciento, asociándole á su proyecto de mejora. Ademas le prometia un sueldo de 10,000 francos, creo que para hacerle sobrestante de las operaciones que sus empleados hicieran en Paris.»

Mientras que nuestros maridos, hacian sus guarismos, sus cálculos y sus combinaciones, mi prima y yo nos calentábamos las cabezas con sumo placer, sobre aquellas partes del proyecto que mas de cerca á nuestros placeres se referian. Ella se comprometió á pasar todos los veranos en mi casa; en el invierno viviríamos juntas en Paris, donde uno mismo sería nuestro menaje, comunes á entrambas nuestros placeres; y supuesto que nuestros gustos eran unos mismos, nuestros goces se hallarian duplicados.

Decidióse que Mr. Laffarge partiria al mismo tiempo que Mr. de Sabatié; que este le presentaria á varias personas influyentes en

el ministerio de comercio; que en fin arreglarian y terminarian en Paris su especie de asociacion; y que, si á Eduardo no le fuese posible vender su hacienda sobre la marcha, daria el dote de su muger para sufragar los gastos mas urgentes.

Queria mi prima llevarme consigo; regocijábase con la idea de devolverme así de improviso, y por el término de seis semanas, á mi familia y á mis amigos. Tambien mi esposo me instaba para que le acompañase; no queria dejarme sola, ademas de creerme útil para los pasos que fuese preciso dar á fin de conseguir su diploma de privilegio. Resistí, sin embargo, á los dos; reprimí en mi pecho el deseo que sentia de dejarme llevar; y empeñéme en adornar mi corona de muger casada, con una primera flor de prudencia y de juicio.

Dí francamente por disculpa de mi negativa lo indispensable de mi presencia para vigilar los negocios, que abandonados quedaban á unos dependientes estraños é ineptos hasta cierto punto, y mi intencion de emplear todo el dinero que hubiera gastado en aquel viage, para embellecer mi pequeño nido del Encinar. Allá dentro de mi sayo no eran mis razones menos plausibles. Apenas habituada á mi desierto, no queria salir de él, sin haber fundado primero muchas mejoras é intereses que pudieran hacerme regresar. Tampoco quise, al presentarme de nuevo en el mundo con Mr. Laffarge, hacerle sobrellevar comparaciones muy desfavorables para él, al paso que muy tristes y desesperantes para mí. Robustecida contra mis propios anhelos, mantúveme inespugnable, y ví acercarse con tranquilidad el dia de la partida y de la separacion.

Aquel dia fué triste, y á pesar de eso, empeñéme en acompañarles hasta Uzerche. Sola con mi prima en su cupé, encargada de palabras y de recuerdos afectuosos, para todos aquellos con quienes iba á reunirse, y á quien yo tanto echaba de ménos. Pasé largos ratos con los ojos clavados en ella, á fin de llevarme de vuelta á mi soledad el fiel retrato de su imágen querida: pareciame que en sus facciones veia yo el resúmen de todas las de mi familia, las de mis amigos, los caractéres de mi vida pasada; abrazábala con el objeto de ocultar los sollozos que entrecortaban mis acentos; hablábale de prisa y en voz muy alta á fin de aturdirme á mí misma, á fin de poner coto á las palabras de ternura que sus labios agraciaban, y las cuales me hubieran desmadejado en demasía. Habia permitido Mr. Laffarge que partiéramos solas, á ruegos de su madre, quien queria tener con él las confianzas postrimeras y mas sigilosas. Luego que se reunió con nosotras en las cercanías de Vigeois, su pesadumbre al separarse de mí fué tan ruidosa y tan llena de palabras, de promesas y de encargos, que me obligó un poquito á salir de mí misma, y á volver á revestirme de mi valor acostumbrado.

Entretanto, llegados á Uzerche, luego que fué preciso dar aquellos tres adioses, aquellos tres besos, ver alejarse el carruage que se los llevaba, fuéme imposible encerrarme en mi aposento creí sofocarme, y rogando á una de mis primas dispusiese que ensillaran mi caballo y otro para ella, salí á galope, y los alcancé medio lo-

ca de pena. Recibiéronme con gritos de sorpresa y de gozo, empeñáronse en llevarme á pesar de mi resolucion, pero solté las riendas á mi Arabesca, y partí á escape por no prestar oido á sus seducciones, y sintiéndome devuelta á mi resolucion despues que mis ojos les siguieran buen trecho, y que mi mano les ondeára el último adios, regresé á Uzerche, sin osar volver la cabeza de miedo de enervarme, y de despedirme tan débil de aquellos viajantes benditos.

Mr. Laffarge me habia hecho prometerle que no volveria sobre la marcha al Glandier; sino que iria á pasar una semana en casa de una de sus amigas, poseedora de una linda hacienda en las cercanías de Uzerche. La obligacion de ocultar mi tristeza, y de arrancarme de mis recuerdos para no dar pesadumbre á los que iban á acogerme al mismo tiempo que me lastimaba mucho, me devolvió gradualmente el juicio y el valor.

Recibiéronme con una cordialidad que entónces creí síncera; pero la cual solo era una especulacion ó un negocio de hospitalidad, que habria de producir para las noches de invierno un crecido interés de comentarios, de críticas y de maledicencias.

Generalmente, en aquel pais, no se estudia el carácter de las personas, á quienes se recibe, con el objeto de obsequiarlas, de anticipar sus habitudes y gustos; se les estudia, sí, para desollarlas, para ejercitar á costa suya el espíritu femenil murmurador, que es la única moneda corriente en sus tertulias. No sé que beneficio pueda resultarles de atacar en su vida íntima, en su reputacion, en su honra á un pobre ser inofensivo, que viene á buscar en su detractor la amistad ó el pasatiempo. La sociedad, que no es otra cosa que el trueque de sentimientos superficiales, donde nadie dice sus íntimos pensamientos, pero adonde cada cual va á olvidarlos, la sociedad solo deberia juzgarnos acerca de aquella parte de nosotros mismos que le entregamos en cambio de los cortos placeres que ella nos proporciona.... Alzar el velo de la intimidad interior, espiar con el objeto de publicarlos, aquellos misterios del corazon, es un sacrilegio nefando, ó cuando menos una cobarde profanacion que á veces se torna en asqueroso crímen. ¿Por qué no habrémos de contentarnos con el vasto círculo de lo ridículo, con las vanidades, con las pequeñeces que delante de nosotros se desarrollan? ¿Por qué no hemos de reirnos del fingido sabio que mendiga un elogio, de la vieja coqueta que nos engancha para que descubramos gracejos y amores entre los surcos de sus arrugas? ¿Por qué no hemos de reirnos eternamente, de las gazmoñas, de las mogigatas, de los corazones incomprehensibles, que nos ruegan, puestos de hinojos, sondeemos sus profundidades? Riámonos; pues que estas ridiculeces han nacido de nosotros, han nacido para nosotros, nos pertenecen, y el tribunal que ellos declaran competente para incensarlos de alabanzas, es tambien competente para arrancarles la máscara y burlarse de ellos.

Pero... no me he descarriado poco de mi asunto! me precisa correr á donde alcance á mis pensamientos, y llevarlos otra vez entre los moradores de T... Era Madama D... una muger sencilla y bonaza, que tenia gastritis y amabilidad. Mr. D... cultivaba su hacienda, y

dejaba en barbecho su entendimiento: era un labrador de rollizas carnes, un alma de Cain poquísimamente benéfica, y que solo admiraba en toda la naturaleza las bestias mas gordas que criaba. Muchos de los hijos de Mr. D... estaban casados ya, y solo le quedaba en casa una hija, muchacha robustísima, y muy hábil para hacer pasteles de patatas, y un hijo muy bueno para arar, quien habiendo pasado en Paris algunos meses, á fin de ataviar á la moda su ganseria, acababa de casarse con una jóven blanca y sonrosada, que su padre le escogiera al *romaneo*, y la cual se habia educado, pulido y engordado en Limoges.

En medio de toda aquella *bondad esterior*, pasé unos dias muy tranquilos y dulces. Por la mañana me entretenia en cortar algunos moldes, en dar lecciones de tocador á las muchachas, y con gran pasmo suyo les describia todas las hechuras nuevas de mis diversos trages de novia; en seguida me paseaba con Madama D..., admiraba los hermosos árboles frutales que plantára ella misma, el órden, las economías que esta señora hacia reinar en torno suyo; escuchábala con interés, procurando instruirme á su ejemplo y con sus lecciones. Por la noche hacia que bailase toda la familia, machacándoles valses, contradanzas y gresças, sobre un venerable clave que habia sobrevivido á las orgias de la Regencia, á las tempestades de la Revolucion, y á las conquistas de Bonaparte; y en cuyas teclas resonára el «Vive Henri IV, bajo la Restauracion, la *Parisiense*, despues de los gloriosos pronunciamientos, y que ahora hacia vibrar bajo mis dedos el *Postillon de Lonjumeau*. Luego que volvia á mi cuarto, pasaba gran parte de la noche en escribir á Mr. Laffarge.

Su ausencia me habia dejado un vasto vacío, y yo comprehendia el precio de su afecto, de sus cuidados al padecer sus privaciones. No son únicamente los cariños que uno da, los que llenan la vida; tambien contribuyen á henchirla los que uno recibe, y el cielo bajo el cual nos sentimos querer bien, no puede por mucho tiempo vernos desterrados de su cobijo protector.

Al recibir diariamente las apasionadas cartas que Mr. Laffarge me remitia, sentíame conmover dulcemente. Yo hubiera querido que se mezclára en mi afecto hácia él alguna pizca de pasion que á la suya correspondiera. Indignábame, despreciábame á mí misma, por tener tan frio el corazon, y luego que en mis mientes repasaba todas las palabras de amor, todos los nobles procedimientos, toda la cariñosa confianza de mi marido, sentíame dichosa de hallar tambien espresiones muy tiernas, que pudieran, salvando la distancia, llevar la felicidad á aquel, que sabia adorarme tanto y tan delicadamente. Y por cierto, cuando se le pierde el miedo á la noche, á esa noche tan larga, tan triste, tan negra, tan fria para los que estan destinados á amarse por mandato legal, es muy fácil de formarse con el auxilio de la amistad, de la estimacion y del reconocimiento, un amor tierno, cordial y sincero.

Quedéme en T... ocho dias, y partí llevando conmigo mil encargos de parte de Mr. Laffarge. Entonces toda la casa se empeñó en dar y en recibir alguna cosa por via de memoria; entraban en esto

los alfileres para los hombres, y pulseras y cortes de vestido para las mugeres. Empeñóse Mr. Gabriel D... en casar lo útil con lo dulce, y á fin de adornar el corazon, el espíritu y las maneras de su jóven esposa, hizo que le trajesen de Paris las obras completas de Pablo de Kock!

En las provincias, cada cual tiene sus comisiones, y se persuade que cuantos van á la capital, deben ser comisionistas de toda su parentela, de todos sus amigos, de todos sus conocidos, y que han de ponerlos de moda con el sacrificio de algunas monedas de cobre: v. g. una vieja tia quiere que se le envie percal, por supuesto finísimo, de dura y bien tupido, pero el cual ha de costar solamente á peseta la vara, lo que nada tiene de estraño, pues que la buena de la muger ha leido en los diarios que el coco estaba á 21 cuartos; una prima pide un vestido de sarga negra, de seda leonesa de la primera calidad, al precio de medio Napoleon: y una sobrinilla que sabe se hacen sombreros hasta por 15 francos, se empeña en que se le envie uno á igual precio, de los obradores de la Señorita Bandraud, cuyo buen gusto ha oido ella celebrar á la esposa de un subprefecto de policía.

Antes de encerrarme en el Glandier, me detuve en Uzerche á fin de intrigar para ganarle algunos votos á mi buen tio Pontier, el cual pretendia que le nombrasen miembro del consejo general, y por este medio llegar á ser médico *moral* de su departamento, enfermo mortalmente de resultas de una epidemia de ineptitud y de barbarie. Solo pude consolarle de una derrota, y preservarle de un desespero patriótico, el cual se habia empeñado heróicamente en que habia de levantarse la tapa de los sesos; luego me trasladé á Vigeois, donde Mr. Fleiniat y su esposa me detuvieron algunos dias, á fin de que hiciera conocimiento con la sociedad que convertí á su aldea en un nidito muy elegante y animado. Despues de haberme iniciado en todas las murmuraciones que estaban en boga rigorosa, quisieron que hiciese algunas visitas; mas por una fatalidad, ó por una perversa inclinacion de mi espíritu independiente, hallé porcion de mugeres con pretension de *finura*, muy orgullosas, y muy ladinas, y sobre todo muy necias; al paso que me encantó la acogida sencilla y llena de gracias que me hizo Madama Nauche, quien me atrajo á sí por medio de los atractivos de una hermosa figura, y en razon á las murmuraciones que contra ella se desencadenàran, y de cuyas resultas se habia armado una polvareda con el objeto de abatir el valor en que generalmente se la tenia.

XLVIII.

Despues de esta vida errante, complacióme infinito el verme sepultada en mi propia casa; completamente à mis anchas, muy dueña de mi tiempo y acciones, pudiendo tener alegria sin motivo, ó tristeza sin razon. Quise ocuparme en mis negocios, en la compra de leñares, en los recursos para satisfacer su importe, y en los desembolsos de las cantidades vencidas. Pero advertí que mi suegra se habia abrogado este derecho tan completamente, y ejercíalo ella con tantos misterios, con tantos embarazos, con tantas conferencias secretas con Mr. Denis, que le cedí la parte fastidiosa que se habia apropiado, á fin de limitar mis esmeros á los trabajos de la fragua, que ya comprehendia yo un poco lo que mucho me atañia.

Pasaba en consecuencia gran parte de mis dias en la fundicion; pues que me estimulaba un doblé interés. El maestro fundidor, jóven inteligente, probo, y que se me habia aficionado mucho, hallaba muy interesante á Clementina, y parecia hablarle con demasiado ahinco para que ella no dudase de un casamiento en la lontananza; híceme confidente del jóven obrero, quien me confesó que tenia una pasion ciega por mi doncella, un caudal de 15,000 francos y un empleo muy lucrativo. Clementina exigiera de su futuro marido un poco mas de talento, y modales, que no tenia por cierto mi campechano y rollizo lemosin. A ella le gustaba su figura, pero se repuchaba al ver la moda de sus vestidos. En fin, luego que le prometí tomar á mi cargo su civilizacion, comprometióse ella á reflexionarlo, y á no esquivar el amor de mi protegido; quedando por fin conforme en que luego que el invierno espirase, la pediria Antonio con toda formalidad y de oficio, mientra, favoreciéndome Dios, yo costearia la boda, y la felicidad de entrambos.

Los albañiles continuaban sus tareas bajo mi direccion; y los desmontadores al poner à nivel mi terrado, socavaban parte de las ruinas, y descubrian entre ellas trozos de escultura que me hechichazaban y hacian conocer los goces de la antigüedad.

Cuando el tiempo se presentaba benigno, me ensillaban mi Arabesca, y entreteníame en enseñarle algunos egercicios, algunas cor-

vetas sobre los céspedes de la pradería. Cuando el cielo se veía muy hermoso, daba yo paseos muy largos á través de comarcas desconocidas, lo que ponia á mis alcances el pequeño placer de perderme y de divertirme al ver el consternado semblante de mi criado, al que agradaba poco oir los ahullidos de los lobos despues que el sol se ponia, prefiriendo el nivel y los solaces que una carretera le proporcionaba, á la poesia de barrancas escarpadas, que nunca habian hollado pié de hombre ni herradura de bruto. El tal sirviente, hijo de un antiguo cochero de mi padre, era demasiado adicto à la integridad de su pescuezo, para que pudiesen causarle ilusion las emociones que se esperimentan al vencer obstáculos, ó una dificultad superable á penas, y ocultando su cobardia só pretesto de profesarme un afecto sincero, me suplicaba que no espusiera mi preciosa vida, poniendo la suya en riesgo, con una elocuencia proporcionada al peligro que corriamos.

Por la noche, despues de algunas horas de reunion con Madama Laffarge, me sentaba al piano. Ya cantaba, negligente y jubilosa, ya me dejaba derretir en lloros al repetir la *Norma*, el *Requiem* de Mozart, ó las agonias musicales de Schubert, otras veces con la partitura de los *Hugonotes* y de la *Semiramis*, exhaltábase mi alma, y mi entusiasmo solo se enfriaba al ver destellar los helados albores de una mañana decembrina.

Todos los dias enviaba yo á buscar mis cartas á Uzerche. Dulce cosa es este íntimo tráfico de pensamientos, ese rasgo de amor ó de amistad que salva veloz la distancia para penetrar deslizante en nuestro corazon, é iluminar en él las tristes sombras de la ausencia. Soy de parecer que deberíamos recibir las cartas, cual lo hariamos respecto á las caras personas de las cuales provienen, á solas, arrimados al fuego, sentados en nuestro taburete favorito, y despues de contemplar largo rato el sello, romperlo con precipitacion, devorar el primer beso que nos regalan, é ir con igual anhelo en pos del último, que es siempre el mas dulce; en seguida, tornar á leer con pausa cada frase, cada palabra; ver en ellas lo que nos dicen, y sobre todo lo que no nos dicen, lo que tal vez intentan ocultarnos, hacernos partícipes de una alegria, de una indignacion, de una cólera; é impregnar solitariamente nuestra alma en el contenido de tales misivas, á fin de respirar una existencia que viene con la nuestra á mezclarse, en despecho del espacio y del tiempo.

Con semejantes ideas, esperimentaba yo un verdadero suplicio todas las mañanas, cuando mi suegra, quien habia dispuesto le entregasen todas las cartas, me traia mi correspondencia, plantábase delante de mi cama, abrumábame de preguntas mudas, seguia con la vista el movimiento de mi mano al romper esta la oblea, leia en mis ojos lo que ellos leian en la carta; luego, en virtud de un flujo de palabras y de interrogaciones, venia á acibarar el gozo que yo sintiera al recibir aquellas noticias, trocándolo en una cólera tan reconcentrada, que á veces no podia disimularla. Si me ponia á leer de recio la carta, resultaban siempre indirectas amargas sobre el amor

que se me manifestaba en ella, y sobre el poquísimo caso que de su madre hacia mi marido. Si me valia del ardid de no lastimar su amor propio maternal pasando por alto todo lo que se referia al trueque de nuestros íntimos afectos, echábase ella á llorar porque existian secretos, de los cuales no se la hacia partícipe, y porque ya su hijo no la amaba; en fin, si le entregaba la carta para que la leyera en su cuarto con toda cachaza, llamaba mi buena suegra al instante á Mr. Denis, y á la esposa de este, para hacer con ellos la suma de las ternezas y de los besos que se me enviaban. Incapaz de sobrellevar semejante martirio, escribí á mi marido, encargándole que me remitiera dentro de todas sus cartas una cuartillita de papel escrita de zalamerías, de secretos y de asuntos de interés, á fin de que yo pudiese pasarla á manos de su madre; lo que se hizo con gran desesperacion de Madama Laffarge, quien, recibiendo su *Hoja suelta*, como respuesta única de todos sus interrogatorios, devoraba lo restante de la carta con sus miradas y sus pensamientos.

Despues de la partida de su hijo, habia querido ella establecer una inquisicion sobre todo lo restante de mi corespondencia.

—Te traigo una carta de Paris; ¿quién te la envia? ¡Parece letra de hombre! Está muy doble; ¡vaya! estarás muy contenta! ¿será tal vez de tu hermana? ¿pues qué las *damas* de Paris tienen correspondencia con los caballeros?

Con estas preguntas, abroncábame yo con calma, y respondia friamente que como la escribiera una persona á quien esta no conocia, nada pudiera interesarla lo que contuviera; que tenia costumbre de escribir á ciertos amigos de antaño, así como tambien á algunas antiguas amigas, bien persuadida de que una *a*, mas ó menos, era una consideracion bien ténue que importaba muy poco. En fin, despues de leer mi carta una ó dos veces, mientras mi suegra se quedaba clavada delante de mì, en guisa de un gran punto de interrogacion, entregaba yo con suma suavidad mi epistola á las llamas de la chimenea, y de este modo proscribia á mi suegra toda esperanza de satisfacer su confiada curiosidad. Jamas me ha perdonado Madama Laffarge esta conducta francamente sigilosa. Acusóme de ella á mi marido, quien me previno de la denuncia, y tomó mi partido de consuno con su hermano Ramon, quien se declaró tambien defensor mio; y se reunieron á ellos *otros amigos*, los cuales, escandalizados virtuosamente á par de mi suegra, hallaron en el asunto suficiente pábulo para las murmuraciones, calumnias y maledicencias. ¡Cuánto mas feliz hubiera yo sido en compañia de mi suegra con haber sobrellevado ella mis horas aciagas, con haber disfrutado de las prósperas, y protegido mis tristuras y mis gozos! ¡Cuán fácil le fuera á una jóven esposa el aprender el amor y el adherimiento que jurára á un hijo en el corazon de su madre, la cual fué y es el ángel tutelar de la existencia pretérita del niño, así como la esposa debiera de ser el genio protector del porvenir del hombre!

Despues de los primeros instantes de la llegada de Mr. Laffarge á Paris, las frias frases de bienvenida, de promesas, de participa-

ciones de ofrecimientos de serle útil, se desvanecieron como el humo; cada cual retrocedió al sendero ordinario de sus negocios, de sus costumbres, de sus placeres, y mi esposo se halló aislado, abatido y en soledad completa. El mundo social tiene cara de palo para los que van á buscar en él auxilio y protectores. Exige de sus electos un egoismo sin límites, y tal vez mercenario para seguir sus torbellinos vertiginosos. No deja á los corazones ni á las cabezas, jadeantes y trasudadas que le pertenecen, la facultad de acoger los pensamientos y los amigos; luego tambien es preciso confesar que el egoismo de los pretendientes equipara el de los pretendidos. El uno quisiera que su idea fija petrificase las ideas habituales de los cérebros, á los cuales se dirige. Halla muy mal el que la solicitud de los gobernantes no se concentre únicamente en aquella idea favorita y maravillosa de que depende, en su sentir, la futura felicidad, la opulencia y la gloria de su patria.

Mr. Laffarge se desataba en improperios contra la edad de oro para hacer reinar la de hierro; así es, que despues de haberle predicado la paciencia, aconsejéle que llegase por la via del estómago al aprecio de sus diputados, de sus amigos, de sus parientes, y de poner á prueba su buena voluntad, valiéndose del influjo de las escelentes criadillas de tierra que guisaba Perigord. Por órden suya, y obligada por sus ruegos, escribí á todas las personas á quien yo conocia, y que pudieran serle útiles; apuntábame él cuanto era preciso insinuarles y pedirles. Con frecuencia ocupaba mi pluma dias enteros en esta tarea, que me era harto penosa. No sé implorar, y el papel de *solicitadora*, que me hubiera sido imposible representar personalmente, á penas me era mas fácil desempeñar por escrito. Desgarraba una carta porque me parecia humilde, hacia pedazos otra porque la juzgaba altanera; otra en pos, porque la letra me parecia poco digna; en fin, si me hacia fastidiosa para mis amigos de alto copete, era yo en espiacion la primera víctima del aburrimiento que les proporcionaba. La imposibilidad en que se veia Madama de Sabatié de hacer cesion de su dote, y la precision de Mr. Laffarge de buscar un empréstito en casas estrangeras, acabaron de entristecerme, y de desanimarme. Mi prima, persuadida de que se le escapaba de entre las manos un escelente negocio, andaba sin consuelo, y yo me desconsolaba no menos por ella, por mí, por nuestras realidades y por nuestras ilusiones.

En medio de todos estos negocios, me era incomprehensible á veces la conducta de Mr. Laffarge, y considerábame infeliz al advertir que se valia, para realizar su empréstito, de ideas mezquinas y de arbitrios miserables. Complaciérame que en el ministero se hubiera presentado veces mil para que le oyesen una sola; mas respecto á sus negocios particulares, en que se atravesaban solicitudes de dinero, me era imposible sobrellevar la idea de verle hacer la corte con sombrero en mano á uno de los grandes reyes del banco de Francia. El arrastradero de pies, las preguntas, las adulaciones, no están fuera del caso, tal vez para conseguir un convite de baile, donde concurren

tan escelsos señorones; pero en negocios de intereses, en que es indispensable la confianza, precisa fundamentar las pretensiones en las bases del honor, en la rectitud, en la firmeza de carácter, y el que dobla la rodilla delante de otro hombre, á fin de obtener de él un préstamo de dinero, le da, á par del derecho de menospreciarle, el privilegio de la duda, de la negativa y del desprecio.

Cuando estas ideas tomaban posesion de mi pobre cabeza, poníanme mala y perdia la fuerza de raciocinar y de vencer mis padecimientos. Entonces apercibíame de las imposibilidades morales que sin cesar se opondrán á mi voluntad de querer, y de respetar al hombre que habian enclavado en mi existencia misma. Erame preciso rezar y hacerme la ciega, cuando se presentaba ante los ojos de mi espíritu esa revolucion que me descubriera la inferioridad del hombre que era mi guia y mi señor. Sentíase mi alma quebrantada horriblemente; y zambullia con desespero en la inmensidad de la irreparable desgracia que proporcionado le hubieran. De buena gana habria vuelto á asir mi espíritu una ilusion que estaba próxima á desvanecerse; querido habria despojarse con la mira de hacer de sus despojos un pedestal para su dueño, y para ennoblecer el lado que con tanta falsía le supusieran. En aquellos instantes de orgullosa perspicacia, decia mi alma bastante á gritos para atontarse: «Ese hombre es bueno, es superior á tí, todo en él es formal, útil, cortado por los moldes de la existencia positiva; es tu marido, tú le amas, no es él, es el mundo, la sociedad, las realidades de la vida, las que tienen la culpa de esas zozobras que son indicios de la transicion de tu bello existir entre ilusiones y ensueños, á tu respiracion actual entre engaños y deberes.

Si me retiro á lo interior de mi conciencia, puedo hallar en ella el testimonio de que jamas haya yo tolerado esta rebelion de mi espíritu, y de que siempre he combatido con valor para domeñarla só el entusiasmo de la fidelidad y de las obligaciones. Esforzábame de buena fé entonces por hallar aquellas espresiones que pudieran ser dulces á un ausente; emitia órdenes á mis pensamientos para que fuesen tiernos y afectuosos; luego los enviaba á Mr. Laffarge, en mis cartas, por via de espiacion de mis involuntarias ofensas. Si conseguia impregnar mi correspondencia de cariño y de estimacion, con el mayor júbilo echaba la carta al correo. Si por lo contrario llegábame á sospechar que le habia dejado traslucir mis tristuras y desalientos, sentíame disgustada; y á veces tambien, al repasar todas las espresiones que habia dictado á mi pluma, acometíanme remordimientos por causa de aquella casi falsedad, y lágrimas acerbas me abrasaban los ojos y el corazon.

Madama Laffarge vivia esclusivamente en su aposento, á cuyo mueblage habia ella añadido el dichoso Mr. Denis, quien jamas se apartaba de su lado. Hallábame sola del todo, y creíame en estremo feliz al ver animada mi soledad con la presencia de mi linda prima Ema Pontier. Aquella alma, pequeñita y hermosa que acababa de salir del convento, completamente santa, y á la que no habia

podado aun la poesia de sus pensamientos para arreglarla segun el materialismo de la existencia, venia à buscar junto á mí la amistad, y un refugio sagrado para todas sus ilusiones. Careciendo de fortuna, y sabiendo que en este mundo estaba destinada á ser la sirviente privilegiada de un marido cualquiera, habia colocado sus facultades amadoras algunos puntos mas alto que la tierra. Así como yo, habíase ella dado la sentencia de su porvenir; su corazon, empero, sufria á causa de lo vacio de la inmensidad que abrazado hubiera, mientras que el mio se desgarraba bregando con la cadena que á la tierra la tenia aherrojada. Los dias que pasàbamos juntas eran dulces y estaban llenos de ocupacion. Dábamos algunos paseos por las ruinas, leiamos á Chateaubriand, y yo tocaba el piano para que ella se distragese. El efecto de la armonia era todo poderoso para la organizacion tierna é impresionable de la pobre Ema. Luego que llegaba el crepúsculo vespertino, luego que las tinieblas corrian su vasto y negro velo en nuestro salon, cantábale yo á mi amiga el romance del Abencerrage, el Lago de la Martine, algunas de aquellas baladas de Schubert, que representan á las sombras saliendo de sus sepulcros para volver sobre la tierra con el objeto de amar, de orar y de padecer. Estremecíase Ema, y ocultaba la cabeza en mi hombro à fin de dar suelta á sus làgrimas; á veces se me pegaba su emocion, tenia yo miedo de escucharme á mí misma, y nos conservábamos abrazadas sin atrevernos á levantarnos para pedir la luz que deberia devolvernos el valor.

A la hora de la tertulia, nos gustaba oir las aventuras sobrenaturales que contaba mi suegra con tanto misterio como credulidad. Ya era el tema de estas, el diablo dando garrote á uno de los chicuelos de la pobre muger, ya un viejo monge que se habia visto atravesar por los arcos del corredor, cantando los salmos penitenciales; otra noche lo era, una fantasma que le habia dado un beso en la frente para predecirle la muerte de su marido, la cual tuvo lugar dos dias despues. En otra ocasion, y cierta noche tempestuosa y helada del invierno, habia visto mi buena madre política unas sombras ligeras y quejumbrosas, venir á tender sus manos de esqueleto hácia las brasas de su chimenea, y fijar en ellas sus ojos vacios, los cuales lloraban lágrimas de velo.

Una noche que Mr. Laffarge me habia enviado á pedir unas cartas de recomendacion que le corrian gran prisa, estuve velando hasta las dos de la madrugada, mientras Ema, que no habia querido acostarse mientras no lo hiciera yo, hizo que le enseñase Clementina todas las graciosas alhajuelas de mi equipage de novia. De repente se le antojó á mi preciosa amiguita hacer que me pusiera mi vestido de boda, mi velo, mis encages y mi corona blanca. Iba á entristecerme y á reasumir en mi corazon todas las ilusiones que en él deshojado se habian, desde que al salir de la iglesia despojárame de aquellos virginales atavios, cuando los parabienes de Ema y el entusiasmo de Clementina, siempre en sentido de *admiracion*, en presencia de su señora, hicieron inclinar mi espíritu á la vani-

dad y á la parte fútil y superficial de mis recuerdos. Como quisiésemos continuar por mas tiempo nuestra tertulia, hicimos poner la cama de Ema junto á la mia; de repente se nos apagó la mariposa, mientras las llamas de la chimenea arrojaban su caprichosa luz en mil reflejos sobre los ángulos y los muebles del salon. Todas las leyendas se presentaron otra vez á nuestra fantasia.

—Tengo miedo! dijo Ema, apretándome la mano.

Tambien yo tenia un poco de miedo; pero afectando incredulidad y entereza con el objeto de tranquilizarla, quise probarle de que modo era siempre fácil de esplicar lo maravilloso, le hablé del somnambulismo, del fluido magnético &c. Entretanto el viento comenzó á arreciar, y mugia por los ruinosos corredores; los quejidos de las aves nocturnas hacian endeblecer mi ánimo, y el ahullar de los lobos, que oiamos en la lontananza, helaban nuestras manos que convulsamente se asian; mientras el fuego que se estaba apagando, solo vertia ya sus destellos sobre las esquinas del piano, parecido á un anchuroso atahud! Estremecíase Ema, y daba diente con diente; yo estaba algo mas entera; pero los presentimientos me angustiaban el corazon, Mi pobre primita no pudiendo ya dominar su espanto, fué á refugiarse á mi cama, y nuestras dos cabezas se ocultaban debajo de las sàbanas, aguardando que rayase el dia, enmudecidas y trémulas. En fin, luego que sus primeros reflejos nos fueron anunciados por las campanadas del Alba, salieron nuestras frentes de su blanca prision, nuestras miradas, todavia llenas de asombro, á encontrarse volvieron, y trocamos una larguísima carcajada al acordarnos de nuestros mortales terrores.

A la mañana siguiente, cuando llegó la hora de almorzar, contamos á mi suegra cuanto nuestras dos imaginaciones habian visto y oido durante aquella noche tenebrosa. Mucha tentacion nos daba, con el objeto de embellecer nuestra relacion, de hacer alarde de que habiamos visto algun monge fantasma: pero la mentira nos pareció algun tanto garrafal, y tuvimos escrúpulo de añadir otra supersticion mas á todas las infinitas supersticiones que ya invadian al solitario Glandier.

XLIX.

Entretanto Madama Laffarge, celosa de la escesiva ternura que Ema me manifestaba, quiso poner en juego mil ardides para desprenderme de su corazon; refirióle ella la carta del 15 de Agosto, y las tristes escenas acontecidas cuando mi llegada; metamorfoseóle en cosa positiva mis amoríos con el *jóven*; dijole que yo le habia visto en Pompadour, luego en el Encinar; hizo por fin una mezcolanza tan perfectamente henchida de disparates y de negras calumnias, que ví estenderse una niebla sobre el afecto de mi prima, á la que entregué toda mi confianza con el objeto de sincerarme, y la cual no tardó en reconocer que era lícito quererme, y requererme en virtud de lo que yo actualmente padecia.

Mi tio Pontier iba á vernos con frecuencia, y se complacia al ver la amistad que yo profesaba á su hija; pero, de repente, succediéranse en él á las conversaciones dulces, amables, entusiastas, cierta preocupacion, cierto desaliento, cierta tristeza profunda, contínua, ardorosa, que me afligia y atemorizaba. Una noche parecióme él mas entristecido que de costumbre; hízome cantar todas las canciones que le gustaban, hablóme de la ausencia, de los ausentes, de la santidad de los recuerdos; y luego, despues de haberme besado, despidióse de mí recomendándome sus hijos, y supe al dia siguiente que habia partido para Argel. Lloré con amargura al único hombre que me habia comprendido, amado y adoptado en mi nueva familia; escribile para jurarle que amaria á sus hijos, constituyéndome en protectora de ellos, para decirle todos los pensamientos, todos los pesares que hasta su regreso me abrumáran.

Honrábame de vez en cuando la visita de Mr. T..., el cual y yo trocábamos algunas ideas; ilustrábame su buen gusto, su esperiencia acerca de unos plantíos que yo intentaba hacer en la primavera próxima, al mismo tiempo que le obligaba á escribir en mis *álbums*, los lindos versos que él hacia para abreviar los dias del invierno en el Encinar. Habia proyectado ir á pasar dos dias en su quinta, para conexionarme mas de cerca con Madama de T... Un recio temporal y unas ratas hambrientas que me royeron los botones de la ama-

zona, hiciéronme dejar para mas adelante la visita, y luego prescindir completamente de aquel proyecto de reunion, que tanta falta me hacia para sacudir de mis mientes un millar de preocupaciones fastidiosas.

A cada instante enviábame Mr. Laffarge cartas desesperadas; el asunto de su diploma seguia á pasos lentos; aunque le prometia un resultado feliz; pero el empréstito caminaba á paso de tortuga, ofreciendo dificultades que á mi esposo se le hacian insuperables completamente. Las pomposas especulaciones que de muchos años á aquella parte, habian dado al traste con tantas fortunas, hicieran á los banqueros desconfiados é intratables. Como les era imposible obtener reseñas exactas sobre el valor del Glandier, y acerca de la solidez de las hipotecas que ellos querian exigir para asegurar sus adelantos, despues de mas ó menos dimes y diretes, se concluia todo con una negativa cerrada. Envié un poder ilimitado para que vendieran mis posesiones en Villers-Hellon, ó que me buscasen un préstamo sobre mi dote; prediqué á Mr. Laffarge el valor y la paciencia; en fin, esforcéme por mezclar en mis cartas palabras afectuosas y tiernas, á fin de que consiguiesen adormecer por la noche los desengaños y las fatigas del dia.

Deseaba con vivas ansias mi esposo que le diese mi retrato: antes de partir habia querido que me lo sacasen, pero no tuvo tiempo para ir á buscar á una jóven que le habian recomendado como sugeto de habilidad pasadera. Empeñada en realizar el anhelo del pobre ausente, y en calmar el desaliento y la impaciencia que dia por dia iban apoderándose de él, conseguí tener una entrevista con la jóven artista lemosina; era esta una soltera bastante jamona, quien me pareció muy beata, y cuyas palabras eran pegajosas como la miel de la lisonja; pero que tenia bastante instruccion; se hallaba en circunstancias apuradas, y su caudal consistia en una caja de pinturas, un manojo de pinceles, mucha desfachatez, y el estilo de *muestras de taberna*. Hízome poner en facha durante tres semanas enteras, para que al fin saliese en el lienzo, de entremedias de un fondo azul posma, una buena fisonomia sonrosada y blanca, la cual teniendo como yo, una boca, una nariz, dos ojos, y una mata de cabellos negros, habria de parecerse á mí, de una manera asombrosa, y muy asemejada á uno de aquellos figurones batatudos que se asoman en la boca de un cuerno de la abundancia, y se sonrien desde el dintel de una pasteleria, á cuantos chiquillos pasan por la calle de San Dionisio.

Hallábase tan entusiasmada Madama Laffarge con mi retrato, el que la señorita Brun contemplaba desde lejos con una sonrisa tan orgullosamente satisfecha, que con dolor creí que la vanidad me cegaba, y que mi cara era literalmente tan fea como la de mi retrato. Atrevíme sin embargo á hacer una ligera observacion á Madamisela Brun acerca de la idealidad de la tez de lirios y de rosas, que lisongeramente habia ella sustituido á la verdad bastante cetrina de mi propio cutis; pero nuestra artista me hizo advertir que el en-

carnado subido pegaba mucho mejor sobre un fondo azul de cielo; mientras me aseguraba Madama Laffarge que su hijo se pondria doblemente contento al ver á su esposa tan llena de salud, de frescura y de robustez. Calléme, y se convino en que aquella *obra maestra* no se retocase.

Cuando Mr. Laffarge partió para la capital, le encargué me trajera un pastelito de casa de Felix; no porque pudiera yo engañarme acerca del estado de vetustez y de sequedad en que llegaria, sino que me causaba ilusion esa especie de banquete que yo queria tributar á los recuerdos de mis golosinas en los dias inocentes de la niñez.

En otros tiempos, mis primas y yo nos citábamos para reunirnos en el Panorama; allí nos apretábamos las manos, y solíamos trocar algunos secretillos del dia anterior, mientras que nuestras ayas se olvidaban de nosotras, al saborear las ricas tortas del célebre pastelero.

Hízose cargo de mi deseo Mr. Laffarge; empeñada en recordárselo, determiné anticiparle el placer que á proporcionarme iba, enviándole con mi retrato unas cuantas tortas y castañas de su propio Lemosin. Convínose en que Madama Laffarge, cuya reputacion pastelera se consideraba colosal, y quien tenia costumbre de no cedérselas á nadie en la gran obra de hacer platillos, se encargaria del amasijo de las tortas, y que el dia en que Mr. Laffarge las recibiera en Paris, haria otras mi buena suegra, á fin de que las comiésemos los individuos constituyentes de nuestra colonia. Esta segunda parte del proyecto, idea del todo mia, parecióme preciosa, original, y poseíame un gozo infantil al considerar que íbamos á tener una cena cuyos convidados, distantes cien leguas unos de otros, deberian reunirse tanto con el pensamiento como con el corazon. Sabedora de que mi hermana habia de estar para entónces en Paris, encargué á Mr. Laffarge que la convidase á nuestra reunion. Tambien invité á Madama Buffiere para que tomase parte en aquel banquetito; pero ella me contestó, que hallándose en cinta, no podia emprender el viage; prometió que haria en Faye la tercera parte de aquel festin de recuerdos.

La noche fué divertidísima en el Encinar; tuvimos nuestra música, nuestro rato de tertulia, y nuestros pensamientos en honra de los ausentes. Habia yo dispuesto que participasen de nuestro festin los trabajadores de las fraguas, y los sirvientes de la casa; así es que, mientras en el salon tomábamos una taza de té en recuerdo de Mr. Laffarge y en honor de su pronto regreso, en la cocina habia ruidosos brindis por su salud y por el buen éxito de su diploma de privilegio.

Quedóse embobado Mr. Laffarge con el obsequio del retrato; encontrólo bastante feo para que mi amor propio recibiese la recompensa de mi abnegacion, y contentóse suficientemente para que mi paciencia se hallase pagada con toda amplitud, por las luengas y fastidiosas horas que me fuera preciso arrostrar para que lo hiciesen,

en buena moneda de palabrotas espresivas de afecto y de gratitud. Pero mi idea de la cena no llegó á verificarse: escribióme mi esposo, que la noche que llegó el cajon, viéndose obligado á pasar muchas horas fuera de su posada, no pudo comer mas que un bocado de torta; que habiéndose recogido con un grave dolor de estómago, se metió en la cama, acometido de una violenta jaqueca, acompañada de vómitos. Esta noticia me dió un mal dia, aunqne sin razon. Supe despues, que algunas tazas de limonada habian calmado por fin esta ligera indisposicion, la que habia sido menos violenta que los ataques de la misma especie que en el Glandier me habian tan á menudo asustado.

Despues de la conclusion del retrato, dióme la sorpresa Madamisela Brun de empezar el de mi sobrinita. Era este un trabajo bastaute largo, al paso que una amable atencion. De resultas, invitéla á que se hospedase en mi casa hasta el momento de llevarla á la quinta de Madama Buffiere, cuyo retrato tambien habia de hacer ella, y con la cual iba yo á pasar quince dias despues del regreso de Mr. Laffarge.

Parecióme muy infeliz la señorita Brun; su familia se hallaba casi en la indigencia; la pobre carecia de amigos, continuamente estaba mencionándolo, y yo le ofrecí de la mejor voluntad, tanto mis servicios hospitalarios, cuanto mi influencia. Por otra parte, la jòven retratista no inquietaba en lo mas mínimo la soledad ocupada de mis ratos, pues que jamas salia del aposento de mi suegra, quien la abrumaba de lisonjas, de trapos viejos, y de café cargado. Admirábame del cariño afectuoso que Madama Laffarge inspirado habia á Madama Brun, hasta que supe que era su intencion casarla con un viejo señor, rico, viudo, y de cuyo nombre no quiero acordarme, pero que vivia en Excideuil, no lejos de Faye. Mi cuñada era la medianera en esta tramoya, esquivándoseme á mí toda iniciacion semejante.

Hácia aquel tiempo, tuvo lugar una escena bastante penosa entre mí y Madama Laffarge. Habíase encargado ella de hacer legalizar un acta indispensable para su hijo respecto al empréstito. Ignoro por qué casualidad, luego que me la envió para que la firmase, tuve la curiosa corazonada de leer el escrito, é imposible me seria espresar los tormentos, el dolor y la indignacion que de mí se apoderó, cuando en vez del poder se ofreció á mis ojos un testamento escrito en mi nombre, y el cual desnaturalizaba todas mis voluntades y todos mis pensamientos. Ya no habia que dudarlo: mi suegra violára el testamento que yo habia puesto bajo la salvaguardia de su honor, entregando mis pensamientos mas íntimos á un abogado, á quien encargára de legalizar unas voluntades que no eran las mias, y queriendo que mi caudal pasase á los hijos de su hija; á unas personas estrañas. Por fin, habia formado el plan de que ninguno de los afectos, ninguna de las inclinaciones de mi corazon me sobreviviera, y de cuantos amado me hubiesen, pudieran llorarme dos veces al creer que el olvido me helára, antes que me

helára la muerte. Despues de especular sobre mi casamiento, ¿era preciso pues, especular sobre mi fallecimento? Esta era una infamia. Cierta idea terrible me atravesó las mientes. En aquel lecho donde yo reposaba de noche, otra mujer, confiante, jóven y aislada, como yo de todos los suyos, habia muerto; ella firmado habia tambien un codicilo que despojaba á su familia de toda su herencia. ¿La habrian engañado? ¿habria sido víctima la infelice?

—¡Buen Dios, buen Dios, tened lástima de mí! esclamé echándome de hinojos.

En aquel instante, mi suegra, que acababa de advertir su *quid pro quo*, y esperaba que yo le hubiese remitido el documento sin leerlo, se presentó en mi cuarto.

—Todo lo sé, díjele yo con una voz que me temblaba de emocion y despecho. Cónstame que ha violado V. lo que hay mas sagrado en el mundo: el secreto de la muerte. Cónstame que ha sido la intencion de V., despojar á mi hermana; que se ha empeñado en que mi corazon y mis afectos mintieran en el instante supremo, cuando nos despedimos de la la vida. Es la Providencia quien me ha descubierto las celadas de V., y las cuales en lo futuro serán inútiles del todo. Sí, voy á hacer otro testamento; voy á remitirlo á mi hermana; quiero darle esta vez cuanto darle posible me sea; y si es mi destino morir en breve, no se me apartará de la cabecera mi fiel Clementina, á cuyo cargo encomendaré la preservacion de mi agonia de la astucia de la violencia.

—¡Maria, Maria! gritó Madama Laffarge, por Dios, no desheredes á Cárlos; él nada sabe de lo que he hecho.

—Quiero, necesito creerlo así; pero mi resolucion no es por eso menos inestable.

—Maria, por amor del cielo, no digas nada á mi hijo, pues que jamàs me lo perdonaria; á pesar de que tan solo por interés suyo verificado lo he.

—Imposible me será olvidar; pero prometo no insinuar cosa alguna á vuestro hijo: no quiero, señora, que en su presencia os ruboriceis. Nada de olvido; sino sigilo y perdon.

—Pero si llegas á tener un hijo, ¿piensas desposeerte en favor de tu hermana?

—¡Un hijo! oh! si Dios me concediera semejante tesoro, ¿pudiérais juzgar que toda mi fortuna, toda mi existencia, toda mi solicitud, todo cuanto mio es, no habria de pertenecerle?

—Y bien, Maria, has sido injusta, porque he hecho este testamento en la firme persuasion de que has de tener ese hijo de que hablamos.

—Eso no es posible.

—Estoy convencida de ello, me consta que...

—¿Pero si me han dicho que tal ocurrencia trae consigo síntomas que yo no tengo.

—Semejantes síntomas no suelen presentarse en las primerizas. Tienes ojeras, te duele el estómago, te causan asco ciertos manjares,

tu cintura vá poniéndose menos fina, menos cenceña... Por fin, mi vieja esperiencia te dice que estás embarazada.

Confundióme esta revelacion de Madama Laffarge; no podia creerla, aunque no me atreví á hacerle mas preguntas. Mi inesperiencia era muy grande, absurdísima, y yo me devanaba inutilmente la cabeza. En fin, despues que durante algunos dias habia yo desmadejado y puesto en tortura mi imaginacion, despues de haber oido repetir, se entiende con el mayor misterio, y de cuchicheo por supuesto, que me hallaba ya muy demudada, y ostensiblemente en cinta, creí que sería aquello un milagro, y esperé verme elevada á la dignidad de madre por obra y gracia del Espíritu Santo.

Con esperanza tan dulce, dejaron de correr mis lágrimas; hacia yo mil preguntas, proponia mil óbices á la certidumbre de mi dichosa suegra. A las unas, necesitaba yo que ella respondiese con su esperiencia matronal, y que allanase las otras victoriosamente. Mis esperanzas de dar á luz una chiquilla, se habian apoderado talmente de mi corazon, que de él se desterrára todo resentimiento.

No me atreví á mencionar mi dicha en las cartas que escribia á Mr. Laffarge. Pareciame que habia de perderla tan luego como en ella creyese, y haciame la incrédula para desengañarme sobre mi ilusion, mientras á todos los santos me encomendaba á fin de que mudasen lo imposible en lo posible. Todos mis pensamientos, todas mis acciones se dirigian ya hácia aquel pequeño complemento de mi alma. Dejé de montar á caballo, de ponerme corsé, é hice que me ensancháran todos los vestidos, á fin de que creciera mi vientre sin estorbo, y ya comencé á hacerle la canastilla, con ayuda de Clementina, y de hablar acerca de su educacion, con la Señorita Brun. No pude cantar mas; y mi lectura se redujo á las novelas y otras obras que hablaban de los niños chicos. Habia yo comprehendido lo que era el paraiso terrenal. Mi *Jacobita* habia de ser tan linda; pintábanla mis ilusiones tan blanca y sonrosada, con unos cabellos tan negros, con unos ojos tan azules, con una boca como la del reyecito de Roma, con un corazon tan puro como el de los ángeles, y con besos sin cuento sobre sus labios para contestar á los besos vivificadores que yo le diera.

¡Hermosa Jacobita, hija de mis ensueños, no bajes, no, á esta tierra; no pidas el vivir á otra madre! ¡Quédate en el cielo, niña querida, y deja que en él vuelva á encontrarte yo! ¡Sé un dia la recompensa de todas las angustias que en este mundo me ha sido necesario padecer!

Este pensamiento fijo que me daba caza de dia y de noche sin intérvalo alguno, era para mí un solaz. Entretanto, padecia yo mil torturas imperceptibles que me punzaban la existencia cual otros tantos alfilerazos, y haciame falta el hallar otro afecto dentro de mi corazon á fin de olvidarlas algun tanto.

El desaliento parecia apoderarse mas y mas de Mr. Laffarge; padecia de *nostalgia*; correteaba todos los banqueros de Paris, sin poder realizar un empréstito, y quejábase de que se sentia fatigado

é indispuesto; dábale miedo la idea de caer malo tan léjos de nosotras. Las fraguas entretanto se habian parado: los trabajadores venian á quejarse á mí de la ineptitud de Denis, quien les dejaba sin carbon. Veia yo venderse en las cercanías gran número de bosques, sin que él hiciese compra ninguna para el consumo de nuestra fundicion. Los Señores Buffiere y Magnaud, que prometieran á Mr. Laffarge estar encima de sus negocios, à penas ponian los pies en el Encinar; y Denis habia despedido al primer escribiente de la oficina. Conociendo que se hallaba apadrinado por mi suegra, empezó á mandar en gefe, á chocar con mis criados, y á echarla de gran señor con los obreros. Hasta se tomó la libertad de despedir mis albañiles y los hombres que formaban mi terrado. Amen de esto, se embriagaba á menudo, emprendia viages misteriosos, traia medio muertos de fatiga cuantos caballos teniamos en la cuadra, echábale luego la culpa á mi criado, y aun tuvo la desvergüenza de escribirlo á Paris. Luego que recibí yo la carta de Mr. Laffarge, dándome aviso de esta delacion, llamé á Denis, é hícele saber que no me era posible tolerar hubiese espias en mi casa; y que al primer soplo que diera, pediria yo á su amo le pusiese en la calle. Dióme un centenar de disculpas, y echó todas las cargas á Mr. Buffiere, con una humildad tan falsa y bajuna que trocó mi cólera en menosprecio. Muchas ganas tuve de contar á mi marido todos estos rasgos de egoismo por parte de su hermano; pero, recelosa de añadir mis malos ratos à los que él padecia, callé la boca, contentándome con apurar su vuelta, á fuerza de ruegos y de anhelosas instigaciones; entretanto los dias parecianme siglos, y me consumia en silencio. Todas estas desazones me irritaban los nervios y acobardaban mis ánimos. Tenia muchísimo miedo por las noches, é hice que mi criado y el maestro jardinero se acostasen á la puerta de mi cuarto, mientras dormia conmigo Clementina.

Tambien los diamantes de Madama de Leautaud tenian gran parte en mi miedo de ladrones. Como hacia largo tiempo que me hallaba sin saber de Maria, recelé que su salud la hubiese obligado à seguir el consejo de su médico, quien, por las primaveras, amenazaba enviarla á pasar el invierno á Pau, léjos del frio y de las fatigas del mundo. Habiale yo escrito, cuando Mr. Laffarge partiera á Paris, con el objeto de que me indicára un plan de operaciones respecto á mi depósito; y al mismo tiempo le decia que mi esposo estaba en el secreto, é iba á ponerse á sus órdenes, con una adhesion tan absoluta y discreta como la que yo la profesaba, á fin de llevarle ó de venderle los diamantes, de acuerdo con ella misma. No habiendo aun recibido la respuesta, que debiera darme norte para obrar, atribui su silencio á la ausencia. Entónces encargué á Mr. Laffarge, quien debia presentarse á Madama de Montbreton, se informase de ella si Madama de Leautaud se hallaba en Paris. Tardò mi marido mucho tiempo en poder sacarme de mi incertidumbre, pues que como la primera de las mencionadas señoras no habia regresado de Corcy hasta fines de Diciembre, no le fuera posible á Mr. Laffarge verse con ella hasta esta época.

Informóme entónces que Madama de Leautaud estaba en Paris, é hízome propuesta de ofrecer á mi amiga, en el caso de que no necesitase toda la cantidad proveniente de la venta de los diamantes, que se colocaria el residuo en hipoteca sobre la fundicion al 10 por ciento. Decíame que este refuerzo de metálico, aunque bien mezquino sin duda, le seria de una utilidad real, para comprar sobre la marcha porcion de leña que iba á vender, segun creo, el acaballadero de Pompadour. Confieso que me fué muy penoso el servir de intérprete de semejante deseo para con Maria, y sin embargo tuve que dar este paso. Echando la culpa de todo este negocio á Mr. Laffarge, no pude ménos de hacer á mi amiga en nombre de este una proposicion, la cual pudiera fácilmente desecharse, toda vez que fuese inconveniente ó desagradable para Madama de Leautaud. Aquella malaventurada cajita de diamantes, confiada á mi guarda en un castel sin puertas, gravitaba horriblemente sobre mi alma: solo me alentaba la aseguranza de que seria imposible que un ladron vendiese aquellas piedras sin ser descubierto al instante. Por feliz fortuna, no se hallaban desmontados del todo, y constábame por boca de Madama de Leautaud que habia dado sus reseñas el gefe de la policía á todos los joyeros de Paris, y que Mr. de Leautaud habia tomado todas las medidas necesarias para que la órden no fuese ilusoria.

LX.

Aproximábase el dia de año nuevo; pero no esperaba yo aun á Mr. Laffarge lo ménos en tres semanas. Hallábame sin consuelo, pues que todo se empeoraba mas y mas en mi casa. Las ausencias de Denís se hacian cada vez mas frecuentes; pasaba casi todas las noches en misteriosas correrías; amenazaban los fundidores de tomar partido con otro amo de fraguas, vecino y rival nuestro. En fin, no solamente nos negaba Mr. Buffiere su presencia y sus consejos, sino que tambien, á pesar de la prohibicion terminante de su hermano político, habia hecho en su propia casa un esperimento del nuevo método de fabricacion, y el cual tuvo el éxito mas deseable.

Mr. Buffiere, y sobre todo su asociado Magnaud, hablaban con un sentimiento envidioso y por ningun título fraternal acerca de nues-

tra riqueza en el porvenir, y hallaban malísimo que yo les manifestara mi asombro al saber, que, contra los deseos de Mr. Laffarge, habian hecho ensayos de nuestros descubrimientos, arrebatándole los primeros goces de un tiempo que hacia seis semanas le traia en lucha tan penosa. Esta noticia, que no pude ménos de escribir á mi esposo, y la de los 25,000 francos que mi agente le habia buscado á préstamo para el 31 de Diciembre, le hicieron apresurar su regreso. Recibí una carta, en la que me prometia no retardar su vuelta, y darme los aguinaldos el dia 3 de Enero; esta aviso me alegró sobremanera, y quitòle de encima á mi corazon la carga de un presentimiento que sobre él gravitaba tiempo habia.

Aunque le hubo salido bien á mi esposo su pretension de la patente, conocí que no las tenia todas consigo. Hablábame en sus cartas de los dolores de la ausencia, sin decirme una palabra acerca de los gozos del regreso. Cierta frase en su escrito me llamó la atencion, pues me decia:=«Llegaré á esa muy de mañana; quiero verte antes que à nadie, sola, sin que lo sepa ni aun mi madre misma; cuida de que por allá nadie lo sospeche.» Esta espresion leyòla Madama Laffarge, quien, en su apuro por enterarse de todas las novedades, habia abierto la carta, que llegó mientras yo me hallaba dando un paseo á la fundicion, se llenò de ira, y me diò á entender con palabras llenas de rabia, que yo pretendia monopolizar el afecto de su hijo, robarle su ternura; que jamás permitiria semejante cosa, y que estaria velando la noche entera, á fin de verle antes que yo.

En medio de disposiciones tan amables fué como alboreó para mi el año nuevo. Por la primera vez en mi vida, presentóseme el dia primero de Enero sin besos, y sin votos; luego, cuando me puse de rodillas para emitir mis preces, derramé lágrimas amargas, que solo pudieron ser enjugadas por el pensamiento de la inocente criatura con quien yo soñaba como esperanza mia, como una esperanza que deparada me era. Primero Clementina, luego los criados y los arrendadores vinieron á desearme un feliz año nuevo. Para cada uno tenia yo preparado un regalito, y para aguinaldo mio reservàbame el goce de hacer que en todos los labios una sonrisa apareciera. El dolor, que acrece al ruido del regocijo que para él tan ageno se ha hecho, consuélase y se olvida á la vista de los regocijos mesmos, cuando estos son obra de su solicitud; y el que padece, se solaza con aliviar los padecimientos de los otros.

Vino Madama Fleymat á pasar en el Glandier los primeras dias del año, y trajo consigo á su nietecita, chicuela muy preciosa, muy mal criada y maligna en estremo, la que me amaba mucho, y me lo decia con un mimo asaz original.

Mr. Laffarge, en su última carta, haciame saber que aun no le habia dado el dinero Mr. Legori, que de esta remesa dependia su regreso, y que se desesperaba por no hallarse á mi lado tan pronto como lo desearia. Sorprendióme pues en estremo cuando me despertó en persona por la mañana del dia 3. Al verle sonreirse y llorar al darme el beso de bienvenida, espantóme la mudanza que advertí

en sus facciones. Clementina, que estaba acostada cerca de mí, le preguntó al instante si se hallaba enfermo; díjonos él que tenia dolores de estómago; que, durante los últimos momentos de su permanencia en Paris, se había visto precisado á corretear arriba y abajo; que en el viage habia padecido contínuos requemos en el vientre, y que habiendo tomado un sopicaldo en Limoges, le habian acometido vómitos violentos. Quise que le hicieran una taza de té, pero lo rehusó.

Despues de espresar á mi marido mi regocijo por su regreso, le hice preguntas mil sobre sus negocios, sobre mi familia, sobre el estado de su salud, sobre la suerte que corrian mis diversos amigos. Díjome que traia el diploma, que habia contraido un empréstito en casa de los señores Martin Didier y Delamarre, que traia para mí un monton de memorias, de cartas, de cariños, y un preciosísimo broche de turquesas, regalo de Madama Montbreton, quien le habia tratado con la mayor finura. En la carta que para mí entregára esta señora á Mr. Laffarge, me decia que me enviaba un ramo de yedra con esta divisa *Muero si no me adhiero.*

En medio de nuestras preguntas y respuestas, parecióme mi esposo hallarse preocupado y triste; insinuéle riéndome, si se habia dejado el corazon en Paris. En vez de contestarme, preguntóme él con bastante sequedad, quien era el sugeto que habia llevado cartas á Uzerche, dirigidas al conde de C...

—Qué se yo! Lo único que puedo decir, que no ha sido la hija de mi madre.

—Si le has escrito, te pido por favor que no me lo niegues.

—Si le hubiera yo querido guardar un afecto secundario y una vituperable correspondencia, ¿pudiera yo haberos confiado mi secreto, haberos dicho hasta el nombre de aquel que debí y quise olvidar cuando me torné esposa vuestra?

—Tienes razon, pero me lo han asegurado...

—¿Que hé escrito á Mr. C...?

—Eso mismo.

—Entónces era esa una calumnia infame, ó quizás una estrañísima coincidencia. Exijo que aclareis este punto; si me sospechais injustamente, concluídose han mis confianzas amistosas de hoy en adelante. Podeis vigilar mi conducta; dado os es interrogarme acerca de mis acciones; pero jamás permitiré que se establezca entre ambos un sistema de espionage y de delacion.

—Conozco que te amo mucho mas que ellos. Créote... pero confiésame que Mr. T... ha querido hacerte la corte en mi ausencia.

—Me ha escrito algunos versos, y echado unos cuantos piropos; mas no ha pasado de ahí.

—Ya, pero tú le has escrito.

—Si; bien os consta que intento entablar un casamiento entre una de mis primas y uno de sus amigos; le escribo siempre que una carta de mi tia me pide nuevos informes, ó me trae alguna nueva respuesta.

—Pero en el Lemosin las mugeres casadas no tienen costumbre de escribibr á los hombres.

—Yo no soy lemosina; ademas, ¿será cosa de que no podais amarme sin este requisito?

—Eso puede dar márgen á murmuraciones.

—¿Y qué me importa? Si sois superior á tales pequeñeces provinciales, doy gracias al cielo, y me rio del *qué dirán*.

Toda nuestra conversacion que se prolongó dos largas horas acerca de estas desconfianzas, de estos informes y de estas sospechas, me hizo comprender perfectamente que muchas y lindas cartas se habian escrito en contra de mí, durante los dos meses en que mi marido habia estado fuera; así como los tormentos y pesares que me estaban reservados para el porvenir. Sin embargo, Mr. Laffarge me profesaba cariño todavia; una sílaba, una mirada echaban á tierra facilmente todo el catafalco de calumnias erigido á tanta costa, para dar garrote à mi reputacion, y no desesperé de triunfar de los odios, y de sus perversos fautores.

Durante este trueque de pensamientos, de esplicaciones y de penitencias que se succedian á los celos de Mr. Laffarge, vino mi suegra tres ó cuatro veces á zamarrear la puerta de mi cuarto; pero estaban corridos los cerrojos, y no le dábamos respuesta ninguna. Supe mas tarde que Madama Laffarge, quien habia acechado á su hijo toda la madrugada, se llenó de indignacion al aprender que habia vadeado el riachuelo, y entrádose por una brecha que ofrecian los muros del claustro, á fin de llegar á mi aposento, sin dirigirse por la avenida y sin encontrar por lo tanto á su madre. Yo comprendi entónces que anhelaba Mr. Laffarge verme á solas con el objeto de contarme sus sospechas y sus pesares. Sentime conmovida y llena de gratitud por esta sincera y franca esplicacion; y ya era cerca del medio dia cuando le recordé que era conveniente fuese á dar un abrazo á su madre. Volvió á los pocos minutos, y hallóse tan fatigado que quiso meterse en la cama, rogándome le cediera mi cuarto, á fin de que me fuera mas cómodo cuidar de él, y tocarle las sonatas que hacia tanto tiempo habia dejado de oir.

Apenas se acostó en mi habitacion Mr. Laffarge, cuando le sobrevinieron algunos vómitos; su tio Fleyniat, quien entendia algo la medicina, atribuyó su indisposicion al traqueo del viage, y mandó que tomase unas naranjadas. Hícele un vaso de este refresco, y sintióse nuestro enfermo aliviado luego que lo tomó.

Pasé toda el dia à la cabecera del cuitado viagero, quien nos enseñó su famoso diploma, y recibió todos nuestros parabienes, acompañados de nuestro entusiasmo bastante jubiloso. No me permitia apartar de la cama, decíame un millon de palabras tiernísimas; que me traia de regalo de año nuevo su feliz triunfo; que yo era quien le inspirára su bello y precioso descubrimiento, y que todo el hierro que se labrase en adelante, llevaria por marca la cifra de Maria; luego comíame las manos á besos, y bañábamelas con lágrimas de gratitud. Yo habia hecho que me grabasen en Paris un sello, de pie-

dra *malachita*, (1) con cierta divisa de mi invencion en la que hacian el papel principal los martillos de la fragua. Estos eran nuestros blasones de nobleza industrial. Semejante atencion llenó de júbilo á mi marido. Enseñó el sello á su madre y á su tio, repitiéndoles sin cesar:

—Ved ahí como ella sabe amarme!... y lo buena que es! mirad como pensaba en mi durante la ausencia!

Entonces tomaba Madama Laffarge un aire de fuño, y parecia que le llegaba al alma la dicha de su hijo, quien me abrumaba por habersela proporcionado, con espresiones de gratitud.

Despues que se despidieron nuestros vecinos, quedóse á solas conmigo Mr. Laffarge, y me hizo varias preguntas acerca de la demas familia, y sobre lo que habia pasado durante su ausencia. Díjele todos mis tormentos, todos mis pesares; referíle el negligente abandono de su hermano político, las impertinencias y la incuria de Mr. Denis, el descontento de los fundidores y la falta de carbon para que anduviesen las fraguas, y lo cual nos habia precisado á interrumpir los trabajos en ellas. Púsose muy disgustado y tomó una grave desazon al oirme, diciéndome que ya el leñador José Adrer se le habia quejado desde el momento de poner los pies en casa; y que iba á meter en órden todos aquellos abusos de autoridad y de confianza.

No queriendo dejarme bajar à la hora de comer, suplicó Mr. Laffarge á su madre, me pusieran la mesa junto á su cama. Parecia empeñado en resarcir lo mas pronto posible los dias perdidos en las tristuras de la ausencia. Llevároнme un alon de un ave guisada con criadillas de tierra. Quiso mi marido comer una de estas que se le antojára porque yo la tenia en la punta de mi tenedor. Por desgracia esta ligera imprudencia agravó su indisposicion, y tuvo algunos vómitos á eso de las diez. Lo restante de la noche estuvo asaz sosegado. Al dia siguiente solo se quejaba nuestro enfermo de una gran debilidad, Mr. Denis queria hablar con él. Por dos ó tres ocasiones no quiso admitirle, suplicándonos le dejásamos descansar aquel dia é impidiésemos que nadie le hablára de negocios; solamente encargó à un criado de confianza se llegara á Uzerche en busca de una maleta que contenia un poco de dinero, y que tambien le trajese los baules.

A la hora de merendar, nos sirvieron algunos merengues en la sala donde me hallaba con Madama Laffarge, inmediata á mi pobre marido. Tambien quiso participar de esta golosina, y tomó una cucharada de crema porque le pareció muy bien batida y perfumada.

En esto llegó Mr. Buffiere. Encerróse largo tiempo con su cuñado para hablar con él, y esta entrevista abrumó á Mr. Laffarge de fatiga y de melancolia. A las cinco reaparecieron los vómitos con mayor violencia, y fueron mas incesantes que el dia anterior. Quise

(1) Esta es una mezcla natural de varios minerales con una parte de piedra; su color es un verde oscuro sucio. N. del T.

enviar por el médico de Brives; pero opúsose á ello mi suegra, y prefirió á Mr. Bárdon, quien me constaba era tan buen amigo como malísimo profesor.

Entretanto la enfermedad de Mr. Laffarge comenzaba á darme cuidado, si bien me alentó algun tanto Mr. Buffiere, diciéndome que aquella era una indisposicion muy leve, y que su cuñado tenia costumbre de exagerar la maladia mas insignificante. Madama Laffarge empero, tenia ciertos presentimientos aciagos, que me cuajaban la sangre en las venas. Ella temia que á su hijo no le hubiesen dado veneno sus enemigos en Paris. Contóme la muerte de su esposo, quien en un convite que le dió Mr. N... fué envenenado por un rival suyo con un bocadito de buñuelo de viento, y habia tenido los mismos síntomas que los que tan mal parado á nuestro enfermo traian.

Llegó Mr. Bárdon á las dos de la madrugada. Llaméle á parte, y le conté mis inquietudes, y las horribles sospechas de mi madre política. Rióse él á carcajadas de mis quiméricos temores; me aseguró que no existia ni uno tan siquiera de los síntomas que pudieran dar consistencia á estas ideas formidables; que la enfermedad actual de mi esposo consistia en una anjina, acompañada de inflamacion en el estómago; que una dolencia muy comun le acarreára á su padre la muerte, á quien él mismo habia visitado; por fin, que solo á la imaginacion trastornada de Madama Laffarge pudiera habérsele ocurrido la existencia del crímen á que aludia. Hice que me esplicase el régimen que habia de seguirse para combatir aquella penosa anjina, pues que me ceñia á seguirlo con todo rigor. Recetáronse sanguijuelas al enfermo, prohibiéndose que tomára bebidas frias, y prescribióse el uso de tisanas mezcladas con jarabes emolientes.

Entretúveme largo rato hablando con Mr. Bárdon, acerca de la educacion primaria de los muchachos; dijimos algo del Emilio de Juan Jacobo Rousseau, cuya obra hacia pocos dias que el doctor me prestára, y la cual hacia nacer en mi corazon un millar de sentimientos nuevos, íntimos á mas no poder, y convincentes en demasía.

LI.

Mientras que asi pasábamos la noche confabulando, holgaban las ratas encima de nuestras cabezas, despertando á Mr. Laffarge de su ligero embeleso, y haciéndole impacientarse sobremanera. Preguntóme Mr. Bárdon por que no habia procurado meter en vereda á esos huéspedes ruidosos y devastadores; contestéle que ya les habia hecho un amasijo de cierta droga, con harina y agua; pero sin poder conseguir el esterminio de aquellos incómodos animalejos. Aconsejóme él que aumentase la dósis de harina con mayor cantidad de azúcar y manteca envenenada, y aun prometió traerme un papelon de mahiz molido; al paso que sabiendo se me habia acabado la droga mortífera para las ratas, escribióme una receta á fin de que me despacháran en Uzerche la cantidad suficiente de arsénico.

El pesar de verse enclavado en su cama, cuando mil ocupaciones importantes reclamaban su presencia, acrecia los padecimientos de Mr. Laffarge. Mostrábase impaciente, melancólico, sombrío; esquivaba con cierto repelo todo coloquio con su madre y con su cuñado, quienes siempre se empeñaban en hablarle de negocios. Veiale complacido siempre que mis palabras afectuosas le alhagaban, asi como mis ilusiones, mis proyectos para lo futuro; tambien hacía él un enfermo muy malo, y yo era la única persona que gozaba el privilegio de que no se me enviase à los infiernos con una compaña verdaderamente satánica, siempre que era preciso hacerle tomar alguna medicina de las que le recetaba el doctor. Sobre todo su madre era quien mayormente sacaba su impaciencia de quicio; y solo le quedaba á esta la tarea de preparar una multitud de tisanas, de pociones, de cataplasmas, y de inspeccionar á la lumbre de su chimenea un regimiento de cachivaches, cuyo contenido menospreciaba él, á pesar de las prescripciones del facultativo, y de nuestros ruegos incesantes.

Agradàbanle al enfermo las atenciones y los esmeros de la Señorita Brun, á quien supliqué retardase algunos dias su partida á Faye; consintió ella de buenísima gana, y agradecíselo infinito, porque eso era asociarse à nuestras fatigas, á nuestras desazones co-

mo enfermeras, á las tristezas de nuestros dias, y à las fastidiosas veladas de nuestras noches.

Todas mis conversaciones con mi marido me daban á conocer sus celos, asi como tambien la voluntad perversa y calumniadora de su madre. No solo se habia intrigado con el objeto de desnaturalizar mis acciones, sino que me habian colgado otras del todo falsas; habian añadido, al millar de tormentos que la embrolla de sus negocios daba á Mr. Laffarge, sospechas, dudas, incertidumbres insoportables para el espíritu, y crueles para el corazon.

Tambien, al hallarme inocente de todas estas imputaciones, mas confiante que en los pasados tiempos, mas amadora porque él padecia, y contentísima de volverle á ver, esperimentó Mr. Laffarge un grande gozo. Decíame él: «Por Dios, àmame en presencia de ellos; deja que oigan tus dulces palabras; haz que vean tus buenas intenciones.» Y repetia á su madre: «Mira que bondadosa es! cuanto me quiere, y cuan preciso es que tu la ames! Dale un beso en gratitud de la felicidad que ella me proporciona...»

Otras veces tambien una sospecha de celos le anublaba la frente; haciame preguntas con voz cortada, dura y desconfiante; en seguida pediame perdon; me veia herida, se humillaba y contábame, con el fin de disculparse, todas sus pérfidas insinuaciones. Yo hubiera querido ignorar su malevolencia, la cual se ocultaba en la sombra para calumniarme. Eran indispensables todas las desazones de mi marido para contener la violencia de mi indignacion, para alejar una esplicacion, para hacerme guardar un silencio que me ahogaba y el cual me parecia tan cobarde como dañoso. Siempre que yo me allegaba à mi madre política, haciame horripilar una involuntaria zozobra; la falsedad y la zalamería de sus palabras ponian mi alma en conmocion, ardíame la frente, y convulsábame cuando imprimia ella alli uno de sus besos traidores.

Lo confieso: triunfaba yo sin generosidad de la preferencia esclusiva que su hijo me concediera; disfrutaba de sus ojos, cuando estos me buscaban y pedian; mientras que sus labios contestaban con indiferencia á las preguntas de su madre, cuya venida me precisára á huir... Gozábame en las espresiones amorosas que él me prodigaba en presencia de ella, y en las bebidas que de mi mano aceptaba despues de haberlas rehusado de la suya; hacia yo alarde de mi supremo poderío, indicando el gran precio de los besos que negaba al hombre celoso, y permitia en seguida á los ruegos del penitente.

¡Qué tonta era yo! Hallábame arriesgando la vida á trueque de un chisme cualquiera, y reposando en mi propia conciencia y en el amor de mi marido, nutria los odios que iban á ahuecar mi sepultura!

A su segunda visita halló Mr. Bàrdon mas intensa la inflamacion de garganta; costàbale al enfermo infinito trabajo el deglutir, tenia inflamada la epiglotis ò campanilla, y una violenta concentracion de sangre en la cabeza. De resultas de estos síntomas, ordenóle el doctor unas cuantas sanguijuelas, una ligera sangria, é hízole aspi-

rar humo de alumbre en cantidad muy corta. Este último remedio hizo padecer en estremo al sufridor, pues le vino á la boca un gusto duro, acre, abrasador y perpétuo.

Acababa de salir de la habitacion el facultativo, cuando me dijo Madama Laffarge que por una equivocacion le habian dado á su hijo una pocion de vitriolo, porque sentia un fuego que le abrasaba las entrañas, y cuya quemazon le era insufrible; que el botiquin de Mr. Bárdon era pésimo y se hallaba en completo desórden; mientras se valia de él para administrar medicinas á sus enfermos; y que habia cometido un yerro tremendo...

En vano procuré calmar las fatigas de mi esposo, dándole gárgaras de agua fresca; en seguida, hallándome tan desazonada como él, fuí en busca del doctor, y díle parte con toda franqueza de los recelos de su paciente. Tranquilizóme diciendo que el alumbre se lo habia administrado su hermano político, médico como él, y en cuya casa acababa de pasar todo el dia; que era muy fácil, por ciertas señales, de distinguirlo de las otras sustancias corrosivas que nos daban tanto recelo; pero no le fué tan fácil convencer al enfermo mismo, quien se habia hecho una idea fija de sus temores; asi como tampoco á Madama Laffarge, quien tenia costumbre de trocar en crímenes los mas sencillos accidentes.

Acudió Madama Pauzani á agregar á nuestros esmeros, sus cuidados, sus récipes, sus bálsamos, y sus tisanas. Conocíase el interés que tenia por la salud de su sobrino; en el flujo de palabras con que le fatigaba horriblemente, en una mania por hacer pruebas y variaciones de régimen que al enfermo le chocaban á lo infinito, y los cuales le hacian con frecuencia enviar á paseo, y algunas veces tambien hasta al demonio, á las enfermeras de las *medias azules*.

Los dias no llevaban consigo mucha mejora para alivio del pobre paciente. Apenas algunas horas de sueño devolvieran la confianza á su frente y la sonrisa á sus labios, cuando una nueva crisis nos precipitaba de nuevo en el desaliento. Los vómitos eran ya menos frecuentes y menos severas las angustias nerviosas. Una noche, sin embargo, prolongáronse estas de manera, que la Señorita Brun y yo, que estábamos velando cerca del lecho, tuvimos la mayor dificultad en impedir que nuestro enfermo se abriese las venas con una navaja de afeitar, y nos vimos precisadas á rociarle con agua fria, y á esponerle al ambiente helado de una noche de Enero; de prescindir en fin del cuidado de su anjina para calmar las horribles convulsiones que le torturaban.

Todas las mañanas, al hacerle su visita, consolábanos Mr. Bárdon, es decir, á mí y á mi suegra, pues que los demas miembros de la familia estaban acordes en asegurarnos que aquel estado de zozobra, y aquellas fatigas eran muy naturales en el temperamento de Mr. Laffarge, que siempre le acometian cuando se hallaba preocupado y afligido con alguna espinosa transaccion comercial.

Preciso me es confesar, que si el enfermo no se mejoraba, era porque hacia precisamente lo contrario de lo que se le prescribiera.

Sobre todo, le encargaba el médico un reposo absoluto, el uso de brevages dulcificantes; miéntras los chismorreos zumbaban sin cesar en torno de su cama, y solo queria beber agua de nieve en lugar de tisana, encendiéndose en cólera luego que procurábamos engañarle, mezclando un poco de malvavisco, de linaza ó de goma en su bebida peligrosa y predilecta.

Por lo comun tenia yo el encargo de hacer frente al chubasco. Empleaba alternativamente, con bueno ó mal resultado, palabras afectuosas, ardides ó una despótica voluntad, y á fin de que fuesen admitidas las prescripciones de marca mayor, acudia al arbitrio de desterrarme por algunos minutos á la pieza inmediata.

Habia puesto la cama de mi esposo en mi propio cuarto, porque era mas abrigado y capaz que el suyo, y retirábame á dormir algunas horas en el de la Señorita Brun, quien entónces se trasladaba tambien á mi aposento. Fatigada de tanto velar, de mis dolores de estómago, y de una terrible fluxion al pecho, esas cortas horas de descanso que yo iba á buscar allí, echada en un lecho, eran inquietadas por un continuo pasar y repasar de mi suegra desde su cuarto al de su hijo; asi es que este arreglo de cosas me fué incómodo en estremo. Hallábame, por decirlo así, en un corredor adonde entraba Madama Laffarge cincuenta veces cada minuto, ya llevando tisanas que, despues de haberse confeccionado en su lumbre, volvian á ella otra vez, pues que no se les habia querido aceptar; ya dejando la cabecera del enfermo para responder á los numerosos mensages que venian de Faye, á los señores Denis, Buffiere, Magnaud, quienes habian escogido por morada la chimenea de aquella señora.

Estas continuas idas y venidas ponian en tortura al enfermo. Sufria el pobre con suma impaciencia aquellos interrogatorios tan cargantes, cuando se tiene que dar una respuesta invariable y poco satisfactoria; aquellas pisadas tan gravosamente ligeras que, despertándole con tierna precaucion, no le dejaban ni aun el privilegio de quejarse.

La noche del martes habia sido buena, y mejor la mañana del miércoles consecutivo. Hallábame sosegada, y oia la respiracion igual de mi marido, quien se habia quedado embelesado, con la cabeza reclínada sobre mi hombro, mientras yo le hablaba de cosas tranquilas y risueñas, de afectos, de confianzas y de porvenir; cuando de repente despertóle en sobresalto la llegada de Madama Buffiere, quien, precipitándose en el cuarto como una loca, le besó las manos, echóse á sollozar, y esclamó:

—Cárlos mio... tu te vas á morir! Ah! infelice que soy! ¿cual será mi suerte cuando tu te vayas?... ¿De qué sirve vivir sin ti? Oh hermano mio; tu Amena al sepulcro te seguirá!

—Tranquilízate, Amena; mira que me desazonas; me hallo mucho mejor, le decia Mr. Laffarge.

—Ah! proseguia Madama Buffiere; pobre Carlitos! morir tan jóven... he venido á prodigarte mis últimos esmeros; he venido á ries-

go de matar á mi pobre angelito, sí, espirarás en mis brazos!

—Dios mio! ¿es de veras que á morir voy? ¿y tú me lo ocultabas; y ninguna zozobra tenias! díjome el cuitado, poniéndose pálido y trémulo, al mirarme con una espresion de dolor y de reproche.

—Te juro que no corres el mas leve peligro, contestéle yo, completamente estupefacta, y herida hasta el fondo del corazon con una escena tan peligrosa. No comprendo el cariño de tu hermana; con afectos de esta naturaleza no tardará en enviarte al otro mundo. Por Dios, Amena, salte del cuarto.

—Eso no; ya no me separarán de él.

Fuéme imposible entónces conservar mi serenidad. Volvíme con adustéz hacia Mr. Buffiere, espectador impasible de aquella tragedia, y declaréle que yo exigia se llevase á su muger fuera del aposento, estorbando que volviese á él, hasta que se hallase mas tranquila y juiciosa.

Difícil fué poner por obra semejante medida; en fin, lleváronse á viva fuerza á Madama Buffiere, quien gritaba »que yo queria zalamear á su hermano, robarle á ella su último suspiro;» despues de lo cual diéronle de dolor y de rabia unos ataques horrorosos de nervios.

La impresion que produjo esta escena en Mr. Laffarge, no pudo borrársele de la idea; quedando impotentes mis palabras y mis sermones, los cuales tenian por objeto alentarle; pero él sin cesar me decia.

—¡Pobre Mariquita! preciso es que yo muera... ¡te queria tanto!!... ¿qué vá á ser de tí?

—Ten ánimo; que aun te quedan largos años de vida para nuestra felicidad.

—No me hables de felicidad; pues eso me desazona sobremanera!

—Sométete á la razon. ¿Crees que sonreirme pudiera si estuvieses en peligro?

—Oh! no; pero tú me engañas, porque á tí engañado te han.

Pasé en vela toda la noche para impedir que mi cuñada se acercase al lecho de su hermano, y luego que Mr. Bárdon, al visitar á nuestro enfermo, le halló con un acrecimiento de calentura, y con síntomas muy alarmantes, contéle lo ocurrido la víspera, con una indignacion y un rencor, tal vez poco moderados. Pedí licencia al médico para formar junta con otro facultativo. Quise que Mr. Segeral, que me recomendára mi tio Pontier, muy particularmente como á un hombre de talento y de bondad, fuera de la consulta. Esta determinacion no fué del beneplácito de mi suegra, y el jueves por la mañana ví entrar á Denis, quien volvia de Brives con el médico Massenat, el cual gozaba de escelente nombradia en el pais.

Examinó cuidadosamente al enfermo el nuevo facultativo, y repitió sus visitas durante la mañana, informándose de Mr. Bárdon acerca del temperamento del paciente, de las enfermedades que habia ya tenido, de las causas á las cuales atribuir se pudieran sus padecimientos de entónces; luego declaró que el estado actual de la ma-

ladia no presentaba peligro ninguno; que era presa de una afeccion nerviosa, grave y penible sin duda, pero de curacion cierta. La fisonomia grave y el recogido talante de Mr. Massenat me hicieron acoger su oràculo con seguridad y gozo. A fin de tranquilizarme completamente, llaméle á solas, y preguntéle temblando toda la verdad; tambien hice que le interrogára Madamisela Brun, y cada vez fué su contestacion igualmente positiva.

La debilidad del pulso, el frio de las estremidades me traian sin sombra especialmente; aseguróme Mr. Massenat que aquellos no pasaban de ser unos síntomas nerviosos. Ordenó, á fin de combatirlos, una opiata, bebidas laxantes y un poco de alimento, como caldos de ligera sustancia y escurriduras de pollo; supliqué en seguida á Mr. Massenat volviera al dia siguiente; rogúeselo con todo ahinco. Respondióme que bastaba la asistencia de Mr. Bárdon; que le habia encargado le hiciese saber con frecuencia del enfermo, y prometióme que volveria tan luego como fuese necesario cambiar de régimen.

Hallábame tan contenta, tan tranquila con esta bondadosa y sapiente visita, que me fué fácil hacer las paces con Madama Buffiere. El dia anterior, la habia yo despedido con impaciencia y cólera; pero con el fin de que se le quitase el enojo, la invité á que permaneciera conmigo cabe el lecho de su hermano, y aconsejé á su madre se retirase á descansar.

—Ya no hay cuidado, le decia yo; V. se halla muy rendida, vaya V. á acostarse: yo me quedaré velando á Carlos, no se apure V. por eso.

—Siempre quieres quedarte á solas con él!

—No; bien sabe V. que eso no sucede jamás. Me faltan los brios para sostenerle la cabeza; luego aquellos vómitos me hacen desmayar completamente.

—Anda á dormir, mamà; le dijo su hijo.

—Bien veo que ambos me quereis echar de aquí; pero poco me importa; quiero quedarme.

—Vaya una injusticia! esclamé yo.

—Si, si, bien veo que tratas de alejarme de mi hijo; que me consideras como un trapo viejo en la casa; pero aquí he de quedarme *velis nolis*; sí; á viva fuerza, y veremos quien es la que manda mas aquí.

—Válgame Dios! señora, quédese V. de reina absoluta de sus ruinas. Luego que Carlos se ponga bueno, iréme bien lejos de los celos de V. y de sus mezquinas calumnias; si él me ama, buen cuidado tendrá de seguirme; si la prefiere á mì, buen cuidado tendré yo de tomar mis medidas sin quejarme!

Salíme del aposento, pues no queria prolongar unas recriminaciones tan injustas y que tanto daño habian de causar á Mr. Laffarge. Supe que se encolerizó tanto contra su madre despues de mi partida, que le echó en cara el querer hacerle infeliz desuniéndonos, y la prohibió pusiese los pies en su cuarto, hasta que no se hubiera reconciliado conmigo. Esta ocurrencia hizo que Madama Laffarge

fuese á buscarme para pedirme disimulase su vivacidad, á la que daba el nombre de maternal ternura. Al suplicarme que olvidára mi rencor, no quiso mi suegra hacer el sacrificio del suyo; y tanto ella como su hija, no tardaron en idear mil medios para enagenarme el amor de mi esposo.

Hallábame muy fatigada, muy rendida, muy padeciente. Ellas inspiraron á Mr. Laffarge sendas inquietudes acerca de mi salud, rogóme él que me cuidára, que no dejase mi poltrona ó mi lecho; y, cómo no tuviese yo motivos reales de aprehension, obedecíle; aunque sin dejarme caer en el lazo de las celadas que me tendia la diplomacia enemiga.

LII.

La pequeña cantidad de arsénico recetada por Mr. Bárdon no fué suficiente para esterminar toda nuestra poblada de ratas, las cuales daban muy malas noches á mi marido, cuyos nervios se crispaban con sus carreras y chillidos, por encima de su cabeza; al paso que yo les habia decretado un odio mortal porque me devoraban los vestidos, la ropa blanca, en fin, cuanto hallaban en las alhacenas. Resuelta á combatir con todas mis fuerzas á tan dañosos adversarios, y buscar por todos medios su esterminio, encargué á Mr. Denis me llevase un nuevo acopio de drogas contra las ratas, y un abasto de trampas de resorte. Aunque en mi lista de encargos hubiese yo escrito ambos recursos esterminadores, se le *olvidaron* á Mr. Denis las rateras, y en uno de los viages que hizo á Brives, me llevó una dósis de arsénico bastante considerable, y la cual enseñé á Mr. Laffarge, á fin de que se cerciorára de los grandes medios que yo habia adoptado para libertarle de sus incómodos enemigos. Aprobólos él; mas prohibióme estuviese presente cuando se confeccionase el amasijo, cuyas exhalaciones dañinas recelaba me hiciesen mal. Clementina fué la encargada de la mortífera comision.

La noche del viérnes al sábado, no fué del todo mala para el enfermo, Pasé gran parte de ella en compañia de Madamisela Brun, y por la mañana, sintiéndome mas rendida é indispuesta que de costumbre, fuime á acostar, y aun estaba dormida á las diez cuando vino Madama Buffiere á preguntarme por la salud, y decirme que to-

mase una taza de caldo de gallina. Muy maravillada de unas solicitudes tan nuevas, agradecíle mucho, pero rehusé tomar el brevage, que me pareció tibio y desabrido. Pero ella, sin querer escucharme, aseguróme que sabia hacer caldos de gallina, tan delicados, tan sustanciosos, que habian de gustarme hechos de su mano, y bajóse á la cocina para dar mano á la obra. Al cabo de quince minutos, me trajo una taza que encontré pasadera. Acababa yo de deglutirla, cuando volvió ella del cuarto de Mr. Laffarge, manifestando suma tristeza porque no le hubiese dejado un poquito á su hermano, quien habia querido probar de él *por via de sentimentalismo*. Era aquel un antojo de enfermo que parecia muy justo satisfacer; así es que Amena hizo una segunda taza de caldo de gallina, sin separarse de mi cama, con intencion de que pasase por la mitad del que yo de tomar acababa: pero, habiéndose quedado dormido Mr. Laffarge, dejaron el brevage sobre mi velador; conservéle allí por algun tiempo, mas deseosa de seguir descansando todavia un rato, enviélo á mi cuñada para que lo tuviese á la candela hasta que despertase mi marido.

Al llegar á medio dia Mr. Bárdon, halló tan aliviado á nuestro enfermo, que le hizo dar un poco de pan empapado en vino de Burdeos, y le permitió comer un pedacito de ave ó una pizca de jaletina de patatas. Tambien nos avisó, que no teniendo ya recelos sobre su dolencia, no volveria al dia siguiente, que era domingo, y que solo tendriamos que dar á nuestro paciente con toda exactitud las opiatas que Mr. de Massenat le prescribiera, no obstante la repugnancia que el enfermo habia manifestado en tomarlas,

Mr. Magnaud volvió de Faye en aquel mismo dia, habló en secreto con mi esposo; mientras este, quemado hasta el alma con las noticias que le trageran, y las cuales no quiso decirme, tuvo una crisis; redoblósele la fiebre, y púsose mucho peor que habia estado el dia antes. Quejéme á Madama Buffiere de estas contínuas infracciones de lo prescripto por el médico.

—No siempre podemos sacrificarnos y pagar por Carlos, díjome ella.

—Señora, si V. no quiere que se le fatigue, interpuso Mr. Magnaud, firmeme V. algunos papeles que traigo en blanco dentro de mi cartera, y ya nada tendré que hacer con él.

Avíneme á ello con la mejor voluntad, é iba á llegarme á la cama de mi marido, á fin de preguntarle si me autorizaba para firmarlos en su nombre, cuando me lo estorbaron mi cuñada y su dependiente, con precipitado ahinco, diciéndome que mi propia rúbrica bastaba. Firmé entónces en la parte baja de algunos papeles en blanco que me dieron, y queriendo manifestar una prueba de órden y de exactitud, puse la fecha en contra de mi costumbre.

—Vaya! esto no sirve de nada; trabajo perdido, dijo Mr. Magnaud; para que sea válida la firma de una muger; es preciso que vaya sin fecha.

En seguida, rasgando aquellos billetes, me obligó á suscribirlos de nuevo; el sello era de los que autorizan los bonos de 6 á 8,000 francos.

Llegó Ema á puestas de sol, horriblemente asustada; habianle dicho por la mañana en Uzerche que Mr. Laffarge se hallaba á las puertas de la muerte, y alegróse infinito de participar de nuestras buenas aseguranzas de una pronta mejoria, al venir con ánimo de ser partícipe de nuestros dolores y de nuestro desespero. La llegada de Ema fué un verdadero solaz para mí. Contéle mis pasadas inquietudes, las palabras alentadoras del médico, y repitióme ella, así como toda la familia me lo dijera que no habia un enfermo mas indómito que su primo, y que ella sospechaba fuesen exagerados sus padecimientos, mucho mas que de ordinario, para que le quisiesen y mimasen, especialmente yo.

A eso de media noche tuve calambres en el estòmago, los cuales me forzaron á echarme en la cama, reemplazándome Ema á la cabecera de Mr. Laffarge. Habíale dicho yo cuan importante era que tomase la opiata, y la advertí de la mala voluntad con que se prestaba el enfermo á esta exigencia del doctor; así es que la pobre tuvo que valerse de mi nombre para decidirle á tragar el medicamento de cuarto en cuarto de hora.

—Toma esto, Cárlos, decíale ella, por amor de María que te quiere tanto.

—Sábeme muy mal; pero voy á tomarlo para darle gusto:

—Cárlos, ¿tú te habrás alegrado mucho de haberla vuelto á ver?

—Oh! sí; ¿conque dices que *ella me quiere?* ¿no es verdad?

—Y tanto! bien me acuerdo de lo que me decia cuando tú no estabas aquí.

Al oir estas palabras el pobre enfermo le apretaba á su prima la mano cual si quisiese tributarle gracias.

No tardaron Madama Laffarge y Amena en apartar á Ema del lado de la cama, so pretesto de enviármela para que cuidase de mí. Repitiome ella lo que mi marido le habia dicho, y yo á mi vez la referí todas las calumnias que contra mí se habian escrito à Paris, las cuales cada dia iban haciéndose mas claras; y mi relacion llenò de espanto á la pobre chica. Las mismas desconfianzas que me rodeaban, ceñíanla á ella tambien; pues habia observado que la esquivaban para hablarse, que parecian existir en la casa importantes misterios, y que, á Amena la echaran con adustez del cuarto á fin de poder charlar mas libremente con Magnaud y la señorita Brun.

Mil y mil congeturas pulularon en mis mientes. Creimos por fin que estarian tratando de algunas especulaciones torcidas, las cuales se empeñaban en ocultarme por no herir mi sensibilidad; al paso que los vales firmados aquella mañana por mí acudieron á mi memoria para confirmar esta idea, la que disminuia en cierto modo el rencor que me corroia de resultas de la conducta hostil y fuera de propósito que toda aquella familia me manifestaba.

A las cuatro de la mañaua, Ema y yo fuimos á ocupar nuestros puestos junto al lecho del dolor. Parecíonos mas agravado, y nada me dijo cuando le puse la mano en la frente el enfermo á fin de inter-

rogar su calor y sus pulsaciones. Mientras mi ausencia, no le habian dado una gota de la pocion prescrita, único remedio que le aliviaba. Hice esta observacion con pesadumbre; entendióla él y significóme por señas que le preparase una toma.

Siéndome imposible hacer que Mr. Laffarge tomase una gota de sus tisanas emolientes, á fin de remediar la falta, tenia yo cuidado de añadir un polvo de goma al agua de la pocion que á tomar se resignaba. Esta vez, que segun mi costumbre, habia yo hecho una ligera adicion de goma al brevage, arrancóme de las manos la cuchara Madama Laffarge, y enseñándosela á su hijo con aire triunfante, le dijo que se guardase bien de tomar aquello porque yo le habia echado unos polvos blancos. En vano Ema hizo observar á su tia que era tan solo un poco de goma arábiga lo que se habia mezclado con la pocion; ella hizo muestra de no querer oirla, y luego que yo salí de la vivienda, le dijo que yo hacia muy mal en dar á su hijo aquellos polvos de goma por cuanto Mr. Massanet le habia vedado su uso. Ema, quien sabia de positivo lo contrario, quiso defenderme, pero recibió una sarta de palabras durísimas, humillantes, amen de la insinuacion casi formal de que se volviera á Uzerche, con la órden de no mezclarse en lo sucesivo en lo que pasase al rededor de ella.

Viéndose tan desdichada y *perseguida*, ausentóse Ema tan solo por un dia, prometiendo que volveria al siguiente, á fin de aceptar con heroismo la mitad de mi reprobacion. ¡Cuanto le agradecí una promesa tan sensibilizadora! Su consagramiento, al permitirme que trocára mis pensamientos de amargura y de humillacion, era lo único que podia consolarme un poco de cuanto yo padecia!

El domingo por la mañana admirème mucho al hallar á Mr. Denis y su esposa, en aislada posesion de la cabecera del enfermo. Preguntéles por qué no me habian despertado al recogerse la madre y la hermana del enfermo, y por qué se habia abandonado á este entre las manos de unas personas que ignoraban el régimen y los esmeros que exigia; contestóseme que así lo habia dispuesto Mr. Laffarge, el cual no queria que le abandonase jamas *su buen amigo Mr. Denis.*

Acerquéme al lecho de mi esposo, quien despues de haberme mirado largo rato en silencio, me llevó la mano á sus labios, y yo sentí caer sobre ella una lágrima y un beso. Madama Buffiere que entró á la sazon se empeñó en apartarme, só pretesto de que mi vista fatigaba á su hermano, quien se opuso y dijo: »*Mírala!*» Luego tomando algunos bucles de mis cabellos, que se me desprendian de la escofia, púsose à ensortijarlos con los dedos, y distrájose al parecer sin hacer caso de una ni de otra.

Pidió de beber, y habiéndome yo levantado para satisfacer su deseo, arrojóse Amena sobre el vaso, quitómelo de entre las manos, y ofrecióselo ella misma. Herida profundamente, iba á retirarme, cuando llamándome él, hizo que me acercase, y me dijo:

—Deja que hagan lo que quieran; pero no me abandones!

Habíame pasado á mi cuarto para echarme otro vestido, y poner en órden mis cabellos, cuando vino Clementina á hacerme saber que acababa de llegar Mr. Fleyniat; salí al momento para verle; pero se hallaba en el cuarto de mi suegra; y como advirtiese que tenia un semblante adusto y melancólico, quedéme aterrada, y llevéle al corredor á fin de preguntarle si habia peligro, si encontraba peor á Mr. Laffarge, y que habia de hacerse. Confesóme él que no participaba de la seguridad de Mr. Bárdon, cuyo *régimen alimenticio* le parecia absurdo; en fin, que le daba mucho cuidado la helada rigidez que presentaban las estremidades del cuerpo de nuestro paciente, la debilidad que le advertia en el pulso, y los síntomas poco naturales y comunes que dejaba ver aquella enfermedad.

—Suplico á V. pues, le dije, que convenza á mi madre política, á fin de que envie á buscar otro médico en vez de Mr. Bárdon.

—Pues si ella me dice que es V. quien á ello se opone!

—Yo! hace ocho dias que estoy rogándola incesantemente mande venir á Mr. Segeral.

Parecióme asombrarse de mi respuesta, y me aconsejó que al momento enviase á Brives por el facultativo espresado; que no siguiese en nada los consejos de Mr. Bárdon, cuya ineptitud era generalmente reconocida, y se hacia cruces Mr. Fleyniat, sin saber á que atribuir la predileccion que la familia le profesaba.

Viendo lo desazonada que me habia puesto, procuró entónces consolarme; díjome que tal vez exageraba el peligro; que le constaba que no habia reconocido Mr. Massenat, cuyo golpe de vista era un oráculo en el que podia confiarse con los ojos cerrados; luego, volviendo á entrar en el cuarto de Mr. Laffarge, tornó á examinarle atentamente, le permitió que bebiera cerveza en lugar de tisana, y ordenóme le diese agua tibia, á fin de facilitar los vómitos, y hacer que arrancase del estómago las materias dañinas que pudieran haberse introducido en él.

Precisóme combatir la mala voluntad, la oposicion casi brutal de Madama Laffarge, quien se empeñaba en hacerme cargos de que yo queria fatigarle, y darle la muerte á fuerza de nuevos vómitos; pero sus acusaciones no consiguieron hacerme sucumbir, mostréme inexorable, y á pesar de toda oposicion hice á mi marido tomar muchos tazones de agua caliente. No podia el enfermo rehusarlos cuando de mi mano vinieran, y los cuales, tenian muy aliviado hasta que su madre le dió un gran vaso de cerveza, que le devolvió la quemazon insoportable del estómago, sus calambres violentos y sus fatigas.

Para acabar de desolarme, supe que se habia dado órden al criado que yo enviara á Brives en busca de Mr. Segeral, y que valiéndose de un pretesto cualquiera, encargó Madama Laffarge *á su fiel Denis* fuese tan solo á Lubersac en busca de otro médico, llamado Mr. Lespinas.

Por la tarde llegó Mr. Magnaud, y su presencia pareció disipar todas las inquietudes que Mr. Fleyniat habia despertado en el aposento de mi suegra. Díjome que tenia que tratar acerca de algunos

negocios, y pidióme licencia para quedarse á solas un rato con Mr. Laffarge. Quise oponerme á que se le fatigase de este modo el espíritu, ocurrencia asaz peligrosa en un momento de crisis; pero luego que me aseguró traia buenas nuevas, y mas á propósito para sanar á mi marido que ponerle mas malo, retiréme y se quedaron solos los dos. Conocí al volver, que la visita de Mr. Magnaud habia producido un efecto contrario del todo al que de ella se esperaba, pues que nunca el dolor ni el abatimiento se vieran contraer tan violentamente las facciones del enfermo infelice! Volvióme la espalda luego que me vió, y no dió muestra de notar un beso cariñoso con que le sellé la mano.

Pasé entónces á sentarme junto á la chimenea, donde la Señorita Brun, Madama Buffiere, y Mr. Magnaud estaban charlando y riéndose, miéntras que mi suegra dormia. Entonces entreguéme al desespero, y apoderóse de mí un abatimiento espantoso. El odio apenas disimulado que me manifestaba toda aquella familia, ese parapeto de sus personas y de sus calumnias que todos sus miembros levantaban entre mi marido y yo, esa persecucion seguida á puñaladas, que hiriendo siempre no mataban nunca, parecióme soez y abominable.

Y sin embargo, érame indispensable quedar allí: los padecimientos del pobre Cárlos, aun mas que mi deber me aherrojaban en el Encinar. Por acaso levanté los ojos á fin de examinar todas aquellas caras, y vi á todas sonreirse en triunfo villano; mientras el desprecio que inspirado me hubieron acudió á reemplazar mi desesperacion, pues que me proporcionó las fuerzas suficientes para raciocinar.

—Te aconsejo que te retires á descansar, Maria, díjome Madama Buffier con cierta sorna; estás muy pálida, y mi hermano, como está acostumbrado á queyo le cuide, prefiere mis esmeros á los tuyos, y te lo agradecerá sobremanera.

—No os de cuidado mi palidez, señora; este es mi sitio; y permaneceré en él todo el tiempo que lo juzgue útil y conveniente.

Luego, ocultando bien adentro de mi alma todas mis penas, tomé un libro, y aisléme de sus persecuciones y de su presencia.

Aquella noche ostentaba Mr. Magnaud una *finura* sorprendente; dispertaba á Madama Laffarge haciéndole cosquillas con una pluma: besaba por fuerza á la Señorita Brun, y sin fuerza á Madama Buffiere; en fin, eligió á esta última por almohada, y quedóse profundamente dormido sobre su hombro. Como yo hiciese muestra de presenciar todo aquello con admiracion, díjome Madama Buffiere:

—Como ha de ser! si lo tratamos cual si fuera á un hermano.

A eso de las dos de la mañana vino Mr. Lespinas, á quien escoltaba Denis. Dispestáronse todos los oidos adormidos, cada cual armado de una lágrima para acogerle. Quiso Madama Laffarge aconcharle en el hueco de una ventana á fin de hablar á solas con él; pero le dijo el doctor que estaba informado ya de la maladía de

Mr. Laffarge, cuyos síntomas le habia esplicado ya Mr. Denis, y allegàndose à la cama del enfermo, tomóle el pulso, le hizo una pregunta ó dos, y luego vino á calentarse donde estábamos los demás, y à hacerme su cumplido.

Dí las gracias á Mr. Lespinas por su celo, en arrostrar la noche, el frio y la caminata con el objeto de aliviar las cuitas é inquietudes de sus prójimos, y supliqué me dijera su opinion sobre el estado en que se hallaba mi marido. Contestóme que le suponia atacado de una gastro-enteritis, enfermedad larga, penosa; mas no podia temerse un peligro inmediato. Preguntóme en seguida si me gustaba mi nueva patria, sí me habia aburrido mucho en mi soledad, si mi predileccion por el ejercicio ecuestre era bastante viva para hacerme arrostrar el invierno y los malos temporales? Al responder á sus preguntas, examinè á Mr. Lespinas, y empeñéme en descubrir en él lo que motivára la confianza de la familia, y la preferencia que esta le daba sobre Mr. Segeral.

Era un hombre jóven, de palabras lacónicas, y cortantes, llenas de espresiones que manifestaban el orgullo y la frivolidad.

Veianse pintados en su frente la obstinacion y la falta absoluta de inteligencia. Miéntras que se calentaba à la lumbre, zampado en una vasta poltrona, con los pies puestos encima de los morillos de la chimenea, se restregaba las manos una con otra, ó se las pasaba por los cabellos. Ofreciale Madama Buffiere agua y panal, llamàbale el salvador de la casa, y sollozaba refiriéndole lo mucho que amaba á su hermano. Entretanto hacia Madama Laffarge esclamaciones de desespero, arrancando misteriosos suspiros; y la Señorita Brun, Mr. Magnaud, y Denis hablaban entre sí con retentiva siniestra y afectada.

—Ah! Dios mio! no me oculteis nada, señor, dije al médico, al sorprender una sombria mirada de inteligencia entre él y mi hermana política. ¿Corre peligro nuestro enfermo? Quiero que vayan en busca de Mr. Segeral; mi desazon llega á su colmo, déjenme VV. de misterios, les suplico.

—Es inùtil que venga otro doctor, pues que nos dice este caballero que es una dolencia crónica y muy larga, respondióme Amena. Pero tú estas muy rendida, ¿por qué no vas á acostarte?

—El mismo Cárlos quiere que lo hagas asi, añadió mi suegra.

—Sí, señora; dijo Mr. Lespinas, juntándose con ellas, es cosa muy larga, economice V. sus fuerzas para emplearlas mas tarde; es preciso.

Desterrada de la cabecera de mi esposo, por medio de estos ardides, y viendo usurpados mis derechos, mis deberes, y mis esmeros, dejé la vivienda con la mayor indignacion, en un estado de alma el mas sufriente, sin que ni tampoco para resignarme, llevase conmigo una palabra de mi pobre enfermo, quien permitió me alejase, sin que una mirada suya hubiese acudido á protestar en contra de las penas que hendian de arriba abajo mi corazon.

LIII.

Asombróme el Lùnes la mudanza acontecida en el estado de Mr. Laffarge. Tenia quebrada la vista, y una livida palidez le cubria el rostro... Vi la muerte entronizada en sus sienes, y sin proferir una palabra, caí de hinojos para orar y verter un torrente de lágrimas sobre su helada mano.

La mirada de mi marido era por turnos, dulce, afectuosa, indignada, terrìfica. Si yo me apartaba de su cabecera, retraiame á ella otra vez, fijàndola en mí con cariño; si me arrimaba, volviala llena de cólera y de furor: daba muestra de querer hacerme una pregunta, de lanzarme un reproche; pero su madre, su hermana y Denis, interrumpian sus palabras, estorbaban que me viese, y robábanme hasta la espresion de lo que proferia.

No fué este el único suplicio que tuve que soportar. El cuarto estaba lleno de amigos de la familia, personas estrañas para mí, las cuales espiaban todos mis movimientos, contaban mis lágrimas, apuntaban en su registro todos mis dolores. Oiales comunicar sus observaciones á la Señorita Brun, á los dependientes; oiales cuchichear y entregarse á la murmuracion en aquella hora suprema, y no pudiendo soportar por mas tiempo semejante tortura, corrí á encerrarme en mi cuarto, para dar libre suelta á las lágrimas que me sofocaban.

Es preciso perder una cosa que nos sea mas apreciable que nosotros mismos, un padre, una madre, para resentir uno de esos dolores inmensos, infinitos, que desatan su desesperacion, sus sollozos y sus alaridos, en medio de la indiferencia del mundo; que hallan un yermo en medio de los hombres; que todo lo olvidàran, escepto la tumba dó va á encerrarse su tesoro, y el cielo que puede devolvérselo en su eternidad. Los dolores mas calmados, mas análogos á la razon, que trastornan la vida sin despedazarla, solo se ensanchan en el aislamiento. Estos son los desgarros, los pesares de un corazon padeciente, mas bien que el grito de muerte de un corazon agonizante. Estas penas tienen recelo de parecer exageradas à los ojos de algunos, insuficientes en el sentir de otros.

Los recuerdos de aquel último dia han dejado impresa en mi

alma con el sello del terror, de la angustia, á par que mi memoria no conserva las trazas de un solo hecho que con verdad pueda llamarse positivo. Formaron sobre mi corazon una horrible pesadilla, la que he podido sacudir á fuerza de estremecimientos, y despertado de ella hé, desmadejada y rendida, con un padecimiento real que tan fantásticas torturas produjéra. Cuando nos hallamos tan próximos á la muerte, no vemos ya la existencia, y sí, tan solo, la sentimos.

Acuérdome únicamente que Ema volvió á verme con mucho cariño y copiosas lágrimas; y que, empeñándome yo veces mil en tornar á la cama del desventurado Cárlos, interpúsose un grueso cerrojo á mis anhelos... Sé muy bien, que, empeñada en acudir á su cabecera, de donde ellos me desterraban, para hacer que sus moribundos sentidos entrasen en calma y en esperanza hice llamar á un sacerdote, y que habiendo venido este, mezclé mis preces con las suyas... Cónstame que mas tarde vino á consolarme la familia, á traerme sus ternuras, *y un papel que yo debia firmar*, que entónces me fué permitido acercarme al lecho de la muerte; pero tambien me acuerdo que en él no hallé para mí una mirada ni un adios del que tanto amado me habia... Sé que me arrancaron hasta el triste derecho de humedecer sus labios abrasadores, de alzarle la cabeza infelice, y de restregar sus manos para que entrasen en calor... Cónstame tambien que Ema me hizo salir de aquel cuarto para ahorrarme tantas pruebas y tantos odios; que me puse muy mala, y que por la madrugada ella no se apartó de mí... acuérdome que sus lágrimas corrian entónces mas abundosas, que le hice varias preguntas, y que ella me contestó, comiéndome á besos:

—Te amo, Maria, te amo por dos!

Era muy tarde al dia siguiente cuando el sueño de plomo con el que Dios enjuga las lágrimas, y detiene el disparo de los pensamientos, vino á devolverme á la vida y á las melancolías de la realidad.

Mi primera idea fué en pró de la pobre madre. Quise ir á mezclar mis pesares y lágrimas con sus lágrimas y pesares; quise dar la honra debida á la memoria del que acababa de dejarnos, prometiendo á su madre una ternura fiel y una obediencia filial, y olvidóseme que ella no me queria; que mis padecimientos de resultas de su indiferencia fueran infinitos, á fin de borrar de mi memoria todo, escepto los esmeros, el cariño, y el respeto que se habian convertido en deberes y en herencia para la viuda de su pobre hijo.

Contúvome Ema; me dijo que su tia estaba bastante resignada, que mi presencia seria un nuevo pesar, despertando demasiado pronto su dolor adormecido. Añadió que le habia encargado me diese un abrazo, cuidase de mí, y me suplicara prorogar hasta el dia siguiente nuestra triste reunion.

Penóme infinito esta medida. Nuestros corazones, hasta entonces estraños, necesitaban reunirse en su dolor, mezclarse en sus primeras pesadumbres, en aquellos irreflexivos embates, en aquellas palabras incoherentes del desespero. Los afectos nuevos de la vida hallan con

frecuencia todo lo pasado en el verter de una lágrima tan sola.

Pasé con Ema todo el dia; abrumábala el pesar. Mr. Buffiere fué la única persona que vino á darme un abrazo, y á llorar por largo rato conmigo. Díjome que su muger se hallaba muy indispuesta, y en cama; que ella me queria como á una hermana suya; luego me aseguró que continuaria siendo respecto á mí lo que habia sido para con su cuñado, y me hizo firmar un poder en blanco, que *deberia* proporcionarle los medios de serme útil.

Ema, quien volvió á buscarme, luego que su primo se retiró, preguntòme con cierto grado de inquietud, que tal se habia portado conmigo él? Contéla al pié de la letra nuestro coloquio; parecióme atónita, pensativa, *escamada*, y asiéndome entrambas manos, me dijo:

—Sabes que te quiero mucho, Maria, y á probártelo voy. Me guardaré muy bien de hacer sobre mi familia juicios temerarios; pero, te suplico, te ruego encarecidamente que á nadie confies tus papeles. Estan hablando sin cesar de testamentos, me preguntan si tú tienes alguno, que es lo que piensas hacer de él, y cual es su contenido.

Estas palabras de Ema hiciéronme pensar en el codícilo que Mr. Laffarge hiciera. Estuvimos mucho tiempo sin poder encontrarlo, y mucho mas, luego que dimos con él, para decidir que haríamos de documento semejante. Deciame Ema que le faltaban ciertas formalidades para hacerlo valedero, segun habia oido decir á su tia. Pero, como una y otra ignorásemos en que consistirian aquellas, aconsejóme mi jóven amiga lo remitiese á Soissons á mi agente de negocios. Hallábase tan aterrada Ema, que se opuso à que yo tuviese en mi poder el legajo una sola noche: asi pues, hicimos que mi criado lo llevase al correo, aunque ya era bastante tarde. Tambien escribí á mi familia algunas cartas, rogando á varios individuos de ella viniesen al momento á consolarme, dàndoles aviso de mi desgracia, sin decirles una sílaba acerca de mis persecuciones.

Ya muy entrada la prima noche, encargué á Clementina, fuése á saber como se encontraban mi cuñada y mi suegra; negóse ella à ir, diciéndome que miéntras yo plañia, ellas me estaban saqueando; que como de nada hacia caso yo, me la estaban pegando de linda manera... Lastimada con semejantes propósitos, vedé me diera esplicaciones ulteriores, y con bastante adustez mandé á la pobre Clementina que se saliera de mi cuarto. Obedecióme; mas volvió de allí à poco en compañía de la cocinera, quien vino á asegurarme que mi doncella no habia mentido, y que era ella misma quien se lo habia avisado.

—Van á dejaros por puertas; van á ponernos en la calle á todos, si la señora no se reviste de sus facultades como ama de esta casa. Ayer noche se apoderaron de la vajilla de plata, só pretesto de guardarla, y quisieron remitirla á Faye por conducto del jardinero José, quien se negó á encargarse de la comision, por no hacer perjuicio á la señora, á quien ama tanto como todos nosotros. Me ha dicho Madama Laffarge, que si yo queria tomar partido con ella, me daria una buena

propina; pues que era su merced la que heredaba. ¿Quieren VV. creer que esta mañana misma, cuando aun no habia espirado el amo buenamente, fué su madre á registrarle los baules, que estaban junto á su cama, sin hacer siquiera la señal de la cruz por su alma desventurada?...

Aterráronme estas palabras; pero creyendo que las habia exagerado el afecto que me profesaba Clementina, y el celo de la pobre Mion, prohibíles las repitiesen á nadie, mientras les prometí que me conduciria enérgicamente, á fin de guarecerlas de todo vejamen, y procuré alejar de mi espíritu las sospechas que ellas habian hecho nacer en él. Parecíame que insultaba la memoria de mi marido si apreciase en su justo valor las acciones de su madre.

El miércoles por la mañana entró Madama Laffarge en mi aposento, dióme un abrazo sin derramar una lágrima. Venia á decirme que Amena, bastante indispuesta para no poder salir de su cuarto, y muy deseosa de verme, rogaba que yo pasase á llorar con ella la muerte de su infeliz hermano, y que fuese á resignar mis padecimientos, en virtud de tener quien de ellos participara.

La puerta que comunicaba con mi habitacion, asi como tambien la del cuarto de mi suegra se habian quedado abiertas de par en par. Oia yo á Madama Buffiere, quien me gritaba:

—Mariquita, hermana mia, ven, que yo te lo ruego.

Salté al instante de la cama, y echándome un pañolon sobre los hombros, acorrí á precipitarme en sus brazos.

Hallé á mi cuñada vestida de luto rigoroso; aunque me pareció que no tenia cara de enferma; recibióme ella con crispaturas de desesperacion, esclamando: »que se iba á morir, y que mucho lo deseaba.» Pidióme el diploma, á fin de cubrir de besos esa grande obra de mi marido, su hermano; díjome que yo seria harto cruel si tal solazamiento le negara, y aparentó no creerme cuando le aseguré que ese papel no estaba en mi guarda, ni sabia lo que de él se hubiese hecho.

De repente, oí que se acercaban unos pasos. Quise volverme á mi aposento, pero hallé echado el cerrojo; y como yo pulsase la puerta con estrépito, llamando á Clementina, presentóseme esta y me dijo que mi suegra se habia encerrado en mi habitacion con un cerrajero; que estaban forzando las gabetas y se negaban á abrir.

—Eso no es posible! seria una accion muy infame, esclamé.

—Mi madre es aquí la dueña, y hace cuanto se le antoja, contestóme Amena encolerizada.

—La dueña!... entónces, ¿por qué se mete en robar lo que la corresponde de derecho?

En aquel instante, Mr. Lespinas, director del acaballadero de Pompadour, y Mr. Bucheron, el administrador del mismo establecimiento, entraron en la vivienda donde yo me hallaba, y al verlos venir, tomó de nuevo mi cuñada sus lágrimas, su voz melosa y sus demostraciones de ternura hácia mí. Aterrada yo, permanecí algunos instantes sin reparar en tal visita, olvidando lo poco decente de mi

trage, lo desgreñado de mis cabellos, el pañolon que á medias me cubria, la desnudez de mis pies y de mis brazos. No se me ocurria una lágrima, un quejido, una palabra. La indignacion de la esposa habia vencido al pudor de la muger. Por fin una mirada curiosa que me dirigió uno de aquellos señores, me hizo volver en mí; y les supliqué me dejasen sola. Retiráronse ellos, y pronto despues se abrió la puerta de mi cuarto.

Apenas tuve aliento para entrar en él y encerrarme por dentro con Clementina. A la pobre muchacha le chocaban mas que á mí semejantes persecuciones: enseñóme el mueble secreto que habian descerrajado á fin de llevarse los contratos, los títulos, los papeles importantes encerrados en él. Hízome ver igualmente que habian desaparecido cuantas joyas en mi cuarto se hallaban; el retrato de mi madre, los cabellos de mi padre, todo el tesoro de mis tristes recuerdos.

Mientras que yo me devanaba los sesos por averiguar á que atribuir esta postrera alevosia, tan cruel si fuera por que me envidiasen el precio que aquellos objetos tenian para mi corazon, y tan bajuna si solo se trataba de especular sobre su valor intrínseco, entró Ema, y se me arrojó al cuello, temblando, pálida y sin voz. Suponiendo que la causa de su padecimiento seria el nuevo dolor con que me habia asaeteado, procuré tranquilizarla, y disimular lo que yo sentia, llamándola amiga, hermana, ángel de mi devocion. Pero ella, sin responderme, apartábame de la frente los cabellos, fijaba en mi rostro sus ojos espantados, hasta que al fin sollozando me dijo:

—Maria, aseguran que le has dado veneno; que has hecho morir á Carlos para casarte con otro; Maria... eso no es posible... ¿no es verdad?... imposible es! imposible!...

—Infames! pero no; no es cierto; tú te engañas... Oh! por amor del cielo, habla, Ema mia, habla; dímelo todo.

—Mi tia y Amena me lo han dicho. Oh! demasiado que oido lo he!... se lo cuentan á todo el mundo... le refieren cosas abominables... Dios mio! buen Dios, estais perdida!...

—Perdida! los reto desde ahora. Tranquilízate, Ema mia; conmigo has compartido las aflicciones de aquellos últimos instantes; bien sabes que estoy inocente!.... así lo diré... lo diremos.... nos creerán... no, no... tales calumnias no podrán aterrarme!

—Sin embargo, Maria; tú tienes una cantidad de arsénico; y tambien lo han hallado en el caldo de gallina. ¿Si te equivocarias? si un yerro fatal?...

—Es imposible!... Tal vez le echara goma al tal brevage... pero tambien comí de ella yo misma antes y despues...

—¿Sabes lo que contenia aquella cajita que yo te tomé ayer?

—¿Lo que contenia?... un poco de goma.

—Ay de mí! no... hice que la examinara Mr. Fleyniat, y ha dicho que es arsénico.

—Arsénico... no... eso es imposible... Te lo repito, Ema, yo he comido de esa goma en mil ocasiones. Tú tio se habrá equivocado;

tranquilízate te ruego. ¿No hay un Dios en los cielos para salvar á los inocentes á quienes sobre la tierra se acusa?

Clementina estaba en igual desespero que mi prima. Su pena me rasgaba el corazon. Ambas hablaban de la justicia, de los tribunales, del cadalso. Se me hubiera trastornado el juicio á no haberme visto precisada á olvidarme de mí misma con el fin de consolar á una y otra.

Mr. Fleyniat se hallaba en el Glandier. Mandéle llamar para que me diera la franca esplicacion de aquellas calumnias tan absurdas como abominables. Presentóseme con aire de grande embarazo; díjele que todo lo sabia, é hícele blandos reproches, á causa del silencio que habia observado respecto á mí. Preguntéle sobre que fundamento apoyaban aquellas sospechas monstruosas, y las cuales suponia diera luz el dolor de una madre; viéndome en la precision de probar cuan absurdas eran, sin que pudiese disculparlas un culpable silencio.

Despues de haberme asegurado con mil espresiones cariñosas que me creia inocente, díjome Mr. Fleyniat que se me acusaba de haber enviado á Paris unas tortas envenenadas; que un hermano de Mr. Buffiere se lo habia avisado á la familia, luego que supo la dolencia de Mr. Laffarge; que Mr. Essartier habia encontrado arsénico en el caldo que yo quise tomara el enfermo; que Madama Laffarge me habia visto con sus propios ojos echarle arsénico á una bebida; en fin, que yo habia envenenado un pedazo de franela á fin de apresurar por medio de unas fricciones la muerte de mi marido.

Alentéme al escuchar esas acusaciones que tan fácil me seria combatir. Las tortas habian sido hechas por mi suegra misma, los caldos se habian preparado por la voluntad y los esmeros de Madama Buffiere, y como todas las friegas se daban al enfermo por mano de mi cuñada y de Denis, no era tan fácil que yo pusiese veneno en las franelas.

Al esplicar estas circunstancias á Mr. Fleyniat, le advertí que esta no era una defensa; que lejos de aceptar el papel de acusada, reclamaba yo con justísimo derecho el de víctima. Erame imposible no suponer que á mi suegra se le hubiese ido el juicio, y, para poner un dique contra todas estas calumnias odiosas é infames, determiné robustecerme con los testimonios nada equívocos de los médicos, que habian vigilado todos los trámites de la enfermedad; los de los señores Bárdon, Massenat, Lespinas, quienes me habian dado esperanzas hasta el postrer momento, y siempre combatido mis temores. Dióme á entender Mr. Fleyniat que era inútil me dirijiese á Mr. Lespinas, porque este me creia culpable, *jactábase* de haber descubierto el *crímen*, y pedia se hiciese la autopsia del cadáver: supe tambien que Madama Laffarge se habia opuesto á semejante medida, diciendo á Mr. Lespinas y á otras muchas personas que yo me resistia formalmente á que la operacion se verificase, y apuraba las últimas ceremonias á fin de impedirla.

Rogué á Mr. Eleyniat desmintiese esta última aseveracion, y

que exigiera en mi nombre tuviese lugar la autopsia cuanto antes. Pedíle asistiese á tan triste investigacion, reclamé otra vez la presencia tantas veces negada de Mr. Segeral; y la esperanza de obtener un próximo desengaño, evidente y notable para todos, me influyó brios para sobrellevar las sospechas actuales, y dirijirme con pasos animosos por la senda de los dolores, de las persecuciones y de las angustias.

LIV.

Vino el juez de paz de Lubersac á hacer el embargo de bienes. Al saber su llegada, instóme Ema en nombre de Mr. Fleyniat para que quemase todos los papeles, todas las cartas que pudieran comprometerme, y de aprovecharme de los pocos minutos, que aun me quedaban para ponerme á cubierto de las pesquisas severas y escudriñadoras de la ley.

Dí á entender á mi escelente primita, que lo que de parte de su tio acababa de proponerme, era indigno de mi inocencia; que no teniendo remordimientos tambien carecia de temor; y que solo iba á guardar un paquete de cartas que yo escribiera á Mr. Lafiarge, que ella misma me habia entregado aquella mañana, y entre las cuales esperaba descubrir muchas reseñas y justificaciones.

Prevenidos por las calumnias de la familia Laffarge los hombres de la ley, al entrar en mi cuarto, miráronme con ojos de curiosidad y reproche, mientras sus ojeadas cayeron sobre mi corazon, cual si hubieran sido de plomo. Terrible angustia me causó aquella primera humillacion tan inmerecida. Ruborizóseme la frente, rolaban en mis ojos gruesas lágrimas, yo iba á sucumbir á mi desgracia, cuando una mirada de Ema, llena de creencia y de amor, vino á despertar en mí un valor desconocido, y á hacerme entender que, apoyada en los afectos íntimos y nobles, me era posible arrostrar mi destino.

Leyeron y comentaron todos mis papeles; abrieron mis álbums; mi goma, mi pasta de almendra, fueron recogidas con exageradas precauciones, cual si fuese *un lujo* estrañísimo de espanto significativo y cruel. El padre de Mr. Buffiere, apoyado en el zócalo de

la chimenea, parecia dirigir las investigaciones, ser el comandante general de los odios, entretenerlos en actividad por medio de ilusiones pérfidas y acusadoras; mientras me costaba mucho trabajo contener la indignacion de Ema y la cólera de Clementina, manifestàndoles el desprecio que me preservaba de ambas sensaciones.

Apenas salió de mi cuarto aquella turba, cuando mi criado entró en él, gritando con la mayor desesperacion:

—Señora, pobre ama mia! dicen que yo os haré subir al patíbulo y que yo tambien subiré á él!

Asombrada de este nuevo incidente, tuvimos mucho que hacer para tranquilizarle, y no poco para sosegarnos á nosotras mismas, y entender la relacion de su conducta terriblemente necia, imprudente, y que de todas veras me comprometia.

Habíale encargado Clementina hiciera el amasijo para matar las ratas, y puesto en las manos el arsénico que trajera Denis. Como estuviese ocupado á la sazon, habíalo depositado mi sirviente en un sombrero viejo, donde se le quedara olvidado dos dias, y luego, oyendo el rumor de las sospechas que contra mí empezaba á circular, y temeroso de que le acusaran si hallaban el veneno en su poder, habia confiado el secreto al mozo de caballos, y ambos tuvieran por muy prudente enterrar el paquete de arsénico en el jardin. Sin embargo, este prudentísimo paso no les impidió que diesen suelta á la lengua; el secreto, confiado á tres ó cuatro personas, no tardó en denunciarse al juez de paz, quien habia hecho que se desenterrrse el paquete oculto en el jardin.

Alfredo fué interrogado severamente sobre su relacion y la aparente culpabilidad de su conducta; le amenazaron con el cadalso si no confesaba que habia obrado por órden mia; digéronle que su silencio le perderia sin que por eso me salvase yo, quien le habia puesto al borde del crimen; mientras el desgraciado mozo, que sabia mi inocencia, y érame muy adicto, al mismo tiempo que cobardísimo sin segundo, se mesaba los cabellos, y queria matarse para evitar que le condenasen á muerte.

Aterróme esta ocurrencia de indicios acusadores que contra mí se levantaban, y por algun tiempo, incapaz de consolar al causante muy pollino pero muy inocente de este nuevo cargo, hice entrar en razon al pobre desesperado, diciéndole que nada tenia él que temer personalmente, invitándole á que se manifestase sereno, exacto y preciso en sus palabras; acto contínuo le perdoné todos los sinsabores que involuntariamente pudiera acarrearme, y le aseguré que la justicia es tan superior á las apariencias como debe serlo la inocencia al temor.

Vino la cocinera en pos de Alfredo, tan exasperada como este; aunque sin miedo ninguno. Subia á contarme que Madama Laffarge la acusaba de haber envenenado las tortas que se remitieron á Paris; que fingian tener desconfianza de ella, y que no querian tomar alimento alguno que sus manos hubiesen preparado.

—Esto es una atrocidad, añadió la pobre muger, y capaz de sa-

carles los colores á la cara al mismo Dios y à sus santos benditos! Denis y Buffiere están saqueando las fraguas; la madre y la hija siegan la casa cual si fuese una pradera de heno. Hay unos cuantos gañanes que hacen viages todas las noches á Faye, escoltados por el padre de Buffiere, y vuelven en seguida á comerse y beber cuantas provisiones hay en la casa. Triste es ver á la señora andarse con llantos y moqueo, mientras nosotras tomamos tan á pecho sus intereses.

Fuéme preciso una vez mas predicar la paciencia, el silencio; Mion de resultas se fué llorando y repitiendo »que yo era mas buena que el pan blanco; pero que me dejaba pisar tanto la cola que me quedaria sin siquiera una pluma.»

Supe de boca de la cocinera, que las acusaciones contra mí habian sido escuchadas con tanta indignacion por los criados y los obreros que no se atrevia nadie á hablar de ellas en voz alta dentro de la cocina. Eso me consolò, y sentime mucho menos abandonada.

A la caida de la noche quiso verme Mr. Buffiere; á pesar de toda mi repugnancia, cedí á los deseos y consejos de Ema. Vino él con la mayor hipocresia à informarse de mi salud; díjome que se habia visto obligado á ausentarse con motivo de negocios precisos; y que ignoraba completamente por qué hubiesen decidido que se hiciera una autopsia. Preguntéle á mi vez si tambien ignoraba las acusaciones de su esposa y de su suegra; negó desde luego con toda formalidad que las creyese capaces de la calumnia que yo les achacaba; pero cuando le cité el testimonio de Mr. Fleyniat, pues que era él quien de todo me habia avisado, contentóse con decir de plano que ellas eran unas tontas; que el dolor les habia trastornado las cabezas, y me aseguró de su ternura, vertiendo lágrimas, llamándose hermano mio, tiernísimo y afecto.

No tardé en estar al cabo de los motivos de esta visita y de esta farsa. Los papeles que se me habian hecho firmar á favor de Mr. Roque, el dia de la muerte de Mr. Laffarge, no eran válidos; y Mr. Buffiere queria hacerme firmar un segundo documento; adelantándose hasta darme á entender que esta generosidad adormiria las denuncias de la familia, al paso que probaria mi desinterés y desprendimiento. A tan pérfida y odiosa insinuacion, miréle de hito en hito, é hízele que sus ojos se bajaran y que su frente palideciera so la severidad de mi ceño.

—Bien he comprendido á V. díjele yo; le juro que no firmaré papel ninguno, hasta que la verdad haya confundido á la calumnia y á los calumniadores.

—V. se engaña respecto á mis intenciones; si V. se niega á firmar, Mr. Roque presentará la casa en quiebra, y V. quedará arruinada y sin honra.

—He tomado mi resolucion, y esta no sucumbe. Mr. Roque aguardará el resultado de la decision de los facultativos. Antes de verificado el constatamiento de los doctores. no firmaré papel ninguno· ya sabe V. mi última palabra.

Al dia siguiente llegaron todos los miembros de mi familia. Solo unos cuantos solicitaron verme. Los señores José Mattere y H. Brugere no permitieron separarse de mí, durante la siniestra prueba que iba á servir de decision entre mis enemigos y yo. Habia sentimentalismo en las palabras y miradas que me dirigian estos señores. Yo hubiera preferido estar sola, durante aquella hora de angustia. Sin embargo, la presencia de tales amigos no me fué penosa. Aquel dia, que me pareció un siglo de espectativa y de padecimiento, sirvióme de iniciacion para las amarguras de mi porvenir.

Habiéndome revelado la fatalidad aquel concurso de circunstancias acusadoras, que se conglomeraban para anonadarme dos semanas hacia, mi conciencia se hallaba á veces impotente para preservarme de los horribles pensamientos que mi cabeza taladraban, durante las pruebas que á decidir iban de mi existencia y de mi honra. Como mi aposento estaba tan aislado, no llegaban allí noticias ningunas. Ema, Clementina y mis dos primos salian uno tras otro para recogerlas; no pudiendo ya domeñar mi desasosiego, aprovechéme de un instante en que me dejaron sola, para pedir á Mr. Rivet procurador del rey en Brives, hiciera el favor de venir á hablar conmigo unos instantes. Presentóseme conmovido y lleno de lástima. Era un hombre de edad con una fisonomia muy dulce y venerable; el cual me hizo esperar un resultado feliz, y me dijo que la operacion ya bastante adelantada, no habia hecho conocer el menor indicio de veneno.

Todavia pasaron dos horas. Cada mensagero volvia con mayor esperanza en los ojos; en fin, Mr. Fleyniat entró corriendo dentro del cuarto. «No se ha encontrado arsénico en el cadáver!» Arrojeme llorando en los brazos de Ema, y ofrecí mi inocencia reconocida á aquella tierna jóven como la sola accion de gracias digna de su hermoso consagramiento.

Vino Mr. Bárdon á confirmarme la buena noticia; díjome que ni un instante habia él participado de las sospechas; que la enfermedad fuera una cosa muy natural; que siempre habia estado convencido de ello, y que la presuntuosa confianza de Mr. Lespinas habia creido advertir, durante la autopsia, unas lesiones y trazas de veneno, invisibles para todos sus cofrades. Pero su dictámen tuviera que sucumbir al de los otros, y hallábase enfurecido por que no se le habia declarado infalible. Pregunté si todo estaba concluido; se me respondió que habia que hacer aun ciertos esperimentos químicos, sobre las bebidas conservadas.

Rodeábanme mis amigos y sus felicitaciones, cuando entraron los hombres de la justicia, los gendarmes, Madama Laffarge y Madama Buffiere, para hacerme firmar los rótulos de las botellas que contenian los líquidos que iban á analizarse. Los primeros tenian aspecto de compasion; me tranquilizaron con sus miradas y con algunas espresiones; las señoras, por lo contrario parecian humilladas y llenas de consternacion. Al firmar algunas de las botellas, como manifestase yo una emocion penible, que me hacia temblar el pulso díjome el escribano:

—No tenga V. cuidado, señora; el dictámen de los facultativos es, que el arsénico administrado en dosis tan abundantes y frecuentes, hubiera causado destrozos que estarian patentes á primera vista. Tranquilícese V. pues; nada tiene ya que recelar.

—Eso no está del todo averiguado, dijo Mr. Buffiere, con una voz que afectaba el sollozo; hay cosas blancas en este líquido, que no son naturales.

Salvóse de la vivienda Madama Laffarge, y á poco volvió á entrar con un pedazo de franela.

—Con esta tela se dieron fricciones á mi hijo; quiero que se la analice.

Y al ir la justicia á liarla con un liston,

—Suplico á VV. señores, añadió mi suegra, que la envuelvan en papeles; pues no quiero que se evaporen los polvos blancos que he advertido en ella.

Siguióse un movimiento general de admiracion. El escribano obedeció sin decir una palabra; Mr. Roque, quien desde por la mañana habia solicitado verme muchas veces, tornó en aquel instante á renovar su pretension. Supliqué á toda la familia que me dejasen sola y le recibí. Espresóme desde luego el interés que se habia tomado en mis sinsabores; todo aquel que se tomaba en el feliz resultado de la medida que me servia de justificacion, y luego me dijo:

—Buena señora, he venido en persona. V. es muy jóven, y se encuentra lejos de su familia. Como V. está muy ignorante del manejo de esta clase de negocios, quiero avisar á V. de los peligros que la rodean. Madama Buffiere ha hecho que V. firme un poder en blanco, en virtud del cual fácil nos fuera apoderarnos de todo el caudal de V.; aquí está; rásguele V. y en su lugar rubrique este documentito que le traigo, y que de ningun modo puede comprometerla.

Conmovióme este rasgo de buena fé, preservador de mi inocencia.

Manifestéle mi gratitud. Preguntóme él si yo tenia algun procurador. Al saber que yo á nadie conocia en el país, y que no se me habia ocurrido semejante cosa, me prometió escogerme uno y enviármelo. Me sentí precisada á escibir á mi hermana y á mis tias las calumnias y persecuciones que me habia sido indispensable sufrir, y el irrecusable mentís que el resultado de la autopsia diera á mis acusadores. Aprovechéme del primer instante de reposo para escribirles. Madama Laffarge que estaba en la cocina, luego que el jardinero José recibió órden de ir á Uzerche con el objeto de llevar unas cartas al correo, subió al momento á mi cuarto, y entró en él sin pedir licencia.

—Vamos, hija mia, díjome ella dándome un beso; perdóname; el dolor me habia trastornado los sentidos y te acusé injustamente. Suplico me des tu absolucion en presencia de Ema y de Clementina; á nombre de nuestro pobre difunto.... no me guardes resentimiento.

No supe que responderle.

—Estoy cierta de que vas á dar una desazon á tu familia, al confiarles tus zozobras y nuestras sospechas... Entra pues en razon... Te prometo que vamos á quererte mucho... Cuidaremos de tus intereses como si fuesen nuestros. Te ruego que no les des semejante pesadumbre.

—Oh, señora! he padecido tanto, que me precisa abrir mi corazon para las personas á quienes amo.

—Válgame Dios! qué rencorosa y susceptible eres!

—Susceptible, señora? Pero V. se olvida de haber dicho, poniéndome en mal concepto con el mundo y la justicia: »esa es una muger infame, esa es una muger envenenadora!«

Echóse á llorar Madama Laffarge, rogándome hiciera las paces con ella y que olvidase sus suspicacias... Era la madre de mi marido, agobiánbanla los años, era una infeliz viuda, y vestia el luto de su hijo único... Hice un esfuerzo sobre mí misma, á fin de vencer mi doloroso resentimiento.

—Solo me falta una pregunta que hacer á V... ¿Diò V. cuenta de sus acciones al pobre Cárlos? ¿Añadió V. la agonia del corazon á la agonia del cuerpo? ¿Invocó V. sobre mi cabeza la maldicion del moribundo? Si puede arrancar de mi alma este pensamiento torturador, evocaré el olvido con todas las veras de mi voluntad, y procuraré recuperar para con V. todos los deberes que me incumben.

Abrazòme mi suegra jurando que nada habia dicho á su hijo: consiguió que yo no enviase mis cartas aquella noche, y que escribiera otras en las que ocultaria mi pluma, en cuanto posible le fuese, mi indignacion y mis pesadumbres.

Madama Buffiere, teniendo que regresar á Faye porque lo exigian sus quehaceres y sus hijos, vino á disculparse y despedirse; rogándome no tomase á mal que llevara consigo à su madre para pasar una temporada en su quinta.

Solazóme esta momentánea ausencia; necesitaba de la soledad y del tiempo para olvidar, y readquirir, no un cariño imposible ya, sino el estricto cumplimiento de mis deberes. La noticia de la partida de Madama Laffarge, se cundió apenas en el Glandier, cuando produjo una gran indignacion entre los campesinos y los trabajadores, quienes murmuraron por el abandono en que ella me dejaba: el capataz y un honrado anciano de Beyssac, acudieron á reconvenirla y á quitarle de la cabeza su determinacion.

—No os agradecerá Dios por cierto, dijéronle ellos, porque abandonais así á la esposa de vuestro hijo... Vuestra hija tiene su marido; al paso que vuestra nuera carece de familia, de hijos, y de esperanza. Es regular que la consoleis, y que ella os consuele á su turno. Todo el mundo dirá que haceis una mala partida; la pobrecilla viuda nada tiene de orgullosa ni de arrogante; siempre tiene miel en los labios para los pobres; no está bien que se la obligue á dejar esta tierra.

Madama Laffarge dió muestra de conmoverse con esta sencilla y patética exhortacion; prometióles que volveria pronto. En cuan-

to á mí, apretéles à aquellos hombres las callosas manos con todo ahinco, suplicándoles tornasen á verme, para dispensarme sus buenos consejos y su buena amistad. Aunque no he visto mas á aquellos honradísimos labriegos, he atesorado su memoria, entre los rerecuerdos que me han fortalecido, al suavizar mis dolores y mis pruebas.

LV.

Habíase visto obligada Ema á regresar á Uzerche por un par de días; quedéme sola entre aquellas ruinas desmoronadas por el tiempo, y en la actualidad heladas por la muerte; aislada, sin parientes, sin amigos, con algunos criados adictos, con Mr. Denis, á quien nombrara la justicia sobrestante del embargo, y el cual habia tomado á su cuenta el destino de ser mi vigilante y mi amo.

Libre entónces, y creyéndome al abrigo de toda sospecha, fué mi primer pensamiento el de volver al seno de mi familia; mas esperaba la dicha de ser madre, y conocia muy bien que era mi obligacion conservar para mi querida criatura el caudal, la familia y los amigos de su padre. Hallábame muy indispuesta; pero la vida de mi *Jacobita* parecíame revelada por medio de aquella misma indisposicion, y bendecíala yo, y de la idea de su existencia sacaba brios y resignamiento.

Esta esperanza era igualmente la de los honrados obreros, que se habian declarado por mí. Se informaron de Clementina acerca del estado de su ama futura, y enterados de mis dolores de estómago, del ensanche de mis vestidos, se alegraban y creian lo de mi embarazo de tan buena fé como yo. Era necesario que me despidiera de mis bondadosos fundidores; no tenia trabajo que darles; martirizábales Mr. Denis. Hallábame demasiado desamparada, demasiado falta de recursos para protegerlos. Aconsejéles que se comprometieran á trabajar en una fragua vecina. Separáronse de mí llorando, y prometiéndome que á la primera palabra que les dijese, volverian á mi casa; asegurándome todos que la fundicion se hallaba en un estado deplorable, que en aquellos últimos dias, cuanto pudiera llevarse habia sido transportado á Faye, y que se hablaba mucho de las deudas que Mr. Lafiarge habia dejado.

Al escribir á mi tia Garat, supliquéla, que en el caso de que nadie de mi familia pudiese venir al Encinar, me enviase un dependiente, que pudiera establecer en mi casa alguna especie de órden, é invirtiese alguna poca de resignacion en mi cabeza. Asustábanme tanto mi existencia como mis deberes futuros. Ignoraba como me seria posible vivir sola lejos de los mios, ni tornar *industriales* mis pensamientos. Solo sabia que si tuviese un hijo, le querria tanto, que nada hallaria imposible en su obsequio.

Mr. Roque vino, cual prometido me lo hubo, con su abogado; díjome que habia hecho el balance de sus libros y de sus cuentas; que me traia un crédito de 28,000 francos, para que le respondiese de él con mi dote. Parecióme bastante considerable esta cantidad; sabiendo que existian otros muchos acreedores, y no queriendo ser injusta dando todo á uno solo, supliqué á Mr. Roque aguardara que llegase un individuo de mi familia, antes de comprometerme à nada. Mr. Roque me dijo que esta próroga le obligaria á tomar medidas judiciales, y que mi cuñado el señor de Violaine, se hallaria envuelto en este asunto de un modo desagradable para él. Como yo no entendiese que tuviera que ver mi hermano político con aquel negocio de dinero, enseñóme él una carta... Parececió quedarse estupefacto cuan do yo le aseguré qua ni elestilo, la letra,ni la firma de la carta eran de Mr. de Violaine.

Despues de un instante de silencio, sacó Mr. Roque del bolsillo un envoltorio de billetes y me preguntó si conocia los nombres que estaban escritos en ellos, y, contestàndole yo en la negativa, díjome que era uua cosa horrible; que todos aquellos billetes eran falsos, que Mr. Laffarge se la habia pegado indignamente; que si no se hubiera muerto le enviaria á un presidio. Quedéme anonadada al oirle; pero no tardé en comprender cuanto vale el dinero; pudiendo rescatar por 28,000 francos el honor del nombre que yo llevaba. Firmé un pagaré á Mr. Roque en silencio absoluto.

Entónces Mr. Lalande, abogado de Mr. Roque, se encargó de mis negocios. Preguntóme si yo tenia un testamento. Contestéle que tenia uno depositado en manos de mi agente de negocios en Soissons; pero que lo cria inùtil, supuesto que me suponia *embarazada*.

—V. se engaña, me dijo; la familia asegura que noexiste semejante embarazo, y qne nunca ha existido sino en la imaginacion de V.

—Pero, señor, si ha sido mi suegra misma quien me hizo creer lo que ahora dice que es falso!

—Tal vez sería ese un lindo medio de estorbar que Mr. Laffarge se ocupase del porvenir de V. que se hallaba asegurado con que él se hubiese puesto al abrigo del codicilo hecho en su favor.

En seguida hablóme Mr. Lalande de las calumnias que contra mí diseminaba mi suegra, quien se habia detenido en Pompadour, y no habia renunciado á sus acusaciones. Inquietóme poquísimo esta conducta caritativa de mi suegra, y la noticia no me cogió de susto.

Habíame dicho una ahijadita de Madama Bufiere, delante de la cual hablaban sin rebozo, que esta señora habia quedado muy disgustada con que no se hubiese hallado en el cuerpo arsénico ninguno; que durante la noche siguiente á la autopsia del cadáver, repetia mi cuñada: »es increible, es cosa muy triste que no hayan descubierto indicios de veneno.» Tambien supe que aquellas señoras no hablaban de mí sin servirse de las palabras mas odiosas y ultrajantes. La chiquilla, que apenas me era conocida, antes del regreso de Mr. Laffarge, habia participado de mis veladas y esmero, al lado del enfermo. Buena y compasiva, habia ella comprendido que yo no era culpable, que yo pudiera llegar á ser víctima, y se me había aficionado. Creyéralo de su deber instruirme de los odios que contra mí se urdian.

Pregunté á Mr. Lalande acerca de la opinion que habia en Brives respecto á las acusaciones que se me hicieran. Díjome que esperaban el resultado de la operacion para pronunciarse; pero que no podia ocultarme que los frecuentes viages de los señores Magnaud, Buffiere y Denis me habian sido muy funestos, y que, si las sospechas se robustecian, si se determinaba mi proceso, las evidencias no bastarian para defenderme ante la gente del Lemosin, envidiosa siempre, malévola y acusadora para los forasteros:

—En este caso, señora, añadió Mr. Lalande, seria preciso que se pusiera V. en salvo: yo la salvaré antes que se estienda el mandamiento de prision. No abandonaré à V.; tengo un cabriolé y un escelente caballo; un pasaporte, estendido en favor de mi muger, le vendrà á V. de perilla. Le suplico no deseche mis ofertas. Tenga V. la bondad de escuchar mi voz, que es la de la razon y prudencia.

Dí gracias á Mr. Lalande con mucha emocion, pero no quise aceptar sus ofrecimientos,

Aunque deseché este recurso de salvacion, acepté reconocida los consejos que él pudiera darme, no con el objeto de huir de los peligros, sino para hacerles frente con valor.

Ema volvió de Uzerche tan dispuesta á sacrificarse por mí como cuando de mi lado se separó, no habiendo permitido que su amistad se marchitara ni doblegase al soplo de los malvados que habian procurado vencerla. La pesada y abrumadora tristeza, que me oprimia, dábame un presentimiento de la próxima tempestad; mi conciencia apenas podia realentarme: bien conocia yo que del choque de calumnias tantas, fácil sería que estallase el trueno. Cada dia, cada hora, nos traian nuevas aprehensiones. La carta del 15 de Agosto habia sido puesta en manos de la justicia à las veinte y cuatro horas despues de la muerte de Mr. Laffarge, como piedra fundamental de la acusacion, remitida por Mr. Buffiere, el cual, despues de haber ido á ofrecer mi cabeza á la segur del verdugo, se volviera al Encinar con el objeto de depositar en mis labios el ósculo de paz, y confesarse ignorante de las sospechas de su muger y vituperándolas con acritud. Los polvos hallados en el caldo se habian tenido por arsénico; la cantidad de ellos era inmensa, y me achacaban el haber

administrado aquella bebida. Madamisela Brun, quien se ausentó la tarde misma de la muerte, acompañada de Mr. Fleyniat, guardaba un silencio misterioso respecto á cuanto habia pasado; pero tenia unos *ataques de nervios muy acusadores*, durante los cuales, creyendo que yo echaba arsénico en el caldo, señalábame, volviendo el dedo continuamente con espantosa rapidez. No podia acostarse sola, y tenia necesidad de alguien que vigilara su sueño y escuchara lo que en ellos decia. En fin. Denis recorria los pueblos y las aldeas contando que, por espacio de quince dias, yo habia alimentado á Mr. Laffarge con arsénico, y que desearia verme hecha trozos; al paso que Magnaud aseguraba à los numerosos acreedores de Mr. Laffarge, que antes de haber envenenado á mi marido, le habia yo arruinado completamente con mis locos gastos.

Informada con un dia de anticipacion que iban á llegar al Glandier el procurador del rey y los jueces de primera instancia, no quise admitir unas nuevas ofertas que me hicieron de ponerme en salvo. Permanecí en mi casa, afianzàndome en la fuerza de mi voluntad y de mi conciencia, y me dispuse sin demasiado miedo para sufrir mi interrogatorio. Descendì hasta lo mas hondo de mis recuerdos; procuré membrarme de varias circunstancias insignificantes é inapercibidas en sus principios, y que, à fuerzas de insinuaciones calumniosas, presentaban unos cargos graves y terribles contra mí. Recomendé á mis criados para que averiguaran la verdad y la declarasen francamente.

A la mañana siguiente llegaron los magistrados. Pasóse todo aquel dia en el interrogatorio de la señorita Brun, de Denis y de mis criados. Admiróme que los testigos tuviesen entre sí amplia comunicacion, y que no se les permitiera acercarseme, hallándome por decirlo así incomunicada dentro de mi habitacion. Solo ví á Ema y Clementina, y eso despues de sus declaraciones.

Mi pobre Ema estaba desazonada, fuera de sí; no sabia que hacerse de la cajita de goma que habia sacado de la faltriquera de mi delantal, y en la que Mr. Fleyniat habia descubierto arsénico. No se podia decidir á entregarla al procurador del rey; y creia que mi perdicion era culpa suya; lloraba la infeliz, llena de remordimientos, de temores y de negrísimos presagios. Tranquilicéla con decirle que el veneno deberia haber existido probablemente en la imaginacion de su tio, antes bien que en la desventurada cajita. Pero, no atreviéndome á darle un consejo por mí misma, convencila de que deberia confiar su secreto á Mr. Brugere, y en union con este, determinamos entregarla á la justicia, diciendo con franqueza la verdad, ya pudiese perjudicarme, ya contribuyera à mi salvacion.

Empezó mi interrogatorio á las ocho de la noche y duró tres horas. Creí desde luego no me incumbia contestar à otras preguntas que las referentes al envenenamiento, y sentime firme y valerosa; mas cuando advertí hojear los dias de mi vida pasada só las frias preguntas que sondaban mi alma, costóme trabajo contener todo mi empacho, toda mi desesperacion. Sentí que las làgrimas se me agol-

paban á los ojos, y que una mano de yelo pesaba sobre mis ideas. Apenas me fué dable balbuciar algunas palabras, y volví en mí cuando solo tuve que responder à las acusaciones de los hechos materiales y odiosos del envenenamiento.

Nuestras acciones pertenecen á los hombres; pero nuestros pensamientos pertenecen á Dios! Hasta el tiempo que estos pensamientos no vaguen sobre nuestros labios, que no se posen sobre un medio pliego de papel, que no se traduzcan en acciones, hasta el momento en que solo se hayan sepultado sus gozos, sus recuerdos, sus pesares, sus dolores sino en el abismo de nuestra alma, deberian ser nobles, libres como los astros del cielo, deberian estar exentos del despotismo inquisidor de la ley.

Las palabras del jucz de primera instancia, no me dejaron á obscuras mucho tiempo respecto á su prevencion. Ví que las declaraciones de los testigos habian sido hechas mucho menos con el fin de descubrir á los culpables, que con el de hacer convicta y anonadar á aquella que designado se hubiera. No creo que hubiese un sentimiento de odio en la conducta de Mr. La Ch... pero existen inteligencias demasiado exiguas para que quepan en ellas dos ideas contradictorias. La familia Laffarge habia hablado primero. En vano llamé yo á la puerta del cérebro magistrado.

El procurador del rey Mr. Rivet, cumplió la triste mision que á mi casa le traia con una dulce conmiseracion. Tuvo para mí consideraciones tan grandes como mi infortunio. Hallábame á solas con él, cuando me anunció que iba á trasladarme la gendarmeria á la cárcel de Brives... Indignada, habiame yo levantado de mi taburete como para protestar mi inocencia. Volví á dejarme caer en él, enmudecida, helada, semi-exánime con la fatalidad de mi destino. Creo que imposiblble me hubiera sido existir diez minutos en aquel estado, á no ser que una lágrima, que cayó sobre la mejilla de mi bondadoso y legal *perseguidor*, no me hubiese devuelto la facultad de llorar. Aprovechóse de aquel instante Mr. Rivet para prometerme todas las consideraciones posibles: dióme tres dias á fin de que pudiese conseguir la intervencion del procurador general. Díjome cuan cruel le era su obligacion en aquel instante, y pude hallar algunas palabras para agradecerle por haber dulcificado tan generosamente su triste mision, y por haber cumplido como hombre los severos deberes de fiscal.

Esta noticia fué como un rayo para mis criados. Clementina sobre todo, estaba loca de desespero. Acorrió sollozando á mi habitacion, mirábame, luego se escondia por no verme lanzando alaridos de dolor y de indignacion. Ema, que habia salido desesperada, volvió á casa. Sorprendióme su tranquilidad.

—Clementina, dijo, te permiten ir á la cárcel con ella, y yo tambien le haré compaña por algunos dias.

—Oh! Dios sea loado! ahora conozco que me es lícito vivir! esclamé yo, estrechando entre mis brazos aquellas dos nobles criaturas. Mientras haya quien me ame, sufrir puedo sin desesperacion

dnicbilidad.... pero, Ema querida, ángel hermoso de mi guarda, ¿es posible hacerte partícipe de las fatigas y humillaciones de este viage? y tù, mi bondadosa Clementina, ¿sabes lo que es una prision, distante de tu familia y de tu pais?...

Ninguna de las dos me permitió que acabara. Clementina ya no tenia làgrimas que verter; hablaba de la partida con aire casi gozoso. Parecia olvidarse de las desdichas cuando se le dejaba participar de ellas en compaña mia, y la generosa muchacha dábame gracias porque la encerraban conmigo en la cárcel, sin comprender que su consagramiento fuese una cosa muy estraordinaria, y casi se ofendia de mi gratitud.

Aquel mismo dia llegaron al Glandier los gendarmes, y se alojaron allí. Tambien pocas horas despues Mr. Bruyere, acabando su mision protectriz y generosa, tomó el camino de Limoges, á fin de conseguir licencia del procurador general para que yo pudiese quedarme en mi casa, bajo la custodia de una partida de gendarmes. Su viage no obtuvo resultado ninguno. Halló á Mr. Dumont-Saint Priest muy prevenido ya en contra mia. Magnaud, Buffiere y Denis habian sembrado sus calumnias en el espíritu del procurador general. Muchos miembros de su famiiia, amigos de las señoras Laffarge y Buffiere, le habian descrito su horrenda desesperacion, así como mi cruel y abominable conducta. No tuvo compasion que dispensar á un *monstruo*.

Como yo esperaba una negativa, no me cogió de susto el resultado. Aquellas tristes ruinas del Glandier parecíanme cada dia mas dilapidadas y siniestras. Sentíame medrosa.... Un crímen se habia cometido allí, una muerte habiase perpetrado; un asesino existia en él, ¿quién era este?... Hice que Alfredo y el jardinero José durmiesen delante de mi puerta, y apesar de eso por la noche estremecíame el mas ligero ruido. El viento que se encajonaba en los corredores, me llenaba de susto... Algunas veces arrojaba de mis labios, despeluzada, la bebida que iba à llevar á ellos con el fin de apagar mi sed. Oh! sí, miedo tenia, porque si el autor del crímen no habia tenido horror de elegir una cabeza para reemplazarla con la suya, sobre el cadalso, ¿no podrian quizas los acontecimientos despertar un interés. un pensamiento que le obligase á sacrificar por sí mismo la víctima que pretendiérase inmolar á nombre de la ley?

Ya no conocia límites la insolencia de Denis. Entró en mi cuarto cierta noche, en un estado de embriaguez completa; y colocándose delante de mi cama, echóse de bruces en ella, hìzome una horrible pintura de la prision, de la brutalidad de los carceleros, de la degradacion de las mugeres cuyos trabajos iba yo á compartir, así como tambien el lecho y la pitanza. Mudando en seguida el tema de su conversacion, aconsejóme que *alzase el campo*, me procurase algun dinero; que él sabria conducirme hasta pasar la frontera; en fin, como yo erguiese la cabeza con desprecio mandándole que saliera de mi cuarto, alejóse de él, diciendo entre dientes:

—*Respinga la testa, princesita; que no tardará el verdugo en echártela abajo.*

Asombróme á tal punto esta escena, que me dirijí á los gendarmes que me custodiaban, á fin de que prohibiesen entrar en mi aposento á aquel malvado, el cual pudiera ser peligroso, embrutecido como se hallaba con la borrachera.

Mr. Tourdonnet estaba en Berry: todos mis conocidos me abandonaron en la hora del riesgo, todas las personas que antes tanta amistad me juráran, todas, escepto Ema, que se habia declarado por ángel tutelar mio, y aquel jóven abogado con quien yo habia pasado dos horas en Tulle. Oh! cuánto le agradecí el que me hubiera creido inocente! No me enviaba unos consuelos vulgares; pero dispensaba á la pobre viuda, humillada, y marchita su adhesion y su respeto! ¡Bendita sea su alma!

Era la una de la noche cuando el brigadier de la gendarmeria entró á decirme, que habia llegado la hora de la marcha, y que los caballos estaban aguardando á la puerta. Habia yo escogido aquella hora estraviada de la noche para dirigirme á caballo hasta Vigeois, donde me esperaba un coche.

Para salir de mi aposento tuve que atravesar el de Mr. Laffarge. No reinaba en él aquella calma de la muerte que injerta en el corazon un solaz y una prece, pero si un desórden completamente siniestro. Fuí á ponerme de rodillas cabe aquel lecho de dolor.

—Cárlos! dije yo en mi pensamiento, Cárlos mio, bien ves lo que sufro; bien te consta mi inocencia! Desde lo alto del cielo vela sobre mí, ilumina á mis jueces; tórnate en Providencia de la muger que tanto amaste!

Levantéme del suelo mas fortalecida, y bajé al corredor, cuyas bóvedas sombrías, destellando una luz rojiza al reflejo de las teas que las alumbraban, hacian eco á los relinchos de los caballos, y á su bracear impaciente, mezclados con el metálico ruido de los sables de los gendarmes arrastrando por el pavimento.

Los criados de la casa, los desmontadores, los pobres renteros de nuestras haciendas, se habian reunido para despedirse de mí al pié de la escalera; allí los encontré sollozando. Los unos se apoderaban de mis manos, los otros me besaban la orla del vestido; y todos á una voz gritaban:

»Pobre señora! acompañeos Dios, y traigaos de vuelta! Id en su santa guarda; bien nos consta que no fuisteis vos quien dió muerte al amo! Haremos rogativas... Pobre señora... infeliz, infeliz! ¿es posible que presenciemos vuestra prision?»

Estos afectuosos testimonios de sentimiento y de cariño, al paso que me hacian mucho bien, hacíame infinito mal.... Abandoné llorando mis manos á las de aquellas honradas gentes; abracé á aquellas buenas mugeres que ofrecian cirios á la Virgen Santisima para conseguir de ella me devolviese á mi casa cuanto antes, y las cuales hacian sobre mi cabeza la señal de la cruz.

Fatigábame en demasia esta escena: el brigadier mas bien me llevó en brazos hasta mi caballo que me ayudó á subir en él.

»Adios, adios, pobre señora! Dios os bendiga!» volvieron á gri-

tar de consuno todas aquellas buenas almas que me rodeaban.

Caia una helada lluvia de un cielo sin estrellas; cubria la luna un espeso y flotante velo de tupidas nubes, mientras el viento, que bramaba furioso, hacia revoletear en torno nuestro las hojas muertas de los castaños. Habia yo abandonado las riendas sobre el cuello de mi Arabesca, que caminaba tristemente al paso, y con la cabeza caïda. Tenia yo enlazada una de mis manos con otra de Ema, y mi llanto no tenia consuelo.

Despues de dos horas de marcha, perdió el camino nuestro guia, y tampoco los gendarmes sabian donde se hallaban.... La vereda siempre malísima se habia convertido en fangal ó en torrente; y vime precisada à servir de guia yo misma, en un camino al cabo del cual me esperaba probablemente la muerte.

La necesidad de velar por la salud de otros, el pensamiento del peligro siempre arrebatador y dulce cuando la vida pesa sobre el alma, el movimiento y la escitacion calmaron las angustias de la partida. El agua me habia empapado toda la vestimenta El gallardo gendarme se quitó la capa á fin de que me arropase con ella, se despojó de sus gruesos guantes para que entrasen en calor mis heladas manos, y luego, cuando al cabo de cinco horas de marcha, llegamos á Vigeois, aquel escelente hombre se acordó de que Clementina le habia encargado me cuidase mucho, y quiso por sí mismo enjugar y calentarme los pies entumidos del frio.

Ofrecióse Mr. Fleyniat á acompañarme hasta Brives, y yo acepté con gratitud el obsequio. Las emociones y fatigas de la noche me habian estropeado; fué preciso que nos detuviéramos á medio camino, y que me dejasen disfrutar sobre una cama de algunas horas de reposo; así es que ya era muy tarde cuando entramos en Brives.

Mi llegada se habia hecho pública. El populacho apiñábase en turbas al rededor de mi carruage; gritos, vivas, palabras insultantes, groseras y sucias, retumbaban en mis oidos. Abrióse la puerta de la càrcel. Al oir el ruido de los cerrojos estremecíme.... é involuntariamente di dos pasos atrás. Luego, reuniendo todas mis fuerzas, con erguido ánimo atravesé el umbral de mi sepulcro!!!



ERRATAS

Página.	Lín.	Dice.	Léase
12. . .	19. . . .	mi. . . .	su
44. . .	14. . . .	ni. . . .	sin.
50. . .	11. . .	arcos. . .	ascos.
52. . .	19. . .	jalando. .	halando.
119. . .	27. .	en cuanto.	de hacernos en cuanto.
Id. . .	id. .	*Esturianos.* .	*Estirianos*
194. . .	38. .	*Petiti Perez.*	*Petits Péres*